Mireia Hernández Bellavista

Donde todo empezó



Mireia Hernández Bellavista

Donde todo empezó

Donde todo empezó
Febrero 2026
© de la obra Mireia Hernández Bellavista
Instagram: @mireiahdz_escritora
Facebook: Mireia Hernández Bellavista

Corrección: Raquel Antúnez
Diseño de cubierta y diseño interior y maquetación:
Nerea Pérez Expósito, Imagina Designs

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Si la gente supiera que la vida es algo tan sencillo como detenerse y respirar, abriríamos los ojos para dedicar más tiempo a aquello que nos hace felices. Y, recuerda, que seas feliz no quiere decir tenerlo todo.

Esta novela se la quiero dedicar a mi amiga Ana.

Índice

1. No entiendo nada
2. El punto final de todo
3. Todo no es casualidad
4. Quiero ver la luz
5. No me la quito de la cabeza
6. Mi mejor casualidad
7. Secretos que mueren con nosotras
8. Gestionarse
9. ¿Puede ser más tierno?
10. Será lo mejor
11. Quererte bien
12. OMG
13. ¿En serio?
14. Sorpresa
15. Atrapada por el deseo
16. Esto no puede ser real
17. Fluyendo
18. Ella todo lo diluye
19. ¿Ha sido real?
20. Qué sabor más agridulce...
Antesala del epílogo
Epílogo
Música

1. No entiendo nada

SAMUEL

📍*Aeropuerto de Cartagena de Indias, Colombia.*

En cuanto el avión toca tierra, enciendo el teléfono y recibo un mensaje de Álex:

> Álex:
> Samuel, tienes que disculparme. Tengo una reunión de trabajo de última hora y no puedo recogerte. Ve directo al hotel, ahora te envío la ubicación. Tienes una habitación reservada a tu nombre, no te preocupes por los gastos, los cubro yo. Ya tengo ganas de verte. 😜

Sonrío y niego con la cabeza:

—Este Álex nunca cambia —me digo a mí mismo. Al instante, recibo otro mensaje con la información—. Siempre queriendo tenerlo todo controlado.

Cojo la maleta y me voy a por un taxi.

Una vez ahí, delante de ese inmenso hotel, corroboro mirando las instrucciones que este va a ser por unos días mi alojamiento.

—Hotel Las Américas Casa de Playa —leo en alto. Accedo a su interior y me asombro por lo lujoso que es—. Dios mío, qué lámpara más grande, joder. Puñetero Álex, no había otro sitio más sencillo,

¿verdad? —suelto en voz baja, algo abochornado, ya que no es mi estilo, siempre intento ser bastante discreto.

Contemplo la iluminación glamurosa de la entrada.

Me dirijo más al interior, que está bañado por mármol blanco con pequeñas betas doradas, lo que le da un toque de amplitud. Me siento pequeño aquí dentro. Todo me recuerda a series que he visto en Netflix, es como si estuviera en una película americana. Me planto en la recepción y espero a que las dos chicas que se encuentran delante de mí —que, por cierto, están igual o más alucinadas que yo de todo lo que nos rodea— sean atendidas por la recepcionista.

Una vez con las llaves de mi habitación en la mano, voy a ver qué locura ha reservado Álex para mí. Me espero cualquier cosa viniendo de él.

Abro la puerta y tardo más de lo normal en procesar lo que estoy viendo.

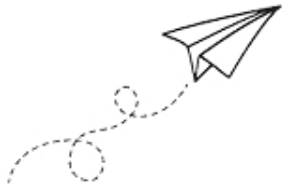
—Joder, ¿esto es posible? —pregunto al aire sin dejar de contemplar este pedazo de dormitorio, si se puede llamar así—. ¿Para cuántas personas es? Si me puedo perder aquí. Madre de Dios, tiene dos plantas. A ver si es compartida… —Subo las escaleras de dos en dos con curiosidad.

Cada vez que abro una puerta, mi asombro es mayor y, cuando llego a la cama, no puedo hacer otra cosa que dejarme caer encima de ella. El colchón apenas se mueve al impactar contra él. La luz del sol entra a raudales por los ventanales. Compruebo el reloj, y son las nueve y media de la mañana; en España, si no me fallan los cálculos, serán las cuatro y media de la tarde. Tania, mi ex, estará saliendo del trabajo, para mí es inevitable pensar en ella. La echo mucho de menos.

Acaricio inconscientemente el otro lado de la cama. «Ella podría estar aquí», pienso. Llevamos seis meses sin estar juntos y, aunque nuestra ruptura fue consensuada por ambas partes, la provoqué yo por el agobio de sus preocupaciones por mi trabajo. Se pasaba la mayoría del tiempo sufriendo, llegó a tener hasta pesadillas. Cada vez que volvía de una misión y conectaba el teléfono tenía miles de mensajes preguntando siempre lo mismo: «¿Sigues vivo?».

Al final, decidimos que lo mejor era andar por distintos caminos conservando una bonita amistad.

Dejo la vista fija en el techo y, sin darme cuenta, la mente se me inunda de miles de imágenes vividas con ella. Sonrío al recordar lo bien que lo pasamos juntos, que es con lo que me quedo.



Horas después…

Una vibración en el abdomen me desvela, miro desconcertado a mi alrededor y recuerdo dónde estoy. Por lo visto ya está oscureciendo. Vuelve a sonar el móvil, es Álex:

—Hola, me he quedado traspuesto en la cama —anuncio a la vez que me incorporo.

—Sabía que necesitarías descansar. El *jet lag* nunca perdona. ¿Has dormido bien?

—Demasiado —afirmo con voz ronca comprobando el reloj.

—Te doy una hora. Nos vemos en el Café del Mar, te gustará.

—Pero…

—Samuel, tienes una hora para estar listo. Te envío a uno de mis chamacos a recogerte. Hasta luego.

—Tú no cambi… —Callo y pongo los ojos en blanco al oír el tu-tu-tu del teléfono.

Ya arreglado, miro el reloj y me sobran diez minutos para que sea la hora. Bajo al *hall,* tranquilo. Soy una persona muy puntual, siempre llego antes a los sitios. Me encanta tener el control de mi alrededor y de los acontecimientos; de todo, más bien.

Mientras espero a que me recojan, me viene a la cabeza el Trío La La La: Tamara, Álex y Matteo. Es que me paro a pensar en la que

suelen liar esos tres y prefiero mil veces servir en una operación especial. ¡Buf! Qué triángulo más peligroso, nunca se puede saber por dónde saldrán.

Puede que no sepáis quiénes son, ya los iréis conociendo más adelante. Con ellos siempre se palpa el descontrol. Nunca lo he dicho, pero me han hecho sufrir muchísimo, los tres son pura dinamita. Ahora sonrío al recordar todo lo que he vivido en su fuego cruzado.

Un grito a lo lejos me trae de vuelta de mis pensamientos. Observo a una chica morena de media estatura. Por su manera de andar de un lado a otro, percibo que está alterada. Me acerco sigilosamente para saber qué ocurre.

—¡¿Qué es lo que no entiendes de OLVÍDATE DE MÍ?! —grita al teléfono con mucha rabia—. ¿No te ha bastado con cancelar todas las tarjetas? Me da lo mismo las trabas que me pongas, mi sentimiento es el mismo. ¡No te quiero!

Joder, qué tajante.

Lo ha dicho con tanto odio que me ha dolido hasta a mí. De repente, por el lateral de la avenida oigo chirriar unas ruedas y un coche oscuro se acerca embalado a ella por la espalda. Apenas me da tiempo de parpadear cuando un tipo con un pasamontañas sale por la ventanilla trasera y la coge por la cintura metiéndola en el coche.

—¡Suéltame, gilipollas! ¡Me haces daño! —exige la chica a grito pelado sin dejar de dar patadas al aire.

Corro hacia el coche con todas mis energías y consigo agarrarle las piernas. De un impulso meto la cabeza por la ventanilla y observo cuál es la situación. Lo ocupan tres personas encapuchadas: dos van en la parte delantera y la tercera, en la trasera.

Sujeto el brazo del secuestrador que agarra a la chica y me fijo en que tiene un pequeño tatuaje con forma de cruz en la mano. Lo miro a los ojos para ver si tiene alguna cicatriz o algo que pueda resultar más fácil para el reconocimiento y como si adivinara que soy policía suelta a la chica, empujándonos con fuerza hacia el exterior.

Como si fuéramos uno, empezamos a dar vueltas por el asfalto. El coche desaparece, y nosotros nos frenamos al colisionar contra un

muro. Aturdido, compruebo que la chica esté bien.

—¡Mierda! ¿Quieres quitarme tus sucias manos de la cintura? —me exige enloquecida poniéndose en pie a la vez que se revisa las heridas, y me quedo perplejo observándola—. Dios, ¡qué daño! Me he raspado los codos. ¡Joder! ¿Cómo me voy a presentar así a la cita? —se pregunta a sí misma con voz apenada.

—De nada —respondo con ironía quedándome sentado.

La desconocida resopla y, sin contestar, regresa al hotel mientras sigue examinándose las lesiones. Me levanto desconcertado. «¿Qué acaba de ocurrir? ¿Es prima hermana de Tamara? —Sacudo la cabeza para volver de mis hipótesis—. Esto no puede ser, esta chica tiene que estar conmocionada. Seguro que necesita ayuda», me digo mentalmente y corro hacia ella.

—¡Eh! Espera —le ruego y consigo que se detenga un metro antes de la puerta del hotel, aunque ni se da la vuelta—. Lo más seguro es que estés en *shock* —digo con voz suave—. Soy policía, sé que, cuando se vive un secuestro como el que acaba de ocurrir, la víctima puede actuar de cualquier forma, según te pille el cuerpo. Si quieres, te puedo acompañar al consulado a que te ayuden a tramitar una denuncia.

La chica suspira y se gira lentamente con cara de indignación:

—Lo siento… —se disculpa con la vista fija en el teléfono que estruja con fuerza en la mano y, de repente, me clava su mirada felina. Es tan penetrante que hasta me corta el aliento—. Ni estoy en *shock* ni tampoco es la primera vez que vivo algo similar.

—¿Cómo? ¿Disculpa? —La acaba de explotar la cabeza.

—Es muy largo, no tengo ni ánimo ni ganas de explicarte mi vida. —Se da la vuelta y suelta al aire con tono de burla—: Si crees que diciéndome que eres policía, que me vas a ayudar y blablablá, ilusa de mí, voy a caer rendida a tus pies, ve olvidándolo. —Sigue su camino hablándome a voces—: Tengo suficientes conocimientos para saber cuáles son los pasos a seguir, no me hace falta la ayuda de nadie.

—Yo creo que sí que… —Se gira furiosa, y trago saliva para continuar—: Necesitas ayuda y mucha —susurro algo intimidado.

Vuelve a darse la vuelta. No puedo quitarle la vista de encima, solo lo consigo cuando desaparece. Empiezo a procesar todo lo sucedido. «Esto es increíble, esta chica no es normal. Pues no se ha creído que quería ligar con ella, ¿y no es la primera vez que ha vivido algo así?». El sonido de un claxon me saca de mis pensamientos. Por el reflejo del cristal de la puerta de entrada veo un lujoso coche negro que se acerca por mi espalda.

—¿Qué?, ¿vas a subir?, ¿o te quedas aquí? —Me doy la vuelta al oír la voz chulesca de Álex, que me espera sonriente.

—Ya decía yo que ese rugido no podía ser del coche de otra persona —digo al colocarme en el asiento del copiloto—. No te esperaba. ¿No me venía a recoger uno de tus chicos?

—Al final he podido yo…

Durante el trayecto lo pongo al día, sobre todo, de lo que me acaba de suceder. Por mi trabajo presencio situaciones muy dramáticas, sin embargo, nunca me había encontrado con nadie que tuviera esa actitud después de un trágico suceso. Me ha dejado loco.

Una vez sentados en la terraza del famoso Café del Mar, me quedo absorto por el espectáculo que nos ofrece el cielo con un maravilloso atardecer. La comida me sienta genial, necesitaba llenar el estómago y, si le sumamos la charla que mantenemos Álex y yo después de tanto tiempo, resulta apoteósico.

Se le ve reformado, con una sonrisa maravillosa, aunque el brillo de su mirada está apagado, lo que me advierte que no es feliz al cien por cien. Sé quién es la responsable: Tamara.

—¿Vas a ir al a boda de Tamara y Matteo? —pregunto sabiendo la respuesta.

—Ni de coña. La perdí en su día, y sé que fui el responsable. —Sonríe forzosamente y desvía la vista a un lado—. Y no voy a ser tan masoca como para ver cómo se entrega a otra persona.

Le doy dos toques en el hombro y sin decirle nada entiende lo que le deseo; que pase página y busque su felicidad. Saca unos paquetes del bolsillo interior de la americana y los deja en la mesa.

—Necesito que me hagas un favor —me pide con sus ojos fijos en los míos.

—¿Ya estás liándomela? Como en los viejos tiempos. —Reímos al recordar.

—Uno es para ella y los otros dos, para sus hijos.

—¿Qué quieres que le diga? —pregunto a la vez que lo guardo en el bolsillo trasero de mi tejano.

—Nada. Cuando ella lo vea, lo entenderá. —Sonríe y se pone en pie—. Voy un momento al baño y pido la última, que mañana tenemos que madrugar. Con el poco tiempo que vas a estar aquí, quiero enseñarte lo bonito que es esto.

Álex se aleja y pienso que es fiel a sus creencias. Por mucho daño que le haga saber que la mujer de su vida no es para él y va a casarse con el tercero en discordia, sigue queriendo su bienestar. Solo tiene ojos y cuidados para ella y ahora también para sus hijos. A Matteo no le agrada nada la relación que mantienen entre ambos y se muerde la lengua, aunque lo ha acabado aceptando.

¿Es posible que todos tengamos a esa persona que te haga perder el norte?, ¿que ponga tu vida patas arriba sin entender qué sucede? Y, si es así, ¿todos la llegamos a conocer? ¿La mía puede ser Tania?

2. El punto final de todo

MIREIA

Nunca me he sentido tan libre como hoy. Ahora entiendo lo que es sacarse un peso de encima y no hubiera dicho nunca que Paolo, mi ex, lo fuera. ¿Qué puñetera esencia desprende para haberme tenido tan agilipollada? Joder y, además, durante tanto tiempo.

—Mire. —Mi amiga Ana me saca de mis pensamientos sujetándome del brazo—. ¿En qué salida nos espera el chico?

—Sí, voy a mirarlo. —Cojo el móvil y voy al mensaje donde están las indicaciones de mi cliente—. La salida tres, según el mensaje nos espera un taxi privado.

—Joder, tía. —Se une a la conversación mi otra amiga, Sofía—. ¡No me lo puedo creer! ¡Que estamos en Colombia, por Dios!

—Quieres aflojar —le recomienda Ana con un hilo de voz—, que estamos llamando la atención de todo el mundo.

—Vale, perdón —le contesta con el mismo tono y sin perder la sonrisa—. Es que nunca he salido de España. Gracias, amiga. —Se gira para abrazarme—. Es el mejor regalo que me han hecho en la vida.

—Bah, no digas tonterías —le digo quitándole importancia.

Si ellas supieran la verdad, se hubieran negado a venir desde el minuto uno. ¿Y quién les va a confesar nada? Yo seguro que no, no soy nadie para romper esa ilusión que desprenden sus rostros.

Ya montadas las tres en los asientos traseros de un coche cuatro por cuatro con cristales tintados en dirección al hotel, no hacemos más que mirarnos de reojo, apenas nos movemos por miedo. Vamos

agarradas de las manos, poca sangre corre por ellas de lo fuerte que nos apretamos.

Desde que salimos por la puerta tres del aeropuerto, según las pautas indicadas, nos hemos quedado sin habla. Allí nos encontramos con un señor trajeado con gafas de sol, de un tamaño dos por dos —sin exagerar, como un armario de Ikea—, que sujetaba un cartelito con mi nombre —parecía un pósit entre esas grandotas manos—. El hombre no es muy sonriente que digamos y tampoco muy parlanchín, apenas suelta monosílabos, aunque se hace entender. Lo único positivo que opinamos las tres es que huele de maravilla.

—Disculpe, señor —me atrevo a decir—: ¿Usted sabe en qué hotel nos vamos a hospedar?

—Afirmativo. —Clava la vista en mí a través del espejo retrovisor —. Dejaremos a sus amigas en el hotel para que se acomoden y usted se vendrá conmigo. —Me giro hacia las chicas, aterrada—. El señor Valenzuela la espera.

—Ah, no. Eso sí que no —corta la conversación mi amiga Sofía, la más valiente de todas—. Nosotras tres somos un *pack*, o vamos juntas, o no va ninguna.

—Como ustedes deseen. Aunque tengo entendido que la fotógrafa es la señora Ruiz. —Vuelve a fijarse en mí a través del espejo—. Corríjame si me equivoco.

—Señorita. Soy señorita Ruiz —es lo único que me sale por la boca. Con un vistazo a las chicas sabemos lo que pensamos, nos sobran las palabras. Asentimos y de nuevo me dirijo al chófer—: De acuerdo. Las dejamos en el hotel y me lleva con el señor Valenzuela.

Me despido de mis amigas a través de la ventana con el corazón compungido. He pasado por tantos intentos de secuestro en mi corta vida que este podría ser uno de ellos. No es fácil ser hija de padres misioneros y activistas por el cambio climático y la protección a la biodiversidad en todas sus formas. La gente que me rodea sabe las controversias que puede acarrear la lucha que llevan mis padres contra organismos y empresas con fuerte peso en el sector empresarial. Sé que ahora mismo estás alucinando, pero te

sorprendería cómo son en realidad según qué personas si hay un interés monetario de por medio.

Intento relajarme observando el paisaje a la vez que escucho música a través de mis auriculares.

¡Cling! Se para la música y aparece una notificación de mensaje, sonrío al ver que es José.

Cabra Loca:
Mireeee. ¿Ya estás por tierras colombianas?

Mireia:
Hello! Síií, estoy de camino a la reunión con tu cuñado. El señor Valenzuela.

Cabra Loca:
Verás qué pibonazo…, aunque admito que yo me he llevado al mejor de los dos hermanos. 😜

Mireia:
No me extraña, ¿quién no quiere a Yago? Como te descuides, lo enamoro.

Cabra Loca:
Ni muertoooo. Pues ya me quedo tranquilo de saber que has llegado.

Mireia:
Bueno, espero que tu cuñado sea más simpático que su chófer. 🤭

Cabra Loca:
¿De quién hablas?, ¿de Roberto Carlos? Todo lo que tiene de grande lo tiene de bueno.

Mireia:
No sé cómo se llama, pero, si es él, tiene que ser MUY bueno, pero mucho. Gracias por preocuparte siempre por mí, eres el mejor amigo que podría tener. 🥰

Cabra Loca:
Por cierto, ¿del susodicho sabes algo?

Mireia:
No, pero, cuando vea que he pagado tres billetes de avión a Colombia con su tarjeta, no tardará en ponerse en contacto conmigo.

Cabra Loca:
Dios, me encantaría estar delante para disfrutar de su cara y reírme de él. Mire, ni se te ocurra arrastrarte, porque la vamos a tener. 😤

Mireia:
¡No! Mireia la arrastrada ha desaparecido. Ahora solo existe Mireia la digna.

Cabra Loca:
Recuerda que jugará sucio. Es un puto

narcisista.

Mireia:
Pues estoy más que preparada para jugar. Te dejo, que se ha detenido el coche, a ver qué tal va todo. Espero no eclipsarme con la belleza de tu cuñado. 😜

Cabra Loca:
Sí, sí. Ya me dirás si consigues cerrar la boca cuando lo tengas delante y te eche esa mirada tan penetrante. Te va a desintegrar las bragas, nena. *Good Luck*.

Salgo del coche y no puedo remediar sonreír con el último comentario de José. Este hombre ve a todo quisqui macizorro, es increíble, como si su vida fuera producto de una novela erótica.

El armario de Roberto Carlos me abre la puerta de un edificio altísimo acristalado y, en cuanto cruzo el umbral, veo a un chico trajeado que nos sonríe deslumbrante. Avanzo hacia él, incapaz de quitarle la vista de encima. De verdad, no exagero. Es alto, moreno, con ojos claros, tiene una mandíbula perfecta que le marca un gesto serio muy atractivo. El traje tiene que estar hecho a medida porque le queda como un guante. A un metro antes de que llegue a su altura, se presenta:

—Señorita Ruiz, buenos días. —Observo cómo su sonrisa se hace más bonita y su provocativa mirada busca la mía—. Espero que el *jet lag* no le impida que nos podamos reunir estando recién aterrizada. Hoy tengo una visita especial, y quiero estar parte de la tarde y noche con él.

—No, tranquilo.

«¡Bien, Mireia! Has conseguido cerrar la boca, pero necesito que aparentes ser una chica coherente y buena en el trabajo. Empieza a

centrarte, por lo que más quieras», me recomienda mi subconsciente. José no exageraba con la apariencia de su cuñado, es más, creo que se ha quedado cortísimo.

Después de dos horas de reunión y recibir cada tres segundos mensajes de las pesadas de mis amigas, que no paran de enviarme fotografías del maldito hotel, estrecho la mano con Álex confirmando nuestro acuerdo: seré la persona responsable de llevarle la publicidad y *marketing* de su empresa de café.

Firmo el contrato con una sonrisa al imaginar a mis padres cuando sepan que de nuevo voy a trabajar con una empresa que no afecta al cambio climático ni al maltrato animal. Yo no lucho como ellos, tampoco soy tan radical, ya que son la pura resistencia, pero he crecido con valores que mis padres me han inculcado y me niego a participar con empresas que puedan afectar al medio ambiente.

—Señorita Ruiz, ¿le parece bien que almorcemos juntos? —me pregunta Álex saliendo del edificio.

—Sí —suelto sin pensar. Ni loca me niego a esta proposición, no sé cuándo volverá a repetirse algo así en mi vida—. Aviso a mis amigas para que no me esperen, que luego me uno donde estén.

—Perfecto. La dejo un momento, que voy a enviarle un mensaje a mi amigo.

Subimos al coche donde Roberto Carlos nos espera con su representativa seriedad. ¿Este hombre es así siempre?

Después de una perfecta velada y descubrir que ese Álex podría ser aún más atractivo por su inteligencia, decido adelantarme para pagar la cuenta.

—Si me disculpas, voy un momento al servicio. —Con disimulo cojo mi móvil y finjo que voy hacia los baños.

Le pregunto a un camarero dónde puedo ir a pagar, y me comenta que nos traen la cuenta a la mesa, así que, cuando le explico mi propósito, me indica que lo hable con el metre de la sala y él me dirá cómo hacerlo.

«¡Dios!». Trago saliva al saber el total, tampoco hemos comido tanto para que el importe sea de tres cifras. De igual manera, ¿qué más me da? Va a pagar Paolo. Que le den.

Me acerca el datáfono, coloco el móvil y veo cómo el gesto del encargado cambia.

—Disculpe, señorita, me sale: «tarjeta denegada».

—¿Cómo? No puede ser. Espere. —Cojo el móvil y cambio la tarjeta—. Pruebe con esta.

—Lo mismo.

Veo que me entra una notificación de mensaje, es del propietario de las tarjetas. ¡Ups!

> Mi amor:
> ¿Tienes la desfachatez de largarte a la otra punta del mundo a gastarte mi dinero?

—¡Mierda! —susurro algo alterada.

—¿Ocurre algo, Mireia? —Siento la vibración de la voz de Álex recorrerme el hombro y el vello se me eriza al instante.

—Buenas tardes, Señor Valenzuela. No sabía que esta encantadora chica iba con usted. —La pose del metre cambia a rígida a la vez que se coge las manos temblorosas.

—¿Intentabas pagar? —me susurra al oído y sin apenas moverme lo observo de soslayo y asiento—. Tienes que saber que a mí no se me adelanta nadie, la comida ya está pagada, ¿verdad?

—Por supuesto, señor. Perdone el desconocimiento y las molestias ocasionadas —se disculpa el trabajador con voz temerosa y un instante después se esfuma de nuestras vistas.

—¿Nos vamos? —Álex me ofrece un brazo y, sin rechistar, lo agarro—. Supongo que estarás agotada y necesitarás descansar. —No puedo ni contestar, este hombre a distancias cortas es aún más potente. Dejo el piloto automático encendido y solo sonrío—. Si luego por la noche te apetece tomar algo, te espero en el Café del Mar. —Me abre la puerta del coche y me siento en él. Cierra la puerta y bajo la ventanilla para despedirme—. Y, por supuesto, ven con tus amigas, que estoy segurísimo de que os gustará el lugar.

—Perfecto, pues luego se lo comento a ver qué les parece —intento decir, pareciendo desinteresada, aunque por dentro grito a

voces: «¡SÍ, SÍ!».

Llego al hotel, que, para mi gusto, es demasiado glamuroso. Sí, lo escogí yo y porque era el más caro de toda la ciudad y no aceptaban devoluciones. «¡Jódete, Paolo!».

Mis amigas me ponen al día de todas las actividades y descubrimientos varoniles que han tenido durante el día. Decidimos descansar un par de horas antes de ir a cenar y, como no esperaba menos, les resulta una magnífica idea ir a tomar algo al Café del Mar.

—Es el décimo mensaje que recibo de Paolo —suspiro con pesadez —. ¿Qué hago?

—Cielo, sabes que no es santo de mi devoción, pero lo más lógico es que lo llames y le confieses tu decisión definitiva —me aconseja Ana con una sonrisa tímida—. Así pondrás el punto final a todo.

—¿No lo habrá captado cuando lo envié a la mierda hace más de veinte horas? —suelto dejándome caer a plomo sobre la cama.

—Es muy tonto —afirma Sofía sentándose a mi lado—, no creo.

—Me va a matar, lo presiento —confieso temerosa a mis amigas.

—¿Por qué? —pregunta molesta Sofía—. ¿Qué pasa?, ¿que es el único ser humano al que lo dejan? Vamos, bah.

Los remordimientos por mi secreto, que, por supuesto, ellas no saben, empieza a expandirse y creo que se me empieza a reflejar en el rostro.

—Mireia Ruiz, ¿qué escondes detrás de esa cara? —apostilla Ana. Sin pensarlo, brinco de la cama y salgo pitando de la habitación—. ¿Dónde crees que vas?

—A hablar con él, que es lo que me has aconsejado —suelto saliendo de la habitación.

¡Buf! Por los pelos. Prefiero enfrentarme a cien leones hambrientos que a mi amiga Ana enfadada. No quiero explicarle que he gastado una cuarta parte del capital de mi ex, le daría un síncope. Sin embargo, todo es culpa de Paolo, no me tenía que haber retado cuando le dije que no quería continuar a su lado. ¿Qué persona le dice a quien ha sido importante para él: «Sin mí no serás

nada en la vida»?, ¿qué se cree, que respiro gracias a él? ¡Uf! Es pensarlo y me hierve la sangre.

Antes de salir del hotel veo que Paolo me vuelve a escribir y esta vez con tono amenazador:

> Mi amor:
> Me has decepcionado. No te reconozco y no entiendo el trato que estoy recibiendo por tu parte. ¿Tan mal me he portado contigo? Estoy muy enfadado y solo pienso en destruirte la vida. Nunca brillarás porque sin mí no sabes hacer nada.

¡Se acabó! Lo voy a llamar.

—Por fin te dignas a dar la cara. —Es oír su timbre de voz y me entra repelús.

—¿Qué pasa?, ¿no te sientes bien si no tienes a nadie en tu objetivo para frustrar?

—Cada hora que pasa me sorprende más la persona que eres, Mireia. —Me muerdo la lengua para no insultarlo—. Es como si no te conociera. ¿Cuándo vas a volver? Ahora, sin dinero, ¿qué vas a hacer?, ¿vas a mendigar?, ¿o crees que con tu trabajito de fotógrafa llegarás lejos?

No puedo aguantar más y saco la lengua a pasear:

—No he conocido en mi vida a una persona más ruin que tú, que se nutre de la luz de los demás para brillar. Ya no me voy a arrastrar, he abierto los ojos. Y que sepas que me quiero más a mí. —Escucho un resoplido burlón al otro lado del altavoz e intento controlar la rabia que empieza a abrasar en mi interior—. Sí, sé que he sido una imbécil y no me lo voy a perdonar. Soy una persona que se equivoca mil veces al día, pero ¿sabes qué? No necesito a nadie para levantarme, me valgo por mí misma.

—¿Eso crees? No me hagas reír. —Rompe en carcajadas—. Entonces, ¿por qué has gastado parte de mi dinero?

—No, te corrijo, es parte de nuestro dinero. Sé que dejándote he renunciado a todo lo que hemos obtenido en común, porque tanto tú como yo lo hemos trabajado. Y, por lo visto, no puedo reclamar nada, porque en su día te aseguraste de que confiara tanto en ti que no tengo nada a mi nombre, ni siquiera la cuenta bancaria. A pesar de ello, esta nueva Mireia te ha demostrado que, cuando tú vas, yo ya he ido y vuelto dos veces. Y, sinceramente, no te preocupes, a estas alturas me da lo mismo.

—Estoy alucinando con tu actitud, con todo lo que yo te he querido. ¿Por qué me tratas así? ¿Sabes todo lo que he hecho por ti? —Resoplo al oír todas esas sandeces—. De acuerdo, si es lo que quieres, tú misma.

—Hasta aquí. —Noto cómo una bola de fuego me sube por la garganta abrasando lo que alcanza y la dejo salir—: ¡¿Qué es lo que no entiendes de OLVÍDATE DE MÍ?! —grito al teléfono con todas mis fuerzas deseando que me escuche desde la otra punta del planeta—. ¿No te ha bastado con cancelar todas mis tarjetas? Me da lo mismo las trabas que me pongas, mi sentimiento es el mismo. ¡No te quiero! —Y cuelgo.

Intento calmar mi respiración alterada, aunque estoy muy cabreada como para conseguirlo. De repente, una mano me tapa la cara y un brazo me rodea por la cintura metiéndome en un coche. Lo que me faltaba.

Empiezo a moverme y dar patadas al aire. Con las manos golpeo a todo lo que encuentro a mi alrededor. Rezo para tener suerte y que alguien en el exterior del hotel lo haya presenciado y pueda llamar a la policía. Apenas puedo ver, una presión se me instala en el pecho provocada por el propio miedo y, de repente, algo frío que viene del exterior me agarra por los antebrazos. Noto un forcejeo sobre mi cuerpo y me quedo muda.

—Tírala, compadre. —Oigo una voz ruda a lo lejos con un tono alarmante.

Impacto contra la carretera sobre un brazo y empiezo a rodar junto a alguien. Va todo tan rápido que ni siento el dolor de los golpes que sufro.

Al abrir los párpados, me encuentro con unos ojos verdes cristalinos escrutándome con atención. Solo soy capaz de parpadear hasta que reacciono cuando su aliento me impacta contra la boca y no puedo evitar mirarle los labios, que están a menos de un dedo de distancia de los míos.

Un calor externo me recorre la cintura: son sus manos, que me sujetan con fuerza. Doy un bote para separarme de él, ¿quién coño es? Dios, ¡qué dolor! Apenas puedo moverme.

Sin darle la espalda, me alejo de él y me examino los codos, que están raspados. Mierda, si me ve así Álex va a alucinar, a ver qué le explico. Ahora solo falta que el pobre se asuste y no me quiera como publicista para su negocio.

No puedo dejar de lloriquear, parezco RoboCop. Continúo revisándome las heridas, me escuecen muchísimo. «Necesito hacerme chapa y pintura urgente», pienso y me voy hacia el hotel, deseando que con un poco de maquillaje consiga disimular todas las heridas. Espero que Sofía haya traído ese botiquín lleno de relajante muscular que siempre lleva encima.

En la entrada del hotel noto que me vibra el móvil, que, por cierto, aún sigue en mi mano y vivo. «Qué fuerte, ni lo he soltado», alucino conmigo misma.

> Mi amor:
> Sé que tarde o temprano volverás
> arrastrándote a mí.

—Sí, claro que sí. Haciendo la croqueta, ¿no te jode? —refunfuño con mucha ironía y rabia a mi móvil a la vez que lo bloqueo—. Tengo que cambiar su nombre por «idiota». —Suspiro de pesadez y dolor —. ¡Dios! Me duele toda la espalda —me quejo intentando llegar con las manos a la zona que me duele.

Oigo una voz que me saca de mis dolencias. Joder, es Ojitos Verdes, que quiere hacerse el superhéroe, lo que me faltaba. Pues me sabe muy mal por él, pero va a cargar con todo mi enfado. *Sorry*!

Tras soltarle cuatro burradas para que me deje en paz, subo a la habitación, molesta por la actitud del chico. ¿Qué se cree?, ¿que soy tonta? Como si antes de un viaje al extranjero las personas no nos informáramos de cuáles son los pasos a seguir cuando te ocurren sucesos como el de hoy.

Abro la puerta y al asomarme por el comedor Ana y Sofía observan mi mal aspecto y, por sus caras, no hace falta explicarles nada. Suerte que mis amigas están curadas de espanto, llevan muchos años en mi vida y, por desgracia, han vivido situaciones desagradables. Ellas lo son todo para mí y sé que es mutuo.

Con cariño, me ayudan a camuflar algunas heridas, la que más me preocupa es la del pómulo. Sofía, que es un as para el maquillaje, consigue que el hematoma de mi cara desaparezca, aunque sea por un tiempo. Mientras tanto, las pongo al día de todo lo ocurrido y del chico desconocido.

Tres cuartos de hora más tarde, llegamos al local. Es una terraza inmensa con música en vivo. Hay tanta gente que no llego a localizar a Álex y le envío un mensaje.

> Mireia:
> Hola, Álex, ya estamos aquí. Vamos a pedir algo en la barra. Nos vemos ahora.

Nos decantamos por la bebida típica de Colombia, y nos preparan *chicha*, una bebida alcohólica bastante fuerte con un toque de dulzor por la panela. No es que sea una entendida, nos lo ha explicado el camarero. Sofía y yo la bebemos a sorbitos, y Ana, todo lo contrario, se la bebe como si fuera agua.

—Prepárame otro, por favor —pide mi amiga al camarero con una sonrisa pícara.

—Esta chica siempre me deja asombrada —me comenta Sofía sin dar crédito a lo que ve, y se me escapa una risotada—. Es que parece que sea autóctona de la zona.

—¿Qué? Me ha gustado el sabor —afirma la afectada pellizcándose el labio inferior.

—Vale, me parece perfecto que te guste, aunque este lo vas a saborear despacio. No quiero ningún espectáculo delante de mi cliente, por favor —le ruego a Ana y lo acompaño con un gesto de súplica juntando las manos.

—Sí, tranquila. —Cambia la dirección de su vista por encima de mi hombro y, por su sonrisa ladina, sé que acaba de ver a Álex—. Joder, viva Colombia y la madre que lo parió.

Me giro y río al confirmar mis sospechas.

—Chicas, os presento a mi nuevo cliente, Álex.

—Dios, ahora entiendo por qué nos has dejado tiradas la mayor parte del día —confiesa Sofía por lo bajini sin quitarle la vista de encima—. Si hubiera sido yo, no me habríais visto durante dos días.

Las presentaciones de mis amigas a Álex han sido todo un espectáculo, he pasado algo de vergüenza porque a ninguna de las dos se le quitaba la cara de tonta. Creo que a Sofía se le ha escapado hasta un gemido al tocarlo. Qué vergüenza.

Álex nos invita a sentarnos con él y con su amigo, que, por lo visto, también viaja desde España. Soy la última de todos y, cuando por fin puedo ver algo, se me corta la respiración al comprobar que ese tal Samuel, el cual está presentando Álex como su amigo, es el superhéroe; Ojitos Verdes. Mátame, camión. Por lo visto, a él también le incomoda mi presencia, pues no se aclara con qué mano tocarme. No sé por qué tanta tontería, antes me ha cogido de la cintura y muy fuerte.

Paso toda la noche ignorándolo, no quiero ni verlo. Y esto último me cuesta, porque mis amigas se pegan todo el rato comentando cosas de su aspecto o de los gestos que hace. Es verdad que en las ocasiones que habla, por educación, lo miro lo justo y necesario. Odio a los tíos que se creen que las mujeres necesitamos ayuda para todo, como si no fuéramos suficientes para pensar en ocasiones extremas. Me gustaría verlos a ellos con la regla.

Vale, puede que me esté meando fuera del tiesto, y lo más seguro es que sea por la ruptura con Paolo, que me está afectando, y mi impulsividad y mi estado de desquicio *on fire* no ayudan.

Va pasando la noche y la mesa está llena de copas. No sé ni cómo ni en qué momento, nos quedamos los dos a solas. Qué situación

más incómoda. Él mira hacia Pekín, y yo, hacia California. En un momento de lucidez y cúmulo de alcohol por mis venas, rompo el silencio que reina entre nosotros.

—Samuel, es así, ¿verdad? —Afirma con la cabeza—. Disculpa mi actitud, creo que me he comportado como una idiota. Bueno, he sido una idiota. No he tenido un buen día y lo he descargado todo contra ti, cuando tú solo querías ayudar —pronuncio con la esperanza de que le llegue mi sinceridad—. Yo no soy así, en realidad.

—Tranquila. —Sus ojos me transmiten calma. «¿Cómo lo hace?», pienso—. Yo tampoco tenía que haber insistido en ayudarte, a veces, por mi trabajo, soy muy protector.

—Normalmente, uno actúa así por instinto —rectifico y me observa con intensidad—. Y te doy las gracias por cómo has reaccionado —le confieso agradecida y sonrío con timidez. ¿Por qué? No lo sé.

—¿Qué te parece si lo olvidamos todo? —propone acercándome su bronceada mano.

La observo y tiene pinta de ser cálida. Una bocanada de su perfume me invade y, sin quitarle la vista de la mano, se la estrecho con seguridad, sellando el acuerdo. Es más acogedora de lo que creía y su piel está algo reseca. Levanto la vista y me sobresalto al encontrarme con su penetrante mirada cristalina y me suelto de él como si su piel quemara.

Desde este momento, la noche ha pasado a ser más tranquila y hasta divertida. Al estar relajada he comprobado que Samuel no parece tan vacilón y *machirulo* como me había resultado.

Después de lo vivido en el día de hoy, y aceptando que la relación con Paolo se ha acabado para siempre, me siento LIBRE.

3. Todo no es casualidad

SAMUEL

Faltan dos semanas para el enlace de Tamara y Matteo y aún no me ha dado tiempo de darle a la novia el regalo de Álex. Hace dos meses que regresé de Colombia y hemos estado hasta arriba de trabajo. Tamara está centrada en una carrera que se celebra al mes de casarse y con los peques va cuesta abajo y sin frenos.

Hemos quedado todos en el bar de Can Jaume, que ya forma parte de nuestra rutina, una vez a la semana nos vemos ahí para tomarnos unas cervezas y reírnos. Creo que es la primera vez que hemos podido asistir todos; bueno, menos Tamara, que, conociéndola, ahora mismo su despacho será su segundo hogar.

—Samu —me llama mi hermana, que está sentada a mi lado izquierdo, y por cómo me toca la mano sé que es algo que le preocupa—. Necesito que luego hablemos. —Nos miramos a los ojos y me susurra con un hilo de voz—: A solas.

—¿Te ha pasado algo?

Niega con la cabeza, y mis hombros se destensan.

—Matteo, ¿dónde has dejado a los terremotos? —pregunta divertida Aroa.

—Están en una fiesta de cumpleaños —apostilla el padre de las criaturas, sonriente—. Por lo visto, a la madre de la cumpleañera le gustan las experiencias peligrosas y ha invitado, sin padres, a quince niños de tres años.

—¡Joder! —salta Yago intentando recomponerse al pasarle la cerveza por otro lado—. ¿Quince niños?, ¿sin padres?, ¿y no la has investigado?

—Sí, lo ha hecho —afirma mi hermana—. Me ha pedido hasta su historial médico.

—Ya decía yo, aunque no me extraña, está más zumbada que mi hermana Tamara y yo —participa José sin dejar de sonreír.

—A ver, no nos pasemos —le reprocha Matteo.

—Mira cómo protege a su mujer, amor —le comenta Aroa a Carlos muy acaramelada.

—Venga, cuñado —protesta José a Matteo—. Ahora me vas a decir que mi hermana, mi melliza —remarca señalándose con ímpetu —, es una persona tranquila y cabal.

Todos prestamos atención a Matteo, que tiene cara de estar recordando lo que puede hacer Tamara en uno de sus momentos de explosión.

—Me rindo, tienes razón. Tú y tu hermana sois bombas andantes, pero tengo que lanzar un dardo a su favor; desde que es madre no todo es blanco o negro…

—Claro, su lema es «me parece bien si los niños quieren» —continúa la frase Aroa imitándola y, acto seguido, estallamos todos a reír.

—Matteo —interviene José mientras se levanta de la mesa—. Como hagas todo lo que quieran los niños estás vendido. —Le guiña un ojo con cariño y le da un beso a Yago—. Ahora, chicos, os voy a dejar. La compañía es muy grata, pero he quedado con una amiga.

Después de hora y media de charla, poco a poco todos abandonan la mesa. Acompaño a mi hermana a casa, hace mucho tiempo que no monta en mi moto. Suerte que el trayecto es corto porque, si me descuido, me hace la cintura cinco centímetros más estrecha.

—Jolín, Samu. ¿Es necesario que corras tanto? —me reprocha saltando de la moto casi en marcha.

—Bah, no exageres. —Me río mientras me clava sus ojos como si fueran espadas—. Si no te has dado ni cuenta, has pasado todo el trayecto con los ojos cerrados y pegada a mí.

—Es que siempre haces igual. Sabes que no me gusta la velocidad, y tú le das más al gas. —Mi risa se amplifica, me encanta

su carita cuando está molesta. Sigue siendo la misma de cuando era pequeña—. No te rías, no sé dónde le ves la gracia.

Estiro un brazo y la agarro para abrazarla como lo hacía cuando era una niña y se había hecho daño. María, aparte de ser mi hermana pequeña, ha sido mi compañera, siempre nos hemos tenido uno al otro. Es tan importante para mí que si le llegara a pasar algo enloquecería.

Me invita a subir a su casa y, aunque estoy cansado, ni me lo pienso, disfruto de su compañía, además, en mi casa no me espera nadie. Desde que Tania y yo decidimos dejar nuestra relación, María ha estado a mi lado sin yo pedírselo. Supongo que es cosa de hermanos.

—No te fijes mucho en como está la casa, la semana que viene tendré una compañera de piso y estoy organizándolo todo —me explica mientras deja su chaqueta colgada y se dirige hacia la cocina —. ¿Una tostada de Galicia? —me pregunta con la vista en el interior del frigorífico.

—No, gracias. Con agua fresca ya tengo suficiente.

Nos sentamos en el sofá para charlar un rato. Me comenta por qué ha decidido compartir su piso después de cuatro años viviendo sola y veo, una vez más, un acto de bondad por parte de mi hermana.

—Es increíble cómo llegas a ayudar a la gente de tu alrededor —digo con orgullo—. Tienes una facilidad de empatizar…, me recuerdas a mamá.

—Bueno, tampoco es para tanto, tú no te quedas corto, hermanito —musita con voz tierna dándole un trago a su cerveza—. Lo único que hago es ceder por un tiempo ilimitado una parte de mi casa a una persona que necesita ubicarse en el desamparo que se encuentra ahora.

Siento una vibración en mi bolsillo y a mi hermana le suena el teléfono. Aprovecho para leer el mensaje mientras ella atiende a su llamada:

José:
¿Puedo pasarle tu teléfono a una amiga que necesita ayuda?

Samuel:
Hola José. ¡Uf! Viniendo de ti miedo me da…😢

José:
Perdona, ni te he saludado, ¿puedo?

Samuel:
¡Uy! Por tu insistencia, el asunto tiene que ser delicado. Dáselo. Ya sabes que para eso estamos.

José:
¡Perfecto! Se lo iba a pedir a Matteo, pero no quiero cargarlo con más. Ya tiene suficiente con lidiar con mi hermana y sobrevivir a mis preciosos sobrinos. 😜

Samuel:
Tranqui, ya sabes que estoy aquí para lo que sea. 😜

José:
Muchas gracias, te escribirá diciendo que es mi amiga. A ver si hay suerte, la pobre está desesperada.

Samuel:
Nada. Cuando ella quiera.

Mi hermana se deja caer junto a mí, y pongo el teléfono a un lado para lanzarme sobre ella a hacerle cosquillas.

—Para, para, no me hagas más cosquillas, por favor —suplica entre risas e intenta quitarse mis manos de encima—. Que me meo, para.

—Pues ya puedes soltar quién es el que ha hecho que vayas a hablar a otra habitación.

—¿Cómo lo sabes? —suelta las palabras retorciéndose de la risa —. Te lo digo si paras. —Le doy tregua y se sienta e intenta recuperar la respiración—. Es solo un amigo.

—¿Solo?

—Me siento muy cómoda con él. Por ahora es amigo y ni se te ocurra meterte en medio —me amenaza con un dedo índice—. No quiero cagarla, quiero relacionarme como las persona de a pie, sin tener un historial completo, y descubrir cómo es, dejándome fluir.

—Sí que te ha tocado, ¿no? —Se le escapa una sonrisa tímida que intenta disimular girando la cabeza—. Entonces, nos limitamos a observar, ¿no?

—Sí, necesito vivir algo «normal» —pronuncia entrecomillando con los dedos—. Echo en falta mi vida antes de entrar en la central, relacionarme con cualquiera sin tener sospechas o desconfianzas de por qué se ha acercado a mí.

—Te entiendo, aunque no quiero que te ocurra nada. Aun así, ya sabes que, por nuestra profesión, no es bueno conocer a alguien fuera de nuestro entorno, más bien es peligroso.

—Lo sé, aunque es mi decisión —me confiesa con ternura.

Sé que está ilusionada y que tiene miedo a la vez.

—Si quieres que sea así, pequeña, lo acepto. —Y lo sello con un beso en la frente.



📍*En la central de operaciones*.

Queda una semana para la boda de Matteo y Tamara, y la novia, antes de irnos a la última misión, nos amenazó a todo el equipo de intervenciones especiales diciendo que: como nos hiciéramos un simple rasguño nos mataba. Acabamos de aterrizar de una misión de Alemania y no sé si teníamos más miedo a lo que nos íbamos a encontrar ahí o a las amenazas de la futura novia.

Me voy al *office* a tomar un café bien cargado para ver si consigo quitarme el cansancio de encima. Enciendo el teléfono, que lleva toda la semana apagado y guardado en un cajón de mi despacho. No paran de entrar avisos de llamadas perdidas y mensajes. Hay uno de ellos que me llama la atención y voy directo.

> Número desconocido:
> Hola, soy la amiga de José. Me dio tu teléfono porque me dijo que me podrías ayudar.

Más abajo hay otro de Tania:

> Tania:
> Hola, Samuel, ¿te va bien que nos veamos?, ¿tomamos café? Ya me dices. 😜

«¿Te va bien que nos veamos?», repito el mensaje mentalmente. ¿Quiere decirme algo? ¿Será que ha conocido a alguien? Recibo un mensaje que me saca de mi razonamiento.

Número desconocido:
Disculpa, supongo que estarás ocupado. No quería molestar. Déjalo, buscaré ayuda por otro lado. Gracias igualmente.

Joder, se ha pensado que he pasado de ella. Me dispongo a llamarla, pero me salta el típico mensaje: «El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura».

—Qué mala pata, le voy a escribir a ver si lo lee pronto y no se desanima —digo para mí mismo.

Samuel:
Hola, disculpa, he estado una semana fuera de España y tenía el teléfono desconectado. ¿Te va bien que nos veamos y me comentas en qué te puedo ayudar?

Número desconocido:
Hola, qué bien, gracias por contestar. Siento si te molesto, estoy agobiada y no sé por dónde empezar a buscar.

Samuel:
Tranquila, si me lo explicas, intentaré ayudarte.

Número desconocido:
Ojalá. ¿Te va bien quedar hoy?

Samuel:

Sí, sin problema.

Número desconocido:
Perfecto. Pues nos vemos dentro de una hora en la ubicación que te voy a enviar.

Sentado en una de las mesas de la cafetería en la que me ha citado la misteriosa amiga de José, me pongo al día con todas las llamadas y mensajes que tenía pendientes, menos el de Tania. No sé si estoy preparado para saber que está rehaciendo su vida, que sería lo más normal, aun así, desconozco cómo reaccionaré.

—¿Samuel? —Me giro hacia esa voz femenina que me resulta familiar—. ¿Qué haces aquí? Deberías estar en casa descansando.

—Tamara. —Me pongo en pie para darle dos besos—. ¿Qué haces tú por aquí?

—Mi hermano, que por lo visto contrata servicios para la boda sin yo pedírselo. —Sonrío al ver cómo pone los ojos en blanco—. Y he tenido una reunión para concretar horarios. —Se gira hacia la barra, en la cual solo está el camarero. Tamara resopla al ver quién la llama al móvil y me muestra la pantalla—. Ahora me llama Matteo, seguro que es para recordarme que tenemos reunión en el colegio de los peques. —Escribe algo en el móvil a la vez que se pellizca el labio inferior con los dientes—. Hala, pues ya estaría. Le he dicho que vaya a casa a descansar, que me ocupo yo. —Me da un beso en la mejilla y se va hacia la puerta con la vista fija en el teléfono—. Si es que se estresa con nada —protesta.

—Ya sabes cómo es Matteo, cuando se trata de ti y de sus pequeños no hay descanso que valga.

—Lo sé, durante esta semana me ha dejado mensajes programados con todas las extraescolares y los horarios de cada clase, para que no se me olvidara nada. Y ya, para colmo, el menú semanal. Como si se me fuera a olvidar darles de comer.

—Piensa que él sabe que vas a tope con todo, solo quiere ayudar. —Afirma con la cabeza y una dulce sonrisa. Le suena el móvil y le

cambia la expresión al ver que es Matteo. No puedo evitar que se me escape la risa y, de repente, me viene un *flash*—. Por cierto, Tamara, tengo algo para ti de parte de Álex.

—¿Cómo fue por ahí?, ¿él está bien? —Sonrío a modo de respuesta, y ella sigue con la atención en el aparato—. Quedamos en otro momento, ¿vale? Lo siento, me tengo que ir volando.

—Tranquila, hablamos.

Me lanza un beso y sale disparada por la puerta.

—Ya estoy yendo para allí, Matteo, tranquilo.

Escucho que dice Tamara antes de cerrarse la puerta y me vuelvo a sentar para continuar poniéndome al día.

De repente, noto una mano en el hombro y me giro para ver quién es. Vaya, hoy es una tarde de coincidencias.

—Mireia, ¿qué haces tú por aquí? —Me levanto a saludarla.

—Por casualidad no te llamarán el Poli Macizorro, ¿verdad? —Me echo a reír sin saber de qué va—. Creo que hemos estado hablando, soy la amiga de José que necesita ayuda. No me ha querido dar tu nombre y te tiene agendado así.

—Ostras, desconocía mi apodo y también que fueras tú con quien he hablado. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad? —Nos sonreímos con timidez y con la mano le ofrezco asiento—. Siéntate, por favor, y explícame qué te pasa.

Charlamos alrededor de dos horas y hay cosas que no me cuadran. Al mismo tiempo que la escuchaba he analizado sus gestos no verbales. Sé que no miente, solamente suelta la información tal y como le viene, aunque de forma algo desordenada. Desprende nerviosismo en sus gestos temblorosos y miedo en la mirada.

Me ha gustado ver otra Mireia, he podido descubrir que, dentro de esa fachada de persona dura y fría, hay una personalidad delicada, desconcertada y compungida por todo lo que está viviendo. No la he querido interrumpir en ningún momento. Lo que sí que he hecho es transmitirle que voy a ayudarla en todo lo que necesite.

4. Quiero ver la luz

MIREIA

—Chicas, siento llegar tarde —me disculpo a trompicones—. Necesito un vaso de agua, me falta el aire.

—¿Mejor una cerveza? —pregunta Ana poniéndose en pie para pedir en la barra.

—Pues sí, que hay mucho que contar.

Mis amigas empiezan a hablar de su día a día dándome tiempo para recuperar mi falta de oxígeno. No recordaba lo que era trabajar para José, siempre le viene la inspiración a última hora y, como disfruto con lo que hago, pierdo la noción del tiempo. Tener la oficina a las afueras de Barcelona tampoco ayuda a que llegue a tiempo a mis citas.

—Bueno, y ahora puedes ser más explícita con el mensajito que nos dejaste hace cinco días en el chat, ese en el que nos contabas que Ojitos Verdes es quien te ayudará a buscar a Max. —Sofía va directa al grano, y doy un sorbo, un poco cohibida por mis dos amigas.

—Dios mío, ¡qué presión! —Miro a ambas y empiezo a confesar—: Por lo visto el amigo de José, el Poli Macizorro, es Ojitos Verdes. —Observo cómo ambas bocas y ojos se abren a la par—. Ya, yo también me quedé pasmada cuando lo vi en la mesa en la que le dije que lo esperaría.

—Pero ¿cuando lo agendaste no te salía su foto de perfil? —me interrumpe Sofía.

—No, hasta que el otro contacto no te agrega no te la muestra —aclara Ana.

—Ah, vale. ¿Y qué pasó?, ¿le has explicado todo?

—Sí, todo lo legal. Lo de colarme en casa de Paolo lo he suprimido y, sobre todo, lo de pulirme parte de su capital en viajar a Colombia con todos los gastos pagados. —Le doy un sorbo a la cerveza y continúo—: Más que nada, por si termino yo en la cárcel en vez de él.

—A tu ex es a quien tienen que encerrar. Anda que dejarte todas tus pertenencias en bolsas de basura delante de la puerta de su casa, el muy cabronazo…, por no llamarlo de otra manera —escupe con rabia Sofía—. Y ¿lo del perro? Me parece increíble, te ha ido dando largas diciendo que lo está cuidando un amigo, ahora lo tiene no sé quién, después otra persona y, la verdad, a saber dónde está. Sinceramente, podría estar hasta mue…

—Vale, Sofía —la paro, no quiero ni pensarlo, solo quiero encontrar a Max.

—Disculpa, me caliento y no controlo lo que digo. —Mi amiga me coge las manos, reconformándome tal y como necesito.

—Por un lado, tengo una extraña sensación de tranquilidad, como si Samuel fuera un salvador y me fuese a ayudar a encontrarlo vivo. Tendríais que haberlo visto cuando supo todo, empezó a llamar a todas las perreras y protectoras del país, aunque no ha habido resultado, y se complica cada vez más porque es muy difícil encontrar a un perro sin chip. —Resoplo preocupada. De la misma presión se me clavan las uñas en las palmas de las manos. Cojo aire y retomo la conversación—: Samuel me ha sorprendido un montón, durante esta semana no me ha dejado en ningún momento, es una persona tan atenta… Me hace miles de preguntas que a veces no sé ni por qué, aun así, se lo explico todo sin tapujos. —Sonrío al recordar la cantidad de mensajes que me dedica al día. Sin darme cuenta empieza a formar parte de mi vida—. Ha hecho un listado de los siguientes pasos, aunque no hay mucho más que podamos hacer. —Sin poder evitarlo, las lágrimas me salen disparadas e intento esconderlas limpiándomelas rápido con la mano—. Solo de pensar que a Max le pueda pasar algo…, no me lo voy a perdonar nunca —digo con voz entrecortada.

—¿Os habéis dado cuenta de que siempre lo ha tenido todo bajo control? —opina Ana, y la observo desconcertada—. Paolo ha hecho y deshecho lo que ha querido con tu vida, te ha dejado sin dinero, sin propiedades y ahora sin mascota. Es como si lo hubiera tenido todo planeado desde el inicio.

—¿A que sí? Lo he estado reflexionando durante todos estos días y alucino con su actitud—confieso a mis amigas mientras me froto los ojos—. Es como si no lo conociera.

—Es un puto controlador —participa Sofía molesta.

—¿Con qué fin? —interrumpo de nuevo—. Paolo es un capullo integral y por lo visto es una persona horrible, pero no lo veo como el dueño de este rocambolesco plan.

—Bueno, ha tenido una visión de futuro con un plan de vida y se ha quedado con todo y a ti te ha dejado sin nada —concluye Sofía dándole el último sorbo a la cerveza.

Respiro hondo, a veces la sinceridad de mi amiga me escuece como el alcohol en una herida.

—Me duele la cabeza —confieso tocándome la sien—. Necesito ordenar el puñetero caos que reina en este instante en mí. —Siento en la mano derecha el calor de mi amiga Sofía y me contagio de su bonita sonrisa—. Suerte que ya tengo un hogar nuevo con una compañera que es un amor, trabajo y continúo teniendo a las mejores amigas del mundo. —Acerco mi cerveza, y ellas de inmediato hacen lo mismo con las suyas—. Por nosotras, porque siempre estaremos para las buenas…

—Las malas —continúa Ana.

—Y las peores —concluye Sofía. Chocamos los botellines y bebemos—. ¿Y tu compi de piso qué tal?

—Es supermaja, ya la conocía en persona y en convivencia es mucho mejor. —Intento pensar en lo positivo, pero no dejo de darle vueltas una y otra vez a mi ex—. Sinceramente, desde que he decidido apartarme de Paolo, la vida me sonríe. Es como si me hubiera quitado un peso de encima. Creí que sus palabras tenían parte de razón, que no iba a ser nada si él no estaba a mi lado. —Suspiro y observo cómo mis manos nerviosas se tocan entre ellas.

—Ahora vas a saber lo que eres capaz de hacer y hasta dónde puedes llegar. Has estado durante mucho tiempo bajo la sombra de ese indeseable y ha llegado el momento de que renazca esa Mireia que muchos conocemos —comenta Sofía como buena psicóloga que es.

—La verdad es que vuestro apoyo y la ayuda de José han hecho que abriera los ojos y diera el paso. Lo único que falta para la guinda es encontrar a Max sano y salvo.

Me vibra el móvil y veo que es un mensaje de Samuel:

Samuel:
¿Te va bien tomar un café en una hora?

Mireia:
¿Sabes algo?

Samuel:
Tengo una corazonada.

Mireia:
De acuerdo, en una hora en la misma cafetería y mesa de siempre.

—¿Y esa sonrisita de boba, Mire? —La voz de Sofía me saca del trance—. ¿Quién te ha escrito?

—Nada, solo es Samuel, dice que tiene una corazonada sobre Max.

—¿Lo acaba de llamar por su nombre? —pregunta Sofía a Ana.

—Esto se pone interesante —cuchichean entre ellas, y yo solo resoplo al escucharlas.

—Chicas, lo llamo por su nombre porque tengo una malacostumbre de hacerlo con todo el mundo…

—Ya sabes por dónde vamos, Mireia —me interrumpe con sorna de nuevo Sofía.

—Ojitos Verdes solo me está ayudando con la búsqueda de Max y se preocupa por encontrarlo. Nada más. —Quiero zanjar el tema, aunque las caras de incredulidad de mis amigas hacen que confiese algo que me sorprende incluso a mí misma—: Vale. No sé qué me pasa con él, hemos conectado con mucha facilidad. Tengo esa sensación, como si lo conociera de toda la vida. Por ahora, es la única persona que está consiguiendo que tenga una pequeña esperanza de que vaya a encontrar a Max.

—Ains, amiga. Que esto resulta que va a ser más serio de lo que nos pensábamos —anuncia Ana con una sonrisa picarona y una mirada de complicidad a Sofía.

En ese instante pienso que mis amigas son tontas. Ahora mismo, con lo de Max, no tengo la cabeza para otros asuntos. Durante la última media hora de conversación con ellas desconecto sin dejar de darle vueltas: «¿Qué querrá decirme Samuel?».

¡Joder! Quiero encontrar a Max, ¡ya!

Entro por la puerta de la cafetería, y Samuel ya está sentado en la que empieza a ser nuestra mesa de quedadas. Sonrío. Solamente nos hemos visto siete veces en poco más de una semana, aun así, nos escribimos todos los días. No puedo evitar alegrarme al verlo, os juro que me siento tan cómoda con él…

—Ey, ¿cómo está ese Poli Macizorro? —suelto con sorna sentándome a su lado para ver la pantalla del ordenador.

Disfruto mucho al chincharlo y observar su cara de bochorno.

—En serio, ¿cuándo me llamarás por mi nombre? Empiezo a pasar vergüenza —me habla sin quitarle la vista al portátil.

—Samuel —le susurro muy cerca del oído—, ¿te estás poniendo rojo?

—Vamos a dejarnos de tonterías —dice girándose hacia mí y quedándose a dos dedos de mi cara. Reculo a cámara lenta, me impresiona tener sus ojos acechándome tan cerca—, y centrémonos en Max. —Carraspeo y asiento con la cabeza, recordando a lo que venía—. Durante estos días no he dejado de darle vueltas a dónde

podría esconder alguien a un perro. Si lo hubiera abandonado, la supervivencia de un animal lo llevaría a deambular hasta regresar a su hogar, puede llegar a tardar una semana, eso si fuera el caso de que estuviera hasta a doscientos kilómetros de aquí. Ya ha pasado tiempo suficiente para que alguno de los equipos forestales se hubiera cruzado con él. —Lo escucho sorprendida—. Ya te dije que he hecho varias llamadas y por lo visto han empezado con las limpiezas y preparativos de los bosques para el tema de incendios en verano. Hay muchas zonas peinadas y la mayoría son las de alrededor de la vivienda de tu ex. También conseguí poner en sobre aviso a todas las protectoras y asociaciones del país y, por ahora, no he recibido noticias. Hoy he estado dándole vueltas para encontrar otra alternativa… ¿Y si no lo ha dejado suelto? ¿Y si lo tiene encerrado?

—¿Cómo? No entiendo. ¿A qué te refieres? —Cruzo los brazos sobre la mesa.

—Es decir, ¿está la posibilidad de que tengáis una segunda residencia y lo haya encerrado ahí? Así no se oirían los ladridos y tampoco se podría escapar.

—¿Y dónde?

—Esta parte te toca a ti. —Aprieto los labios sin saber qué contestar—. ¿Ibais a algún lugar en vacaciones? ¿O sabes de alguna segunda residencia por parte de su familia? No sé, algo que nos pueda dar una pista para empezar a buscar. —Su tono de voz me transmite tranquilidad.

—De su familia no sé nada, nunca quiso hablar de ellos, y lo respeté.

Joder, cuanto más tiempo paso alejada de Paolo, más cuenta me doy de que desconozco por completo a la persona con la que conviví durante años. Me meso el pelo varias veces e intento recordar algún lugar donde le gustase ir.

—Mireia, tranquila. —Samuel me toca el brazo y por arte de magia una paz invade mi interior. ¿Cómo lo hace? Estoy alucinando, esto no lo consigo ni con las clases de yoga—. Los nervios no ayudan, bloquean. Vamos a ver, cambiemos de rumbo. ¿Por tu parte tienes alguna segunda residencia?

—Mmmmmm… —Me pongo a darle vueltas, la mente me va a mil e intento relajarme como me pide él. Respiro y, en un abrir y cerrar de ojos, me viene el *flash* de una imagen—. ¡Espera! —Golpeo la mesa a la vez que grito—. Creo que lo tengo. Aunque no es una segunda residencia. Y seguramente no estará ahí, pero mis abuelos ficticios, que eran unos vecinos de toda la vida de casa de mis padres, eran cuidadores de una masía. De pequeña, cuando mis padres viajaban por negocios, de vez en cuando ellos me llevaban allí. Ahora está abandonada, no tiene puertas ni ventanas.

—¿Recuerdas si él sabe de su existencia?

—Sí, hemos dado muchos paseos por esa zona. Es más, siempre decía que la íbamos a reconstruir y hacerla como segunda vivienda por el valor sentimental que tenía para mí.

—Bien, por algo se empieza. —Teclea en el ordenador—. ¿Crees que Max podría estar ahí?

—No lo sé, pero no pierdo nada por ir. —Me levanto nerviosa recogiendo mis enseres, y Samuel, sin mediar palabra, hace lo mismo—. ¿Qué haces?

—Mireia, me voy contigo.

—No hace falta, puedo ir sola —contesto, y él se prepara para salir a mi lado.

—¿A qué esperas? Venga, vamos a buscar a Max —afirma abriendo la puerta y, sin discutirle, sonrío nerviosa y salgo del local.

De camino a la masía, Samuel pone música para romper el silencio que empieza a astillar. Intento gestionar todos mis nervios, no me quiero ilusionar con la idea de encontrar a Max y vivo, ya que la escena puede ser otra y no quiero ni imaginármelo. Solo pido que esté ahí, estoy agotada de buscar sin resultado.

Agradezco tanto toda la ayuda que he recibido por parte de Samuel durante todos estos días…, no me ha dejado en ningún momento, ha sido mi sombra y eso ha hecho que mi esperanza no se apague. Porque no os voy a negar que he tenido mi momento de desistir.

Siento cómo el coche va disminuyendo de velocidad y vuelvo en mí. He estado tan concentrada en mis pensamientos que no me he dado cuenta de que ha oscurecido. Observo dónde nos encontramos

y las luces de los faros alumbran la poca fachada que queda de la masía.

—Según tus coordenadas, es aquí —comenta al poner el freno de mano y apaga el motor—. Vamos a ver.

No tardo ni una décima de segundo en salir del coche. Hace algo de frío, aun así, los nervios son los responsables de que mi temperatura esté más elevada de lo normal. Cada paso que doy sobre la grava del suelo resuena junto al acelerado bombeo de mi corazón.

—¿Prefieres que entre yo solo? —La voz de Samuel provoca que suelte todo el aire que retengo y siento cómo los músculos se me aflojan.

—No, quiero estar —confieso, aunque mis pies no están por la labor de avanzar.

—De acuerdo, lo haremos juntos.

Me coge de la mano con seguridad y tira de mí para entrar en esa casa en ruinas. Está todo oscuro y con la luz de la linterna del móvil alumbramos cada rincón de lo que queda de la masía. Huele a humedad solamente, se escucha el crujido de las ramas cuando el aire las mueve y el sonido de una lechuza a lo lejos.

Quiero gritar el nombre de Max, aunque me aterra recibir silencio como respuesta. Estamos a punto de acabar de revisar todo y no hay rastro de mi perro. ¡Joder! ¿Dónde coño estará?

—¡Mira! —exclama Samuel apuntando a un árbol al fondo—. ¿Puede ser él?

Y veo una bola oscura camuflada de hierbajos. Salgo disparada hacia ahí y, según me voy aproximando, me doy cuenta de que es Max y apenas respira. Empiezo a retirarle las ramas que tiene por encima y a quitarle la suciedad del cuerpo. Está delgadísimo y tiene varias heridas.

—Max, cariño —suelto entre sollozos y abrazándolo—. Estás helado, mamá ya está aquí.

Lo agarro con fuerza y lo echo encima de mí, hasta que escucho un pequeño gemido.

—Mireia, está vivo. Déjame que lo coja y nos lo llevamos para que lo vea un veterinario.

Examino la cara de mi perro, y tiene los ojos llenos de legañas y entreabiertos, gime débilmente. Y, como si no pesara, Samuel lo agarra y me levanta de un tirón. Me coloco con Max en la parte trasera del coche y lo tapa con una manta que tiene en el maletero, y yo no dejo de acariciarlo. Las lágrimas no cesan de caerme por el rostro, ¿Cuántos días llevará ahí? Está superdelgado, se le notan todas las costillas, pobrecito, aun así, intento pensar en que ya está conmigo.

Pasamos la mayor parte de la noche en el hospital universitario de mascotas, Samuel no me quiere dejar sola y se lo agradezco, porque la mente me va a mil y con sus historias hace que no tenga tiempo para pensar. Hasta ha ido a comprar la cena, me sabe mal que se quede sin dormir, sin embargo, empieza a ser un apoyo importante en este momento.

—Venga, acábate el bocadillo —me insiste por quinta vez.

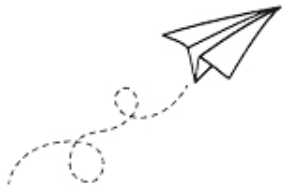
—No me entra nada. Solo quiero saber cómo está —confieso preocupada esperando a que alguien salga por la puerta por donde se han llevado a mi perro.

—Mireia, Max ya está a salvo, ahora solo hay que estabilizarlo, es una raza fuerte, en nada estará al cien por cien —me consuela, sus caricias me reconfortan.

—Samuel —digo cogiéndole las manos—, no te voy a poder devolver ni la mitad de lo que has hecho por mí durante estos días. El que no tiene mascota no lo entiende, pero Max es mi familia, y gracias a tu constancia lo tengo a mi lado de nuevo.

—Eh. —Me frena y me limpia las pocas lágrimas que me quedan con los dedos—. No me tienes que dar las gracias. Yo nunca he tenido mascota, aun así, tu preocupación me hizo ver que era algo importante y no sé decir que no.

—Gracias, de verdad. —Me lanzo a abrazarlo con fuerza.



Cuatro días más tarde.

Me estoy preparando para salir a dar una pequeña vuelta con Max, la recuperación es lenta y ¿os he dicho que tengo la mejor compañera de piso? No ha puesto impedimento en meter una mascota en su casa y lo mejor es que tiene un amigo que me va a ayudar con su rehabilitación y sin coste. Al principio me resultó extraño y embarazoso y, por otro lado, tranquilizador, porque voy muy justa de dinero. Sé que puedo pedírselo a mis padres, pero eso conlleva a dar explicaciones y desvelarles en qué estado se encuentra mi vida y el porqué. Y paso, tengo treinta y dos años y no voy a dar explicaciones a nadie.

—Buenos días, bonita. —Por el pasillo se filtra la voz de María, mi compañera de piso, que está en la cocina—. He preparado café —dice mientras cierra su termo y se va con prisas—, me voy pitando. ¿Sales a andar con el pequeñín?

—Sí. —Suelto al aire.

—Perfecto. Por la tarde me lo llevo con Sergio. —Se asoma por el umbral de la puerta de la cocina y me contagia de alegría con su animada sonrisa—. ¿Te he dicho ya la suerte que tengo de tenerte como inquilina?

—La suerte es mía, que me has aceptado con todo lo que arrastro.

—Las cosas pasan por algo. —Me da un beso en la mejilla y acaricia con ternura a Max—. Tú me has dado más en estos pocos días que muchas personas que llevan conmigo toda la vida. Que tengáis un bonito día.

Se instala una sonrisa en mi cara y no le quito la vista de encima hasta que desaparece. ¿Veis como es un amor de persona?

Suena el teléfono, son mis amigas:

Sofía:
Chicas, tardo cinco minutos.

Ana:
Yo estoy pidiendo el café para todas.

Mireia:
Perfecto, le pongo la correa a Max y salimos.

Hemos cogido como rutina desayunar las tres juntas todos los jueves en el parque que está a dos manzanas de mi nuevo hogar. Cada semana le toca comprar a una los cafés del resto, somos tan iguales que ninguna de las tres comemos nada recién levantadas.

Compruebo la hora, atenta al móvil, esperando el mensaje matutino de Samuel. Todos los días a las siete y media de la mañana recibo sus «buenos días» y me pregunta por Max, han hecho muy buenas migas. Y, ¿para qué engañaros?, nosotros también. Es algo extraño de explicar, durante este tiempo que hemos estado juntos con la búsqueda de Max, hemos tenido una conexión brutal, nunca he vivido algo parecido. Es todo muy complicado, no es una atracción sexual que va más allá. Es como si nos conociéramos desde hace años, como si nuestras almas hubieran pactado en un pasado lejano, y ahora fuese el momento de reencontrarnos. Con él me siento cómoda, cien por cien yo misma, le muestro todo de mí como si de un libro abierto se tratase, como si él fuera mi cuaderno de Pitágoras. Me escucha y no me juzga, y creo que esa es la esencia de nuestra relación: la sinceridad, el no reservarnos nada. Es una amistad sin filtros.

Nunca creí que esa conexión se podía sentir con un desconocido, siempre he pensado que solo podría pasar con alguien con quien haya vivido miles de momentos, mis amigas, por ejemplo.

Samuel:
Buenos días, marmotilla. ¿Qué? ¿Lista para salir a dar una vuelta con la fiera?

Sonrío al leer su mensaje desde mi reloj, cojo el teléfono corriendo para contestarle:

Mireia:
¡Buenos días! Sí, ya estamos listos. Por cierto, te debo una cena y, como sé que eres una persona que no sabes decir que no, ¿quedamos mañana?

Samuel:
Que no hace falta, mujer, que solo te compré un bocadillo. 😅

Mireia:
Calla. ¿Puedes o no?

Samuel:
Vale, pero no puedo irme muy tarde a dormir, que al día siguiente es la boda de mi mejor amigo y soy el padrino. ¿Recuerdas?

Mireia:
Sí, tranquilo. Yo también madrugo, me toca trabajar al día siguiente. 😜

Samuel:
Aprovecharé para enseñarte mensajes de Tania y me asesoras, que ando algo perdido.

Mireia:
Eso está hecho. 🥰

Ya os lo he dicho, no hay atracción entre nosotros, Tania es su ex y quiere volver con él. Yo soy la asesora del amor, como si a mí me fuera genial.

Después de un día sin parar, llego a casa por la noche, baldada. Hoy José y yo hemos estado preparando la publicidad para el próximo desfile de primavera de dos mil veintiséis. Es increíble saber qué tonos y telas se van a llevar para la siguiente temporada, ojalá todo fuera igual. Sería una ventaja ir siempre un paso por delante a lo que te va a suceder, en realidad…, pensándolo mejor, lo idóneo es el desconocimiento, así uno vive más tranquilo.

Llevo un tiempo sin recibir mensajes de Paolo y es todo un alivio. Me gustaría que hubiera un modo de desactivar nuestra relación para que dejara de enviarme esos mensajes tan hirientes que, aunque no los llego a leer, me puedo imaginar con cuánta rabia van cargados.

Abro la puerta y me encuentro a María sentada en el sofá. Está tan concentrada con el ordenador que ni percibe mi presencia. Me dejo caer a su lado, y de un sobresalto cierra el portátil.

—¡Qué susto, Mireia! —dice nerviosa—. Estaba concentrada con un trabajo y ni me he enterado de que has llegado. —Sonríe tensa y no puedo evitar analizarla.

Es mi trabajo, soy fotógrafa y estudio inconscientemente los gestos no verbales de quienes tengo delante.

—¿En qué trabajas? ¿En otro proyecto «*top secret*» de los tuyos? —la analizo intrigada.

—Me has pillado —confiesa con las manos hacia arriba—, sí. —Nos reímos al unísono.

Empezamos a cenar y ambas recibimos un mensaje:

Samuel:
Estaba dándole vueltas a algo. ¿Me dejas elegir sitio?

Mireia:
No. La que invita soy yo, y eso quiere decir que soy la que decide

Samuel:
Me esperaba una respuesta así, aunque lo quería intentar.

Mireia:
Mañana al mediodía te mando la hora a la que te paso a buscar.

Samuel:
Pero si no sabes dónde vivo…, ¿o debo tenerte miedo?

Mireia:
Por lo que te conozco, ya me habrás investigado y sabrás hasta mis horas de descanso…

Samuel:
Te vas a sorprender, pero no me ha hecho

falta. Es la primera vez que confío en alguien cien por cien sin sospechas.

Mireia:
Ains…, me vas a sonrojar 🤭 y no te voy a negar que me ha gustado esa respuesta, es un placer.

Samuel:
A pesar de cómo fue nuestro primer encuentro, 😅 estoy feliz de tenerte en mi vida. Creerás que estoy loco por lo que te voy a decir: te confieso que con tan poco tiempo te has ganado un trocito de mi corazón, eres una chica TOP.

Dejo caer el móvil en la mesa y por una extraña razón el corazón se me acelera golpeándome con fuerza el pecho. ¿Qué es esto?

—Mireia, ¿estás bien?

—Em… Sí, sí —tartamudeo, trago saliva y, al ver cómo los ojos de mi compi me observan preocupados, estallo—: ¿Te ha pasado alguna vez conectar con alguien que acabas de conocer hace relativamente poco de una manera tan fuerte que no te imaginas la vida sin esa persona? —María me sonríe y no sé si es porque le ha ocurrido algo similar o porque piensa cosas que no son—. No hablo de enamoramiento ni atracción. Es solo un amigo —me justifico nerviosa—. Me siento tan cómoda…, es como si ya nos conociéramos.

—Seguro que habláis de todo, hasta de cosas que no hablas ni con tu mejor amiga —acaba mi frase.

—Así es.

—¿Y qué te ha escrito esa persona? Si se puede saber. —Apoya la cara sobre una mano y me observa con atención.

—Que está feliz de tenerme en su vida y que soy una chica TOP.

—Guau, qué bonito. Pues sí que es fuerte la conexión.

—¿Te puedes creer que nunca me lo habían dicho? Me he ruborizado y todo —musito sonrojada.

—Dicen que nunca es tarde. —Sonríe con cariño y empieza a recoger la mesa.

Samuel:
Mireia, supongo que estarás ocupada. Cuando me envíes la hora, te comparto mi ubicación.
Buenas noches, Pequeña Psicópata.

¿Psicópata? La madre que lo trajo.

Mireia:
¿Psicópata? ¿En serio? Prepárate mañana…
Buenas noches, Poli Macizorro. 😜

Me despido de mi compi y me voy a la cama con una sonrisa instalada que me cuesta disimular.

—Buenas noches, Max. Descansa.

5. No me la quito de la cabeza

SAMUEL

—Chicos, esto es todo por hoy. Nos vemos en una semana —concluye la reunión Carlos—. A ti, Matteo, más tarde.

—Mañana os quiero a todos en mi boda, ¿eh? —nos amenaza Matteo con una sonrisa de oreja a oreja—. Si no queréis morir —zanja y nos apunta con el dedo índice.

—A mí me tienes ahí el primero —aviso mientras saco el teléfono del bolsillo y veo que Mireia me ha escrito.

Mireia:
A las ocho te quiero listo, envíame ubicación.

Samuel:
Directa al grano, como a mí me gusta. Dame media hora y te la envío.

Mireia:
Perdona, que no he tenido un gran día.

Samuel:
¿Qué pasa?

Mireia:
Nada, luego hablamos.

—¿Samuel? —Matteo me trae de vuelta de mi inopia—. ¿Vienes a tomarte algo?

—No, me voy a casa. He quedado para cenar con una amiga y tengo que hacer varios recados antes.

—¿Ha dicho amiga? —Aparece mi hermana por la puerta.

—Supongo que será Tania —comenta Matteo y los dos me observan esperando una respuesta.

—No, no es Tania. Es una amiga —recalco intentando huir de esa sala.

—¿Qué sabemos de esa amiga? —salta Matteo con tono de desconfianza y esperando a que me detenga.

—Tú nada, yo mucho. —Sonrío y me voy de ahí como si esa sala estuviera a punto de estallar.

—Te quiero a las siete de la mañana en la puerta de mi casa, ¿me has oído?

—Sí, Matteo, me tendrás ahí como un clavo —suelto antes de que se cierren las puertas del ascensor.

Estoy colocando toda la compra en la despensa de mi casa, no tenía ni una bolsa de patatas. Con tantas salidas he apurado hasta la última gota de sustento.

Durante estos días he quedado varias veces con Tania, me ha pedido una segunda oportunidad y no he estado por la labor. He tenido a otra persona en mente y, por mucho que me he insistido a mí mismo con que no es una buena idea, no he conseguido quitármela. Se me aparece a todas horas, por cualquier chorrada me acuerdo de ella. Es una persona tan peculiar…, tiene una costumbre de acortar distancias e intento no respirar y sonreír como si no me perjudicara tenerla tan cerca. ¿Por qué hace eso? Es como si analizara cada gesto no verbal a distancias cortas y tengo que poner mi cara de póker para que ella no encuentre ningún punto de debilidad. Y, cuando le dan los arranques cariñosos, tengo que

pensar en situaciones catastróficas para que mi cuerpo no se revolucione.

El día que encontramos a Max me cogió de la mano y creí que me la iba a arrancar de lo fuerte que apretaba. Mireia es la puñetera locura en persona, es intensa en todos los aspectos y tengo la necesidad de saber de ella a todas horas. No he hablado de esto con nadie, no quiero que piensen que estoy loco u obsesionado, hasta a mí me cuesta entenderlo. Es bestial lo que hay entre nosotros.

Voy a dejar pasar la boda de Tamara y Matteo, y lo más seguro es que, una vez más calmado, podré centrarme en mi vida de antes. Me sabe mal por Tania, la pobre me escribe, y yo estoy sorprendido por mi actitud respecto a ella, ya que no me sale el escribirle sin que ella lo haga antes. Quiero pensar que es por el estrés de estas últimas semanas, aunque el tiempo lo dirá.

Me estoy dando los últimos retoques con la gomina antes de que me venga a recoger Mireia cuando recibo un mensaje de mi hermana.

María:
¡Hola! ¿Cuándo conoceré a tu amiga?

Samuel:
Es una amiga a secas, le hice un favor y ha insistido mucho en invitarme a cenar para darme las gracias.

María:
Vale, lo que tú digas. ¿La has investigado?

Samuel:
No, es transparente como el agua. No hace falta.

María:
Uuuuuhhh… y ¿dices que solo es una amiga?
Vale.

Samuel:
🫠

María:
Bueno, te escribía por otro motivo. Necesito tu consejo.

Samuel:
¿Sobre chicos?, ¿te ha hecho algo el capullo que estás conociendo?

María:
No, aunque te tengo que decir que ya no hay chico por ahí… No ha salido como creía.

Samuel:
Mejor.

María:
Al grano, necesito un consejo sobre trabajo de investigación. Mi objetivo no cuadra con las pruebas que la rodean y no sé cómo salir del bucle.

Samuel:
¿Es urgente? ¿Necesitas que vaya?

María:
No es urgente, si quieres la semana que viene le echamos un vistazo. Hoy mi compi de piso sale y tardará en llegar. Pediré algo para cenar y aprovecharé, a ver si se me alinean los astros y descubro algo.

Samuel:
Perfecto. Pues quedamos así, sin falta. Te dejo, que mi AMIGA ya está aquí. 😘

María:
Ay, esta amiga… Disfruta, tete.

Bajo corriendo las escaleras al recibir el mensaje de Mireia avisándome de que ya está abajo. Sonrío al pensar en cómo mi hermanita recurre a mí cuando está bloqueada, deseo que eso no cambie nunca.

—Qué guapo vas. Yo no voy tan arreglada —comenta mientras me siento en su coche.

—Tampoco es para tanto, solo visto unos chinos negros y una camisa del mismo color —apostillo mientras me abrocho el cinturón.

—Hueles genial —me susurra en el cuello y me huele con profundidad, tan profundo que me corta la puñetera respiración—, este olor puede alterar a cualquier ser humano. Siempre hueles tan bien… —concluye pellizcándose el labio inferior con los dientes.

Vale, aquí no hay conexión, yo estoy empezando a entrar en tensión…

—Bah, déjate de tonterías y vamos a cenar —digo sin pensar.

No quiero ni mirarla. Ella está en su salsa, y yo solo pienso en salir de este coche. No sé cómo lo hace, pero me desconcentra con cualquier cosa. Está como una cabra.

Por suerte, el silencio dura poco. Me encanta la fluidez de nuestras conversaciones, es como si siempre tuviéramos algo que contarnos. Aparca en un vado y, sin dejar de hablarme, sale del coche.

No lo pienso y voy tras ella.

—¿Sabes que has aparcado en un vado?

—Sí, hasta ahí llego.

Se detiene y acto seguido hago lo mismo. Observo lo que tengo delante y parpadeo más de lo normal.

—¿Vamos a cenar en un kebab? —suelto sorprendido, no me esperaba un lugar así.

—No, vamos a cenar kebab, aunque lo comeremos en otro sitio —confiesa sonriente y no puedo quitar la cara de incrédulo—. Espera. ¿Te creías que tú y yo íbamos a cenar en un restaurante convencional? —Estalla a reír al ver cómo sigue de sorprendido mi rostro—. Si estoy a dos velas, Samuel. Ya lo sabes. Ojalá pudiera. Venga, vamos a pedir —dice tirando de mí.

—¿Qué me recomiendas? Es mi primera vez.

—Oh, vaya. —Noto sorpresa en sus palabras—. ¿Quieres que pida por ti?

—Sí, por favor.

No consigo hablar en todo el rato ni en el trayecto del coche hacia la siguiente parada. El olor de esta comida me remueve el estómago, no sé si me gustará. Por suerte, ella tiene conversación para los dos y disfruto escuchándola.

Detiene el coche, esta vez en una zona donde se puede estacionar. Minutos antes había estado tanteando para aparcar en una plaza para minusválidos, aunque creo que fue por chincharme porque sonrió al ver cómo la observaba perplejo y siguió adelante. A veces alucino, creo que se olvida de que soy policía.

Empezamos a subir una cuesta y hasta que no llegamos arriba no estoy situado del todo, ya que por este lado de la ciudad condal no he estado nunca. He oído mucho hablar de los bunkers de Barcelona

y esta noche va a ser la primera vez que los pise. Una vez arriba, me quedo embobado por la bonita panorámica que ofrece el lugar, se ve parte de Barcelona iluminada y es increíble.

—¿Te vas a quedar toda la noche ahí? —La voz de Mireia me trae de mi abstracción.

—Me habían dicho que las vistas son bonitas, aunque se han quedado cortos. ¿Vamos a cenar aquí?

Examino todo a nuestro alrededor, está bastante oscuro, la poca luz que hay viene de la propia luna, y me percato de que no estamos solos, sino que hay más gente disfrutando de este lugar tan peculiar, por lo visto no es exclusivo.

—Ven, siéntate a mi lado.

Le hago caso sin rechistar, estoy como hipnotizado, por lo que le obedezco sin pensar. Es que ni me reconozco. Me da el *durum,* creo que me ha dicho que se dice así, no se lo voy a volver a preguntar porque ya me lo ha recordado tres veces.

—Deja de examinarlo y come ya. —La observo apurado y espero a que empiece ella para no hacer el ridículo—. Como se nota que nunca has comido kebab, señor finolis —se mofa—. Es muy fácil. Solo tienes que procurar que no te chorree por la parte de abajo y disfrutar.

La verdad es que parece sencillo. Doy el primer bocado y una mezcla de sabores hace que mis papilas gustativas estallen.

—La salsa sabe a yogur —comento mientras me limpio el exceso de salsa de la boca con una servilleta.

—Es que es yogur, me he arriesgado y te lo he pedido mixto. Espero haber acertado. —Asiento porque si hablo al mismo tiempo que mastico tanta cantidad de comida puedo escupirle sin querer y es capaz de devolvérmelo—. Hay algo que tienes que saber, este tipo de comida no todo el mundo la tolera bien, puede que mañana tengas que hacer visitas al baño.

—Espero que eso no ocurra, mañana me gustaría estar sereno durante toda la boda —hablo angustiado.

—Esperemos que no. —Se le escapa la risa.

—Por cierto, ¿cómo va Max con el fisio? —pregunto al venirme la imagen del perro a la cabeza. Observo cómo Mireia ojea el móvil y

deja de sonreír. Como acto reflejo, le echo un vistazo a la pantalla y no consigo ver nada. Lo deja a su lado boca abajo—. ¿Todo bien?

—Sí —responde y agacha la cabeza. Algo esconde, aunque no voy a indagar, prefiero esperar a que me lo cuente ella si quiere—. Max cada vez está mejor y esto es gracias al fisio, que es una pasada. Tiene que costar una pasta, yo no podría permitirme un gasto así. Le debo tanto a mi compi de piso… —Mi mano tiene vida propia y va directa a su espalda para darle apoyo. Tengo que empezar a controlar estos actos—. Después de lo de Paolo, estoy sin blanca y, hasta que no tenga una estabilidad económica, no veo viable ni apuntarme a un gimnasio. Y ella, sin más, me ofrece su ayuda sin pedir nada a cambio. Es un ángel.

—Ya tocaba que vivieras la otra parte de la moneda, ¿no? Por cierto, ¿sabes algo de él? —Se muerde el labio y mira el móvil—. Te ha escrito, ¿verdad?

—No puedo más. —Sus ojos se clavan en los míos y desprenden miedo. Nunca la había visto así, ni siquiera cuando la raptaron en Colombia—. Te tengo que confesar que le escribí la noche en urgencias esperando el diagnóstico de Max.

—Y…

—Puede que la rabia hablara por mí y me pasara un poco con las amenazas —confiesa con la boca pequeña. «¡Nooo! Le ha dado lo que él buscaba», me da mucha rabia e intento que no perciba mi odio, aunque con ella me cuesta—. Y que un día cotidiano, por ejemplo, el martes pasado, me presentara en su casa e hiciera un allanamiento y…

—¿Cómo? —la interrumpo.

Se le dilatan las pupilas y traga saliva. ¡Mierda!, hay más.

—Y puede que tenga en mi poder dos pertenencias suyas de mucho valor —confiesa con un hilo de voz.

Suelto el aire por la nariz y procuro no alterarme.

—Vale. —Suspiro y me froto las sienes intentando calmarme—. Vamos a repasar. Entiendo que te enfadaras por lo que hizo con Max y que tus mensajes estuvieran fuera de lugar, pero ¿cómo se te ocurre entrar a su casa? Y, lo peor de todo, ¡robarle algo!

—Bueno…, robarle no, cogerlo prestado —me corrige, y la miro incrédulo. —Vale, me callo.

—Ahora dime, por favor, que has entrado en su casa con llave. —Aprieta los labios con fuerza y noto cómo su nerviosismo empieza a rodearnos. Se ha dado cuenta de que la ha cagado y es más grave de lo que creía—. No me jodas, Mireia. —Abre la boca para decirme algo y la corto—: No quiero saber cómo has entrado.

—Mejor.

—¿Cómo se te ocurre hacer esa locura? —estallo y me sorprendo de mí mismo, aún no entiendo por qué lo hago.

—Es que me hinchó mucho los ovarios con sus mensajitos de mierda: «Esto es solo el entrante, me hubiera gustado estar ahí para ver tu cara desencajada» —lee con rabia—. Y quise putearlo, le he cogido lo más valioso que encontré. —De repente estalla a reír, y yo no entiendo nada—. Solo pensar en la cara de culo que tuvo que poner cuando vio que sus dos obras de arte no estaban colgadas en la pared… —Alucino con sus cambios de humor. Ahora está emocionada—. ¡Buf! Hubiera pagado todo el dinero que me queda en el banco.

—Frena, no me cuentes más, no quiero ser cómplice de nada. Solo una pregunta, ¿cómo sabe que has sido tú?

Coge su móvil, lo gira y me muestra los mensajes de su ex. Son durísimos, va a muerte con ella, sin piedad. Me llama la atención el último, enviado hace unos diez minutos:

> GILIPOLLAS:
> ¡¡¡VOY A POR TI, ZORRA!!!

«Inténtalo, imbécil», pienso.

A continuación, hay un vídeo. Antes de darle al *play* miro a Mireia, me sonríe con timidez y afirma con la cabeza. Le doy y ella se acerca para verlo junto a mí, está tan pegada que su perfume me invade y no puedo dejar de respirarlo, empieza a ser adictivo.

Me centro en las imágenes, que no tienen desperdicio: se ve a Mireia tocando el timbre de la puerta exterior y golpeando con

fuerza. Al comprobar que no hay nadie salta el muro con una agilidad como si no fuera la primera vez que lo hace.

La observo de reojo, y ella está atenta a las imágenes. La siguiente escena me deja sin habla. Observa el interior de la casa a través de la cristalera del jardín y se va en busca de una piedra y, sin pensárselo mucho, la lanza contra el cristal, que se agrieta y, con varios golpes más, lo acaba rompiendo. En ese momento, se gira hacia la cámara, sonríe y le manda a la mierda enseñándole el dedo corazón. Confirmado: esta chica está como una chota.

Entra y a los cinco minutos sale con un cuadro enorme, que no sé ni cómo es capaz de cargar, y, además, se está riendo. Al minuto vuelve a entrar en la casa y sale con otra obra de arte. No dejo ni acabar el vídeo, necesito respuestas:

—¿Qué obras son?

Nuestra distancia es tan escasa que por poco rozo sus labios, ella me estudia y por alguna cuestión no consigo retroceder, me quedo como un tonto esperando.

—Te puedo decir el valor, su precio tiene más de cinco ceros.

Toso al oírla.

—Mireia, esto empeora cada vez más.

—Me da lo mismo, Samuel, sé que está sufriendo y ahora mismo es lo que quiero —me confiesa sin dejar de sonreír.

—¿Dónde le ves la gracia? Esto no es un juego, te puede denunciar —suelto molesto y la mente no deja de darme vueltas—. No tienes ni idea de las repercusiones que puedes llegar a sufrir si presenta este vídeo en la comisaría. Tienes que dejar de ser su títere. —Me mira con sorpresa e intriga—. No pongas esa cara, te conoce mejor que tú a él, sabe que eres impulsiva y te envía esos mensajes agresivos porque es conocedor de dónde tocar para que saltes. ¿O te piensas que él no sabía que ibas a ir a su casa? —Poco a poco su gesto le cambia a uno de enfado—. He visto que tiene alarma y no la tenía activada, sabía a ciencia cierta que ibas a acceder a su casa. Si no, hubieras tenido a la policía ahí a los diez minutos de entrar. Visto lo visto, se arriesgó sin saber qué ibas a hacer, aunque pongo la mano en el fuego porque no había caído en que fueras capaz de «coger prestadas» esas obras de arte. Ahí ha

flaqueado. —Me detengo al verla saturada, me sabe mal que esté así —. ¿Te importa que me reenvíe el vídeo? —Con la vista al horizonte niega con la cabeza y me lo mando a mi móvil.

—Dios, soy una imbécil —suelta con la voz rota y se cubre la cara con las manos.

—Eh, tranquila. —Me siento fatal viéndola sufrir—. Esto no lo voy a dejar pasar por alto, te lo aseguro. —Cojo aire e intento disimular mi rabia—. Voy a intentar averiguar cuál es su intención con toda esta pantomima.

—¿Crees que hay algún colega tuyo que me pueda ayudar?

Sonrío y me doy cuenta de que desconoce a lo que me dedico realmente y seguirá siendo así. Estar con alguien que no sufre por mi bienestar es agradable, hacía tiempo que no tenía esta sensación.

Una de las cosas que me gusta de ella es que no se queda estancada en bucle e intenta avanzar. Ha dejado de lado el tema Paolo y me ha puesto al día de los cotilleos con sus amigas. Por lo visto cree que Ana, la amiga rubia que se bebía los chupitos como agua en Colombia, tiene un novio secreto.

—Pero ¿por qué piensas eso? —le pregunto cortando sus hipótesis. Ella deja de sonreír y acorta la distancia entre nosotros tanto que mis ojos se quedan bizcos—. Es que no lo entiendo, sois amigas —digo mientras me separo un poco—. Os lo hubiera dicho, ¿no?

—Ana es como un libro abierto con sus estados de ánimo, sin embargo, en cuanto al ámbito del amor, se cierra en banda y no suelta prenda. Dice que cada vez que habla de una posible relación se trunca al contarlo a los cuatro vientos.

—Eso es una tontería.

—Ya lo sé. —Gracias a Dios, Mireia decide alejarse y pone la vista en el cielo. No es que me vaya a lanzar encima de ella cuando la tengo tan cerca, pero provoca que se me corte el aliento—. Por eso, Sofía y yo creemos que está conociendo a alguien. Lleva más de siete años dedicándose a la abogacía y nunca, escúchame bien, nunca ha viajado. Desde que volvimos de Colombia lleva tres escapadas sin decirnos dónde ni con quién. Es algo sospechoso, ¿no?

—Bueno, no sé dónde ves lo sospechoso. Puede que tenga un caso para el que necesite viajar.

—¿A diferentes lugares? —suelta con ironía y una bonita sonrisa ladina—. Si es el mismo cliente, siempre se trasladaría a la misma ciudad, ¿no? Aparte, le pedimos hacer videollamadas y nunca quiere. —Se tumba en el suelo y continúa contemplando el cielo. Me resulta gracioso verla así, parece una niña—. Oculta algo, seguro.

Me río con sus hipótesis y acabo haciendo lo mismo que ella: me tumbo y observo el cielo estrellado.

Estamos un buen rato sin hablar, solo concentrados en ese bonito paraje. Me doy cuenta de que hace mucho que no dedico tiempo a momentos así y es maravilloso. Estoy tan inmerso que no me percato de que Mireia me está fotografiando hasta que ella corta mi embobamiento:

—Samu… Te puedo llamar Samu, ¿no? —Asiento, y ella continúa —: Eres superfotogénico. Ahora te paso las imágenes. En una de ellas estás guapísimo, ¡mira esta! —Me la muestra—. Te la puedes poner de foto de cabecera y esta… —Es una instantánea mía de perfil con la cabeza apoyada en el brazo contemplando las estrellas —. Se la puedes enviar a Tania, con una cita a pie de imagen, rollo: «No paro de pensar en ti». —¿Tania? ¿A qué viene ahora que me saque a Tania? Incluso me siento molesto y no llego a entender por qué—. ¡Ups! ¿Todo bien? ¿O la he cagado nombrándola?

—Realmente no sé en qué punto nos encontramos. —Me incorporo—. No le he escrito aún.

—¿Por qué? —«Eso me gustaría saber a mí», respondo mentalmente.

—No he tenido tiempo aún.

—Es culpa mía, ¿verdad? Te he absorbido demasiado tiempo con la búsqueda de Max, lo siento.

—No, para nada. No tienes nada que ver. Solo es que cuando pienso en escribirle ya no son horas. —Frunzo el ceño al ver el gesto de incredulidad que me dedica—. ¿Qué pasa ahora?

—¿Que no son horas? Cuando se trata del amor de tu vida, da lo mismo la hora que sea — anuncia emocionada.

—¿Y si no es el amor de mi vida? —la corto.

—Ah, pues ahí ya no me voy a meter. —Mierda, parece que lo he dicho en voz alta—. Pues tendrás que quedar con ella para averiguarlo —me aconseja dándome toquecitos en el hombro.

—La semana que viene lo haré.

—¿Por qué no lo haces ahora?

—Lo haré cuando me nazca. —Vale, esto sí que no me lo esperaba.

No quería ser tan tajante, aunque ha servido para que ella deje de insistir.

Se pone en pie y por un instante pienso que se va a largar sin mí.

Se gira hacia mí y me suelta:

—¿Te vas a quedar mucho tiempo ahí mirándome? —Me levanto y me susurra cerca del oído—. Nos queda lo mejor: el postre.

Suelta su aliento dejándome el vello de punta y una vez más me quedo congelado sin saber ni qué decir ni qué hacer.

En el trayecto en coche intento seguirle el hilo de la conversación, habla mucho y me gusta, y en situaciones como esta me va como anillo al dedo para poner en orden mis pensamientos.

¿Por qué me ha molestado que haya sacado a Tania en la conversación? Lo ha hecho porque yo le he hablado con anterioridad de ello y por una extraña razón no me ha gustado. Tampoco sé por qué he contestado que Tania no es el amor de mi vida, cuando meses atrás no dejaba de pensar en ella. ¿Puede que sea por el distanciamiento? Tengo que escribirle.

Llevo rato observando cómo un coche nos está siguiendo desde que salimos, envío un mensaje a la central para que comprueben el modelo y color, más los tres primeros dígitos de su matrícula, ya que no la llego a ver con claridad, digamos que Mireia tiene una difícil conducción.

—Samu, ¿te estoy aburriendo?

—No, para nada. —Dejo el móvil y sonrío. No quiero decirle nada, puede que sea solo una mera casualidad y no nos estén siguiendo—. ¿Dónde vamos a comer el postre?

—Ya lo verás, está en el centro histórico de Barcelona, iba mucho con mi padre ahí.

—Explícame cosas de ti y de tus padres. —Me entra la curiosidad e intento acertar a ver la última letra de la matrícula.

—¿Qué quieres saber? —me pregunta a la vez que deja de prestar atención a la carretera para ponerla en mí, y el coche se desvía del carril. Aprovecho para tomar el control del volante y estabilizar un poco el vehículo para así fijarme por el retrovisor en si puedo conseguir más información, aun así, no hay manera—. Tranquilo, que no vamos a tener un accidente, solo te he mirado un segundo.

—¿Puedes frenar un poco? —le pido sin quitarle la vista a la puñetera matrícula. El coche se acerca y, ¡bingo!, ¡ya es mía! Siento la punzante mirada de mi amiga y reacciono con rapidez—. Digamos que no eres muy hábil con el volante.

—Eso ha sonado a comentario machista y no te pega. —Noto decepción en sus palabras y me sabe fatal.

—Para nada, tengo una amiga que es una máquina en el mundo del motor, y sé ver cuándo a alguien se le da bien y cuándo no.

—¿Y a mí no?

Envío la matrícula y guardo el móvil. Vale, me tengo que situar a ver cómo salgo de esta.

—No sé si es por tu falta de atención a la vía o bien por el coche, que es demasiado viejo y su dirección no es asistida, pero no creo que pudieras dedicarte a ello.

Frena en seco, y el coche que iba detrás toca la bocina y la adelanta. «Un problema menos», pienso. Los ojos de Mireia empiezan a arder. Verás que me suelta una hostia. Trago saliva y, por mi bien, no añado nada más.

—¿Qué le pasa a mi coche? Es pequeño y por ahora puedo circular por la ciudad.

—Le suena la correa de distribución, te cuesta meter las marchas y, como no lo lleves a un mecánico, la broma te va a salir cara. También tiene un cruce. —Abre los ojos como platos, la he sorprendido con mis conocimientos—. Cada vez que giras a la izquierda, el sonido del intermitente es acelerado. Aparte, te suenan los neumáticos, eso quiere decir que…

—Ya, los tengo que cambiar —me corta—. Y hasta que no cobre no voy a poder.

—¿Has probado a hincharlos?

—No. —Aprieta los labios y echa la vista hacia un lado—. Vale, lo admito, no me gusta nada conducir. Tampoco voy a montar un drama por ello, tengo muchas otras cualidades.

—Claro que sí, a nadie se le da bien todo.

—Exacto, eso me decía mucho mi padre: «El que sabe de todo no sabe de nada». —Se pone en marcha de nuevo y tan contenta—. Ahora me ha venido a la mente un sitio, vamos a ir ahí a comer el postre.

—Estoy expectante.

Lo que queda de trayecto se lo pasa hablando de sus padres, se le llena la boca y es increíble, me gusta saber de ella y, por lo visto, ha tenido una infancia muy bonita, aunque peculiar.

Un rato después nos plantamos en frente de una heladería típica de barrio con una cola que da la vuelta hasta la esquina. Son helados caseros, según ella: «Los mejores del mundo». Me dejo llevar y elige por mí. Casi me da algo cuando pide sabor a leche materna, aunque la broma no dura mucho porque estalla a carcajadas. Me dan ganas de estrangularla, y eso no me ha ocurrido antes con nadie, ni con mi hermana cuando se ponía en modo chinchosa. Por mucho que sea un experto en analizar a las personas, a ella no consigo pillarla cuando está de broma.

Finalmente, tiene compasión conmigo y mi helado es de *after eight* y vainilla, una perfecta combinación. Empezamos a andar y llegamos a un patio escondido muy singular de estilo románico, blanco, con los balcones llenos de plantas colgantes muy extensas, las puertas de las balconeras son de madera de color verde, y eso hace que resalten más. Mireia se para y me propone sentarnos. Hay mesas cuadradas y pequeñas de mármol blanco repartidas por todo el espacio acompañadas de butacones.

—¿Cómo sabes de estos lugares? —me intereso.

—Antiguamente era un convento del siglo dieciocho reconvertido en hotel. Mis padres han viajado muchísimo por la lucha incansable contra aquellos que han querido dañar a la madre tierra y a mí me dejaban en el convento. Era el lugar más protegido donde me podía refugiar, y ellos se marchaban tranquilos.

—¿Nunca has tenido miedo al tema de los raptos?

—Los raptos han surgido en mi vida desde hace unos años.

—¿Cómo?

—Sí, que no ha sido desde siempre. Lo máximo que me pasaba de pequeña era que mis padres recibían fotografías mías de cuando salía por la calle y los amenazaban con que me iban a hacer daño, aunque nunca llegó a pasar nada.

—¿Y lo de los raptos es de hace poco, dices? —pregunto extrañado.

—Exacto. Supongo que los asuntos que llevan entre manos mis padres serán algo más complicados y delicados. ¿Me dejas probar del *after eight*? —Espera mi respuesta impaciente.

—¿No habrás sido capaz de pedirme un sabor que desconoces cómo sabe?

—Lo confieso, nunca lo he probado —afirma entre risotadas y con la mano se tapa la boca para que no se le vea llena de helado—. Siempre he tenido mucha curiosidad y hoy he visto la oportunidad de probarlo, ¿puedo?

Me pone una carita a la que no me puedo negar.

Una vez llegando al coche, visualizo el vehículo que nos seguía. Mierda, nos está buscando. Va a pasar por nuestro lado y hago lo primero que se me viene la cabeza.

—Mireia…

—Dime.

Y la abrazo con fuerza. Cubriendo con los brazos su rostro. Siento cómo sus manos se posan en mi espalda con mucha lentitud, primero una y luego la otra. El coche pasa de largo. Espero que no haya peligro. Poco a poco la dejo respirar y al apartarse me encuentro con su atenta mirada y su boca entreabierta. Y, sin darme cuenta, pierdo la noción del tiempo.

—Me encanta tu manera de darme las gracias. —La voz entrecortada de Mireia me trae de mi inopia.

—Perdona —me disculpo y la suelto como si quemara.

«¿Qué mierda ha sido esto?», pienso desconcertado, y ella, con toda su dulzura, me sonríe como si no hubiera pasado nada.

De camino a casa le pido que pase por el taller de Tamara, me niego a que conduzca este coche más kilómetros. Ese coche la va a dejar tirada en cualquier momento. Le comento cuál es mi propósito y se niega en rotundo. Al final quedamos en un acuerdo, yo le cedo mi coche mientras se repara el suyo. Le adelanto el pago de la reparación, y ella, cada mes, me dará una parte hasta finiquitar la deuda.

Una vez en casa, me tumbo en la cama. Solo quedan cuatro horas para levantarme. No me importa dormir poco, ha sido una de las mejores noches que he pasado en mucho tiempo. No sé en qué momento dejo de sonreír, ya que el sueño puede conmigo y caigo rendido.

6. Mi mejor casualidad

SAMUEL

Son las seis de la mañana y apenas he dormido. Me he lavado la cara mil veces, sin exagerar, no quiero imaginarme cómo me va a mirar Tamara cuando me vea los ojos hinchados por las pocas horas de sueño. Voy en busca de Matteo, seguramente estará atacado. Suerte que soy un maniático de la puntualidad y voy a llegar cinco minutos antes de la hora prevista.

Le doy un sorbo a mi café doble, que he dejado preparado en el termo para que se mantenga caliente, es una vieja costumbre de mi padre que mi hermana y yo hemos adquirido. Matteo se sienta en el coche sin mediar palabra y, como si nada, mantiene la vista al frente.

—Eh, ¿qué pasa? —Le golpeo la pierna para que me preste atención—. Todo va a ir bien, tranquilo.

—Eso espero —suelta con suspiro incluido—. ¿Crees que vendrá Álex?

—No va a venir. —Ahora sí que gira la cabeza hacia mí—. Le hice una visita en mis vacaciones y no quiere ver cómo ella se vuelve a entregar a ti.

—Sé que Tamara me quiere, pero no puedo dejar de pensar que Álex aún sigue en su vida y que todo puede ser posible. —Aparta la vista a un lado con la mandíbula tensa. No está bien—. No le quiero dar más vueltas, pero es superior a mí, y lo peor de todo es que sé que es cosa mía… Siempre me pongo así cuando Tamara y yo damos un paso más en nuestra relación, aun así, no dejo de…

—No puedes pensar así, es un sinvivir —lo corto—. Habéis vivido demasiadas cosas para que alguien o algo se interponga entre vosotros y, si es así, es que en realidad no tiene que ser. Y no soy el más indicado para hablarte del amor ni de relaciones, pero sí sé qué es la lealtad. Y tanto tú como Tamara lo sois. Tío, ella es la única que te hace sonreír solo con verla, y tú eres el único con quien Tamara es cien por cien ella, sin tapujos, y eso no es fácil. No te esconde nada, eres conocedor de su relación con Álex, sabiendo que te puede hacer daño. Ella es feliz, solo hay que verla, ha encontrado a alguien con el que ella es libre decidiendo qué hacer en todo momento con su vida y te tiene a ti de compañero compartiendo todos sus logros y también derrotas. Y viceversa. Tenéis la confianza suficiente para hablarlo todo y eso, amigo, no se hace, se nace. Sale solo sin forzar. Es pura conexión entre ambos, todo el mundo habla de las conexiones, pero no muchos son afortunados de mantenerla viva. Vosotros la mantenéis porque os valoráis, y eso es maravilloso. —Con esto último le saco una sonrisa que acaba contagiándome.

—Joder, desconocía esta parte tuya tan sentimental. —Paro un momento el coche para abrazarnos con fuerza—. Gracias, eres un buen amigo.

—Nada, solo necesitabas que alguien te lo recordara.

Llegamos a la masía donde se va a celebrar el evento, y es espectacular, está repleta de limoneros. Ha valido la pena la hora y cuarto de trayecto, este paraíso no lo hubiéramos encontrado tan cerca del núcleo urbano. Huele a limón y el sonido ambiental son los pajaritos.

Me despido del novio, que está atacado por los nervios, José lo ha cogido por banda y se lo ha llevado.

Doy una vuelta por la finca y cada rincón que descubro me llena más de paz, tengo la sensación de que todo irá bien. Saco el móvil para tomar una fotografía a esta bonita panorámica con el sol saliendo en el horizonte. Se la quiero enviar a la loca de mi amiga, seguro que ella es más afortunada y aún continúa en la cama.

Me sorprendo al ver que tengo un mensaje suyo.

Mireia:
Buenos días, Sa. Estoy muertaaaaa de sueño y todo es por tu culpa 😮💨, me voy a dar una ducha, a ver si así consigo activarme. Que te vaya muy bien el día. 😘

Cada vez me abrevia más el nombre, aunque me gusta lo de «Sa», es señal de que ella también se siente cómoda conmigo.

—¿Y esa sonrisa? —La voz de Yago rompe mi ensimismamiento—. Buenos días. ¿Es Tania? —curiosea intentando averiguar con quién me escribo.

—No —contesto guardando el móvil en el interior de la americana y recuerdo que tengo que ver a Tamara—. ¿Sabes cuál es la habitación de Tamara? —Por la sonrisa ladina de Yago sabe que quiero huir—. Tengo que darle algo de parte de tu hermano.

—Segunda planta, tercera puerta a la derecha —me indica girándose hacia la casa.

—Gracias.

—Samuel —me llama, y me giro hacia él—, sé que escondes algo y, por tu sonrisa, es bonito. Tengo todo el día para acecharte y sonsacarte toda la información que quiero. Ahora ve a darle el regalo a mi cuñada y a añadirle más nervios de los que ya tiene. —Zanja su amenaza con un guiño de ojos.

Voy de camino a ver a Tamara y se me escapa una risa por lo que acaba de pasar con Yago. No sé qué gesto he puesto al leer el mensaje para que haya hecho conjeturas, lo que sí sé es que con la loca de mi amiga no puedo dejar de reír. ¿Pues no me culpa de su falta de sueño cuando fue ella quien planificó la noche?

Antes de llegar a la habitación, le envío la fotografía y mis buenos días.

Doy dos toques a la puerta y escucho la voz de Tamara:

—¿Quién es?

—¿Se puede? Soy el padrino —suelto con voz orgullosa.

—Pasa.

Antes de que me dé tiempo a agarrar el pomo de la puerta, desde dentro la abren y me encuentro a una espectacular Tamara al lado del ventanal de madera blanca, radiante. Viste un ajustado vestido que no deja nada a la imaginación de ese perfecto cuerpo que tiene. Una espalda escotada donde refleja la sensualidad de su esencia. Me observa desde la distancia y siento cómo el brillo de su mirada y su alegría me arropan.

—Ejem.

Una tercera persona está con nosotros y se halla detrás de la puerta. No puede ser.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto a Mireia, sorprendido.

—¿Os conocéis?

—Sí, es una larga historia. —Joder, otra más que se suma al carro de querer saber, lo percibo en su gesto. Y doy una explicación para quitarle hierro al asunto—: Nos conocimos en Colombia.

—¿Lo has visto? ¿Cómo está? —pregunta interesada Tamara dejando de lado la curiosidad que de hace dos segundos.

Ha oído «Colombia» y se ha puesto tan nerviosa que ni recuerda que he pasado parte de mis vacaciones con Álex. Son tan esenciales uno para el otro que siempre quieren saber cómo están. Sonrío y le sujeto las manos temblorosas.

—Bien, tengo algo que darte de su parte.

La estancia se queda en silencio.

—Os dejo un momento a solas —comenta alegre Mireia mientras sale de la habitación—. Voy a ver cómo lo lleva el novio. —Me giro hacia ella y, sin poder remediarlo, se me dibuja una sonrisa de oreja a oreja—. Hasta luego.

Vuelvo en mí al sentir una presencia muy pegada a mi espalda.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —Cierro los ojos e intento respirar hondo, a la vez que percibo cómo el aliento de Tamara me golpea la oreja—. ¿Qué me he perdido?

—Nada —concluyo girándome hacia ella y saco los paquetes que me dio Álex—. Ten, me dijo que te los diera el día de la boda.

—¿Qué es? —me pregunta a la vez que mueve los paquetes.

—No lo sé, me comentó que, cuando lo vieras, sabrías de qué va.

Observo cómo lo abre, impaciente, tengo curiosidad por saber de qué se trata.

—¿Cómo está? —se interesa sin quitar la vista de lo que hace.

—Él está bien, tiene un imperio legal que diría que le funciona fenomenal. —Sonríe.

—Es bonito, ¿verdad? Ver cómo una persona se reconduce. —Asiento—. No me lo puedo creer —comenta emocionada mientras saca lo que había en el envoltorio—. Están hechas con granos de café.

—Nunca pensé que con esas semillas se podían hacer joyas.

—No es en sí la joya, este café es uno especial que elegimos juntos para su primera plantación. Se tiene que cuidar con mucho mimo y ofrece uno de los mejores sabores del mundo.

Son tres colgantes de orbe de café. Conmovida, me pide que se lo ate. Se levanta nerviosa y empieza a andar de un lado a otro mientras se abanica la cara con las manos y mira al techo para evitar llorar.

Le acerco un pañuelo para que se seque las lágrimas y nos fundimos en un abrazo.

—Estás temblando —susurro y la estrecho con fuerza—. Si lo sé te lo doy en otro momento y no te hago pasar por este trago.

—Para nada, hoy es el mejor día. —Se seca una lágrima con una mano y la otra no deja de tocar el colgante—. ¿Puedes ir a buscar a los niños? Quiero darle el regalo de su tito Álex… —Asiento y, antes de salir por la puerta, me pide—: Si ves a la fotógrafa, dile que me dé diez minutos, necesito hablar con Matteo.

Bajo las escaleras y me encuentro a José acaramelado con Yago.

—Pareja, ¿sabéis dónde están los mellizos?

Se dejan de besar *ipso facto*.

—Por Dios, mira que estás bueno, Samuel… —Las mejillas se me ruborizan. Si hay otra persona aparte de Mireia que sabe sacarme los colores, es José—. Qué bien te sienta el color azul marino.

—Yo creo que es porque tiene el guapo subido —añade Yago, y su pareja le sonríe sorprendido—. ¿Sabes que está conociendo a alguien? —Pongo los ojos en blanco y tiro hacia adelante.

—¿Perdona? ¿Estás conociendo a alguien y aún no sabemos de ella? —me interroga José dando vueltas a mi alrededor.

—No es lo que estáis pensando. Es una amiga.

—Sí, sí, todo se empieza así… —comenta José tocándose el mentón.

—Que no, esto es diferente, José —intento cortar el dramatismo que le quieren dar estos dos.

—¿Por qué crees que es distinto? —interviene Yago.

—Porque no interactúo con ella con el fin de tener algo. Ella y yo solo…

Me callo al recordar que José es amigo de Mireia y fue quien le dio mi teléfono. Dios, me empieza a doler el estómago.

—¿Cómo se llama la afortunada? —continúa José.

De repente veo de lejos a los mellizos corriendo y gritándole a alguien, acto seguido les persigue Mireia simulando ser un monstruo.

—¿Ves cómo sonríe, amor? Antes estaba igual —cuchichea Yago.

—¿Crees que está pensando en ella?

Las voces del Dúo Sacapuntas hacen que vuelva a su conversación.

—¿Nos vas a decir el nombre de la que te provoca esa cara de bobalicón? —exige José.

—No creo que sea ese el gesto de mi cara, pero, si quieres saber quién es, mira hacia allí —anuncio señalándola con un dedo—. Según Yago, es ella la responsable.

De repente Mireia cae de espaldas, y los mellizos se lanzan encima.

—¿Mireia? —preguntan ambos sorprendidos.

—Sí —afirmo mientras me dirijo hacia ella en su ayuda.

—Pues no me ha contado nada la muy… —Escucho la voz de José a lo lejos.

Me acerco a los dos monstruitos y socorro a mi amiga.

—Chicos, mami requiere de vuestra ayuda.

Los dejo en el suelo y salen disparados hacia el interior de la masía. Extiendo una mano para ayudarla a levantarse.

—Por lo visto, te has cruzado en mi vida para salvarme una y otra vez —se mofa a la vez que se sacude el trasero.

—Te has manchado de césped. —Le indico con el dedo.

—¿Dónde? —Intenta girarse para verse y le vuelvo a señalar—. No lo llego a ver. ¿Dónde?

—Aquí. —No sé cómo le rozo el glúteo con la mano y la aparto con rapidez—. Perdona, ha sido sin querer.

—Sa… —Me coloca las manos en la nuca y acorta distancias, tanto que compruebo que sus ojos son color miel y tiene unas manchas más oscuras que rodean el iris. Sonríe con picardía y me espero lo peor—. Si lo que quieres es tocarme el culo, solo hay que pedirlo. —Rompe a reír a carcajadas, y esta vez no reculo, entro en el juego.

—Te divierte, ¿no? —Afirma orgullosa de chincharme. La agarro con fuerza por la cintura y presiono su cuerpo contra mí. Su rostro le cambia muy lentamente poniéndose serio, sus labios se juntan lo justo para dejar pasar una respiración ralentizada—. ¿Ves como no eres la única que sabe jugar a esto?

Rizo más el rizo acortando la distancia de nuestros labios. Sonrío victorioso y un golpe de su aliento que me impacta contra la cara hace que me distraiga y me fije en su jugosa boca. ¿He dicho «jugosa»? Mierda. Trago saliva y despego los dedos de su cintura con mucha lentitud.

—¿Me vais a explicar qué sucede entre vosotros? —La voz cortante de José es como si fuera eléctrica y hace que nos separemos de un salto.

—Nada, yo… —Mireia intenta pensar en algo rápido y mira hacia todos los lados. Es tan graciosa cuando está apurada—. Voy a ver cómo está la novia.

Dibuja una sonrisa mecanizada y se va, dejándome con el marrón.

—Samuel… —La hiena se gira hacia mí.

—José, no sucede nada entre nosotros, solamente somos amigos. La conocí por casualidad en Colombia cuando fui a visitar a Álex y, más tarde, le diste mi teléfono para que la ayudara a encontrar a Max.

—Vale, hasta ahí perfecto, pero ¿cuándo ha empezado a fluir esa tensión sexual?

—¿Qué dices de tensión? —salto incrédulo—. No hay nada de eso entre nosotros, no alucines ni te montes historias, que aquí solo hay una bonita amistad. —Veo de lejos que los invitados están llegando —. Disculpad, la gente ya está aquí, voy a recibirlos, ¿vienes? —Me escaqueo dando por zanjado el tema.

—No, voy a ver si mi cuñado necesita algo y estoy contigo. Por cierto. —Me giro para ver qué me va a soltar—. En cuanto veas a la yaya y a mi tío, dile que vayan directos a la habitación de Tamara, quiero fotos de todos juntos.

—Entendido.

Voy saludando a los invitados y les explico el *timming* de la boda, acabando con la indicación de dónde se celebrará la ceremonia. Todos reaccionan igual al bajarse de los coches, abren la boca de par en par, alucinando por el lugar, muchos hasta lo graban. Ya no es en sí el sitio, sino cómo está ambientado: parece la Toscana, cambiando los viñedos por limoneros.

Las copas de los árboles están repletas de guirnaldas, que, cuando se vaya la luz del sol, harán que el ambiente sea más íntimo y, si es posible, más bonito. Las iniciales de los novios están talladas en madera a tamaño XXL y hay lavanda repartida por cada rincón. De los árboles caen fotos de todos los asistentes colgadas por hilos, muchos se sorprenden porque son de cuando eran pequeños. En la zona de la ceremonia se encuentran unos carritos con bebidas refrescantes; limonada, agua con gas, zumo de sandía, granizado de naranja, hasta horchata he llegado a ver, así la espera de los invitados a la llegada de los novios es más amena.

Está todo muy premeditado, aquí Aroa ha tenido algo que ver, es la mejor para este tipo de acontecimientos. Me impacta cómo una persona como ella es un as tanto para los negocios como para la organización de eventos, y luego para el amor es un desastre, aunque supo enmendar sus errores y ahora está subida en una nube con su «cari», como ella llama a Carlos, mi jefe de equipo.

Una mano me agarra por el brazo.

—¡Qué guapo vas! —me halaga Aroa propinándome un beso en la mejilla—. ¿Cómo va todo? ¿La novia ya está agobiada? ¿Y José? —pregunta buscándolo por todos lados—. Tendría que estar aquí para recibir a los invitados.

—Estoy yo, ¿no te sirvo? —Le brindo mi mejor sonrisa y saludo a Carlos.

—Tú, en vez de indicar… —interviene Aroa dándome un repaso de arriba abajo—, seguramente distraes a más de una. Es José quien debería estar aquí, ya se lo dije.

—Cariño, desconecta por una vez en tu vida y disfruta como invitada —la calma Carlos con mucha ternura—. José querrá disfrutar como hermano de la novia en este bonito día. —Le besa el hombro, y ella se derrite.

—Tienes razón, vengo como invitada, tengo que disfrutar. ¿Me perdonáis? —nos pregunta a ambos—: Voy a ver a Tamara. ¿Cuál es su habitación?

Le indico con un dedo y veo a Mireia asomarse por la ventana. De repente me vienen a la mente sus labios y lo atraído que me he sentido por ellos.

—¿Y esa chica quién es?

Sacudo la cabeza volviendo a la realidad.

—Es una amiga —contesto *ipso facto*.

—¿Una amiga?, ¿una amiga de quién?

—Perdona, es la fotógrafa.

—Ah, ya decía yo. Uy, te estás poniendo pálido, ¿no? —Siento cómo me examina.

—Será el calor —suelto lo primero que me viene a la cabeza. Vaya mañana llevo de explicaciones.

—Acércate donde se celebrará la ceremonia, ahí te darán algo para refrescarte —me aconseja Aroa mientras se dirige hacia la casa.

—¿Todo bien? —pregunta Carlos.

—Sí.

—Vale, perfecto. Voy a dar una vuelta.

Sé que mi jefe ha visto algo raro, si no, no me lo hubiese preguntado. Suerte que tenemos un código entre el equipo y es

mantenerse al margen hasta que uno decida contarlo. Aun así, yo no tengo nada que decir. O eso creo.

Veo de lejos que llega un taxi y baja la yaya Carmina con Vicente y Boro. De algo se está quejando la yaya, lo deduzco por cómo gesticula con los brazos. Sonrío, y ella me detecta rápido.

—No sabía yo que Míster Sonrisas nos iba a recibir. Si mis nietos me hubieran avisado antes, no habría venido acompañada. Ven aquí. —Me estruja con fuerza entre los brazos y me llena de besos.

—Mamá, ¿puedes parar? No lo dejas respirar. —Boro intenta que me suelte.

—Si estuviéramos en la cama, ya te cuento yo que no lo dejaría ni resoplar —suelta propinándome un pellizco en el culo.

—Carmina, veo que sigues como siempre, para ti el tiempo nunca pasa —comento sonrojado.

—Ains, Samuel. A mi edad ya no estoy para perder el tiempo, ¿verdad, Vicente?

—No. Cuando llegues a nuestros años, entenderás la frase: «El tiempo es oro».

—Dejaos ya de tonterías —corta Boro—. Están hechos el uno para el otro —me susurra con los ojos en blanco.

—¿Dónde está mi nieta?

—Tenéis que subir a la segunda planta, os están esperando porque quieren fotografías con la familia.

Sin decir nada más, se van directos para allí.

Al poco ya están todos esperando sentados a que sea la hora de la ceremonia. Me dirijo a la puerta de la entrada de la casa y veo cómo los mellizos bajan con Mireia y José.

—Nosotros nos vamos —me comunica José. Asiento y no puedo evitar mirarla. Me sonríe y yo hago lo mismo. De pronto una mano se interpone entre nosotros, es José, que reclama mi atención. —Te quedas con los pequeños hasta que mi hermana baje y esperáis a que vuelva Mireia para que pueda fotografiaros. Así tiene las dos entradas, ¿de acuerdo?

Mientras esperamos, voy escuchando todos los adjetivos tan bonitos que tienen los pequeños para su madre. La verdad es que

los niños no han exagerado, va preciosa. Tengo ganas de presenciar la cara de Matteo cuando la vea.

—¿Preparados? —La voz de Mireia nos hace callar.

Nos observa con una sonrisa y coloca a los pequeños para que sean ellos los que abran camino. Le ofrezco un brazo a Tamara, y ella me coge de la mano y entrelaza sus dedos con los míos. La observo orgulloso y percibo cómo los nervios la atacan, así que le beso la mano con ternura y susurro:

—Coge aire, el hombre de tu vida te espera ahí fuera.

Me hace caso y empezamos a andar.

Nos aguardan todos los invitados levantados con los móviles en la mano y unas sonrisas de oreja a oreja. Se escucha «¡guapa!» cada dos por tres. Siento una presión en los dedos, están a punto de morir asfixiados y con el pulgar la acaricio intentando amansar su ansiedad.

La mujer de mi amigo tiene un brillo especial, radia felicidad por todos los poros de su piel y, a pesar de estar atormentada por los nervios, sonríe a todo el mundo. Justo enfrente, veo cómo Matteo se deshace nada más verla. Se coge de ambas manos e intenta aguantar sereno. Los mellizos van corriendo hacia él y lo abrazan.

Él no deja de sonreír a su futura esposa, es increíble lo que se percibe cuando están cerca uno del otro. Nos plantamos delante del novio, le estrecho la mano, y me da un gran abrazo, me giro para despedirme de la novia, y ella se acerca a mi oído y confiesa:

—Eres el mejor padrino que podríamos tener. Gracias por tanto. —Y sella su confesión con un dulce beso en la mejilla.

La ceremonia está siendo muy amena y divertida, ha habido lecturas por parte de José, Yago, Sara y Aroa, cada uno hizo un escrito; algunos emotivos, otros cómicos que, aun así, nos han hecho emocionar y reír a la mayoría.

El tiempo se ha esfumado, y ya ha caído la noche, aún no he tenido tiempo para hablar con Mireia, no ha estado quieta en ningún momento, iba de un lado a otro fotografiándolo todo.

Desde lejos, apoyado en una columna, observo cómo los invitados se recogen hacia el interior de la casa para cenar. El cielo está

totalmente despejado, puedo ver la mayoría de las constelaciones. Sonrío, porque esto es la segunda vez que lo hago desde que el torbellino de Mireia está en mi vida. Una mano helada me toca el brazo y me encuentro bajo la atenta mirada de Carmina, la yaya de Tamara y José.

—¿Cuándo me ibas a decir que Tania y tú ya no estáis juntos? ¿Tiene algo que ver con la fotógrafa? —No sé qué contestar y no hago más que parpadear—. Quieres dejar de poner esa cara de tonto. ¿Te piensas que se me iba a escapar?

—Ella y yo no…

—No, ¿qué? —me corta y pone los brazos en jarra. Oh, oh, en breve me cae una colleja—. Ya sabes que le tenía cariño a Tania, aun así, entiendo que si la relación no funcionaba lo mejor es soltar.

—Ya, pero Mireia y yo no somos nada.

—A ver, bonito, soy suficientemente mayor y he vivido muchísimo para percatarme de vuestras miraditas y esa sonrisa que se te dibuja cuando la observas. —Me suelta una colleja, que hace que se me quite toda la tontería de encima—. Aún no entiendo qué os pasa a los policías como vosotros, seréis los mejores en intervenciones especiales, pero cuando se trata del amor sois nulos. ¿Tanto os cuesta aceptar cuando os gusta alguien? —No sé ni qué decir—. Sí, haz como que no sabes de que hablo. Matteo tuvo suerte de que Tamara se diera cuenta, sin embargo, no todos somos afortunados. Así que tú verás.

Me da dos toques en el brazo y se va tan pancha. ¿Qué le ha dado a todo el mundo? ¿Será que ahora no puede existir una amistad entre un hombre y una mujer? Me decido a entrar al salón, cuando escucho llorar desconsoladamente a alguien entre los arbustos. Me dirijo en dirección al sonido del llanto, y me encuentro a Mireia simulando un drama con su teléfono en la mano. Está de espaldas y no se ha percatado de mi presencia, la observo absorto. «¿Qué coño hace?», pienso.

—¡Tía! No puedo más, tienes que venir a por mí, estoy fatal…, creo que voy a morir —dramatiza muy bien, hasta hiperventila—. Estoy a punto de tirarme por la ventana, si no vienes, me lanzo. —Se calla al girar y toparse conmigo. Sus ojos se abren más de la

cuenta, avergonzada y, más rápido que un parpadeo, me brinda una sonrisa simpática. Con el dedo índice me pide silencio. Suspira y vuelve a estar atenta a la llamada—. Vale, tía, ¿ha servido? Perfecto, te tengo que dejar. Te quiero.

—¿Esto lo haces muy a menudo? —comento con sorna.

—Si es para ayudar a una amiga en apuros, sí.

Se recoge el pelo en una coleta, me sonríe de nuevo como si no hubiera pasado nada y empieza a caminar.

—Cada aspecto que descubro de ti me deja más sorprendido —admito andando tras ella.

—Y porque no hemos estado en una cama que si no… —Se detiene y me topo contra su cuerpo—. Ahí dejo fluir mi locura —me suelta con sensualidad y mirándome de soslayo.

Inspiro hondo y su perfume me invade revolucionando aún más todas mis hormonas. Esta chica tiene el don de impactarme cada vez que se lo propone. La cojo del brazo y, no sé por qué, ella se voltea. Intento mantener mi descontrol a salvo por la cercanía de su boca.

«Samuel, te has visto en situaciones peores», me digo mentalmente. Empiezo a tener el control. Su mirada no deja de ir como loca de mis ojos a la boca, tiene los labios apretados. No soy al único que se vuelve loco con nuestro juego

Le coloco una mano en la nuca. ¡Uf! Tiene la piel muy suave, dejo un dedo de separación entre nuestros labios. Sus ojos se clavan en los míos e intenta descifrar mis intenciones, y os voy a confesar que soy el rey en ocultarlas, por eso soy el encargado de infiltración de los casos.

Choco mi nariz contra la suya. ¡Joder!, comienza a ponerse todo cuesta arriba, sin embargo, no quiero parar. Siento cómo nuestros alientos colisionan, sus hombros se destensan y me agarra por la cintura tirando de mí.

Vale, noto todo su cuerpo pegado al mío, esto se nos está yendo de las manos. Me acaricia la espalda y ahora es ella quien me agarra de la nuca. «Joder, frialdad, ¿dónde estás?», grito mentalmente, desesperado.

—¿Qué pasa, Samuel, te gusto más en las distancias cortas? —suelta con un hilo de voz y tono burlón.

Mierda. Se muerde el labio y sus cálidas manos me presionan las mejillas.

—Un día no me aguantaré y voy a probar esos carnosos labios que me tientan tanto. —Me da un toque en la cara que hace que despierte de mi aturdimiento y mi cabreo aumente—. Voy para adentro, que ya me he escaqueado suficiente.

—Sí, será lo mejor. Voy contigo —digo resignado.

Entramos juntos al salón y con un gesto nos despedimos. Me dirijo a la mesa nupcial donde estamos los de siempre. Por sus miraditas y risas sé que en breve voy a estar sometido a un interrogatorio de tercer grado.

Resoplo y me siento. Me sorprende el silencio que hay, nadie dice nada. Por lo visto, están esperando a que sea yo el que hable. Sonrío a la vez que me coloco la servilleta sobre las piernas y suelto:

—¿Habéis visto lo despejado que está aquí el cielo?

Matteo intenta ocultar su risa, Tamara lo observa, y él no me quita la vista de encima. Carlos, más de lo mismo. Aroa, José y Tamara se hablan telepáticamente, y sé que en menos de tres segundos uno de los tres estallará.

Tres, dos, uno…

—¿Qué es lo que hay entre mi fotógrafa y tú? —pregunta Tamara.

Voilà.

—Somos amigos. —El efecto burbuja siempre va bien.

—Sí, claro —participa José—. Habéis desaparecido veinticinco minutos, los dos solos. —Bebo de mi copa un poco de vino tinto—. ¿Qué estabais, contemplando las constelaciones juntos?

—Somos amigos, y yo con mis amigas hago lo que me apetece. Y, en el momento en que quiera compartir con vosotros si tengo algo o no con quien sea, lo haré. —Me limpio el exceso de vino, zanjando el tema—. Ahora, vamos a centrarnos en lo que toca, que es en Tamara y Matteo y en pasarlo bien.

Yago alza la copa y propone un brindis, todos los invitados se ponen en pie y lo siguen.

Algo me llama la atención y es Carmina, que me está analizando. Levanto mi copa hacia ella y, como si fuera mi propio reflejo, ella

repite el mismo gesto y con su cara me señala hacia una dirección. Ahí está Mireia disfrutando de su trabajo.

«¿Qué está haciendo esta chica conmigo? Si solo es una cabra salvaje con toques infantiles, que, por cierto, me resultan encantadores», pienso mientras la observo.

—Si sonríes así cada vez que la ves, ¿tendrás que plantearte…?

—¿El qué, Matteo? —lo interrumpo.

—Lo que te comenta todo el mundo que está percibiendo entre vosotros y tú niegas —me dice entre dientes.

«¿Cabe la posibilidad de que tengan razón? Y si fuera así; ¿seríamos capaces de mantener nuestra bonita amistad?», me cuestiono. Sacudo la cabeza para quitarme ese pensamiento. Y me repito mentalmente: «Solo somos buenos amigos, me cautiva su manera de ver la vida y cómo es ella en sí». De acuerdo, también me resulta atractiva, no estoy ciego.

Desde que se ha cruzado en mi camino, ha desbloqueado aspectos que tenía adormilados y no voy a negar que eso me atrae.

7. Secretos que mueren con nosotras

MIREIA

—Mireia, ya han pasado siete días y aún no nos has contado qué ocurrió en esas cuarenta y ocho horas que estuviste desaparecida y desconectada del móvil —insiste por tercera vez Ana.

—Pues ha tenido que ser intenso para que no abra el pico —afirma Sofía mientras le lanza una piedra a Max, que sale corriendo tras ella.

—¿Podéis dejar de someterme al tercer grado y disfrutar de esta belleza de playa? —Intento escurrirme con un tono desinteresado sin dejar de mirar cómo Max trata de coger la piedra sin que la marea le toque las patas.

Ha pasado ya una semana desde el enlace de Tamara y Matteo, tengo que admitir que estoy enamorada de la familia que forman. Se cuidan unos a otros, era increíble la de sonrisas cómplices que se cruzaron por mi objetivo. Nunca he percibido antes una unión tan forjada, es como que sus raíces se han hecho fuertes al paso del tiempo.

Mis amigas tienen la mosca detrás de la oreja, y yo soy la responsable, porque me quedé incomunicada durante dos días tras enviar un mensaje a Ana: «¿Puedes pasear a Max?». Y mi aparición por casa fue con una camiseta de Samuel.

Admito que se me fue de las manos y desde entonces no hemos cruzado palabra.

—Entonces, si Mireia aún no está lista para compartir su «*weekend experience*», ¿nos cuentas con quién te estás viendo a escondidas, Ana? —propone Sofía descarada y sin dejar de sonreír.

Intento aguantar la risa ante la expresión de Ana, es como si quisiera desaparecer, sus ojos la delatan, hasta que al final susurra:

—Mátame, camión.

Sonrío al ver la carita de mi amiga al saber que la hemos cazado, y ella, aunque sea la abogada del diablo, flojea ante Sofía. Nuestra amiga tiene un poder devastador; por mucho que te esfuerces, acaba sonsacándote todo lo que se propone.

—Ya os lo he dicho, es solo un cliente.

—Sí, claro —la corta Sofía con tono incrédulo—. Un cliente que requiere de tus servicios todas las semanas y a cualquier hora del día.

—¡Uf! Qué pesada eres —resopla mi amiga—. Te lo he dicho por activa y por pasiva: sin una orden judicial no puedo hablar de los casos de mis clientes ni tampoco de ellos.

—Eso ya lo sabemos, Ana. —Sofía vuelve a la carga y me limito a observar—. Nunca te pedimos que nos cuentes las fechorías de tus clientes, que son todos unos criminales, sino que nos reveles la identidad de la persona que ha hecho que utilices nuestro código de emergencia.

Oh, oh, oh… ¡Mierda!

—¡Mireia! —me grita Ana.

—Lo siento, quise comprobar que habías llegado bien a casa —digo con la boca pequeña.

—Ahora entiendo por qué estabas haciendo guardia en el rellano —le recrimina Ana a Sofía.

—No hacía guardia. Aproveché que había buena temperatura, para comer unas pipas en la calle.

—Claro, ¿a las dos de la mañana?

Contengo la risa que pugna por salir sin mucho éxito, y Ana intenta matarme con su bonita mirada, aun así, es tan dulce que no puedo evitar terminar estallando en carcajadas.

—No te rías, ¿no sé dónde le ves la gracia? —Me propina un empujón que hace que me tumbe de lado—. Si te llamé a ti

expresamente sin comentarlo en el grupo, fue porque sabía que iba a suceder esto.

—Ana, cariño —le digo con ternura mientras la abrazo—. Me quedaba un ocho por ciento de batería y el único número que recuerdo es el del fijo de la casa de Sofía.

—No me extraña. ¿Recuerdas la de horas que nos pasábamos hablando por teléfono? —interrumpe Sofía nostálgica—. Mi madre aparecía por la otra línea diciendo: «Cortad ya, no veas qué factura me vendrá este mes».

—Era muy graciosa —afirmo—. Me acuerdo de que, cuando descolgaba el teléfono y escuchaba mi voz con un tímido «hola», pillaba un mosqueo, te gritaba y soltaba al viento: «No entiendo nada, si hace dos minutos que estabais juntas. ¿Qué os tendréis que contar?». —Ambas estallamos a carcajada limpia.

—Qué daría yo por tener cinco minutos con ella… —dice Sofía contemplando el mar. Suspira y se dirige de nuevo a Ana—. ¿Nos vas a explicar quién es?

La miramos expectante, y ella se muerde la comisura del labio inferior, por su gesto, deduzco que tiene un debate mental de qué hacer.

—Vale, de acuerdo. Os lo voy a contar. —Ana pone los ojos en blanco al ver que nosotras dos saltamos de alegría—. Quiero aclarar que al principio entre nosotros solo había una relación cordial entre abogada-cliente. Quería que le llevara unos asuntos de importación…

—¿Y…? —corta Sofía impaciente.

—Déjame explicarlo de un tirón —pide Ana a mi amiga, y esta *ipso facto* se hace un gesto en el labio como si se lo cerrara con cremallera—. Empezaron las videollamadas, los cafés después de las reuniones y se tomó la libertad de darme los buenos días con una fotografía suya sin camiseta y un paisaje espectacular.

—Sí, claro. Seguro que lo espectacular era el paisaje —me chismorrea Sofía.

—Los mensajes pasaron de darnos los buenos días y buenas noches a: «Hola, ¿cómo estás?». Y más tarde a un: «Estaba

pensando en ti». Y un día, por una extraña razón, mi filtro de la sensatez hizo que le dijera que sí a la propuesta de ir a cenar juntos.

—Noooo… —digo emocionada muriéndome de amor—. ¿Y eso fue el otro día? —Asiente con la cabeza Ana—. Y ¿quién es?, ¿cómo es?

—Estoy flipando con tu actitud —estalla Sofía—. La mayoría de las veces llevas tu vida tan al límite por chorradas que haces locuras extremas como tirarte de un avión, porque te picas con alguien que dice que los abogados solo os regís por las leyes, tanto en el trabajo como en la vida cotidiana, y no sois capaces de vivir una aventura de riesgo o en los juicios, cuando sacas esa garra y vas a degüello con cualquiera que se te ponga por delante —escupe indignada, y mi amiga la escucha con atención—. En cambio, cuando ves que tu corazón late más rápido de lo normal por alguien y no puedes controlar lo que sientes, lo cortas. ¿En serio?

—No es eso —discrepa mi amiga.

—Ah, ¿no? —le pregunta Sofía, y ella niega con la cabeza—. Vale, no. Y, entonces, ¿qué es?

—Que es mi cliente y no está bien.

—¡Anda ya! —reniega Sofía.

Ana se queda pensativa con la vista puesta en sus manos, y a mí lo único que me sale es abrazarla. Me agarra los brazos con fuerza y los aprieta contra ella.

Voy a abrir la boca para desviar el hilo de la conversación, pero Ana se adelanta:

—De acuerdo, lo admito. Creo que me gusta y me gusta de verdad.

—¿Y qué hay de malo en eso? —cuestiona Sofía con cariño, cruzan miradas, y a Ana se le dibuja una pequeña sonrisa tímida.

—No quiero vivir de nuevo la sensación de abandono.

Me rompo al oír su confesión.

Ana fue abandonada por su padre tras la muerte de su madre. Iban las dos en el mismo coche, y a Ana se le cayó su peluche favorito. No dejaba de llorar, y su madre se giró para intentar alcanzarlo y poder recuperarlo. En ese instante, se saltó un *stop,* y un camión se las llevó por delante. Mi amiga tenía la edad suficiente para recordar la última mirada y sonrisa de su madre antes del

choque. Gracias a Dios, la mente es altamente poderosa y elimina el dolor del impacto de un accidente, pero no la huella que se le creó cuando su padre la dejó para siempre en casa de sus abuelos paternos, despidiéndose de ella con un simple: «Nos vemos luego, cariño». Con el tiempo pudo camuflar esa herida, aunque, por lo visto, le ha marcado para siempre.

—No puedes vivir con esa sensación de ahogo —le aconseja Sofía a la vez que le acaricia la cara—. Eres segura de ti misma, una mujer fuerte, independiente, sin embargo, tienes que abrir esa puerta que te has negado a avanzar. Y comprobarás que, aunque sufras, te encuentras cien por cien viva.

—Todos nos levantamos después de una caída fuerte. Aparte, no estás sola —le recuerdo con cariño. Sus ojos transmiten miedo, aunque también albergan un brillo de esperanza—. Siempre estaremos caminando a tu lado.

—No tengas pánico a cruzar el umbral de tu zona de confort, la vida es: rabia, miedo, felicidad, tristeza, dolor. Todos ellos son síntomas de sentirse vivo. No te niego que es desgarrador cuando uno está mal, pero es un trámite de crecimiento y evolución para uno mismo. Dándote el espacio que necesitas y con unas buenas herramientas es como te descubrirás realmente —continúa Sofía.

Cómo se nota que es psicóloga, sabe llevar la conversación por donde a ella se la antoja, a pesar de que con nosotras se niega a hacer terapia.

Ana tiene la vista puesta en el horizonte, Max percibe su tristeza y viene corriendo como una bala y se lanza sobre ella, lamiéndola sin parar.

—Eso, Max, le va a venir bien un ataque de amor —anima Sofía.

—Vale, para, para… —pide entre risas Ana.

—Nos tienes que prometer que le vas a volver a escribir…

—Sí, lo haré —me contesta Ana.

—No como abogada-cliente —pide Sofía.

—Nooooo… —Ana intenta sacarse a Max de encima, y la ayudo. Se tumba delante de ella y la observa con mucha atención—. Le voy a escribir como amiga, aunque no voy a negar que iré con pies de plomo.

Max inclina la cabeza hacia un lado y me río.

—Al perro no le ha servido demasiado esta respuesta —dice Sofía.

—Tengo que hacerlo poco a poco —le explica Ana a Max acariciándole la cabeza.

—Pues tema zanjado —afirma Sofía y abraza a Ana ofreciéndome un hueco entre sus brazos.

Las abrazo con fuerza, estoy tan feliz de tenerlas como amigas. En realidad las siento como hermanas. Nos escuchamos sin juzgarnos y cuesta tanto encontrar a personas así… Están locas y somos diferentes, aunque juntas formamos un buen equipo.

—¿Y a ti cómo te fue en la boda? —inicia el tema Ana como quien no quiere la cosa. Ya os he dicho que es abogada, ¿verdad?

—El lugar era espectacular, rodeados de naturaleza. Había detalles que marcaban la diferencia, por ejemplo, nada más entrar al recinto te encontrabas con un camino de árboles y de ellos colgaban fotografías de diversas situaciones vividas de cada invitado. En cada esquina se hallaban unos carritos de bebidas para que la gente se hidratara. En los lugares más peculiares te podías topar con notas tipo Mr. Wonderful, no sé, era mágico. —Suspiro al recordar lo bonito que me pareció todo—. El convite se hizo en un espacio interior simulando un patio italiano, lleno de limoneros, guirnaldas colgadas que iban de un lado a otro y una mesa alargada de madera natural. Era de película, aun así, lo mejor de todo era el aire que se respiraba: feliz y familiar.

—Sí, y eso está muy bien, pero deléitanos con más, porque estaba el poli macizorro en esa boda —me corta Sofía. Será cotilla.

—Tú quieres saber por qué aparecí vestida con su ropa dos días más tarde, ¿no? —Voy directa al grano. Asiente con la cabeza y proyecta una sonrisa ladina—. No pasó nada, si es lo que te interesa.

—Claro, y a mí no me gusta un buen sexo oral —contesta con sorna.

—No, en serio, Sofía, no ocurrió nada entre Samuel y yo.

Pone los ojos en blanco, incrédula.

—Entonces, explícanos qué hacía ahí y cómo acabaste vestida con una camiseta suya —interviene Ana.

—¡Qué horror! —suelto abochornada solo de recordar qué ocurrió. Escondo la cabeza entre las piernas, y Max viene preocupado metiendo el hocico entre mis brazos para lamerme la cara—. Estoy bien, pequeño, no te preocupes —calmo a mi perro acariciándole la cabeza.

—Eh, ¿qué pasa? —me consuela Ana poniéndome una mano en la espalda—. Que somos nosotras, Mireia, ya sabes que los secretos mueren aquí.

—Buf, no sé ni por dónde empezar…

—¿Por el principio? —propone Sofía.

—Le debía una cena por todo el esfuerzo por la búsqueda de Max.

—Eso ya lo sabemos —me interrumpe Sofía.

—Querías que lo contara desde el principio, ¿no? —la corto. Asiente y continúo—: Pues esta parte es importante, fuimos a cenar y le invité a un kebab.

—¿Qué? —me increpan al unísono.

—Es a lo que me llegaba el bolsillo. —Me sale una pequeña mueca, y ellas niegan con la cabeza—. Tengo que confesar que fue una noche perfecta, hablamos de mil temas distintos y me sentí tan cómoda…

—Esto promete —comenta Sofía, y Ana le da un toque para que se calle.

—No, en serio, solo somos amigos, bueno, por lo menos, antes sí —confieso con la boca pequeña y, acto seguido, se miran entre ellas con risas burlonas—. Fue una noche muy entretenida, el tiempo volaba y como los dos al día siguiente teníamos compromisos, pues decidimos irnos a dormir, cada uno a su casa —recalco a Sofía antes de que se emocione—. Cuando fui a la boda, ya me imaginé que me lo encontraría ahí. —Mis amigas parecen sorprendidas—. Es amigo de José, y se casaba su hermana. Cuando él me dijo que iba de boda, até cabos y supe que íbamos a estar en la misma celebración, aunque no le quise decir nada para darle una sorpresa al encontrarme ahí.

—Y se sorprendió —dice Ana emocionada.

—Más bien se quedó embobado con mi presencia. Los ojos le iban a mil de un lado para otro. —Sonrío al recordar la cara de tonto que

se le quedó al abrir la puerta y lo bien que le quedaba ese traje azul marino—. Iba tan guapo… Durante la boda lo único que hicimos fue cruzar miradas, tenía que estar centrada en mi trabajo. Aunque hubo una yaya, la abuela de la novia, ¿cómo se llamaba? —Subo la vista al cielo para recordar su nombre—. Carmina. Bestial, chicas, esa mujer para la edad que tiene es una persona para admirar, con unos valores… y, eso sí, sin pelos en la lengua. Podría ser un miembro más de esta banda.

—Un día la invitamos a tomar algo —propone Ana.

—No, que se alía con vosotras.

—¿Por qué dices eso, Mireia? —cuestiona Ana.

—Estuvo parte del convite intentando averiguar qué somos Samuel y yo, le dije que solamente buenos amigos, y me soltó: «Sí, claro y estas dos tetas redondas y tersas que llevo son naturales». —Me callo al ver cómo las dos zopencas de mis amigas se ríen a carcajadas.

—Vale, perdón —se disculpa Ana mientras se limpia las lágrimas.

—¿Entiendo que están operadas? —pregunta Sofía entre risas.

—Claro, por lo menos lleva una ciento diez la mujer y las tiene pegadas al cuello —confirmo.

—Nos la tienes que presentar —dice Sofía.

—Bueno, ya miramos un día —corto la broma y sigo con la historia—: Después de hacer mi mejor actuación por teléfono para que una amiga pudiera salir por patas de su cita, Samuel me pilló infraganti y no sabía dónde meterme. Le creé curiosidad y sabía que en algún momento de aquella noche querría saber por qué me había marcado esa pedazo de actuación, con ese llanto dramático al teléfono. Pasaron las horas, y ya no faltaba mucho para que finalizara el baile, así que me fui a despedir de los novios y de los demás cuando José me invitó a la última.

—Ups, ¿la última? Eso nunca llega a ser así —me interrumpe Ana.

—Exacto, se quedaron los más cercanos. Entre copa y copa, más chupitos, y empezaron a explicar anécdotas que habían vivido, hasta que la novia, Tamara, nos preguntó en qué momento nos habíamos conocido Samuel y yo. A mí se me cortó la tontería que llevaba encima, no hacía más que enviarle el código SOS con mis párpados,

y él, con mucha soltura, supo llevar la conversación hacia su terreno, hasta que su amigo, Carlos, cambió de tema.

—Por lo visto, no somos las únicas que pensamos que no sois solo unos buenos amigos —comenta Sofía con sarcasmo.

—Venga, deja que siga —pide Ana.

—Gracias. —Sonrío y prosigo—: En un hueco de silencio aproveché para levantarme y así irme a casa, estaba hecha polvo y algo mareada. No me dejaron coger el coche. Samu se levantó corriendo para agarrarme por la cintura al ver mi inestabilidad y me preguntó si quería que me acercara a casa. Y José propuso que mejor durmiera en su habitación, entonces acepté quedarme y continuamos con la velada. Ahí, al ver la situación, fue cuando te envié el mensaje, no quería que os preocuparais. Una hora más tarde decidimos irnos a dormir, y José, el muy cabrito, cuando llegamos a su puerta me soltó que estaría más cómoda en la habitación de Samuel, que estaba solo.

—Noooo —grita emocionada Ana.

—Sí, lo hubiera estrangulado. Intentaba fulminarlo con la mirada, pero mi amigo no dejaba de reír. Me giré y ahí estaba Samuel rascándose la nuca, con la camisa medio desabrochada, dejándome ver su hipnótico torso bronceado. —Suspiré al recordarlo.

—¿Qué hiciste?

—¿Tú qué crees, Sofía? Resignarme. Entramos en su habitación y no le había dado ni tiempo para deshacer la maleta. Me senté en la cama mientras él se fue al baño a ponerse el pijama, o eso quise creer, hasta que salió desnudo con un *slip*. —A mis amigas se les escapan unas risas burlonas—. No sabía hacia dónde mirar porque mis descarados ojos iban al bulto. Me puse nerviosa y me dio por tararear.

—¿Tararear? —pregunta Sofía sorprendida.

—Sí, la canción que me cantaba mi madre de pequeña cuando tenía miedo: *Será porque te amo*. —Me detengo porque mis amigas estallan de la risa—. Lo sé, creo que fue el alcohol el que me hizo reaccionar así.

—¿Y él qué hizo? —me interrumpe de nuevo Sofía sin parar de reír.

—Le tuvo que resultar graciosa la escena, se percató de mis nervios y el muy mamón jugó sus cartas, vengándose de todo lo mal que le he hecho pasar con mis bromas. —Las caras de mis amigas son un poema y continúo con la historia—: Se acercó a mí y a un dedo de distancia me observaba con detenimiento, estaba tan cerca que podía ver los poros de su piel. Me peinó un mechón de pelo dejándomelo detrás de la oreja y me susurró con voz rasgada: «No sabes lo bonita que te pones cantando esta canción».

—Ahora es cuando os besáis —interviene expectante Ana.

—Nooo —digo avergonzada—. Creo que el alcohol y el kebab me pasaron factura y se me retorció el estómago. —Cojo aire, y las chicas tienen los ojos abiertos como platos, incrédulas, porque saben lo que va a venir ahora—. Tuve una arcada, lo empujé corriendo y fui hacia el lavabo, aunque no llegué a tiempo y me vomité encima.

—Qué asco —suelta Sofía tapándose la boca.

—Lo peor es que no podía parar, y él estuvo ahí conmigo sujetándome el pelo —lloriqueo.

—Ooohhh, muero de amor —comenta Ana emocionada.

—No sé qué pasó después. Al día siguiente me levanté limpia, con su camiseta y mis bragas. Abrazada a su pecho y con un pequeño charco de baba bajo la boca y la puñetera cabeza no cesaba de darme vueltas.

—Esto va a ser más que una simple atracción, verás —comenta Sofía a Ana.

—No, de verdad, qué bochorno. No para de escribirme y no le voy a contestar.

—¿Por qué no? —pregunta Ana sorprendida.

—Porque esto no es normal, lo acabo de conocer y somos amigos. —Me callo al ver con gesto escéptico y acabo confesando—: Por una extraña razón me encanta ponerlo al límite y jugar por encima de la línea. Entonces me paro a pensar y creo que no es lógico que sienta algo así, que acabo de dejarlo con Paolo y me convenzo de que no está bien. Sin embargo, cuando lo tengo tan cerca desconcierta todos mis sentidos. —Respiro y reviento—. ¡Hostia! Que casi le vomito encima y es que es tan bueno que me sujetó el puto pelo mientras yo estaba dándolo todo en el baño. ¡Joder! —vuelvo a

gritar abochornada mientras tengo un *flashback*—. Que me ha limpiado y cuidado —lloriqueo, y ellas se enternecen escuchándome —. Que lo primero que vi nada más abrir los ojos fue su atenta mirada. Sus ojeras estaban pronunciadas, eso quiere decir que no durmió en toda la noche. Me sonreía mientras con la yema de los dedos me acariciaba el hombro dejándome la piel de gallina.

—¡Aja! Eso es lo que te ha asustado, ¿verdad? —me interrumpe con dulzura Ana—. Que estabas cómoda entre sus brazos.

—No lo sé. ¡Mierda! —grito enfadada a la vez que agarro arena con ambas manos—. Si te soy sincera, por un instante me hubiera quedado toda la vida ahí, era tan bonita esa sensación… Y, de repente, entré en pánico y me levanté de un salto, cogí las llaves del coche y salí de esa habitación como alma que lleva el diablo.

—Ahora entiendo todo —comenta Ana, y empiezo a sentirme agobiada, no sé muy bien por qué.

—Ey, no pasa nada, tranquila —me anima Sofía y me pasa las manos por los brazos transmitiéndome una paz brutal—. No te presiones, el tiempo pondrá todo en su lugar, no quieras buscar un porqué de todo lo que estás viviendo ahora mismo, somos muy complicados y, cuando hay una mezcla de sentimientos por diversas situaciones, es muy difícil saber a qué atañe cada cosa.

—No quiero cagarla —la interrumpo—. El tema de Paolo me tiene superada, cada día que pasa descubro algo nuevo de él y es estremecedor. —Siento cómo mi pecho se deshincha como una colchoneta de playa al soltarle un poco de presión—. Y luego está Samuel, no sé, todo pasa muy rápido y por mucho que lo niegue entre nosotros hay como una maldita conexión que hace que quiera saber más de él. No sé cómo explicarlo, soy capaz de leerlo con mucha facilidad y hasta siento que es recíproco.

»Cuando me refiero a que nos podemos leer con facilidad es que, con un solo «hola» o un cruce de miradas o depende de la manera que me escribe, sé si está bien o nervioso o enfadado, es inexplicable. Ya lo sabéis, por mi trabajo tengo muy desarrollado leer los gestos no verbales de las personas, sin embargo, con él va por encima de todo eso. —A Sofía se le escapa una risotada, ella sabe qué me pasa, aunque nunca me dará la respuesta a mis intrigas. En

cambio, Ana sigue atenta escuchando mis agobios y me limito a seguir—: Y cuando estamos juntos el tiempo desaparece, podemos estar hablando durante tres horas que me resulta poco y tengo la extraña necesidad de querer saber más de él, y no quiero…

—Mireia, cielo, no te obceques y ve haciendo como hasta ahora. Creo que te estás analizando demasiado. Hay situaciones en las que no somos dueños y no podemos controlar lo que otro te hace sentir y da miedo, mucho miedo… —me aconseja Ana—. Pero haz el favor de escribirle, que lleva toda la mañana sonándote el teléfono y seguro que es él.

Sofía estalla a carcajada limpia y hace que nuestra atención se vaya hacia a ella.

—Os tenéis que ver desde fuera, sois muy graciosas —suelta con sorna—. Dos personas con la misma situación aconsejándose una a la otra. —No puedo evitar mirar a Ana—. Chicas os voy a dar mi consejo y no lo voy a repetir, cada uno gestiona sus sentimientos como mejor puede y más cuando la razón y el corazón están en desacuerdo, aun así, os pido que no obviéis lo que el cuerpo os pida, puede dar miedo, pero te hace sentir vivo. Que tropezáis, no pasa nada, lo importante es hacer lo que a uno le venga en gana porque un «y si…» es peor que el fracaso.

Sé que está en lo cierto y tengo que controlar el no cuestionar cada sentimiento percibido hacia Samuel, aunque me da pánico que sea una confusión por su trato recibido en cuanto al tema de Max y esa delicadeza hacia mí.

Me vibra de nuevo el teléfono, es él, no puedo evitarlo y sonrío.

8. Gestionarse

SAMUEL

«¿Qué le pasa? ¿Por qué no contesta a mis llamadas?», me pregunto inquieto sin quitarle la vista de encima al móvil. Es que no ha leído ni un puñetero mensaje. Al principio creí que se había acordado de algo que tenía que hacer y ya iba tarde por su manera de salir escopeteada de la habitación sin apenas despedirse. Ya ha pasado un tiempo prudencial y empiezo a estar preocupado. Estoy al tanto de muchas cosas y descubrir un localizador en el motor de su coche ha hecho que aumente mi necesidad de protección.

Resoplo y guardo el teléfono, me doy por vencido, ya que, por más que lo desee, no voy a recibir respuesta antes.

Abro la puerta del *office* para salir de él y me topo con mi hermana, que viene con un portátil en la mano.

—Samuel, estás aquí —dice María aliviada—. Te estaba buscando por toda la nave. Bueno, no soy la única —comenta mientras se gira hacia el fondo del pasillo y me empuja al interior del *office*.

—¿Qué pasa?

—No, primero ¿qué te pasa a ti? —comenta con preocupación sin quitarme la vista de encima mientras deja el ordenador y una carpeta sobre la mesa.

—Nada, solo que he tenido una mala noche.

—Esas ojeras, hermanito, no son de no dormir. —Me observa con deleite—. Llevan escritas la palabra «preocupación».

—Luego te cuento. —Miro hacia el ordenador—. ¿Qué quieres enseñarme?

El asunto tiene que ser serio porque sin insistir se va directa a su portátil. Abre la carpeta y empieza a sacar fotografías.

—Hace dos semanas —apostilla mientras escribe códigos en su ordenador—, te comenté que me pidieron una colaboración desde la Schengen enviándome unos documentos para que pudiera indagar.

—¿Y qué es lo que te tiene bloqueada?

Se gira hacia mí y me sonríe, deja caer sobre el teclado unas fotografías de varias personas, por ahora no me suena ninguna. Eso es importante, no están en búsqueda y captura.

—¿Ves a este chico?

—Está de espaldas —corroboro.

—Sí, aunque después de muchos días, me fijé en el reflejo del escaparate, ya sé que la imagen no es muy nítida, aun así, al ampliarla y filtrarla varias veces he conseguido averiguar quién es. Se llama Chris Munch. —Lo máximo que soy capaz de captar es que es un hombre moreno, alto y de estructura ósea delgada—. Digamos que es galerista del mercado negro del arte. —Asiento atento—. Y por una extraña razón está relacionado con esta pareja de aquí.

Me muestra a un hombre rubio y una mujer morena sentados en una terraza junto al mar. No se diferencia mucho de ellos porque ambos llevan gafas de sol, él viste con una gorra y ella, con una pamela que le tapa parte de la cara.

—¿Por qué es una extraña razón? —cuestiono sorprendido—. Tú, mejor que nadie, sabes que no hay que fiarse del aspecto. ¿Recuerdas la mujer de ochenta y tres años con gatitos?, ¿quién iba a decir que era una narcotraficante y no una cualquiera, sino la jefa de la mayor organización criminal de cocaína de toda España?

—Uf, sí. —Desvía la vista hacia un lado, recordando—. No lo hubiera dicho nunca. Me quedé petrificada, desde ese instante no me fío ni de la frutera de la esquina.

—¿Entonces?

—No estoy extrañada por su aspecto, sino por… ¿Y si te dijera que ya había visto antes a esta pareja?, ¿que pueden ser los «padres» de una amiga mía? —Mi hermana entrecomilla con los dedos.

—¿Por qué dices «padres» así? —cuestiono y repito el mismo gesto—. ¿Y de qué amiga hablamos?

—No la conoces. —Trago saliva para controlar mi sobreprotección hacia ella—. Y lo digo así porque creo que no son sus padres.

Cuando me pasaron el caso, no tenía ni idea de quiénes eran los sospechosos. Me puse a indagar por todos los lugares más oscuros de la red sin encontrar una respuesta, es que ni un miserable movimiento bancario ni propiedades ni nada. —Resopla indignada y continúa.

»Imagínate, ni siquiera una simple multa. Me ha costado una barbaridad llegar hasta donde estoy, he tenido que tirar de muchos contactos y, gracias a mi desesperación y a pasar noches en vela, probé con las imágenes sin esperar nada y di en el clavo con el varón joven descubriendo que usa una identificación falsa. Las otras dos personas seguían siendo unos completos desconocidos y, tras una charla banal con una amiga, vi que tenía la respuesta delante de mí desde el inicio.

—No me quedaba duda de que lo ibas a acabar descubriendo, eres muy perspicaz, pero lo que me chirría es el tema de los padres de tu amiga. —Voy directo al grano.

Esto empieza a oler a chamusquina, cruzo los brazos porque a María le cuesta explicarse y eso no es bueno.

—Una tarde con mi amiga solucionando el mundo, me explicó una anécdota muy graciosa y me mostró a sus padres. —Con la cabeza le hago un gesto para que prosiga, mi paciencia empieza a evaporarse—. Al verlos me resultaron muy familiares, aunque no recordaba por qué. Un día de vuelta del trabajo, me vino a la mente y até cabos. Es que no me cuadra nada —confiesa de sopetón ante la presión. Intenta tranquilizarse y se masajea la sien derecha, nerviosa—. Ella es de toda la vida de aquí, de Barcelona. Por lo que sé, cuando era muy joven se fue a vivir con una amiga y luego ya con el novio. —Anda por la sala con las manos en jarra—. Es que desde que he descubierto que puede estar relacionada con el caso no dejo de darle vueltas.

—¿Cómo has llegado a la conclusión de que no son sus padres?

—Pues, por ejemplo, no vienen a verla ni siquiera en fechas especiales, ¿qué padres hacen eso con sus hijos? —Su voz suena desconcertada—. Ella es una bellísima persona, no haría daño ni a una mosca. Cuando habla de ellos se le llena la boca explicando todo lo que hacen y nunca ha tenido una mala palabra hacia ellos,

no sé. Me resulta extraño, no mantienen una mala relación familiar, sino todo lo contrario.

»¡Flípalo! Mantienen una relación a través de videollamadas. ¿Te lo puedes creer? —cuestiona haciendo aspavientos con las manos. No me deja contestar y continúa—: Ella siempre los ha excusado con que trabajan mucho. Claro, ¿cómo van a visitar a su hija si se pasan la vida dedicándose a robar en el mercado negro? —Abro la boca, pero mi hermana sigue enfrascada en su historia y continúo escuchándola.

»Investigué por encima un poco sobre lo que me comentó ella de sus padres y no me cuadra nada. Ellos son de nacionalidad francesa y en ningún momento me lo dijo. Tú sabrías donde han nacido tus padres, ¿no? —Asiento—. Pues con los días le saqué el tema, y por su actitud sé que lo desconoce. Un día me comentó que de bien pequeña tuvo un accidente muy grave donde sufrió un trauma en la cabeza y hay parte de su infancia que no recuerda. —Alzo la ceja, incrédulo, y lo acompaño de una media sonrisa—. Es cierto, tiene una pequeña cicatriz por una herida detrás de la oreja y, por supuesto, lo he investigado. El accidente sucedió en Italia y la trasladaron aquí, a Barcelona, una vez estabilizada. —Intento no gesticular porque me acaba de estallar la mente con esta última información. Todo es muy lioso, ahora entiendo su sinvivir.

»Desde entonces mi amiga sufre episodios muy confusos, como si fueran sueños, y no sabe diferenciar si son reales o no. —Alzo el dedo para intervenir y no me deja—. Lo contrasté con un compi del instituto que es neurocirujano y dice que, depende del traumatismo sufrido, en un porcentaje muy pequeño existe la posibilidad de uso de memoria postaccidente, aunque la mente es prodigiosa y puede regalar extractos instantáneos, algo confusos, claro está, de su pasado. Y llegados a ese punto, empecé a investigar a mi amiga, era lo más certero y real de todo el caso. ¿Y sabes qué?

—Sorpréndeme.

—Tiene una identidad falsa. —Abro los ojos como platos—. La registraron en Italia con su nombre actual hará cosa de unos veinticuatro años.

—¿Después del accidente?

—No, unos ocho años antes del accidente.

«Esto se complica cada vez más», pienso.

—Entonces, ¿crees que ella está metida en el meollo? —Noto que me vibra el bolsillo y saco el teléfono, al ver que es Mireia respiro aliviado y con ganas de saber de ella.

—No lo creo, es inocencia pura. —Alzo la vista hacia ella, serio—. No me mires así, ya sé que no puedo fiarme de nadie, es lo que pienso y la veo tan transparente…

—María, recuerda que en esta vida estamos solos. —Mi hermana afirma bajando la vista, le acuno la cara para que me preste atención—. La única persona que no te va a engañar eres tú misma. Ni por mí puedes poner la mano en el fuego. ¿Lo entiendes?

—Tengo que indagar más —sopesa preocupada.

—Hazme un favor, aléjate de tu amiga —le ruego y aprieto la mandíbula para controlarme.

—Tranquilo, la conozco desde hace tiempo, ya hubiera hecho algo raro que hiciera que me saltaran las alarmas. Y me fío de la persona que me la presentó.

María calla porque la puerta se abre y se asoma Carlos.

—Estáis aquí, por fin. Os necesito en mi despacho.

Ella recoge todo y sale por la puerta. Con señas le digo a mi jefe que me dé unos minutos, que tengo que hablar por teléfono. Empiezo a llamar y veo que Carlos continúa ahí, alzo las cejas y me suelta:

—Dale recuerdos de mi parte a Mireia.

Asiento sorprendido y le pido con gestos que se vaya para poder hablar con tranquilidad.

—¿Estás bien? —le pregunto a Mireia nada más descolgar.

—Hola, Samuel, buenos días. —Al oír su voz siento cómo se me relajan todos los músculos—. Estoy bien, discúlpame, he tenido una semana movidita y no he estado muy atenta al móvil.

—Bueno, no pasa nada. —No digo lo que pienso, porque ella no es la responsable de mis nervios—. ¿Te apetece que nos veamos? Necesito hablar contigo.

—¿De qué? —Se le entrecortan las palabras.

—De tu coche —suelto lo primero que me viene a la cabeza. Tengo la necesidad de verla, aunque eso me lo voy a reservar—. ¿Puedes hoy?

—Sí, tengo una entrevista a las cinco de la tarde. ¿Te va bien a las siete en el mismo sitio de siempre?

—¿Entrevista?, ¿qué me he perdido?

—Ya te contaré luego.

—Vale, pues nos vemos más tarde —suelto contento.

—Sa… —Se me remueve algo en el estómago.

—Dime.

—Lo siento por estar desaparecida estos días, te lo compensaré.

Se me escapa una sonrisa y nos despedimos con un: «hasta luego».

Ando por el pasillo, más ligero de peso, saber que Mireia está bien hace que me sienta aliviado.

No me quito de la cabeza la otra noche cuando dormimos juntos. Fue muy divertido el momento en que se puso a cantar. Qué esporádica es cuando el pánico se apodera de ella. La metí en la ducha porque tenía partes del cuerpo impregnadas de su propio vómito. Conocerla contentilla por el alcohol fue muy divertido. Me culpaba por ir provocándola con mi *slip*. No le voy a quitar razón, se lo debía por todo lo que me hizo durante la boda, con tanto susurro, acercamiento, miradas y, de vez en cuando, con su pequeño TOC de pellizcarse el puñetero labio, me tenía frito. Tenía que desaparecer de entre la multitud para aliviar la presión de mis pantalones.

Hubo un momento en que desconecté totalmente de mí y quise dejarme llevar. Me estaba volviendo loco, aunque no os niego que me da miedo cruzar con ella esa línea porque me gusta mucho tenerla como amiga. No todos los días encuentras a alguien que logre que te evadas de la realidad y te haga percibir cosas que el día a día ha hecho que olvides.

Me quise morir cuando la saqué de la ducha. Me giré un momento para coger una toalla y así quitarle la ropa húmeda y, al darme la vuelta, me la encontré totalmente desnuda. Apurado, la cubrí con la toalla. Le presté ropa para que se vistiera, pero prefirió dormir sin

nada, decía que estaba más cómoda. No podía sostenerse en pie, su equilibrio la había abandonado, así que la acerqué a la cama.

Estábamos los dos de pie, uno frente al otro, y apenas podía abrir los ojos, no se le entendía mucho lo que susurraba. La abracé para que se calmara y, cuando estuvo tranquila, le coloqué una camiseta mía por encima, ya que empezaba a incomodarme tenerla así totalmente desnuda ante mí. Se quedó observándome fijamente y, sin esperármelo, me tiró de la goma del *slip* y se dejó caer baldada en la cama.

Me fui para el baño a recoger todo el desastre y la oí soltar al aire:

—Que sepas que lo que guardas ahí dentro temblará otro día que me pilles en mejores condiciones.

Me puse rojo como un tomate, suerte que ella no se percató.

Pobrecita, le tuvo que sentar mal el kebab de la noche anterior, más toda la mezcla de alcohol que ingirió. Yo también tenía el estómago algo revuelto, por suerte, fue ella la cabecilla de la idea de cenar eso. Al verla tan hecha polvo nació una necesidad descomunal dentro de mí de cuidarla. No pegué ojo en toda la noche, estaba tan bonita mientras dormía… Mis dedos se hicieron adictos a su piel, suave y fina. De vez en cuando se detenían a rodear algún lunar que otro. Su cuerpo encajaba tan bien al lado del mío… Me apoyó la cabeza en el pecho y, con el sonido de mi corazón, cayó dormida del todo.

Ya en la calle voy a comprar todo el listado que me envía Tamara para estas semanas en las que ejerceré como tío de los mellizos. Me siento afortunado porque confían en mí, aunque a la vez estoy acojonado.

En lo que coloco la comida, me viene a la cabeza el estado de nervios de mi hermana, así que la llamo:

—Hola, Samuel. ¿Ya tienes todo listo para los mellis? —suelta con sorna.

—Sí o eso espero. Aunque mi llamada no era para eso. —Me coloco la cazadora y salgo de casa, solo quedan diez minutos para mi cita con Mireia—. Antes te he notado intranquila, como que había

algo más que no me has contado. Si ves que te afecta mucho, pásale el caso a algún compañero. Ya sabes que…

—No, no es eso —me corta—. Me han pedido que me infiltre.

—¡¿Quéééé?! Ni hablar. Tú no eres personal de campo. ¡No! —suelto enfadado.

—Samuel, ya no soy esa niña que iba corriendo hacia tu regazo cada vez que le asustaba algo. He crecido y sabes que me he preparado para ello por si algún día llegaba la hora.

—He dicho que no —suelto tajante—. Es muy peligroso.

—¿Qué diferencia hay entre tú y yo? ¿No estoy preparada? —El resentimiento de sus palabras me salpica a través del auricular.

—Estás más que preparada, sin embargo, cuando entraste en la base tu objetivo era trabajar detrás de un ordenador, no delante de los criminales. Que, por cierto, si descubren que eres policía no dudarán en matarte.

Admito que mi tono de voz es bastante alto y desafiante, no lo puedo controlar.

—Creo que soy suficientemente mayor para decidir dónde quiero estar y qué hacer. Nadie me está obligando, me lo han ofrecido, y yo lo he aceptado.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Intento que mi voz no se rompa.

—Sí, más que nunca. Y te voy a dar el tiempo suficiente para que recapacites y me des ese apoyo de hermano mayor que necesito.

—Ya lo hablaremos, María. —Cuelgo.

Estoy demasiado enfadado, no con ella, sino conmigo por haberla animado desde un principio para que entrara a trabajar en la policía como agente de intervenciones especiales. Lo que nunca se me pasó por la cabeza fue que ella pudiera infiltrarse poniendo en riesgo su vida. Me entran sudores fríos solo de pensarlo. Ahora entiendo todo su nerviosismo, quería desviar la atención al tema de la amiga, ya que sabía a ciencia cierta cuál iba a ser mi reacción al saber el peligro al que se va a exponer.

Entro a la cafetería, Mireia aún no ha llegado. Me siento en la mesa y recibo un mensaje de mi amiga disculpándose porque llega unos diez minutos tarde. Me pido un café largo y bien cargado. La

noticia que acabo de recibir me está martilleando la cabeza. No quiero que le suceda nada, aunque sé que mi hermana es una chica muy lista y ella irá dos pasos por delante del que tiene enfrente.

Aunque ahora mismo no entro en razón, sé que la tengo que dejar ir. Es una persona adulta, responsable y que toma decisiones por sí sola. A pesar de ello, voy a hacer un par de llamadas y a asegurarme de que va a estar bien protegida.

Se ilumina la pantalla del teléfono y veo que es una notificación de mensaje, es Tania y, una vez más, no me apetece responderle.

—¿Qué?, ¿no le vas a contestar? —Suena la voz de Mireia por mi espalda, y me giro para saludarla—. Ey, ¿y esa cara?

—Nada, un mal día.

Me levanto y, sin mediar palabra, la abrazo.

—Vale, no parece que estés así porque tengas un mal día, sino, más bien, pareces preocupado.

Me separo a regañadientes, porque continúo teniendo ganas de abrazarla, pues sabe disipar mi dolor.

—Me han dado una mala noticia. —Es recordarlo y ardo de rabia.

—Tiene que ser muy mala. Las consecuencias las está pagando tu teléfono. —Sigo la dirección del dedo de Mireia y en ese momento soy consciente de que estoy estrujando con fuerza el móvil en la mano. Lo dejo encima de la mesa e intento forzar una sonrisa—. Conmigo no hace falta que finjas, Sa. No me molesta que estés triste, enfadado o feliz, me gusta que seas tú. —Los hombros se me relajan y dejo caer una mano encima de su pierna. Es como si mis dedos necesitaran tocarla. Con ternura, me acaricia la barbilla y mis ojos no dejan de atenderla—. Tengo el plan perfecto para un día como hoy. —Le da un sorbo a mi café—. Vamos —me pide tirándome de la mano, y la sigo.

Cogemos el metro después de haberle insistido mil veces en ir en coche, sin embargo, es tan cabezota que como la idea es suya quiere ir en transporte público.

Después de cambiar dos veces de línea y veintidós minutos de trayecto, llegamos a la zona del centro de Barcelona. La calle está repleta de personas y no sé a dónde me quiere llevar. Espero que no sea a otro restaurante de comida continental.

Se planta en una portería y sonríe.

—Ya hemos llegado. —Observo a ambos lados y no tengo ni la menor idea de qué hacemos aquí—. Espero que te guste.

Tira de mí hacia el interior del portal. Entramos en el ascensor, que es centenario, y no puedo dejar de observarla de soslayo. Está muy sonriente, miedo me da.

Nos detenemos en el último piso, solo hay una puerta de madera de roble con mirilla antigua. Toca el timbre y al segundo sale un chico de media estatura, moreno, tanto de piel como de pelo. Viste un peto tejano y una camiseta blanca tres tallas más grandes de lo que necesita y la tiene manchada de pintura. Se está limpiando las manos con disolvente, deduzco por el olor, y con la vista clavada en mi acompañante se le escapa una sonrisa ladina, de la que Mireia se percata, me coge de la mano y suelta:

—¿Hemos llegado muy pronto? —corta con sutileza ese recibimiento entrando en el piso, la sigo y saludo al chico con una sonrisa mecanizada—. Guau, qué bonito. ¿Es tu última obra? —le pregunta Mireia parada delante de un cuadro a medias.

—Sí —afirma él y se queda pegado a su lado.

—La verdad, es espectacular, muy realista. Parece como si la imagen fuera en tres dimensiones —intervengo para no quedarme atrás y así no fijarme en los gestos no verbales de él.

Es un lienzo de gran tamaño, diría que mide dos metros por dos metros, centímetro arriba, centímetro abajo, de un primerísimo plano de la cara de una mujer con origen indio. Da la sensación de que el ojo fuera a sobresalir. Es impresionante.

Veo cómo se cruzan miradas. Algo le indica Mireia que él se rasca la nuca.

—Chicos, yo me voy a ir.

Me giro extrañado hacia el pintor. «Si no sé ni cómo se llama. ¿Cómo que nos va a dejar solos?», pienso.

—Dame las llaves y mañana te las acerco en un momento —propone Mireia.

No entiendo de qué va todo esto, lo que sí percibo es que no es la primera vez que ocurre.

—Es un placer —me dice el chico con amabilidad estrechándome la mano—. Espero que lo disfrutéis, pareja.

¿Pareja? ¿Lo he oído bien?

Mientras el chico recoge sus cosas y se va, yo miro asombrado a mi amiga.

—Sé por qué me observas así —suelta entusiasmada Mireia al cerrarse la puerta con los brazos en jarra—. Era la única manera de que me prestara el estudio para nosotros solos.

—Pero ¿qué quieres hacer aquí? Sabes que vivo solo, ¿no? —Como un loco, le examino la cara intentando averiguar por dónde va a salir.

—En tu casa no podemos hacer esto. Ven… —Abre un armario y saca dos camisetas manchadas de pintura—. Toma, sácate la que tienes puesta y ponte esta. —La cojo y la observo de soslayo—. Son mías, aunque, si no quieres y prefieres mancharte tu ropa, por mí, perfecto.

Me quito la camiseta para ponerme la de Mireia, me sorprende porque me va bien, parece de mi talla y de repente ella me cubre los ojos con un pañuelo áspero.

—¿Qué haces? Cada vez me da más miedo este plan —confieso sin ver nada y tanteo el aire con las manos.

Siento cómo su cuerpo se acerca al mío, tanto que su aliento me golpea por detrás de la oreja. Me agarra por la cintura y con mucha delicadeza me guía, y yo me dejo llevar.

—Te explico —me susurra en la curvatura del cuello erizándome la piel. Respiro parte de su perfume e intento tragar saliva sin que se me note—. Delante de ti tienes un lienzo en blanco, si estuvieras con los ojos descubiertos, y yo te pidiera que me dibujaras cómo te sientes, no sabrías ni por dónde empezar.

Sonrío, si descubriera cómo me siento ahora mismo con tanto acercamiento, qué cara se le iba a poner.

—¿A dónde quieres llegar? —pregunto hacia el sonido de su voz.

—Quiero darte las gracias a mi manera. Ya no hablo por lo de Max o por tu entereza y constancia para encontrarlo, sino por la otra noche, que estuviste a mi lado y no tuvo que ser agradable aguantar

el pelo a una persona que estaba vomitando sin parar. Y, por supuesto, lo que hiciste después…

Se me acelera el corazón al sentir su suave mano aferrada a la mía. De un impulso entrelazo nuestros dedos, que encajan a la perfección. Algo está pasando porque se ha quedado callada.

—¿Todo bien?

—Sí, perdona. —Tose y continúa—. Te daba las gracias por quitarme la ropa sucia, si es que hasta tuviste cuidado de limpiarme toda la cara, incluso el rímel corrido. —Se me escapa una pequeña sonrisa al oírla abochornada y lo que no sabe es que me resulta todo ternura—. Esto no lo hace cualquiera.

—Sé que tú también lo harías por mí.

—Ahora estamos hablando de ti. —Me suelta la mano. Me da la sensación de que me ha dejado solo y al poco siento su presencia cerca—. Hoy vamos a sacar esa creatividad que yace aquí dentro. —Los dedos de Mireia me golpean el pecho—. Y lo harás tú solo.

—¿Cómo quieres que lo haga con los ojos vendados?

—Lo harás, y sé que así es como sacarás tu mejor versión. La mayoría de las personas no hacen según qué actos por no ser juzgadas. Y lo peor de todo esto es que muchas veces nosotros mismos somos los que más nos juzgamos. —Aprieto los labios y asiento—. Toma, coge estos dos globos. —Me coloca uno en cada mano y me gira hasta quedar en la posición correcta—. Ahora, ¿cómo expresarías con estos globos tu enfado de hoy?

Me viene a la cabeza lo de mi hermana y los agarro con presión.

—Así. —Los lanzo al frente sin pensar y escucho cómo explotan contra algo, espero que sea el lienzo.

—Bueno, empezamos bien, hay rabia. ¿Y esta rabia? —me dice mientras me unta la palma de las manos con algo frío—. ¿Qué quieres hacer con ella? —Me las coloca en una lona—. Puedes deslizarte de un lado a otro si quieres.

Le hago caso y me muevo sin parar. Mi respiración se dispara y hay algo dentro de mí que se activa y no lo puedo frenar.

—¿Hay más globos? —le pido.

—Toma.

Sin pensarlo los presiono contra el lienzo hasta que estallan salpicándome parte de la cara. Le voy pidiendo más pintura sin saber cuál es el resultado. Cada vez me siento mejor, noto el pecho más liberado y la cabeza, en blanco.

—¿Quieres más? —me pregunta.

—No. Creo que ya está —confirmo con orgullo.

Me desata el pañuelo y veo el cuadro que he realizado. Digamos que es abstracto tiene muchos colores.

—Ahora falta el toque final —afirma mi amiga y me da un pincel con la brocha redonda y ancha—. Toma. —Lo cojo—. ¿Cómo definirías nuestra amistad?

—No tiene color —le digo mostrándole el pincel.

—Es transparente.

—Ah, pues así. —Punteo tres puntos suspensivos a la altura de mi pecho, aunque no se ven.

—¿Tres puntos?

—Para mí, nuestra amistad es paz, por eso los puntos suspensivos, como que no quiero que se acabe.

—Ah, qué creativo. —La miro de soslayo, creo que la he dejado sin palabras. Me gusta conocer esta parte de ella—. Ven aquí.

La sigo al fondo de la habitación y apaga la luz. Vale, aquí el que se queda mudo soy yo. Por lo visto, me ha dado más veces esa pintura transparente que resulta ser fluorescente y se ve en la oscuridad.

—¡Guau! —alucina Mireia—. Dentro de esa rabia y estrés que contenías hoy, por lo visto, hay amor.

No puedo mediar palabra, estoy perplejo. Después de tanto movimiento a ciegas de un lado a otro he dibujado un puñetero corazón desigualado y enorme con tres puntos suspensivos en el centro.

—¿Qué? ¿No dices nada? —Me golpea con el codo para que reaccione.

—¿Me lo puedo llevar a casa?

—Te ha gustado, ¿eh? —me pregunta emocionada.

—Hoy has conseguido mucho de mí, nunca creí que pudiera dejar la mente en blanco. Toda mi rabia, miedo y frustración están

plasmados en una pintura que forma una obra de arte.

—¿A que es bonito ver una parte de ti desde fuera?

Afirmo a la vez que ella se gira para contemplar de nuevo el cuadro.

La tengo enfrente de mí y no puedo quitarle la vista de encima, observa con curiosidad y detalle cada trazo de mi creación, tiene una sonrisa dibujada y es contagiosa. Su expresión es tan inocente que tengo ganas de besarla, aunque me contengo, no quiero cagarla.

Hoy no ha sido un día fácil. Por mi trabajo, soy de mantener mis emociones al margen con templanza y frialdad, vivo situaciones muy duras. Sin embargo, últimamente, empiezo a estar desbordado en mi vida personal, primero mi actitud hacia Tania, que me desconcierta cada vez más; luego está Mireia, que ni yo mismo me entiendo, y ahora lo de mi hermana, esto empieza a tener pinta de ser un aprendizaje y de los duros.

9. ¿Puede ser más tierno?

MIREIA

Necesito salir urgente del *loft* de Sergio, me falta el oxígeno. Con mucha prisa pido a Samuel que se cambie a la vez que yo lo hago. Tengo demasiado calor y me da la sensación de que las cuatro paredes empiezan a estrecharse. No puedo respirar y creo que estoy teniendo un ataque de ansiedad. Intento controlar este caos con una respiración paulatina, aun así, me es imposible.

Salgo disparada del piso y bajo las escaleras de dos en dos. He dejado a Samuel atrás, necesito tomar el aire.

Voy a ir al grano para que entendáis lo que me sucede. Desde el inicio tengo la percepción de que mi amigo es muy racional y se ha olvidado de disfrutar de los placeres que nos ofrece la vida, tan simple como el sentirla. Ayudarle a liberar su estrés desde la creatividad ha sido muy divertido, me he reído muchísimo. Ver cómo se movía y cómo expresaba sus sentimientos a través de un cuadro en blanco me ha resultado emocionante. Os puede parecer una tontería, sin embargo, las personas que tenemos una personalidad más infantil y divertida somos más maduras emocionalmente. Y, por cómo se movía, estampaba los globos y golpeaba el lienzo, mi amigo estaba fatal, aunque eso no ha sido lo que ha detonado el caos.

Todo ha empezado con ese puto abrazo que me dio en la cafetería sin esperármelo, que no se me cayó el bolso al suelo porque no llevaba. Joder, os lo digo en serio, mi cuerpo estaba tan pegado al suyo que le podía oír el latido del corazón, le iba a mil por hora y, por la manera en que me ha arropado entre sus brazos, casi me derrito. Su aliento no cesaba de golpear contra la curvatura de

mi cuello dejándome la piel de gallina. Tal y como estaba aferrado a mí entendí que me suplicaba ayuda y eso es lo que he hecho.

De camino al *loft* he podido controlar la revolución que yacía en mi estómago, congelándolo por completo, y he continuado como si nada. Aunque ese iceberg no ha durado mucho, se ha derretido al ver cómo sus dedos jugaban con los míos y terminaban entrelazándose. Es normal que me quede embobada, ¿no? ¡Madre mía! Es que me tiemblan las puñeteras piernas al recordarlo. Su piel es tan sumamente suave que no podía dejar de tocarla y el calor que emanaba de su mano me daba paz. Me gusta cómo me hace sentir y la persona que soy cuando lo tengo cerca.

Sí, ya sé que pensáis: que es algo bonito entre dos personas, ¿verdad? Yo también lo creo, aun así, hay gestos de Samuel que lo contradicen.

Hace cinco minutos, antes de salir escopeteada del piso, nos hemos quedado plantados uno frente al otro, a ambos se nos iba la mirada hacia la boca del otro. Percibí que me quería besar, os lo prometo, hasta di un paso hacia adelante y nuestras manos se buscaron. Nuestros labios cada vez estaban más cerca, tanto que los alientos colisionaban, nos separaba un suspiro, hasta que de repente Samuel soltó un:

—¿Tienes hambre? —Parpadeé porque no me salían las palabras y retrocedí dos pasos. Los ojos me iban como locos de un lado a otro y las manos se soltaron de él como si quemara. Sentí cómo se me encogía el estómago y el corazón amartillaba con fuerza el pecho, tanto que parecía que se me iba a salir por la boca—. Tengo que contarte algo que he encontrado en tu coche.

No le pude contestar, solo me salió una sonrisa, y desconecté la mente para no volverme loca.

¿Qué os parece? A mí me ha dejado rota. Ahora me entendéis, ¿verdad?

Cogemos un taxi, ya que se nos ha hecho muy tarde. Mañana Samuel tiene un gran día, los mellizos se quedan en su casa e inicia una nueva experiencia como tío. Durante el trayecto intento relajarme mientras observo por la ventana sin mediar palabra.

Una vez de nuevo frente a la cafetería; sin preguntarme, me agarra de la mano y decide coger su coche para irnos a cenar a su casa. ¿Querrá hablar de lo sucedido? De camino, sigo en silencio, pues no paro de analizar la situación y quiero encontrar respuestas. Sé que no está bien lo que estoy haciendo, es como si escuchara la vocecilla de Sofía susurrándome que me deje de tonterías, ya que todo son hipótesis de mi imaginación.

—¿Mireia? —La voz de Samuel me devuelve de la inopia—. ¿Te gusta la comida japonesa?

—Sí —suelto al aire y saco el teléfono.

—¿Estás bien? —Me toca la pierna, y mi meñique me traiciona y aprovecha para rozarlo—. Si sigues golpeando con el pie harás un agujero al coche.

—Ya paro —contesto y acto seguido detengo la pierna—. Por una vez que estoy callada y te escucho —suelto lo primero que me viene a la cabeza para disimular.

Samuel hace una mueca y se da por vencido, empieza a conocerme y eso me aterra.

Entramos a su casa, es un piso diáfano con vistas a la Sagrada Familia. Puedo decir que tiene muy buen gusto, sus paredes son blancas y sus muebles, que no hay muchos, son de estilo industrial. Es tan reservado en su vida personal que lo traslada a su hogar. Para mi gusto tiene pocas fotografías, sus estantes están prácticamente vacíos, ni libros tiene. En cuanto entras te topas con el comedor y la cocina, que es *office*, tiene los muebles de madera color pino y la encimera de material Silestone negro con betas blancas, simulando el mármol. No tiene muchos aparatos electrónicos, podría decir que apenas utiliza esa cocina, está para fotografía de revista.

—Esta será la pared donde cuelgue el cuadro —me dice mientras me señala con las manos dónde quiere colocarlo.

—Es un buen sitio, así lo podrás observar desde el sofá. —Me detiene su mirada, está fija en mí y me cohíbe—. Combina con la decoración de tu piso —suelto dándome la vuelta.

—Sí y será gracias a ti. —Me coge de la mano y hace que me gire de nuevo acercándome a él.

»Te quiero dar las gracias —susurra acortando distancias y ladea la boca creando una sonrisa ladina—. Desde que te has cruzado por mi camino, tu locura ha despertado algo que tenía dormido desde que murió mi madre de pequeño.

Me estremezco, y él, como siempre, me deja anestesiada colocándome, con el roce de sus yemas, el pelo detrás de la oreja derecha.

—Samu… —Me silencia los labios con el pulgar y aferro los dedos a su tejano.

—Shhhhh —susurra.

Cierro los ojos un instante, y hago caso a los consejos de mi amiga y me dejo llevar. Nuestros cuerpos se estrujan y el calor de ambos empieza a envolvernos. Sus manos me acogen la cara con mucha ternura. Nuestras miradas se anclan. Sin pensármelo, me lanzo y lo beso con ganas. ¡Uf! Sus labios son más jugosos de lo que aparentan, cada vez que se arrastran contra los míos percibo su suavidad y me pone a mil.

La pasión empieza a hervir tanto que vamos de lado a lado topándonos con los muebles del comedor. Muevo las manos como loca tocándolo sin parar, las paseo por su pelo y acabo deslizándolas por la espalda, hasta que, de un arrebato, le quito la camiseta. ¡Madre de Dios! ¡Qué bueno está!

Ya no sé si es porque estoy caliente como una tetera o por qué, pero estoy a punto de hervir. Tiene un abdomen donde se podría frotar la ropa con él, no lo puedo evitar y lo palpo con detenimiento. Qué duro está y esos oblicuos…, ¡madre mía! Recorro cada centímetro de su piel con las manos y también con los ojos. Samuel resopla con fuerza y, sin darme tiempo a parpadear, me empuja contra la pared propinándome un beso que me deja sin aliento.

Justo en ese momento suena el timbre varias veces y no hacemos caso, nos puede más lo que tenemos entre manos. Sin dejar de besarnos me quita la camiseta, se detiene un instante para observarme y se le dilatan las pupilas aún más. Me bordea el pecho con la mano y se muerde el labio muy despacio contagiándome de su deseo. No aguanto más y lo beso. Desabrocho los botones de su tejano con brusquedad mientras él se deshace de mi cinturón con

dos movimientos, es como si estuviéramos compenetrados y nos sobraran las palabras.

De repente, alguien golpea la puerta. Dejamos de besarnos con la esperanza de que se hayan confundido. Nuestras respiraciones están disparadas y no podemos despegar la mirada uno del otro. De nuevo vuelven a tocar a la puerta esta vez más fuerte.

—Mierda, ¿quién será? —maldice Samuel decepcionado a la vez que se abrocha el pantalón y se coloca la camiseta.

Recojo con rapidez la mía del suelo y lo beso en la mejilla.

—Voy al baño un momento —le susurro al oído.

Noto cómo me sigue con la mirada hasta que entro al lavabo. Cierro la puerta y me apoyo en ella. «¿Qué coño ha pasado?», pienso. Me enfrento al espejo y recuerdo que voy semidesnuda, por lo que me vuelvo a vestir y me mojo la cara para disipar el calor.

Oigo cómo se despide y cierra la puerta, no sé ni cómo actuar, aire y salgo. Escucho ruidos al final del pasillo y es Samuel preparando la mesa para cenar, por lo visto quien nos ha interrumpido era el repartidor del japonés, qué oportuno. Levanta la vista y sonríe.

—¿De qué te ríes? —le pregunto y doy un sorbo a la copa de vino blanco que acaba de servir.

—De ese gesto que traes —confiesa sin dejar de sonreír.

—¿Y qué gesto tengo? —pregunto curiosa.

Me siento encima de la mesa y escojo una pieza de *sushi*, que lleva pistacho.

Saborea su labio viéndome comer. Lo siento, me he puesto en modo juguetona, aún tengo alguna que otra hormona disparada que me pide acabar con lo que hemos empezado.

—Te pones tan tierna cuando tienes vergüenza… —Dejo que me roce con cariño las mejillas y vaya si lo disfruto—. Vamos a cenar un poco, que quiero contarte el tema del coche.

Me besa con ternura en la punta de la nariz y se aleja.

Se sienta y hago lo mismo que él. Empezamos a cenar y estoy ansiosa por saber qué hay detrás de tanta insistencia sobre mi coche para que no podamos acabar lo que hemos empezado.

Es tan correcto que deja unos minutos de cortesía para ir al grano, eso quiere decir que el tema es más grave de lo que pensaba.

—Sa, ¿me vas a contar qué ocurre?

—Ya sabes que estoy poniendo al día tu coche…

—Al grano —le pido incorporándome hacia adelante con los brazos cruzados.

—He encontrado un localizador en su bajo.

—¿Qué? —suelto sorprendida—. ¿De quién? ¿Para qué? —Coge aire y frunce un poco el ceño.

¡Mierda! Se vienen curvas.

—Pasé tu vídeo a un colega para que me dijera algo sobre las obras que le «tomaste prestadas» a Paolo. —Bebo un poco de vino para ayudar a bajar la *gyoza* que se me ha quedado atascada en la garganta—. Me saltaron las alarmas al encontrar el localizador y he empezado a investigar. Las pinturas que tienes en tu poder fueron robadas y se vendieron en el mercado negro.

—Me *cagüen*… y ahora las tengo yo —admito con un hilo de voz siendo coherente con lo que he hecho.

Un escalofrío me recorre y siento una presión punzante en el pecho.

—Sí, tienes en tu poder más de cinco millones de euros por cada cuadro. —Me quedo helada y dejo la copa de vino en la mesa. La voz de Samuel se va alejando, creo que estoy en *shock*. Tanto los ojos como la boca se me abren solos de par en par—. Tranquila, Mireia. Todo se va a solucionar, no te voy a dejar sola. He hecho un par de llamadas porque necesito saber más de Paolo, ya que no es el hombre del que me has hablado.

—Yo, yo… —titubeo cortándolo sin saber qué decir en realidad.

—Eh —me consuela sentándose a mi lado y me arropa con un brazo—. Sé que tú no tenías ni la menor idea de a quién tenías al lado durante este tiempo. Este tipo de individuos son personas que pueden mantener dos vidas paralelas sin que nadie se percate. Son maestros del engaño, lo que no sabe es que lo vamos a cazar. —Percibo rabia en sus tres últimas palabras. Es como si supiera algo que yo desconozco. Fija la vista a un lado y se muerde el labio. Se

vuelve a girar hacia mí y me confiesa—: Sin embargo, esto no es lo que me preocupa.

—¿No? —pregunto expectante.

—No. —Me acaricia la mejilla—. Me preocupas más tú. —Trago saliva y siento cómo mi alma se deshace. Se acerca muy despacio y a un dedo de mi boca me susurra—: Necesito que estés a salvo.

—No…, no… —tartamudeo, y Samuel retrocede a una distancia prudencial—. No creo que Paolo me vaya a hacer nada.

—No lo sabes. Este tipo de gente actúa siempre con frialdad, le da lo mismo los daños colaterales mientras consiga su objetivo —explica mientras me agarra de las dos manos.

—Pero él nunca me ha hecho daño.

—Porque has estado a su lado. Ahora tienes algo suyo y muy valioso. ¿Te imaginas lo que pasará si alguien averigua que tienes esas obras en tu poder? —Niego con la cabeza—. En ese mundo de buitres, la información corre como la pólvora. Pondrían precios desorbitados por ellas y te quitarían de en medio sin que les importara lo más mínimo. Te aseguro que, si mis sospechas sobre Paolo son ciertas, va a ponerle precio a tu cabeza sin temblarle el pulso.

—¡Joder! —suelto exaltada. Me levanto y empiezo a andar de un lado a otro—. ¿Y si os entrego las obras? Se acabaría todo, ¿no?

—No es tan sencillo. Estoy a la espera de información desde arriba. Aun así, me han comentado que esas obras no pueden salir a la luz, por ahora tienen que quedarse custodiadas donde están. No quiero que le escribas a nadie referente a ello, no sabemos si tienen tu teléfono pinchado. A saber quién más sabe que Paolo no las tiene.

—¿Y si lo sabe más gente? —confieso con la boca pequeña. Samuel se levanta y se cruza de brazos esperando a que continúe. Bajo la vista y confieso—: Lo saben mis amigas y mi madre.

Mi amigo suelta un suspiro liberador.

—No creo que ellas quieran cortarte la cabeza —bromea mirándome de reojo—, ¿verdad?

—Bueno, mi madre a lo mejor un poco. —Veo cómo Samuel se extraña con mis palabras y profundizo—: He estado un tiempo sin

llamarlos, y ella me conoce demasiado bien. Soy su hija —afirmo encogiéndome de hombros—. Me hizo una videollamada para que no tuviera escapatoria y le contase lo que pasaba. Acabé explicándoselo todo.

—¿Todo?

—Sí, con pelos y señales, tanto lo bueno como lo malo. A ella no le puedo ocultar nada. Supongo que yo estaba muy nerviosa, y ella creía que exageraba con todo lo que le explicaba de Paolo. Me pidió que le enviara todos los mensajes que me ha escrito con amenazas incluidas y ahí está el vídeo donde salgo robándole los cuadros —concluyo con una mueca.

—¿Y qué dijo?

—Que no se lo contara a mi padre, que ella se encargaría de hacerlo.

—¿A qué se refiere?

—Pues a que soy la niña de sus ojos. Mi padre me llama «tesoro». Siempre me ha tenido escondida para que nadie me haga daño. Vive en alerta, nunca hemos pasado más de un mes juntos. Su frase es: «No quiero que te pase nada». —Sonrío con nostalgia recordándolo.

»Entiendo que ellos habrán vivido muchas situaciones desagradables con la presión a la que están sometidos día tras día a causa de su profesión. Hay mucho dinero entre manos y ellos son los causantes de que se cierren o prohíban según que negocios. Nunca me han explicado nada, recuerdo que de pequeña una vez estaba desayunando en el jardín, y mi padre vino de viaje. No me lo esperaba, me saludó por detrás y sin querer le tiré la leche encima. Se quitó la ropa y le vi la espalda amoratada y las muñecas marcadas. Le pregunté qué le había sucedido, y me dijo que se había disfrazado porque eran los carnavales en Venecia y que esa pintura tardaría unos días en irse. Era pequeña y me lo creí. Después de cada regreso de sus viajes, se tiraba cinco días durmiendo conmigo, era mi sombra. Supongo que tendría miedo a que me ocurriera algo. —Asiente.

»Por ello, mi madre salvaguarda esa estabilidad que hace que mi padre no se desequilibre y entre en psicosis. Porque si supiera que el

capullo de mi ex, el que le metí con calzador en su vida, es un extorsionador que abandona a los perros para hacer daño y no es el hombre sano de negocios que nos hizo ver, que compra en el mercado negro obras de arte robadas con muchos ceros y que la impulsiva de su hija puede estar en peligro por actuar en venganza, puede que entre en *shock*. —La cabeza me va a estallar solo de imaginar la cara de mi padre si se entera, le daría algo. Me aprieto la sien e intento liberar la tensión—. Es que soy una cabeza hueca, ¿por qué no sé quedarme quieta? —hablo mientras ando en círculos por el comedor—. Es que a saber si se llama Paolo, joder.

—Tranquila, no te alteres, lo vamos a averiguar.

—Y ¿cómo? —Gesticulo de forma descontrolada por lo nervios, tengo ganas de llorar—. Esto se nos va de las manos —suelto alterada con un hilo de voz tembloroso—. No creo que, aunque tus colegas te deban cuatro favores, puedan hacer nada para detener a ese tipo de personas. No tenemos ni poder ni dinero, por lo menos por mi parte.

Samuel cruza los brazos a la vez que el ceño se le frunce y suspira. Mira hacia el suelo y habla muy flojito, no puedo entender qué dice, creo que está debatiendo consigo mismo.

—A la mierda —aclama en voz alta y se pone de pie, lo observo intrigada—. Mireia, lo que te voy a contar, por favor, se tiene que quedar aquí —me ruega. Asiento y veo que el asunto es serio—. Y espero que esto no perjudique nuestra amistad. No tengo colegas que me deban favores como tú crees. Ni tampoco hago DNI ni pongo multas. —Se muerde el labio, nervioso, y no sé a dónde quiere llegar con todo esto—. Soy policía de intervenciones especiales.

—¡Joder! —grito sorprendida—. ¿Eres GEO?

—Más bien no. —Se le escapa una sonrisa por mi reacción—. Trabajo en otro tipo de organización. Mi función es desenmascarar a personas como Paolo. —Siento que me aprieta fuertemente las manos con las suyas, ahora más que nunca creo que me oculta algo de mi ex—. Por ello, necesito que no hagas ninguna burrada, que actúes con la mente fría y que me hagas llegar toda la información que recibas. —Está tan cerca que dejo de escucharlo. No sé en qué

momento hemos acortado tanto la distancia. Mis ojos están distraídos con su boca. Con dulzura me sube el mentón y le vuelvo a prestar atención—. Lo más seguro es que él ya sepa dónde vives y trabajas, te habrá estado vigilando gracias al localizador. Puede que tenga personal controlando tus pasos.

—¿Cómo? —pregunto horrorizada—. ¿Dices que me ha estado siguiendo y no me he percatado?

—Tranquila. —Sonríe y me acaricia el pelo—. A veces no podemos controlar todo lo que sucede a nuestro alrededor. Ojalá fuera así de sencillo. —Intenta animarme con una sonrisa tímida, aun así, no puedo cambiar mi expresión de miedo—. Eh, no pongas esa cara, es normal. No es fácil aceptar toda la información que estás recibiendo últimamente.

—Ya. ¿Y ahora qué hago? —La mente me va a mil—. ¿Crees que mi compañera de piso está en peligro?

—No, ella no, tú sí. —Trago saliva para suavizar el bombeo acelerado de mi corazón, no entiendo en qué momento me pude fijar en un criminal y cómo no me di cuenta durante todo ese tiempo a su lado—. Si quieres, quédate en casa hasta que todo esté más controlado, por mí no hay problema.

—No. Me niego —escupo molesta negando con la cabeza—, no es por ti, sino porque no quiero dejar de hacer mis cosas.

—Venga, no seas tozuda, por favor.

—No es por tozudez, es que siempre he vivido así y no me voy a esconder más. Estoy cansada —confieso—. Tengo que ser responsable de mis actos.

—No, no vas a ser responsable de las artimañas de un criminal —comenta con cariño, y lo abrazo—. No te tortures por haber estado con alguien como Paolo, son personas muy astutas para fingir ser otras y tienen la habilidad de atrapar a las más inocentes.

Paolo tendrá la habilidad de engañar, pero Samuel, de tranquilizar, huele tan bien…

—Lo intentaré, llevo demasiado tiempo culpándome por permitir que me hiciera muchas atrocidades. —Suspiro abatida—. Me da rabia, porque si hubiera sabido lo gentuza que es no habría perdido ni una décima parte de segundo de mi vida.

Acto seguido me arropa con fuerza y le hundo la cara en el cuello.

Suspira con profundidad y me acaricia la nuca acercándome más a él, si es posible. Me siento tan reconfortada entre sus brazos…, como si estuviese a salvo.

—No quiero que te suceda nada, Mireia.

Oír esas palabras provoca que mi cuerpo reaccione de una manera alterada que nunca había experimentado antes. El estómago se me encoge tanto que tengo ganas de vomitar y el corazón me palpita con tal fuerza que retumba por todo mi ser, noto los latidos por todos lados: en el ojo derecho, la garganta, por el pecho… Estoy abrumada y no sé cómo controlarlo. Tengo la respiración descompensada e intento coger aire por la boca para aliviarme los pulmones. Me supera la situación y me deshago de su abrazo, dejándolo absorto. Sin mirarlo, recojo mi móvil y me dirijo hacia la puerta.

—Es muy tarde, me voy a casa —comento.

—Mireia… —Siento su voz pegada a la espalda y me detengo antes de salir—. Empiezas a ser alguien muy importante para mí y no sé cómo gestionarlo.

—Te entiendo, ya somos dos.

Le doy un delicado beso en la mejilla y salgo de ahí por patas.

Una vez en la calle, intento pedir un taxi por teléfono, son las once y media y la cabeza me va a estallar. No atino con las teclas. Lo que he vivido esta noche es demasiado. Acabo de averiguar que estoy pillada hasta las trancas por Samuel, y eso me aterra. Y luego está lo de Paolo, ¿que es un criminal? Por un lado, quiero pensar que no es capaz de hacerme daño, que me tiene algo de cariño después de todo lo que hemos vivido. Me gustaría llamarlo, no sé muy bien por qué, creo que necesito que resuelva todas mis dudas.

Por otro lado, está lo del localizador, me niego a creer que ha sido él, sino que proviene de alguna de esas bandas organizadas que contratan para secuestrar y soy víctima de ello. «No puede ser tan mala persona, ¿no?», pienso mientras tengo delante su nombre escrito en la pantalla y estoy a punto de llamarlo.

—Disculpe, señorita, ¿usted es Mireia? —Levanto la vista del teléfono y veo a un taxista. Asiento con la cabeza—. Perfecto, el

señor Samuel ha pedido un taxi para usted. ¿Sube?

Sonrío y hago caso omiso a lo que me pide el taxista. Miro hacia la ventana de mi amigo, y veo cómo observa a través de ella. Me despido con la mano y, como si fuese el reflejo de un espejo, él hace lo mismo.

Todo esto es un caos, la preocupación me está sobrepasando y quiero gritar.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —Observo los ojos del taxista, que me miran por el retrovisor, y acto seguido dejo de masajearme la sien y sonrío—. Un mal día, ¿verdad?

—¿Le puedo hacer una pregunta? —Afirma con la cabeza—. ¿Usted ha convivido alguna vez con alguien al que creía que conocía y se ha dado cuenta de que en realidad no tiene ni idea de quién es?

—Sí. —Su respuesta me quita el aire. Se detiene delante de un semáforo en rojo y sin más suelta—: Mi madre era espía.

—¿En serio?

—No. —Se me escapa una risotada que, al parecer, le alegra—. Eso creía yo de pequeño. Aunque, si le sirve, llevo siendo mucho tiempo vecino de una mujer de ochenta años, y el otro día descubrí que tiene una plantación de marihuana en la terraza de la comunidad bajo llave.

—¿Cómo? ¿Seguro que es de ella?

El taxista tiene que recordar algo porque se ríe sin venir a cuento.

—Segurísimo, nos trajo magdalenas de marihuana a la reunión de la comunidad. —Abro los ojos de par en par y me inclino hacia delante para que continúe—: Somos pocos vecinos, y ella es la única que tiene la llave de arriba, es propietaria desde que se construyó el edificio. Nosotros creíamos que tendía la ropa en el antiguo tendedero que hay ahí.

—Dios… y, en vez de tender, ¿cultiva maría? —continúo graciosa.

—Sí, tendrá unas veinte plantas. Nos dijo que tenía prescripción médica para ese consumo, por el reuma y todo lo que la mujer padece.

—¿Y los vecinos haréis algo al respecto? —pregunto a la vez que me percato de que estoy a punto de llegar a casa.

—No, suficiente tiene esa mujer con todo lo que arrastra. En menos de dos años ha despedido a un hijo, a su gato y a su marido. Apenas sale y se relaciona, no le vamos a quitar algo que le mantiene la cabeza distraída.

—Claro, visto así…

—Con esto —añade, se detiene para poner el freno de mano y se voltea hacia mí— quiero decir que es casi imposible conocer a alguien al cien por cien, aunque haya mucha confianza. Siempre existe una parte que todos guardamos para nuestra intimidad o por otras cuestiones. —Asiento—. Y, si por un casual alguien se muestra tal y como es en realidad, cuídelo porque esa persona le tiene confianza plena.

—Entiendo.

Noto una pequeña vibración en la mano, acabo de recibir dos mensajes de Samuel, está preocupado.

—Contéstele —me anima el taxista con una dulce sonrisa—, por la hora seguro que es el chico que ha pedido el taxi, ha dejado la carrera pagada. Que tenga buenas noches.

—Muchas gracias por este trayecto y por el consejo —digo mientras salgo.

En el ascensor leo los mensajes de Samuel.

Samuel:
Mireia, si por un casual se te pasa por la cabeza llamar a Paolo, no lo hagas. 🙏 Deja que las aguas se calmen y, si hay noticias, que sea mejor por su parte.

Samuel:
También quiero darte las gracias por todo lo de hoy, ha sido un día muy duro y has conseguido que me evadiera. Por cierto, tenemos una charla pendiente. Buenas noches, pequeña psicópata. 😘

Sonrío porque sabe cuáles pueden ser mis intenciones. Qué fuerte. Entro en casa y todo está a oscuras, no haré mucho ruido porque mi compi tiene que estar durmiendo. De repente, viene Max a saludarme, bebo un vaso de agua y me voy a la cama.

No puedo dormir, y mi perro lo sabe, se ha tumbado a mi lado. Lo acaricio y no dejo de analizar todo lo que ha pasado. Mi piel ha memorizado el tacto y la suavidad de Samuel, me relamo los labios al recordar lo esponjosos que los tiene y cómo acaparaban parte de mi boca y, ¿el sabor?, joder, es tan rico…, necesito más. Emito un pequeño gruñido, y Max me lame atento.

—Tranquilo, estoy bien —lo calmo con una caricia.

Hoy he visto a un Sa diferente; el deseo en su mirada era bestial, y su respiración alterada provocaba que la mía se sincronizara con la suya. Qué manera de tocarme, buf, puro fuego. Aun así, hay algo que le pesa más que la atracción que se respira entre ambos. «¿Qué será?», pienso preocupada.

Tengo miedo, miedo de verdad. Es la primera vez que siento algo tan fuerte dentro de mí, es extraño de explicar y no me quiero equivocar. «Tengo que centrarme», me pido mentalmente.

Cojo el teléfono para contestarle:

Mireia:
Sa, ya estoy en casa. Me conoces demasiado bien, he estado a punto de hacerlo, pero alguien se ha adelantado llamando a un taxi. 😜

Samuel:
A veces me supera mi sobreprotección.
Perdón. 🙏🏻

Mireia:
No pidas perdón por querer un bien para mí,

me gusta.

Samuel:
Mireia, yo…

Samuel:
escribiendo…

Mireia:
No digas nada. Mejor lo hablamos en esa conversación que tenemos pendiente, ¿te parece?

Samuel:
👍🏻

Mireia:
Perfecto, te voy a dejar, que estoy agotada. Buenas noches, Sa. 🥰

Samuel:
Gracias de nuevo por el día de hoy. Descansa, pequeña psicópata. 😘

Miro por última vez su fotografía de perfil, lo que tiene de guapo lo tiene de buena persona. Me resulta tan interesante, tan todo… Ha estado muy tierno cuando ha confesado a lo que se dedica en realidad, cómo ha discutido consigo mismo y, al final, ha confiado en mí. Me emociono y abrazo a Max con fuerza.

Me doy la vuelta para dormir y me viene a la mente lo que me ha dicho el taxista. ¿Y si tiene razón?, ¿y si Samuel es la persona que a pesar de todo lo que sabe cree en mí? El estómago se me encoge a pasos agigantados y empieza a endurecerse. El corazón se me vuelve a alterar y me golpea con fuerza recordándome que tengo que respirar. Sacudo la cabeza para dejar de darle vueltas e intentar calmarme. Es mejor que me duerma y mañana será otro día.

10. Será lo mejor

MIREIA

Llevo cinco días sin parar, doy gracias al trabajo nuevo, que me mantiene algo más despegada del teléfono. Desde que besé a Samuel no puedo dejar de pensar en él, no puedo quitármelo de la cabeza. Le escribiría mil veces al día, sin embargo, me resisto. Necesitamos hablar, por lo menos yo, quiero explicarle cómo me siento. Entre nosotros no ha cambiado nada; nos damos los buenos días y nos contamos nuestras anécdotas diarias, aunque yo tengo la necesidad de saber más. Actualmente, su monotema son los mellizos, les ha preparado un *tour* diario de actividades, ya que se quiere asegurar de que a las ocho y media de la noche estén en la cama.

Estoy sentada en una silla en el pasillo de los camerinos. Disculpadme, que con todo el lío que llevo encima no os he puesto al día. Dentro de mi caos emocional, mi carrera profesional está creciendo. Sí, tengo un segundo empleo.

Por las mañanas trabajo junto a José y la moda, que también me han ofrecido llevarles las redes sociales. Eso me ha motivado a apuntarme a un curso *online* de Estrategias de Marketing, así me ayudará a conocer el funcionamiento de las distintas plataformas que hay en las redes y saber cómo potenciar los perfiles para cada servicio.

Como voy justa de pasta, hice una entrevista en un club nocturno donde me han contratado para fotografiar los diferentes espectáculos, es de jueves a sábado. Y aquí estoy esperando al cantante de hoy, que ya va con cinco minutos de retraso.

Vibra mi móvil y sonrío al ver que es un mensaje de Samuel.

Samuel:
Tengo canguro, ¿te apetece que nos veamos?

Mireia:
Estoy en el club, ¿recuerdas? Saldré tarde.

Samuel:
¿Te apetece o no?

Mireia:
Claro que sí, pero me sabe mal por ti.

Samuel:
Te espero a las doce en la puerta de tu trabajo. 😘

Se abre por fin la puerta y ahora mismo entiendo a Carmen, la camarera. Estaba loquita porque viniera este chico. Desconozco cómo canta porque es la primera vez que lo veo. Sonrío y lo observo de arriba abajo, parece un hombre sacado de los *reels* de Instagram, sí, de esos que te salen y piensas «Esto no es real», pues ahora que lo tengo delante tengo esa sensación.

Su piel es perfecta y parece que lleve implantado un puto filtro de la aplicación en el rostro. Tiene su rollo, va con un pañuelo atado en la cabeza de color verde militar igual que la camisa que viste, que la lleva medio desabrochada, dejando al descubierto su firme pectoral bronceado y, por cierto, está cubierto de tatuajes. Sus pantalones son de color gris claro y anchos. Es como un Ken malote. Sus ojos, verde turquesa, son impresionantes, solo con mirarlos te pierdes en

ellos. Tiene una sonrisa tremenda, a mi parecer, muy practicada, puede llegar a encandilar a cualquiera acompañada de esa barba perfilada de dos días.

—Hola, siento la tardanza. Tenía una videollamada de vida o muerte.

Estira un brazo y le estrecho la mano.

—Tranquilo, mi nombre es Mireia. ¿Eres Kirk? —pregunto deseosa de haberlo pronunciado bien.

—Ese es mi nombre artístico. —Sigue sin dejar de sonreír, y yo lo imito—. Me llamo Azariel.

—¡Ostras! El que domina las aguas.

—¿Entiendes de nombres? —pregunta sorprendido y con la mano gesticulo un más o menos—. Mi familia tiene una enfermedad/pasión por el mar y todos nuestros nombres están derivados de él.

—Tienes una familia muy interesante. —Nos quedamos plantados uno frente al otro sin dejar de estrecharnos la mano. Hasta que uno de los chicos del *staff* sale del baño e interrumpe el silencio prolongado con un portazo—. Vamos al lío, que nos queda poco tiempo —comento repentinamente volviendo en mí. Le suelto la mano y cojo la cámara, que tengo colgada al cuello—. Necesito hacerte un par de fotos en el camerino.

Entramos y me invade su perfume varonil. Admito que me atraen mucho las personas que huelen tan bien. Con rapidez hago una batida de toda la habitación hasta que capto el lugar idóneo.

—Azariel, necesito que te sientes en la esquina del brazo del sofá.

Sin mediar palabra se coloca como le pido en ese sofá desgastado de polipiel marrón. No hace falta que le indique mucho, la pose con la que se coloca es tan natural que me convence.

—Me encanta, no te muevas, por favor. —Ajusto la cámara y disparo varias veces—. Ahora mira hacia la derecha, perfecto. Dedícame esa sonrisa picarona que tienes practicada tan natural. —Se le escapa una sonrisa muy seductora, y sonrío al saber que le ha hecho gracia el comentario—. Listo, lo tenemos.

—¿Puedo ver alguna de las fotografías que acabas de tomar? —me pregunta mientras se levanta y se acerca.

—Si me lo pides con esa cara, no me puedo negar.

Salimos del camerino y por el eterno pasillo le muestro la secuencia que he hecho.

—Esta es brutal —me comenta mientras nos dirigimos al escenario—. ¿Cómo la puedo conseguir?

—Si quieres, le puedes dar tu teléfono a Carmen, la camarera de fuera, y te la envío. —Nos detenemos en la puerta lateral del escenario y sonrío a modo despedida—. Te dejo, voy a dar la vuelta para ir al salón, así te tomo algunas más subido en el escenario.

—Aparte de buena fotógrafa eres muy astuta, ¿eh? —suelta al aire. Me detengo y me giro sonriente. Me ha pillado—. Carmen ya sabe que no tiene posibilidades, lo siento —me suelta lo que ya me ha dicho mi compi, aunque no perdía nada por intentarlo. Sonríe y me suplica perdón con las manos. Se me escapa una pequeña mueca y pongo los ojos en blanco—. Haremos una cosa, tomamos una copa cuando acabe de cantar y te doy a ti el teléfono.

—Emm… —Vale, esto no me lo esperaba—. Hoy tengo planes, va a tener que ser en otro momento.

Me encojo de hombros, me doy la vuelta y me voy.

—Voy a tener que pedir más bolos en este local. —Oigo que dice a lo lejos.

Entro en el salón y se aproxima la jefa.

—¿Todo bien? —Asiento con la cabeza—. Vamos con un cuarto de hora de retraso.

—Sí, ha habido un percance, aun así, está todo controlado.

—Perfecto, la gente se estaba impacientando.

Se escucha cómo golpean al micro y dejamos de hablar para girarnos hacia el escenario. Ahí está él con su sonrisa intacta. Coge el micrófono y con un gesto anuncia a los músicos que va a empezar. El ritmo de la batería con el de la guitarra eléctrica se unen entre ellos y empieza a cantar pop con un estilo punk que hace que me interese. El tono de su voz es distinto, roto, y la gente ya no está sentada, se ha puesto de pie para disfrutar del espectáculo. En un segundo se crea un buen ambiente y no puedo quitarle la vista de encima.

—¿Vas a tomar fotografías del espectáculo? —La voz de mi jefa me trae de mis pensamientos, y asiento.

Agarro la cámara y me adentro entre el tumulto de personas que cantan a bocajarro y bailan al ritmo de la canción.

Me voy hacia un lateral y capturo parte del escenario con él cantando y todas las personas del público de fondo disfrutando del momento. Las letras de sus canciones son muy pegadizas y profundas, de la manera que las canta y se mueve es como si le saliera de las entrañas, como si fueran mensajes directos para alguien.

Se me pasa el tiempo volando y no queda mucho para que Samuel me venga a recoger. Me pongo tonta al saber que lo voy a ver. Guardo el equipo en la mochila y disfruto un poco de la música. Sentada en la barra comento con Carmen lo bien que canta, y empieza a sonar una canción algo más lenta que las anteriores, me giro al escuchar cómo empieza:

Tirado en la cama y sin saber que hacer.

Ayer de madrugada te pensé otra vez…[1]

Cojo el móvil y lo grabo, cada frase que dice me gusta más. Me siento identificada con ella, me recuerda a lo que tenemos Samuel y yo, a lo mejor es simplemente percepción mía, no lo sé. Puede ser que algún día se la enseñe y la escuchemos juntos.

De repente se me enciende el teléfono y sale la cara de Samuel, ya está fuera. Me despido de Carmen y me voy. Al salir lo veo apoyado en una moto grande, muy grande, de color negro, el mismo color que viste él. Me espera con dos cascos en la mano y me deshago al ver lo guapo que va. ¿Seré yo o es que él es demasiado atractivo?

—Hola, ¿es tuya? —pregunto tocando el sillón de la moto.

—Sí.

Se gira y me posa una mano en la cintura. Me pongo nerviosa y no sé cómo saludarlo. Sin pensar le beso en la mejilla muy cerca de la comisura de esos adictivos labios.

—Eres una caja de sorpresas —apostillo a la vez que le cojo el casco y me lo coloco.

—Aprendo de la mejor —concluye guiñándome un ojo.

El rugido de la moto se filtra en mi interior encogiéndome el estómago. Extiende una mano y me apoyo en ella para subir. Da unos toques de gas, y mi cuerpo se pega al suyo como si formáramos uno. Lo abrazo por la cintura y reposo la cabeza sobre su espalda, noto cómo suelta el aire y me relajo.

No sé cuánto tiempo paso montada en esa moto, aunque me resulta demasiado corto.

—Ya hemos llegado —me anuncia.

La voz de Samuel hace que abra los ojos y veo que estamos frente a una portería antigua de Barcelona, examino todo a mi alrededor y creo reconocer el barrio, si no me equivoco es Sant Antoni. No le quito la vista de encima, expectante, necesito saber qué hacemos aquí, sin embargo, me freno y voy a dejar que me sorprenda.

—Ven, entra —me indica tirando de mí hacia dentro del portal—. Sé qué te mueres de ganas de saber a dónde te llevo. —Tontea muy cerca de mi cara.

Nuestros ojos empiezan a jugar a seguirse. Intento controlar lo alterada que estoy con la respiración hasta que nos interrumpe el ascensor abriendo sus puertas. Con la cabeza me indica que entre la primera, y así hago. Toca el botón del ático, y volvemos donde lo hemos dejado.

Es tan grande la tensión que hay entre nosotros que siento cómo una fuerza bestial me empuja hacia él. Sin esperármelo, da un paso hacia adelante y me abraza. Dios, ¿esto va a ser siempre así? Porque quiero saber dónde tengo que firmar.

Le hundo la cara en el cuello y respiro hondo su sexi olor. Me siento pequeña y arropada entre sus brazos, es como si todo el ruido que tengo dentro de la cabeza se silenciara.

El ascensor se detiene, y él automáticamente se separa de mí cogiéndome de la mano. Subimos unas escaleras y hay una puerta de cristal que abre con una llave. Me viene a la mente la historia del taxista, a ver si ahora mi amigo también tiene una plantación, pero no, la sorpresa es aún mejor. Observo anonadada lo que tengo delante.

—Esto… —digo señalando todo lo que alcanza la vista—. ¿Lo has preparado tú?

—Bienvenida a mi lugar favorito.

Es una terraza con vistas al Tibidabo, en medio hay un sofá de cuatro plazas de polipiel negro con unos cojines grises y al lado un telescopio enorme. Las paredes del muro están repletas de guirnaldas colgadas y bordeadas por macetas llenas de plantas y flores. En una esquina hay una barra formada por unas iniciales con bombillas: «S y T», ya descubriré qué significa. No tiene mucho más, aun así, me resulta encantador.

Vamos al sofá y nos acomodamos. Miro al horizonte y me relajo contemplando el Tibidabo. Hoy no hay demasiada contaminación y se puede ver el cielo estrellado.

—No me extraña que sea tu lugar favorito —comento emocionada.

—Hacía tiempo que no venía. Y la noche que cenamos en los búnkeres me hiciste recordar lo especial que es para mí este lugar y lo tenía muy olvidado. —Me incorporo un poco y me giro hacia él para prestarle atención—. Este sitio guarda tantos secretos… —habla como sumido en sus recuerdos.

—Samuel —lo llamo para que me preste atención—. ¿Estás bien? —Me observa con curiosidad—. Me has vuelto a regalar otro de tus intensos abrazos y ya van dos con este. Por lo que empiezo a conocerte, eso puede ser por dos cosas; la primera —anuncio con alegría levantando el dedo pulgar—, necesitas hablar porque has tenido un mal día.

—¿Y la segunda? —me interrumpe con voz ronca, y eso me ha puesto a mil. Aprovecho para estrechar el espacio entre nosotros.

—Porque me has echado de menos —le confieso con sensualidad al oído y deseo no equivocarme.

—Y, si admitiera que las dos opciones son ciertas, ¿qué pasaría? —Se inclina hacia mí quedándonos a un dedo de separación.

No lo pienso mucho y lo beso, no me puedo quedar quieta teniendo esa boca que me llama a gritos. Vamos acelerando el ritmo a pasos agigantados, tanto que ya estoy a horcajadas encima de él. Me encanta el baile que llevan sus manos por mi cuerpo, van

arrastrándose desde mi espalda, pasan por mi cintura y acaban en mi trasero agarrándolo con fuerza.

Le enredo los dedos en el pelo. Entre beso y beso, me recorre la piel por debajo de la camiseta, nos separamos un momento y, como si nos hubiésemos hablado con la mirada, me la quita de un tirón. Me aferro a sus hombros y arqueo la espalda dejando los pechos a su merced. Su manera de tocarme y besarme me hace sentir deseada y eso me enloquece.

Noto cómo le aprieta el pantalón por el roce de mi entrepierna. Él me observa con devoción los pechos y con un gesto aparta el sujetador y los toca con suavidad, está tan concentrado que no se da cuenta de que lo miro. Me empieza a acariciar los pezones con la punta de la lengua. Primero uno y luego el otro, dejándolos duros. Siento un potente calor en el bajo vientre y creo que esto no lo va a poder frenar nadie.

Le desabrocho el tejano con ansiedad y empiezo a jugar con la punta dura de su miembro, que asoma por fuera del *slip*. Suelta un gruñido y en un parpadeo de ojos me encuentro sentada en el sofá y él, de pie, quitándose la ropa como si le molestara.

Hago lo mismo, y nos quedamos completamente desnudos, me coge de las manos poniéndome frente a él. Como imanes opuestos nos unimos sin perder el tiempo. Le rozo la piel con detenimiento queriendo memorizar su cálido tacto.

Dejamos de besarnos y se lame un dedo con lentitud, con el cual me recorre desde la mitad de mi pecho hasta el abdomen y acaba sumergiéndose en mi sexo. Gimo de placer y lo abrazo. No sé qué movimientos hace que me excito aún más. De un empujón lo siento en el sofá y empiezo a darle besos por el cuello, paso por su mandíbula, bajo con detenimiento por el pectoral y acabo enfrente de su polla, la cual saludo con la punta de la lengua. Se retuerce con suavidad y suelta un leve jadeo al cielo. Sin esperar, la lamo entera como si fuera un helado derritiéndose. Se inclina hacia atrás con los ojos en blanco tan solo un instante, luego volvemos a tomar contacto visual y, mientras no se pierde nada, me acaricia un pecho, sonrío y continúo disfrutando de comérmelo entero.

—No aguanto más, para un momento, por favor —me suplica—. No quiero que acabe ya. —Le hago caso y busca su pantalón, coge la cartera y saca un preservativo—. Necesito estar dentro de ti.

Le pongo la goma sin quitarle ojo. Me coge de los brazos levantándome y me siento de nuevo encima de él a horcajadas. Coloco la punta de su glande y hago que entre despacio, al mismo tiempo que me hinca los dedos en el trasero y los míos hacen lo mismo en sus brazos.

—Estoy a punto de llegar —aviso con un hilo de voz.

—No te puedes imaginar lo bonita que estás —confiesa entre gemidos mientras nuestros cuerpos se mueven al mismo son—. Esta imagen me la voy a grabar en las retinas para siempre.

Le asalto la boca con la mía, como si de una fiera se tratase, y los movimientos cada vez son más bruscos, nuestras respiraciones están tan alteradas que necesitamos respirar por la boca, parecemos una banda sonora. Por cómo me estruja y se mueve deduzco que está a punto de llegar y, como me falta poco, acelero los embates. Ambos nos cogemos por la nuca, es como si no nos quisiéramos perder el gesto del otro. Pone unas caras tan sexis que hace que me excite mucho más. Deja caer los brazos y cierra los ojos mordiéndose el labio. A los pocos segundos acaricio el cielo y me aferro a su cuello, dejando salir la tensión que estalla dentro de mí.

Me paso unos minutos observándolo bajo la luz de la luna mientras poco a poco ralentizamos el balanceo. Es tan guapo…, sé que me repito, pero es que no me canso de mirarlo. Le acaricio la mejilla, me responde con una tímida sonrisa y acto seguido nos fundimos en un abrazo.

Me acerca la ropa y nos vestimos. Saca unas botellas de agua de detrás de la barra, por lo visto ahí tiene una pequeña nevera.

—Toma, seguro que tienes sed.

La cojo y le doy un sorbo mientras él se sienta. Coloca un brazo sobre el respaldo y juguetea con mi pelo. Corre una pequeña brisa que hace que me dé un escalofrío y me acurruco en su torso colocando las piernas por encima de la suya. Ambos contemplamos el horizonte, sé que es un momento bonito, sin embargo, no puedo estar callada, la cabeza me va a estallar.

—Tengo miedo a cagarla —confieso a bocajarro evitando mirarlo.

—Ya somos dos.

—¿Hablamos de ello? —Esta vez sí que me giro hacia él.

—Te quemaba por dentro, ¿no? No has aguantado ni cinco minutos callada. —Se le escapa una sonrisita y hundo la cabeza entre los hombros—. Me gustas mucho.

—Vale, directo al grano —suelto con una risa tonta.

—¿Estás nerviosa?

—Nunca se me han declarado tan de sopetón.

Me calla con un beso.

—Pues te voy a decir más, en muchos momentos me he frenado porque no quería que nos cargáramos nuestra amistad, pero ya no aguanto más. Cada vez que te tengo delante derrumbas mis esquemas y me cuesta mantenerme alejado de ti. —Percibo en la nuca sus incesantes caricias.

—¿Quieres matarme? —cuestiono acunándole el rostro y observo cómo se le dibuja una bonita sonrisa—. Estamos apañados, porque me ocurre lo mismo.

Le beso la nariz con ternura y tengo la necesidad de explicarle todo con pelos y señales; que es la primera persona por la que siento algo tan fuerte y que si dejo libre del todo ese sentimiento me voy a volver demasiado vulnerable ante él.

—¿En qué piensas?

—En que voy cuesta abajo y sin frenos. —Respiro hondo e intento sincerarme—. Me estoy dejando llevar y tengo miedo a estamparme.

—Nunca te haré daño, es lo último que haría. —Extiende los brazos y me arropa con fuerza entre ellos.

—Podemos hacer un pacto —propongo.

—Dispara.

—Ambos nos encontramos en la misma situación. Y tenemos miedo de que vaya mal, ¿me equivoco? —Me da la razón con la cabeza—. El día que uno de los dos vea o sienta que no está en el mismo escalón, se habla y nos alejamos.

—No lo veo tan fácil —me corta con una tímida sonrisa—. Si llegara el momento en que uno de los dos sienta más que el otro, habrá dolor.

—Entonces, ¿qué propones?

—Sinceridad y respeto. —Me pierdo en el verde de sus ojos—. Creo que formamos un buen tándem.

—Sí, ¿no? —suelto con voz bobalicona.

—Ajá —susurra entre mis labios y los sella con una intensidad deliciosa.

Después de una hora de arrumacos y carantoñas salimos de esa terraza cogidos de la mano, me siento feliz y a la vez nerviosa. Es como si algo dentro de mí no las tuviera todas consigo, aunque esta vez voy a hacer caso a mi amiga Sofía y no voy a buscar los porqués de todo, sino que voy a dejarme llevar.

Durante la noche, en su casa, nos desatamos, desenfrenados, y no una, sino varias veces.

---

1 canción de Noan, *Aquí contigo*.

11. Quererte bien

SAMUEL

Me he pasado cinco minutos por la central, aunque tengo días de descanso por estar al cuidado de los mellizos, quiero saber cómo va la cosa por ahí. Estos pequeñajos tienen una energía inagotable y necesito desconectar. Esta semana la pasan con José, hemos acordado compaginarnos entre nosotros para que sea todo más llevadero.

Entro a la nave y me voy directo al despacho de Víctor, creo que tiene noticias del supuesto Paolo, estoy intrigado porque está fuera de combate. Mireia no ha recibido ningún tipo de noticia, y eso me chirría.

Toco la puerta y entro. Me sorprendo al ver quién se encuentra ahí y me mosqueo.

—¿Qué haces aquí? —Voy directo al grano.

—Samuel, tranquilízate y haz el favor de sentarte —me pide mi compañero mientras no le quito la vista a mi hermana.

—¿A qué se debe esta encerrona? —pregunto molesto a ambos.

Los músculos se me tensan y cierro las manos en un puño. Mi hermana no es capaz de sostenerme la mirada.

—María ha encontrado una brecha…

—¿Brecha de qué, Víctor? —Empiezo a desesperarme.

—Ya es seguro, me voy a Italia unos dos meses —comenta María y se calla al clavarle la vista—. Por ahora —suelta con un hilo de voz.

—Víctor, me prometiste que no se iba a infiltrar. —Alzo la voz sin darme cuenta.

—Lo voy a hacer y no hay vuelta atrás —sentencia mi hermana abandonando el despacho.

—Esto no se va a quedar así —amenazo a mi compañero saliendo por la puerta—. No has cumplido con tu palabra.

Voy tras María y la alcanzo dentro del ascensor.

—¿Tú de qué vas? —me recrimina dándome un empujón.

—¿Cómo que de qué voy? —La agarro de las manos para que deje de presionarme—. No voy a permitir que te metas en la boca del lobo.

—¿Cuándo aceptarás que ya soy adulta y responsable de mis actos? —Observo dolor en sus ojos—. Llevo meses trabajando en este caso, vinieron a mí y me pidieron ayuda. Es una oportunidad para prosperar y no la voy a dejar pasar.

—¿Prosperar en qué?, ¿en que te maten? —escupo las palabras que desbordan ironía.

—Por una vez en tu vida, ¡¿puedes dejar de ser tan protector?! —ruega gritándome con desesperación, la suelto con lentitud, y ella coge aire—. Después de dos meses de investigación encuentro una posibilidad de poder infiltrarnos dentro de la organización. He sido la única que ha conseguido dar con la clave.

—Y de todos los del equipo tienes que ir tú, ¿no?

—Ahora empiezo a entender por qué se opusieron todos —afirma decepcionada y me desafía con la mirada—. Pues que sepas que lo he pedido yo. —Resoplo indignado y le doy la espalda, la voy a matar—. No quiero retarte, créeme. —Siento cómo me toca con cautela el hombro—. Hay muchas incógnitas en este caso y me estoy esforzando muchísimo para…

—Para ir tú personalmente y averiguarlas —concluyo y la observo de soslayo.

—No iré sola, vendrán Víctor y dos compañeros más.

—Ya, pero ellos estarán en la distancia o ¿me equivoco? —Me giro por completo hacia ella.

—No —contesta cansada de mi carácter—. Aun así, no estoy sola. —Me rodea el cuello y me busca con la mirada—. Peligros hay en todos lados, déjame que camine sola, por favor.

—Me volvería loco si te perdiera —confieso con un hilo de voz.

—A mí también me pasaría contigo, en cambio, lo asumo. ¿O tenemos que dejar de hacer lo que nos llena? —Se abre la puerta del ascensor y salimos—. ¿Dejarías el trabajo si yo te dijera que no quiero que te pase algo?

—Déjate de tonterías, María.

—Pues es lo que me estás pidiendo tú. —Me meso el pelo, nervioso—. No es justo.

—¡Buf! —resoplo y la cabeza me va a mil—. De acuerdo, tienes razón —admito contra mi voluntad. Una tímida sonrisa de felicidad se le escapa y la señalo con un dedo—. Aunque ya me puedes prometer algo. Al mínimo peligro, abortas misión. —Asiente con la cabeza, y continúo—: ¿Cuándo te vas?

—Dentro de dos días. —Se detiene para mirar su móvil—. Antes necesito cerrar un par de cosas.

Sellamos nuestro pacto con un abrazo.

Doy una vuelta a la manzana porque necesito respirar, no todos los días tu hermana pequeña, la única persona que te queda de la familia, te dice que va a respirar el mismo aire que unos criminales, codeándose entre ellos y siendo uno más, pudiendo ser descubierta y, si fuera así, se me retuerce el estómago solo de imaginar lo que le podrían hacer. En el mejor de los casos sería un tiro en la cabeza, sin embargo, a ellos les encanta el sufrimiento. Necesito pensar en otra cosa, porque me estoy poniendo enfermo y decido llamar a Mireia.

—El número al que llama está apagado o fuera de cobertura.

Resoplo poniendo la vista en el cielo y decido dar otra vuelta más.

Pasados diez minutos regreso a la central, en cuanto se abre la puerta del ascensor veo a mi equipo reunido en la mesa principal de la nave, me acerco y me siento con ellos. Después de tres horas y media, nos han explicado todos los antecedentes y protocolos a seguir sobre el caso. Compruebo el teléfono para ver si Mireia me ha contestado a la llamada y continúa sin dar señales de vida. Vuelvo a llamarla, nada, sin respuesta, en ese instante me entra un mensaje y no es de ella.

Tania:
Buenas, Samuel, ¿cómo lo tienes para vernos hoy? Me quedé con ganas de más el otro día.

Samuel:
Hola, Tania. ¿Te va bien un café?

Tania:
Tenía en mente una cena en mi casa. 😜

Samuel:
No es mi mejor día, pero me irá bien despejarme.

Tania:
¡Perfecto! Te espero en casa a las ocho. No vengas antes, que tienes la mala costumbre de pillarme con las manos en la masa.

Samuel:
Nos vemos luego. 😘

Estoy delante de la máquina expendedora intentando decidir qué tipo de café me quiero tomar.

—¿Se puede? —Entra Víctor irrumpiendo mi concentración.

—Claro, es una zona pública —le contesto algo molesto.

—Venga, Samuel, sabes que protegeré la vida de tu hermana como si fuera la mía.

—Ya lo he comprobado viendo cómo la dejas meterse en la boca del lobo —suelto con sarcasmo.

—Le hemos dedicado muchas horas a este caso.

—¿Hemos? —No me gusta nada el tono que ha empleado, levanto la vista del teclado de la máquina expendedora para fijarla en él.

—Samuel, esto mejor se lo preguntas a tu hermana, yo no soy nadie para darte explicaciones. —Lo que me faltaba por descubrir hoy. Resoplo e intento contar hasta diez como siempre me recomienda Mireia—. Te buscaba por otra cosa —comenta cambiando de tema.

—Dime.

—Es sobre aquel tipo que acecha a tu amiga. He averiguado que las obras de arte fueron robadas en el Louvre, pero mandaron a capar la noticia. —Se me abren ojos como platos—. Tema de política, hubiera sido un gran escándalo. Todo porque fueron donadas por el duque Lambert después de la pérdida de su mujer, que en su día fue un regalo del rey de los Países Bajos. Son pinturas creadas en el siglo XIII. —¿Soy solo yo o parece que hable chino?—. Vamos, que son reliquias muy valiosas —concluye al ver mi expresión de no enterarme de nada.

—Esto quiere decir que no fue un robo cualquiera, sino un encargo.

—Sí, alguien lo pidió y pagó muchísimo.

—¿Cómo llegó a manos de Paolo? —pregunto confuso.

—Ese es otro punto a concretar, he hecho un par de llamadas, he indagado por la base de datos y he encontrado otro mismo Paolo Zaenet en Australia, lo que este era algo más mayor; setenta y cinco años.

—¿Era?

—Sí, hará más de doce años que pasó a mejor vida.

Aprieto la mandíbula al ver los derroteros que está tomando el tema.

—Lo que sospechábamos.

Ahora mismo la mente me va a mil.

—El asunto se complica, aunque llamaré a varios compis que me deben un par de favores a ver si me pueden ayudar, por otro lado, intenta conseguir una fotografía de ese tal Paolo a ver si así podemos descubrir cuál es su verdadero nombre.

—Lo intentaré. —Miro el móvil y pienso en Mireia—. Pero te vas en dos días, ¿no?

—Sí, aun así, estaré activo. Envíamela en cuanto la recibas, que yo moveré hilos. Ten cuidado, el asunto no me da buena espina.

—Víctor —lo llamo antes de que cruce la puerta—, te quiero pedir disculpas por mi actitud de antes.

—No pasa nada, todos alguna vez perdemos los papeles. —Me coloca una mano en el brazo—. Puedo llegar a entender tu enfado, pero ya es hora de que le des espacio, la estás ahogando con tanta sobreprotección.

—Lo sé. Cuando se trata de María, mi templanza se desvanece —confieso.

—Voy a ser su sombra hasta donde ella me deje.

—Te lo agradezco. —Chocamos las manos.

—Por cierto —me recuerda antes de irse—, no tardes en obtener la foto de ese tal Paolo. —Asiento con la cabeza—. Me resulta todo muy extraño. ¿Qué hacía un tipo como ese con dos pinturas de tal calibre?

—Opino lo mismo, ¿y si no son suyas?

—Por norma general esos encargos, una vez obtenidos, desaparecen de la faz de la tierra, en cambio, las tenía expuestas en una casa a plena luz. Es algo incoherente. O es un tipo muy torpe o hay alguien con mucho peso detrás —comenta mientras se aleja por el pasillo—. Y me da que es lo segundo, y tu amiga la ha liado bien gorda.

—Lo sé, le he puesto escoltas.

—Haces bien, porque el tema huele a chamusquina. —Asiento preocupado por Mireia—. Tranquilo, que lo cazaremos antes de que mueva ficha. Lo tengo entre ceja y ceja desde que estuvimos detrás de él por el tema del perro.

—Esa es la intención; cazarlo —apostillo—. Te conseguiré la fotografía lo antes posible. Víctor, gracias por todo.

Vuelvo a marcar el teléfono de Mireia cuando me entra un mensaje suyo; bueno, dos; no, cuatro.

Mireia:
Sa, ¡buenos días! Hoy voy más tarde a trabajar, he tenido una visita sorpresa de mi madre. ¿Quedamos a las siete para tomar café?, tengo chismorreos.

Mireia:
He pensado que mejor ir a cenar, he caído en que no estás con los peques y así tenemos más tiempo para nosotros.🤭 Prometo que hoy no irá de especies.

Mireia:
Qué raro, no te llegan los mensajes. Seguramente no tienes cobertura. Le estoy dando vueltas a lo de la cena, si estás cansado, podemos ir a tomar café mejor o si prefieres damos un paseo con Max.

Mireia:
¡Jo! Aún no me has leído, bueno, ya me leerás… Al final no va a poder ser, tengo que anular los planes, me ha surgido un imprevisto. Lo siento, te recompensaré. 🙏

—¡Joder, maldita cobertura! —suelto al aire, enfadado, y estrujo el móvil.

Sin dejar que pase ni un minuto la llamo.

—Eh —susurra Mireia—. ¿Todo bien? Llevas todo el día desaparecido.

—Hola, todo bien, acabo de recibir todos tus mensajes. Te he estado llamando toda la mañana y lo tenías fuera de cobertura —

respondo con el mismo hilo de voz que ella.

—¿Yo? Qué raro. Si me han entrado varias llamadas. No sé lo que le pasa a mi móvil, tengo que cambiarlo porque últimamente está fallando demasiado.

—¿Por qué susurras? ¿Estás bien?

—Espera un momento. —Se escuchan unos pasos y silencio de fondo—. Estoy de canguro.

—¿Canguro? —De pronto solo se escucha silencio al otro lado y compruebo el móvil por si estoy hablando solo—. ¿Mireia?

—No te lo tenía que haber cogido… —murmura.

—¿Dónde estás?

—José me mata —continúa hablando con ella misma y carraspeo —: Estoy cuidando a los peques.

—¿Ha pasado algo? —me preocupo.

—No, tranquilo. Hoy José tenía visita para ver a su padre e iba con Yago, que por lo visto…

—¿Por qué no me lo han dicho? Me los hubiera quedado y mañana se los habría acercado —la corto.

—Porque llevas bastante con los críos y no querían sobrecargarte más. —Resoplo y pongo los ojos en blanco—. Y, como saben que soy una supercanguro, me han pedido el favor y he venido.

—Eso no lo dudo, tienes un imán para los niños.

—Y para no tan niños. —Sonrío al oír su carcajada a través del teléfono.

—Tienes razón, yo me tengo que controlar para no besarte cada vez que te tengo delante.

—Tocada y hundida. —Reina el silencio por unos segundos hasta que ella lo hace desaparecer—: Tengo ganas de verte y contarte muchas cosas.

—Ya somos dos —afirmo y veo mi cara de tonto en el reflejo de la ventana.

—¿Quieres que quedemos más tarde?

—Me encantaría, lo que hoy no va a poder ser. He quedado con Tania para cenar.

—Ah, qué bien, ¿no?

—Sí, quiero retomar el contacto con ella.

—Samuel, creo que uno de los peques se ha despertado, te tengo que dejar —suelta repentinamente y cuelga.

Me quedo mirando fijamente al móvil y pienso en escribirle. Al final no hemos cerrado día para vernos. Sinceramente, hubiera preferido mil veces cenar hoy con Mireia. Sin embargo, me preocupan las intenciones de Tania y creo que es mejor aclararlo.

Montado en la moto le doy gas a fondo y cuanto más acelero más se me inunda la mente de imágenes mías con Mireia. Me enloquece la manera que tiene de sonreír cuando la ataco a cosquillas o cómo reacciona mi piel cuando su aliento me golpea contra la oreja. Me encanta la sencillez que tiene para desconectar del mundo contemplando el horizonte sin más o cómo intenta tener contacto físico conmigo, aunque sea rozando con la punta de su zapato el mío. Sonrío al recordar cómo gesticula cuando está explicando cualquier suceso. Y la facilidad de ver el lado positivo a cualquier situación por muy dura que sea.

Llego a casa y me voy directo a darme un baño. Hoy no está siendo mi mejor día, solo espero que mejore, por lo menos, esa es mi intención.

Me suena un par de veces el teléfono y lo ignoro, prefiero estar bajo el chorro de agua caliente, que es el que está consiguiendo destensar el cuerpo. Salgo y me seco con la toalla mientras compruebo quién me ha llamado; es Álex. Luego lo llamo. Dejo el móvil en la pila y me quedo perplejo frente al espejo. Hay escrito un mensaje:

No dejes de compartir al mundo
esa sonrisa tan bonita que tienes.
By Pequeña psicópata

Esto solo se le puede ocurrir a ella, un mensaje encriptado que no se descubre hasta que no se empaña el espejo. No puedo dejar de leerlo. Siempre voy con tanta prisa que no me había dado ni cuenta. Lleva escrito desde que se quedó a dormir en casa, hace siete días, y no lo he descubierto hasta hoy.

Le envío un selfi con su mensaje y, por supuesto, regalándole mi mejor sonrisa.

Samuel:
No dejes de sorprenderme nunca. Eres única, pequeña psicópata. 🥰

Mireia:
¿No lo has visto hasta ahora? No me lo puedo creer… Sa, esto es serio, tienes que saborear más la vida y no ir con tantas prisas. 😡

Samuel:
No todo han sido prisas, recuerda que he estado al cuidado de dos pequeños terremotos.

Mireia:
Es verdad, eso te salva. Disfruta de la noche. 😘

Samuel:
Gracias. 😘

Aparco la moto enfrente de casa de Tania, observo el edificio y me invaden muchos recuerdos. Apoyado en la pared del ascensor intento dejar de lado todo lo de hoy, me sabe mal por ella, pero mi ánimo no desborda alegría. Recibo un mensaje y es un vídeo de Mireia.

Por lo visto es Vicenzo, que le ha cogido el teléfono, solo se ve parte de su pelo y el techo. Vale, ahora sí que le veo la cara al

peque, la tiene pintada de azul, parece que han tenido sesión de manualidades. De repente, aparece María con su gesto de pilla y con la nariz pintada de rojo. Está riéndose. Ambos me dicen que esté atento a lo que han hecho, que me va a gustar.

De estos dos me espero cualquier cosa. De repente giran la pantalla y estallo de risa al ver a Mireia, su cara es una obra de arte hecha por ellos y un peinado muy…, digamos que muy artístico. Mi amiga está feliz, se mueve como si estuviera modelando en una pasarela y de fondo se oyen las carcajadas de los mellizos. Qué bien se lo están pasando. De sopetón, Mireia coge el móvil y se sienta en el sofá.

—Venid, vamos a despedirnos del tito Sa.

Aparecen ambos por cada lado de la pantalla y me dicen adiós con la mano y lanzan besos al aire. Mireia los copia y para el vídeo.

Se abre la puerta del ascensor y salgo mientras les envío un audio:

—¿A que adivino de quién ha sido la idea? De la tita Mireia, ¿eh? —Se me escapa una risotada—. No seáis gamberros y portaos bien. ¿Vale? Que hacéis siempre lo que queréis con todo el mundo.

Al instante recibo su respuesta con un audio de voz:

—Sí, ella ha dicho que pintáramos en un papel, pero María se ha enfadado conmigo porque quería el color rojo y es mío. Y, como no se lo quería dar, me ha tirado su pintura a la cara, y yo también se la he tirado. La tita Mireia al venir del lavabo nos ha querido separar y la hemos pintado a ella, ha sido sin querer. —Oigo que solloza un poco, Vicenzo es el más sentido de los dos—. Te lo prometo, pero, tranquilo, que ella no se ha enfadado, ha dicho que no pasaba nada. Y ahora nos está preparando sopa, nuestro plato favorito —comenta emocionado—. ¡Te queremos, tito! Mua, mua, mua.

—¿Y esa sonrisa? —La voz de Tania hace que alce la vista y al segundo caigo de mi nube a la realidad.

Sonrío y nos abrazamos. Me separo y veo que ella se queda parada, supongo que esperaba que fuera un abrazo menos cordial. Ladea la boca y me deja pasar. Su casa tiene ese olor familiar que recuerdo; a jazmín, y a ella la veo algo más delgada.

—¿Todo bien? —pregunto mientras examino su comedor, que sigue como siempre.

—Podría ir mejor —afirma con una sonrisa apretada y con un dedo índice se sube las gafas.

Continúo observando y sigo sorprendido porque no ha cambiado nada, sigue su manta doblada y colocada al final del cheslón con un libro encima. Sus zapatillas bien ordenadas bajo el mueble de la entrada. Los mandos de la televisión situados en la mesa pequeña del comedor, uno al lado del otro, así nunca se pierden.

—¿Quieres una copa o prefieres una cerveza? —me ofrece enseñándome ambas cosas.

—Cerveza me va bien. —Me siento en el taburete de la isla de la cocina, que es diáfana, y observo cómo intenta pelearse con el abridor—. ¿Qué ocurre? —pregunto cogiéndole la cerveza y la abro sin quitarle la vista de encima.

—Ya no sientes nada por mí, ¿verdad? —suelta a bocajarro justo cuando bebo un trago, y a mí se me pasa la cerveza por el otro lado y empiezo a toser—. Lo he sentido en el abrazo, ya no es como siempre.

—Tania, no ha cambiado nada, solo es que…

—¿No?

Su mirada pasa a tener una pizca de esperanza y a mí se me hace un nudo en la garganta. No le quiero hacer daño.

—Hoy he tenido un día bastante duro.

—No hablemos de trabajo —me corta—. Por lo menos mantengamos esa promesa que nos hicimos en el pasado.

—De acuerdo —afirmo y sonrío de la misma forma que lo hace ella.

Tenemos una cena muy distendida. Ella me pone al día de los pocos cambios de su vida y rutina. Una de las cosas que más me gustan de Tania es su tranquilidad, no tolera muy bien los cambios bruscos, es una persona muy lineal que siempre me ha trasmitido calma, y esa sensación me maravilla. Llegamos a los postres y pasamos al sofá para estar más cómodos. Ella continúa hablándome de su terapia con una psicóloga holística a la que va y la cual le está desbloqueando algún que otro trauma. Verla feliz me tranquiliza.

Baja el volumen de la música y me percato de cómo acorta distancias con sutileza. Pasea los dedos por encima de mi mano y sube por el brazo. Mi cuerpo está estático y tenso mientras observo sus movimientos.

—Samuel, no ha habido día que no te haya echado de menos. —Nuestras miradas se encuentran—. No te saco de la cabeza, aunque tampoco lo he intentado.

Trago saliva y mi corazón se acelera porque presiento lo que va a venir ahora y no me nace. Le empujo con toda la suavidad posible el hombro para que deje de avanzar, y a ella le impacta mi gesto y sus ojos se clavan en mí.

—Tania, yo no…

—Perdona —se disculpa volviendo a su posición inicial—. Estoy tan cómoda contigo que me relajo y me dejo llevar.

—Si eso es maravilloso…

—¿Pero? —continúa ella.

—Sé que si lo intentáramos de nuevo no avanzaríamos, nos haríamos daño. —Le acaricio un brazo para transmitirle cariño, que es lo único que siento por ella.

—Samuel, sé que mis miedos a que te ocurriera algo malo fueron la causa de nuestro distanciamiento y por eso voy a una especialista: para solucionarlo y retomar esa relación tan bonita que manteníamos, ahora con mi nuevo yo.

—Tania, mi intención no es hacerte daño. —Intento que mi voz no se rompa por la desolación que refleja su rostro—. Durante estos meses de separación he tenido tiempo a pensar sobre lo nuestro y lo que yo quiero en mi vida. Te quiero pedir perdón porque fui un egoísta y un necio por no darme cuenta antes. Te quiero mucho, pero me he dado cuenta de que no como te mereces. —Me detengo para secarle con los dedos varias lágrimas que le recorren las mejillas—. Por una vez en mi vida tenía algo controlado y sabía a ciencia cierta que no iba salirse del patrón, sin embargo, durante este tiempo he averiguado que eso no es amar, sino, comodidad, y no es justo. Te mereces a alguien que te quiera bien, no como yo lo he hecho.

—A mí ya me gusta cómo me querías —me ruega y se me parte el alma.

—No, eso no era amor de verdad. —Le cojo ambas manos y le indico que me mire a los ojos—. Sé que en cualquier momento cuando salgas de ese búnker en el que te encuentras y conozcas a nuevas personas, tendrás la oportunidad de coincidir con alguien que te rompa todos tus esquemas, olvides tus miedos y salgas de tu zona de confort para vivir momentos con él. En ese instante, te darás cuenta de que te da lo mismo perder todo, y eso es el amor verdadero.

Tania no puede evitar que las lágrimas se desborden, sin control, por sus mejillas y la abrazo con fuerza. Tenía que decírselo, no podíamos continuar así, quedando cada dos por tres y confundirla. Quiero mantener la amistad que hay entre nosotros, aun así, entendería que se quisiera alejar de mí.

Una vez que ella se calma me da las gracias por mi sinceridad y acepta los consejos que acabo de darle. Me pide tiempo entre nosotros y que sea ella la que retome el contacto. Ni mucho menos quiere perder nuestra amistad, pero ahora no es viable para conseguir avanzar, sin embargo, sabe que en el futuro seremos muy buenos amigos.

Estoy esperando el ascensor cogido de la mano de Tania, nunca hubiera pensado vivir una despedida como esta, tan agridulce, aunque era necesaria. Le doy un tierno beso en la mejilla, y ella lo disfruta.

Antes de que se cierren las puertas me dice:

—No sé qué ha pasado en tu vida durante este tiempo, pero has cambiado y me gusta este nuevo Samuel.

—Gracias —le agradezco y sonrío.

Se cierran las puertas, y la mente me va a mil recordando todo lo que acaba de suceder en casa de Tania. Tiene razón, he cambiado y el motivo tiene un nombre: Mireia.

12. OMG

JOSÉ

Bueno, bueno, bueno… No sé por dónde empezar. Esta historia cada vez me gusta más. Voy a ir por partes. Mireia nos hizo un favor quedándose con los mellizos, ya que unos días antes me habían llamado de la central, donde está mi padre interno, comunicándonos que nos concedían la visita para verlo. Mi hermana Tamara no va mucho, bueno, mejor dicho, nada. Ya sabéis que él está encarcelado por su culpa, aunque nuestro padre está orgulloso de su hija por ser firme en lo que ama y siempre dice que ella ha sacado su gen.

Voy al grano, que me voy por las ramas, mi amiga nos hizo un gran favor cuidando de ellos, ya que era el primer día que nos tocaba tras estar con Samuel, y mis sobrinos tienen mucha energía para gastar, por lo que no quisimos cargarlo con más.

Después de seis horas de camino en coche, las cuales una hora y media han sido de curvas de montaña, llegamos al aparcamiento del centro penitenciario donde se encuentra mi padre. No es que esté orgulloso de ello, nadie escoge a su familia y no todo el mundo puede explicar que su padre es capo de la mafia italiana.

Pasamos por el control de las visitas y, una vez se abre la puerta, nos espera sentado con su cálida sonrisa, maniatado de pies y manos con su traje de color naranja. Nos acercamos y nos sentamos en frente de él, pues no lo podemos ni besar ni abrazar, son las normas.

—¿Cómo estás? —le pregunto agarrándonos de las manos.

—Bien, no tengo mucho que contar. —Mira hacia su alrededor—. ¿Cómo estáis? ¿Tamara, bien? Explícame todo.

—Por favor, no se toquen —nos avisa un funcionario, y nos soltamos en el acto.

—Buf… —Resopla desolado mi padre—. Por fin puedo disfrutar de la presencia de mi hijo y tiene que ser de esta manera.

—Venga, papá. Espera…, traigo fotos de la boda de Tamara y Matteo. —Esparzo fotografías por toda la mesa redonda—. ¿Has visto qué grandes están tus nietos?

—*Per favore*, que criaturas más bonitas —comenta ilusionado con los ojos vidriosos—. María es igual que tu madre, que sonrisa más perfecta. Vicenzo tiene parte de los dos. A ver cómo iba Tamara —dice emocionado sin parar de mover las fotografías de un lado a otro —. Aquí. ¡Qué despampanante!

—Brillaba con luz propia —apostilla Yago.

—¿Fue Álex? —le pregunta mi padre. Y mi marido niega con la cabeza—. ¿Él está bien?

—Sí, estamos viviendo su nueva versión y nos gusta mucho.

—¿Y esta chica? —pregunta a la vez que gira la foto y nos la muestra.

—La fotógrafa, es mi amiga.

—José, ¿hay alguna en la que se le vea la cara de frente? —me pregunta con el ceño fruncido.

Me sorprende la actitud de mi padre, que ha pasado a ser seria, parece que haya visto a un fantasma, y busco entre las instantáneas, no hay ninguna.

—No, ¿por qué?

—Es que se parece mucho a una persona, aunque no creo… ¿Os ha buscado ella? ¿Cómo la conocisteis?

—Papá, ¿me puedes decir qué te ronda por la cabeza?

Empiezo a mosquearme.

—No, nada, solo que sus rasgos me resultan muy familiares, aunque soy un viejo, me puedo confundir —acaba su frase intentando dibujar una sonrisa.

—Esta es su foto de perfil —interviene Yago mostrando su teléfono.

Se acercan inmediatamente dos policías para ver lo del móvil, y Yago, sin que le digan nada, les muestra la pantalla. Asienten y se

separan como si no hubiera ocurrido nada.

Mi padre observa con detenimiento la pantalla sin tocar el teléfono, frunce los párpados como si tratara de enfocar mejor.

—¡Joder! Me he dejado las gafas en la celda —protesta—. Aleja un poco el móvil. —Yago le obedece—. Diría que tiene que ser ella.

—¿Quién? —insisto molesto.

—¿Ella sabe de quién eres hijo?

—No —contesto desconcertado—. ¿Me puedes explicar de una puñetera vez qué ocurre? —le pido desesperado sin alzar la voz.

—Es la nieta de los Zanella. —Lo observo perplejo, no entiendo nada—. Su abuelo es como el Al Capone de las mafias italianas.

—Imposible, ella es catalana, ha vivido toda la vida en Barcelona. Si hubiera nacido en Italia lo sabría.

—Si es quien estoy seguro que es…, ella ni lo sabrá, sus padres murieron en medio de un altercado, y la niña iba en ese coche. Todos creímos que se había abrasado con el fuego. —Mi padre se tira hacia atrás y suspira con alegría—. Por lo visto no.

—No puede ser, sus padres están vivos, yo los he visto —replico.

—No, es ella, estoy segurísimo. —Me agarra con fuerza de las manos y tira hacia él—. Ve con mucho cuidado, cuéntaselo a Matteo y que os pongan protección tanto a ti como a Tamara y a los niños.

—Pero ¿por qué? —le susurro con voz temblorosa.

—Porque lo traicioné. —Siento cómo la mirada de mi padre penetra lentamente en mi interior—. Y, si es cierto que ella desconoce de su pasado y su abuelo descubre que está viva y con quién se rodea, creerá que estoy detrás de la desaparición, por lo visto intencionada, de su nieta.

—Por favor, sepárense. A la próxima se acaba la visita —advierte, de nuevo, el funcionario molesto—. Tienen cinco minutos.

—Explícame todo —le pido.

—Sus padres han vivido la misma historia que Romeo y Julieta, la guerra entre los Montesco y los Capuleto. Nadie puede salir de la mafia y más viniendo de una familia como los Zanella, todos quieren destronarlos. Hacedme caso, son muy peligrosos —nos ruega con la voz rasgada—. Si os cogen no tendréis una muerte rápida.

Suena una alarma que nos indica que se acaba la hora de visitas, estoy tan en *shock* que no me cuadra la historia con Mireia. Es inviable, es como si me dijeran que la ardilla del parque es hermana del Megalodón, la cabeza me acaba de explotar.

—No puede ser —repito de nuevo—. Ella es muy buena persona y, si fuera nieta de alguien tan temido, su exnovio estaría muerto.

—¿Quién dice lo contrario? —contesta mi padre.

Trago saliva y siento cómo un escalofrío me recorre todo el cuerpo dejándome con la piel de gallina.

—Nos tenemos que ir ya, cariño —me indica Yago con ternura mientras me agarra del brazo y con la otra mano me toca la espalda.

—Prométeme que hablarás con Matteo, no lo dejes pasar, de verdad —me pide mi padre, su voz resuena por toda la sala.

—Sí, lo haré.

Nos sentamos en el coche y no paro de darle vueltas, recabo todas las anécdotas vividas con mi amiga. Es un alma pura, no me cuadra nada. Ella siempre habla de sus padres como biológicos, si hubiera sido adoptada, lo habría comentado, nunca se calla nada.

—Cariño. —La voz de Yago me trae de mis pensamientos—. No te agobies.

Coloco una mano sobre la suya, que está posada en el pomo del cambio de marchas, e instantáneamente nuestros dedos se entrelazan.

—¿Tú se lo dirías a Mireia?

—Amor, sabes que por mucho que te conteste acabarás haciendo lo que quieras.

Me pierdo por el inmenso verde de sus ojos y consigue sacarme una sonrisa.

De repente empieza a sonar mi teléfono por los altavoces del coche, es Mireia quien nos llama.

—Hola, Mireia —saluda Yago al ver que no puedo hablar.

—Yagoooo, ¿qué tal? ¿Cómo ha ido la visita?

—Bien, José está bebiendo agua. —Mi marido me da dos toques en la pierna para que espabile—. ¿Todo bien?

—Sí, los peques son un amor. Hemos hecho un salón de belleza y una pasarela de modelos.

—¿Te han pintado la cara de color azul? —participo.

—Sí, hasta me han peinado. He debido de perder los pelos que se me hubieran caído en dos meses y medio.

Reímos al unísono.

—¿Han cenado?

—Sí, José. Su plato favorito.

—¡Oh! Sopa, han triunfado estos renacuajos —dice Yago.

—Qué bien se lo están pasando los peques contigo, Mireia. No querrán que volvamos —suelto simulando un llanto, compruebo el GPS y veo que aún queda para llegar—. Tardaremos unas tres horas, más o menos. ¿Te va muy mal?

—Tranquilos, que aquí estoy, antes de dormir les he prometido una sesión de cine. Espero que no os moleste que se vayan a acostar algo más tarde de su hora.

—¿Cine? —pregunto alegre—. Estarán entusiasmados. Y estate tranquila por los horarios, eso lo tienen que cumplir con sus padres, nosotros somos los consentidores —le informo cariñoso.

—Perfecto, tened mucho cuidado por la carretera.

—Gracias —dice Yago con cariño.

—Mireia…

—Dime.

Mi marido me mira expectante.

—Tenemos suerte de tenerte, eres una persona maravillosa. —Son palabras reales, las siento.

—Qué va, para eso estamos los amigos, José. Yo, encantada.

Pasados unos minutos tras colgar, recibo un mensaje de Mireia:

Mi cabrita Loca:
José, ¿todo bien? Te he notado triste. ¿Has discutido con Yago o ha pasado algo con tu padre?

José:
No, estoy bien. Solo que siempre que vengo a

ver a mi padre salgo raro. 😭

Mi cabrita Loca:
¿Te apetece que mañana tomemos un café?

Miro por la ventana y sopeso la propuesta, una de las cosas que más me gusta de estar con ella es que puedo ser cien por cien yo sin ocultarle nada, y sé que si quedo con ella a solas acabaré soltándoselo.

José:
A ver cómo nos va esta semana con mis sobrinos y cuadramos un día. ¿Te parece?

Mi cabrita Loca:
Claro, ya me dices.

—No le des más vueltas, cariño —me aconseja Yago—. Puede que tu padre se haya confundido de persona, a saber, eso sucedió hace muchos años. Sería mucha casualidad, ¿no?

—Seguro que es así, aunque, si tuviera razón, de la manera que conocemos a Mireia, ¿no crees que se le hubiera escapado algo? —Me giro hacia a él para ver si observándolo se disipa la tristeza que me ha inundado.

—Yo creo que sí, por lo menos el tema de que fuera adoptada no nos lo hubiese escondido. De eso estoy segurísimo —dice Samuel.

—Y también lo de que es italiana —recuerdo.

—Eso también. ¿Recuerdas que ella tiene tatuado el *skyline* de Barcelona? —Asiento—. Porque es su ciudad natal. Ella dice que es de aquí.

—Porque es de aquí, yo he visto su documentación para el trabajo y en su DNI consta que es nacida en Barcelona.

—Bueno, vamos a hacer un trato. —Lo observo expectante—. Por ahora, mantén esa boquita que me vuelve loco cerrada. Eso sí, hablaremos con Matteo de lo sucedido y que mueva hilos a ver qué descubre.

—Vale, perfecto. Aunque de ella no me voy a separar, ¿eh? —le confieso.

—Lo sé, tampoco te lo iba a pedir. Sé que ella ha estado en los malos momentos y pienso igual que tú; que si es cierta la información ella desconoce toda esta trama.

—Si fuera cierta —recalco.

Suspiro y me siento aliviado. Me paso todo el viaje agarrado de la mano de mi maravilloso marido. Y no sé en qué momento cierro los ojos.

—Cariño, ya hemos llegado. —Oigo de lejos la voz de Yago y siento un leve roce en la mejilla izquierda.

—¿Ya? —pregunto agotado intentando abrir los párpados.

—Sí —apostilla liberándome del cinturón de seguridad.

Salimos del ascensor y abrimos la puerta de casa con mucha delicadeza, no queremos despertar a los peques, está todo a oscuras y al fondo del pasillo se ve un brillo. Es Mireia mirando el móvil y con la televisión casi muda.

—¡Joder! —suelta asustada mi amiga—. ¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

—No mucho —confirma risueño mi maridín.

—¿Estás cansada? —le pregunto a la vez que la arropo entre mis brazos.

—Nada, solo un poco. Tienen energía para iluminar Barcelona entera.

Andamos agarrados por la cintura hasta la habitación de los pequeños, duermen como angelitos. Por lo visto, María tiene la cabezonería de mi hermana, su madre, no se ha querido quitar el peinado que le ha hecho, y Vicenzo aún tiene parte de la cara con trazos de pintura.

—Nos hemos reído muchísimo. Los dos han querido repetir sopa —nos comenta entre susurros—. He intentado ordenar lo máximo

posible.

—Tranquila, ya lo hubiéramos hecho nosotros —le contesta Yago.

—Bueno, sabiendo cómo es mi hermana, seguro que les hace recoger ella —participo sonriente.

—Lo han hecho ellos, yo solo les he cantado lo que me cantaban las monjas de pequeña, cuando mis padres tenían que salir en alguna prospección de la organización.

—¿Sabes algo de tus padres?

Lo sé, no lo puedo evitar. Veo de reojo cómo mi querido marido desaparece con cara de espanto.

—Sí, mi madre está aquí. Me ha visitado hoy, al enterarse de que lo he dejado con Paolo ha querido saber toda la historia. He desayunado con ella —me explica con voz emotiva—. Los echo tanto de menos…, me hubiera quedado una eternidad abrazándola.

—Anda, qué casualidad.

—Sí, ha sido toda una sorpresa, siempre aparecen cuando menos me lo espero. Hemos estado juntas poco tiempo, solo veinte minutos, aun así, me han sabido a gloria.

—¿Solo la has visto veinte minutos? —suelto sorprendido.

—Sí, ya estoy acostumbrada, siempre están con la neura de que no quieren ser vistos conmigo. —Pone los ojos en blanco—. Por todo el rollo de ser de Greenpeace, pasan la vida amenazados y como ya han sufrido algún que otro secuestro y yo algún intento, pues no quieren ponerme en peligro.

—Joder, qué miedo. Aunque, ¿a ti no te rechina que haya tanta maldad por proteger el medioambiente? —digo con curiosidad.

—Desde bien pequeña me han enseñado que las personas se transforman cuando se trata de dinero, y entiendo que mis padres son responsables de muchas pérdidas —afirma con tranquilidad y pena.

—Mireia, estarás cansada, ¿no? —interviene Yago, cortando la conversación.

—Sí, mi chico favorito tiene razón, estarás cansada.

—Un poco —habla bostezando.

Nos dirigimos hacia la puerta y por décima vez le damos las gracias por el favor que nos ha hecho. Me paro a pensar si es esa

niña superviviente del accidente causado por la mafia donde murieron sus padres, nieta de un hombre muy temible con la red de mafia más grande del mundo a sus espaldas. Si es así, fue adoptada por una pareja que fingen ser sus padres reales y la tienen escondida y no quieren que la relacionen con ellos, pero ¿por qué? Todo son hipótesis, aunque si hay algo de lo que estoy seguro es de que ella no sabe nada.

Suena el timbre del ascensor y se abren las puertas. Mireia nos sonríe con el móvil en la mano, se dispone a entrar y frena de golpe.

—Hola —saluda al interior, desconcertada—, ¿qué haces aquí?

—He venido a buscar lo que ansío desde esta mañana. —Sale una voz varonil conocida desde el interior.

Unas manos la cogen y la hacen desaparecer, Yago y yo no nos lo pensamos y corremos a ver quién es.

—¡Jo-der! —exclamo ilusionado al ver que el secuestrador de mi amiga es Samuel.

Mis ojos no dan crédito y no puedo moverme.

—Aquí molestamos, amor —me comenta mi marido con cariño abrazándome y arrancándome del lugar.

—Cuánta pasión, ¿verdad?

—Hacen muy buena pareja.

Miro por última vez hacia el ascensor, y Yago, sin pensarlo, cierra la puerta de casa. La verdad es que, desde que los vimos juntos en la boda de mi hermana, todos nos dimos cuenta de la tensión sexual que se respira entre ambos, aunque ahora que los he visto besarse diría que hay más que sexo entre ellos.

—Amor, ni se te ocurra escribirle —me advierte Yago a la vez que me quita el teléfono—. Ahora mismo nos depara una noche donde vamos a liberar toda la tensión vivida hoy.

—Vale, ya has conseguido que deje de pensar en Mireia y Samuel —le confirmo mientras me voy desnudando detrás de él.

13. ¿En serio?

MIREIA

No sé qué le ha pasado a Samuel, aunque, madre de Dios, ojalá todos los días fueran así. Estoy sentada en su moto, y no dejo de relamer el sabor que sus besos me han dejado en la boca.

No sé qué dirección ha tomado, aunque firmo para pasarme toda la noche abrazada a él, entre la vibración, notar los latidos de su corazón en la palma de las manos y la relajación de las caricias que le ofrece a mi pierna izquierda…, vamos, estoy en una nube.

Abro los ojos al detenerse el rugido y la vibración de la moto, estamos en el parquin de Samuel. Damos dos pasos y nuestras manos empiezan a buscarse. Las tiene frías y las acaricio más fuerte para transmitirle todo mi calor. Parecemos dos colegiales esperando el ascensor, apenas nos miramos, no sé qué decir.

—No me esperaba esta sorpresa —confieso con timidez mientras avanzo al interior del elevador.

—No ibas a ser tú la única persona que puede sorprender —me susurra en la nuca.

Siento cómo una bola de calor se prende en mi estómago y arrasa por donde pasa. Me giro para verlo, y sus manos ya me tocan la cintura llevándome hacia la pared. En un parpadeo nuestras lenguas están jugando entre ellas.

Observo de reojo cuánto queda para llegar a nuestra parada y solo faltan dos pisos, intento contenerme para no quitarle la cazadora y la camiseta a la vez. Nos manoseamos sin parar, dependiendo de la intensidad de nuestros besos, mis dedos se aferran con fuerza a su espalda.

Sin despegarnos del otro, salimos del habitáculo, Samuel abre la puerta de su casa y entramos escopeteados. En cuanto se cierra la puerta, empieza nuestra propia fiesta. Voy quitándole la chaqueta a la vez que me desabrocha los tejanos, me descalzo y todo eso sin dejar de besarlo.

Me separo un momento de su rica boca para ver con qué está batallando, mi cremallera se ha quedado atrancada y sin pensármelo, de un tirón, me bajo el pantalón. Lo miro con detenimiento y le toco con ternura esa barba de tres días mientras él me dedica una leve sonrisa ladina y mis dedos van directos a sus labios. Me acaricia las yemas con la lengua y siento de nuevo ese fuego en mi interior. Le quito la camiseta y me fijo en esos oblicuos que su madre le ha dado, ¿me puede poner más? El sonido de su risa hace que suba la vista hasta sus ojos.

—Me miras con una cara… —me comenta con sensualidad.

—Si supieras lo que estoy pensando —apostillo mordiéndome el labio.

—Demuéstramelo.

Me atrae hacia él sin dejar espacio entre nosotros. Encajo las manos en su mandíbula y retomamos por donde lo habíamos dejado. Me agarra del culo y, de un salto, estoy subida en él. Me conduce directamente a la habitación y con sutileza me sienta en la cama, desde donde lo contemplo dejando que sea él el que lleve la situación.

Entre beso y beso me quita la camiseta, se inclina hacia mí y me tumbo hacia atrás. No sé en qué momento me ha desabrochado el sujetador, se deshace de él y empieza a besarme la oreja, me pasea la lengua por el cuello y el estómago me da un vuelco, aprieto los muslos al notar un cosquilleo entre ellos.

Me recorre los pechos con los labios y su mano se abre camino entre mis piernas, aparta la tira del tanga y desliza un dedo con sutileza. Gimo y me revuelvo. No puedo evitar morderme el labio para no lanzarme encima de él. Sigue con sus besos hasta llegar a mi bajo vientre. Abro bien las piernas y me incorporo un poco para no perderme detalle, me quita el tanga y observa el panorama que tiene delante.

Joder, qué mirada más felina. Niega con la cabeza y, clavando sus ojos en los míos, se va directo a mi sexo. Lo besa con tanta pasión que me aferro a su pelo con los dedos. Por la forma en que me acaricia las piernas no dejan de cerrárseme de forma involuntaria. Estira una mano para masajearme uno de los pechos, cada vez que su lengua toca mi clítoris me arqueo de deseo.

—Joder, Samuel, no puedo más —confirmo entre jadeo y jadeo.

Se detiene y lo agarro de los brazos para que suba. Se coloca enfrente de mí y de un empujón lo siento dentro, nuestros cuerpos están encajados a la perfección como dos piezas de un mismo puzle. Le insto a que empuje más fuerte apretándole el culo. A cada envestida nos observamos con más intensidad, no puedo quitarle la vista de encima, es como si me tuviera hipnotizada.

Estoy a punto de llegar y veo que él lo nota, puesto que acelera el ritmo, me acuna la cara con la mano mientras su pulgar juega con mi boca. Mi respiración empieza a acelerarse cada vez más y siento cómo el corazón me va a salir disparado del pecho. Lo agarro con fuerza y cierro los ojos, joder, ¿se puede llegar al octavo cielo? Porque creo que he ido más allá.

Al poco, se corre él. Regulamos nuestras respiraciones sin perdernos de vista. Una vez más tranquilos, me besa la frente y se tumba a mi lado. Sin remediar busco cobijo entre sus brazos. Mi corazón ralentiza los latidos con las caricias en mi espalda y, en algún momento, cierro los ojos.

Me despierto por una vibración continua, es mi móvil. Me entran varias notificaciones y son todas del grupo.

> Sofía:
> Chicas, disculpad por estar algo alejada estas semanas.

> Sofía:
> *escribiendo…*

Ana:
¿Unas cervezas?

Sofía:
Perfecto, ¿hoy a las ocho?

Ana:
¡Ok! Donde siempre, ¿La Guapa & La Mala?

Sofía:
Síííí…, que me encanta ese lugar.

Mireia:
¡Hola! Ahí estaré. 🎉 *I* ❤️ *YOU.*

Ana:
Nos vemos luego, chicas. Os quieroooooo. 😍

Sofía:
Y yooooo.

—¿Quién te hace sonreír así? —La voz de Samuel me trae de mi mundo.

—Mis amigas, hemos quedado hoy —le informo dejando el teléfono en la mesita y volviendo, cariñosa, a sus brazos—. ¿Siempre te levantas así de guapo por las mañanas?

—Será porque hoy tengo la mejor panorámica nada más despertarme.

Me cierra la boca con sus labios y mantenemos una pequeña batalla de besos debajo de las sábanas. Tocan el timbre, y Samuel lo ignora por completo. Vuelven a tocar, esta vez más insistentemente, y, a continuación, golpean la puerta.

—¡Mierda! Ya puede ser importante —refunfuña buscando su *slip*.

—Venga, que tendremos más momentos —le animo arropándome con la sábana—. ¿Me preparas el desayuno mientras me ducho?

—No hace falta que me pongas ojitos de cordero degollado, te lo iba a preparar igualmente —apostilla y se acaba de vestir—. En el primer cajón tienes mi ropa interior, por si necesitas.

Le sonrío y desaparece.

Qué bien sienta una ducha después de un buen polvo. No dejo de pensar en lo bien que nos lo hemos pasado. Nunca había tenido la suerte de cruzarme con alguien con quien me entendiera tanto en el sexo, apenas le he tenido que indicar, con mirarnos o sonreírnos ya sabemos por dónde tirar. Es la hostia.

Cojo uno de sus *slips* y me visto con la ropa del día anterior. Salgo al pasillo y escucho voces al final del todo, voy hacia ahí siguiendo el rastro del olor a café. Entro en la cocina comedor y veo a una chica sentada de espaldas, Samuel está preparando *pancakes*. Lo que me faltaba, sabe cocinar.

—Hola —me saluda Samuel con una voz terriblemente sexi y una ceja alzada—. Buenos días.

—Buenos días —contesto con timidez.

—¿Mireia? —me interrumpe la voz femenina y la miro—. ¿Qué haces aquí?

—¿María? —Me sorprendo al verla—. ¿Y tú?

Me giro hacia Samuel por si me lo puede explicar, aunque él está igual de sorprendido que nosotras.

—¿Ella es la chica con la que te estás viendo? —María se gira de sopetón hacia mi amigo.

—Sí, ¿os conocéis? —nos pregunta a ambas.

—Ella es mi compañera de piso —confieso risueña y asombrada.

—Ella es mi hermana —suelta *ipso facto*.

—Creo que me voy a ir —interrumpe María con la cara algo pálida —. Lo siento…

—María, tranquila —le pide preocupado su hermano dando la vuelta a la isla de la cocina.

—Perdona, Samuel, no pensaba que esto podía pasar —confiesa nerviosa y a trompicones, recogiendo su chaqueta tejana.

—María, ¿estás bien? —pregunto angustiada.

—Sí —afirma sin mirarme y abriendo la puerta—. Luego os hablo, lo siento, de verdad —vuelve a disculparse con su hermano y cierra la puerta.

—¿Todo bien? —me dirijo a Samuel, impactada por la actitud de mi amiga.

—Creo que sí.

—Nunca la había visto así. —Me siento donde ella estaba hace un momento—. ¿Se puede saber de qué hablabais antes de que yo viniera?

—No sé, le decía que estaba acompañado. Y ella se ha querido esperar para tener una primera impresión de la única chica que he subido a casa. —Intento recomponerme al pasarse el café por el otro lado—. Puede que se le hayan cruzado los cables al vernos juntos —me susurra a la vez que coloca los *pancakes* en la isla.

Le respondo con una sonrisa y, a continuación, lo beso.

Desayunamos con tranquilidad uno al lado del otro y, entre arrumaco y arrumaco, acabamos dándonos de comer con la mano.

—Si continuamos así, no vas a salir de casa —me advierte sin dejar de besarme—. No me voy a hacer responsable si desapareces durante unos días.

—Uuuuhhh, unos días —suelto con sorna—. Qué malote, ¿no?

Arrastra mi taburete hacia él y ya podéis imaginaros dónde acabamos.

Llego muy justa a la cita con las chicas, que ya me están esperando en la puerta. Salto de la moto y le doy el casco a Samuel.

—Si quieres que te pase a recoger luego, me llamas —me dice él quitándose el casco.

—Vale, depende de cómo vaya, puede que te llame. —Me acerco a él dejando un dedo de separación y le pido con voz sensual—: Y me haces de nuevo eso de la lengua con lo que me has puesto a mil.

Se le escapa una risotada y me envuelve como puede para acortar aún más las distancias.

—Te hago lo que quieras —claudica entre mis labios. Lo beso para que no se me escape el corazón por la boca—. Pásatelo bien, preciosa —me pide y saluda a mis amigas, que están con la boca casi tocando el suelo.

Cabeceo afirmando y me voy sonriente hacia ellas.

Entramos en la vermutería y dejo de oír el rugido de su moto.

—Creo que nos tienes que contar muchas cosas, ¿no? —cotillea Sofía abriéndonos la puerta.

—Bueno, puede ser…

—Mírala a ella, se hace la interesante —comenta Ana con sorna e indica al camarero si nos podemos sentar en la mesa de la esquina.

Aún no ha tocado mi culo el asiento, y mis amigas ya están esperando a que les explique qué ha sucedido durante estos días sin tener comunicación entre nosotras.

—Solo nos estamos conociendo —confieso.

—¿Solo? —interviene Ana.

—Hasta el fondo, vamos —afirma Sofía con cara de circunstancias, y estallamos a reír a la vez.

Les pongo al día de todas las decisiones que hemos tomado durante este tiempo y lo pillada que estoy por él.

—Descubro algo nuevo de él y me cuelgo más aún… —Dejo caer la cabeza en la mesa.

—Ya te tocaba, amiga —me dice Sofía acariciándome la espalda.

—No sé si lo estoy haciendo bien o si va todo demasiado rápido…

—Deja de pensar en el mañana, céntrate en hoy —me aconseja Sofía—. Estás haciendo las cosas porque quieres, ¿verdad? —Afirmo con la cabeza—. Pues ya está. ¿Quién determina el tiempo estipulado para enamorarte?, ¿la sociedad? El amor, cuando pega fuerte, pega, y hay que gestionarse como una buenamente pueda. —Ana y yo le prestamos toda nuestra atención—. El reloj no entiende del tiempo, solo lo marca; el amor no avisa, solo lo sientes, y lo único que tenemos que hacer es dejar de pensar y cuestionar todo por miedo a lo que dirán, la vida solo es una y, como el tiempo, no es eterna.

—Qué razón —afirma Ana.

—¿Por qué estás tan profunda? ¿Qué pasa?

Nunca se había abierto así, normalmente se dedica a escuchar y darnos algún consejo, siempre algo sutiles.

Sofía clava la vista en la mesa, y tengo el presentimiento de que nos tiene que decir algo y esta vez no es bueno. Se pellizca el labio con los dientes, está debatiéndose consigo misma y su pierna no cesa de votar.

—Disculpe —Sofía llama a un camarero—. ¿Os apetece vino? —nos pregunta, Ana y yo nos miramos preocupadas—. Tres copas de vino blanco de la casa, por favor.

El camarero asiente y se va hacia la barra. Durante los dos minutos que tarda en servirlas, nuestra amiga no nos presta atención, tiene la vista puesta en el camarero. En cuanto deja la bebida en la mesa, Sofía se la bebe de un trago. Qué segundo más eterno.

El corazón me va a mil y la preocupación empieza a crecer. Deja la copa en la mesa, y sin parpadear suelta:

—Tengo cáncer de mama.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo inestabilizando mi temperatura corporal. Es como si me envolvieran con una manta helada. Mi mano temblorosa va en busca de la suya y la agarro con fuerza.

—No estás sola —es lo único que puedo decir. Ana imita mi gesto —. Nos tienes a nosotras.

—Es una putada. —Mi amiga rompe a llorar.

—Sofía, cariño —interviene Ana—. Ahora hay mucho avance. Tranquila. ¿Ya sabes de qué grado es?

—Bueno, aún tengo que hacerme varias pruebas. —Respira hondo y se seca una lágrima que le recorre la mejilla derecha—. Y una vez hechas me dirán a qué tratamiento debo someterme.

Se me rompe el alma, sin embargo, engullo mi tristeza haciéndome la dura y valiente porque entiendo que es lo que ella necesita.

—Perfecto, ¿qué días tienes que ir? —le pregunta Ana.

—No, voy a ir sola.

—Ni hablar —respondo tajante—. Nos organizaremos entre nosotras, así siempre estarás acompañada.

—No quiero que dejéis de hacer vuestra vida, esto es algo mío… —sin acabar la frase se derrumba.

—¿Desde cuándo lo sabes? —añado preocupada y molesta.

Noto demasiado dolor en sus palabras.

—Hará un par de semanas.

—Pero si fuiste hace tres meses a hacerte una mamografía, ¿no? —interrumpe Ana.

—Sí, aunque al parecer ahí no tenía nada. —Hace una mueca y continúa—: Hará cosa de un mes que me noté un bulto y fui a mi ginecólogo para descartar y…

—¿Y has estado pasando esto sola?, ¿todo este tiempo? —suelto desconcertada. Y sin querer hago que mi amiga rompa a llorar de nuevo—. Perdóname, Sofía. No quiero que te sientas atacada, es que me sorprende que no nos hayas dicho nada y más algo tan grave.

—A lo que se refiere Mireia es a que no es necesario que afrontes esto tú sola. Somos amigas, y no solo estamos para pasar el rato, estamos para todo —me ayuda Ana, ya que, bajo la presión de este tema tan duro, no se me da muy bien expresarme.

Damos unos sorbos a la bebida, y Sofía pide otra copa para ella. El ambiente se ha calmado y retomamos la conversación:

—A partir de ahora, ¿cuáles son los pasos a seguir? —continúa Ana.

—Me tienen que hacer una resonancia para ver qué magnitud tiene y descartar que haya algo más afectado. Así sabrán decirme cuál es el proceso.

—¿Puede ser que te hagan radioterapia en vez de quimio? —suelto con una pequeña esperanza.

—Por el tipo de cáncer que tengo no me libro de la quimio. Y, con las pruebas que me tienen que hacer, dictaminarán si me intervienen antes o después del tratamiento. —Sofía coge aire y nos mira mientras lo suelta lentamente—: Ya sabéis que hay tres tipos de hormonas; los estrógenos, la progesterona y la proteína HER2. Depende de los cruces, es menos agresiva o más.

—¿Tienes la más? —pregunto con miedo e intento respirar para que no se me inunden los ojos.

—Tengo positivo tanto en estrógenos como en proteína de HER2, aunque hay algo bueno —comenta con una sonrisa tímida—, a pesar de ser el más agresivo es el más vulnerable para la quimioterapia. Aparte, el porcentaje de supervivencia es alto, creo recordar que el médico me dijo entre un ochenta o noventa por ciento, si no surge ningún inconveniente.

—No surgirá nada, irá todo bien —interviene Ana antes de que yo suelte alguna pregunta incómoda.

La miro al notar la punta de su pie chocando contra el mío y entiendo que no es momento de resolver mis porqués.

Al final conseguimos que Sofía dé su brazo a torcer y nos dice cuándo tiene las próximas citas. Sacamos agendas y nos adjudicamos cada una unos días.

La noticia de mi amiga me ha tocado demasiado, ambas son lo más importante de mi vida. He crecido junto a ellas, hemos vivido juntas, hemos compartido tiempo de estudios y hasta también algún rollete que otro. Siempre que necesitamos algo, en cuanto levantamos el teléfono, estamos ahí. Escuchar la palabra «cáncer» es duro y, si mi amiga está aceptando que tiene esa enfermedad, yo también lo tengo que hacer.

Ahora más que nunca debo dejar mis dudas a un lado, ya que lo único que necesita es que estemos con ella. Me he sentido pequeña y no niego que he tenido miedo mientras ella explicaba todo lo que sabe hasta ahora de su cáncer. Yo me he limitado a escucharla y sonreír para evitar romper a llorar, porque la veo fuerte, segura y con luz propia. Aunque no dejo de pensar en que es una gran putada, ¿cómo puede la vida golpearte así de duro? No paro de darle vueltas, ya que ella es una persona sana, deportista y se cuida mucho. Qué injusta es la vida. Sin embargo, mi amiga esboza una sonrisa esperanzadora y nos ha soltado que todo esto va a ser un aprendizaje y va a evolucionar como persona. Tengo claro que cuando acabe todo será otra Sofía, más fuerte, con amor propio, valiente y más segura de sí misma que ahora.

Pasan las horas y decidimos cenar juntas en casa de Sofía, no me quiero separar de ella. Tengo un defecto, mejor dicho, varios, y este en concreto tengo que trabajarlo: soy fiel a las personas de mi círculo y eso acarrea que las sobreproteja. No puedo evitar estar encima para saber que están bien y que no les falta de nada.

Sofía es muy independiente y en la charla de la vermutería nos ha remarcado muchas veces que necesitará su espacio, que si no nos coge el teléfono será porque no puede, no porque le pase nada. Que en el caso de encontrarse mal nos llamará, y eso me corroe por dentro.

Nuestra amiga se va a poner el pijama para estar más cómoda y aprovecho para escribirle a Samuel:

> Mireia:
> Hola, Sa, hoy no podré quedar. Tengo el alma rota, 😩 ya te contaré. No sufras, que te conozco. 😘

—Mireia, tienes que dominar ese afán tuyo de sobreprotección. ¿De acuerdo? —Dejo el teléfono encima de la mesa de la cocina y ayudo a Ana mientras ella me echa el sermón—. Lo de dar espacio lo ha dicho por ti.

—Ya lo sé. —Me detengo al ver que suena mi teléfono, es Samuel —. Voy a intentar controlarme. —Me centro en examinar el interior de la nevera y, aunque está llena, no puedo ver nada.

—Tienes que respirar, yo también tengo miedo —afirma Ana dándome un abrazo por la espalda.

—No se va a morir, ¿verdad? —le digo como si ella tuviera la respuesta y me doy la vuelta.

—No. Lo va a superar con creces —apostilla con firmeza mirándome a los ojos.

Nos fundimos en un caluroso abrazo. De fondo oímos ruido y es Sofía, que se acerca. Nos separamos como si nos electrocutáramos y con rapidez nos limpiamos las lágrimas e intentamos recomponer nuestras respiraciones como si no hubiera ocurrido nada.

—¿Que os apetece?, ¿tortitas de avena con aguacate, tomate y unos champiñones? —propone Sofía viendo lo que hay en la nevera.

—Me parece bien, ¿tienes queso feta? —curioseo a la vez que cojo el móvil para leer el mensaje de Samuel.

Samuel:
¿Alma rota? Si quieres que no sufra no me dejes así, por favor.

Mireia:
Sofía tiene cáncer de mama. 😭

Samuel:
Ostras, lo siento mucho. Con todos los estudios que hay hoy en día seguro que vence al bicho.

Mireia:
Eso espero. Te dejo, que nos quedamos aquí a cenar, no sé qué haré luego.

Samuel:
Tranquila, ahora toca estar a su lado. Hay un momento para todo.

Mireia:
¿Puedes dejar de ser así?

Samuel:

¿Por?

Mireia:
Porque si sigues tratándome así de bien me seguiré pillando más por ti.

Samuel:
Esa es mi intención. 😈

Mireia:
Te va al dedo ese diablillo. Hablamos luego, que tengo a las dos aquí. 😅

Samuel:
Disfruta, dentro de lo que cabe, y descansa, mi pequeña psicópata.

Mireia:
Samuel.

Samuel:
Dime.

Mireia:
Gracias por estar.

Samuel:
Estaré todo lo que tú quieras que esté. 😘

Buenas noches.

Mireia:
Buenas noches, Sa. 😘

Pasan las horas y decidimos quedarnos a dormir como en los viejos tiempos. Aunque nos ha costado irnos a la cama, tenemos las emociones a flor de piel, a ratos reímos, a ratos lloramos, a ratos ambas cosas a la vez. Eso sí, no hemos parado de hablar.

14. Sorpresa

SAMUEL

Han pasado varias semanas desde que Mireia supo lo de Sofía, no lo está pasando nada bien, muchas noches llora abrazada a mí preguntándose si todo lo que está pasando su amiga será suficiente.

Estoy en el ordenador tan ensimismado, buscando alguna escapada sorpresa de fin de semana para que Mireia pueda desconectar, que no me doy cuenta de que está sentada a mi lado con dos tazas de café en ambas manos.

—Te lo he hecho largo —me comenta mientras cierro el portátil.

—Gracias. —La beso con ternura y susurro entre sus labios—: ¿Sabes una cosa?

—Suelta por esa boquita.

—Me acostumbraría a tomar café todas las mañanas contigo al lado. —Da un sorbo a su café cubriéndose el rostro sonrojado y sus ojos se posan en mí—. Eso y oler tu perfume en cada rincón de la casa —le musito al oído.

Deja la taza y me abraza con fuerza, hunde la cara en la curva de mi cuello despertándome un escalofrío. La arropo entre mis brazos sin dejar de besarle la cabeza. Descubrir esta parte tan sensible de ella ha conseguido que tenga más ganas de cuidarla y protegerla.

Nos interrumpe el sonido de mi teléfono y nos separamos porque es ella quien lo decide, sino hubiera estado más tiempo abrazándola. Me gusta notar el bombeo de su corazón en mi pecho.

Me sorprendo al ver que quien me llama es Carlos, mi jefe.

—¿Carlos? —Digo yendo hacia la terraza—. ¿Todo bien?

—Hola, Samuel. Sí, todo en orden. —Mi jefe suspira y veo cómo Mireia le pone agua a Max, que también está con nosotros—. Era

para saber si tienes más información de ese tal Paolo.

—No, solo la foto que conseguí.

—¿Y no ha intentado ponerse en contacto de nuevo con Mireia?

Extrañado por el interrogatorio, cierro la puerta de la terraza.

—¿Qué tengo que saber?

—Por ahora, nada —me comunica tajante, y el nudo de mi garganta hace que me atragante con mi propia saliva—. Lo único que necesito es que lo comuniques a la central si se pone en contacto con Mireia.

—¿Ella está en peligro?

—Mientras esté contigo, todo estará más controlado.

—¿Controlado? —Estrujo con fuerza el teléfono para no alzar la voz—. ¿Qué sucede?

—Samuel, tranquilo. Cuando lo sepamos todo con detalle, serás informado. —Está utilizando su tono de negociador, y eso me mosquea.

—Pero…

—Pero nada. Sigue mis instrucciones y no pierdas de vista a Mireia, haz el favor.

Observo de nuevo el interior de mi casa buscándola, ella está sentada en el sofá atenta al móvil.

—Eso será fácil, está viviendo en mi casa.

—Perfecto. Otra cosa más, ¿sabes dónde están las pinturas?

—No, solo ella.

—Que no lo comente con nadie, por favor. —Resoplo intrigado—. Samuel, sé que esto es difícil, eres uno de mis mejores hombres y mantenerte al margen no es fácil para nadie. Hemos recibido una información y tenemos que contrastarla. Aun así, cuando esté todo más claro, lo sabrás. Por ahora, ten paciencia, la relación que tienes con ella hace que se complique un poco y el equipo directivo estamos decidiendo qué hacer.

—¿No puedes adelantarme nada?, ¿en serio? —Alzo el tono de voz, y Mireia se gira hacia mí. Le sonrío, y ella hace lo mismo.

—Hazme caso, será mejor que por ahora sea así.

—Pues ya no hay fin de semana que valga —me digo en voz alta.

—¿Qué fin de semana?

—Con todo lo que le está pasando con Paolo y su amiga Sofía, estaba pensando llevármela el fin de semana a la montaña para que desconectara un poco.

—Es perfecto que desaparezcáis unos días, intenta reservar con tu nombre y pagar en efectivo. —Los músculos se me tensan al oír ese consejo cargado de preocupación—. Cuanto antes, mejor. Te tengo que dejar.

—¿Y ya está?

—Samuel, ya sabes cómo van estas cosas, no insistas más y no hace falta que te diga que a ella…

—No le puedo comentar nada —acabo la frase por mi jefe, indignado.

—Exacto. Ahora, no le des más vueltas y desconecta en esa escapada. Hablamos.

Me cuelga dejándome con la palabra en la boca antes de que pueda reprocharle nada. Tomo aire y clavo la vista en el horizonte para relajar la tensión del cuerpo. Entro, y Mireia se está colocando las zapatillas de deporte. Me tranquiliza que Max haya servido de distracción para que no se percatase de nada.

—¿Vas a salir?

—Voy a dar un paseo con Max, ¿te animas?

Afirmo con la cabeza y voy a cambiarme.

Salimos del portal y la cojo de la mano, me dedica una bonita sonrisa y no puedo evitar besarla. Sus dedos se entrelazan con los míos y me agarran con firmeza. Hace un día soleado y decidimos ir hacia el parque para que la caminata sea más larga. Necesito que mis pensamientos sobre la charla con Carlos se silencien, así que le pregunto:

—¿Ya has decidido el tiempo que te vas a quedar en casa?

—De eso te quería hablar. —Espero que no haya cambiado de idea para irse antes, le aprieto la mano para que deje de mirar al suelo—. Quería comentarte si nos podíamos quedar hasta que tu hermana vuelva. —Dejo escapar el aire que tenía retenido—. La verdad es que estamos muy a gusto en tu casa, pero tampoco queremos abusar, ¿verdad, Max?

El perro se acerca a ella y le lame la mano derecha.

—Por mí, todo el tiempo que queráis. —La abrazo por detrás y le beso la mejilla con mucha ternura.

—Tengo que confesar que es la primera vez que viviendo con alguien voy algo más desahogada —comenta contenta a la vez que se le dibuja una bonita sonrisa—. Al trabajar hasta tan tarde en el club, Max no salía todo lo que debería; en cambio, ahora está más en la calle que en casa.

Sonrío al ver cómo el perro se gira como si supiera que hablamos de él.

—¿Solo por eso?

—Noooooo —confiesa haciéndome cosquillas y acaba rodeándome la cintura—. Siempre he sido una persona autosuficiente, no he necesitado ayuda de nadie, pero me encanta recibir todo el cariño que nos estás dando, acostarme abrazada entre tus brazos, despertarme con tus besos matutinos, leer los mensajes que dejas escritos en papelitos por toda la casa creando un camino hasta llegar a mi desayuno. —Me abraza con más fuerza —. No sé qué haré cuando regrese a casa, lo que sí sé es que echaré de menos todo esto. —De repente Max se abalanza encima de mí pidiendo que le lance la pelota que tiene en la boca y le hago caso—. Por lo visto, no seré la única que te echará de menos.

—Pues no te vayas —suelto a bocajarro sin que haya pasado antes por mi cerebro, Mireia abre los ojos más de lo normal, está tan sorprendida como yo—. No hace falta que vuelvas a casa de mi hermana; por mí, te puedes quedar.

Las pupilas se le dilatan, me coloca las manos por detrás de la nuca y se le dibuja una sonrisa ladina. La agarro por la cintura y la atraigo a mí, quitando el espacio que sobra entre nosotros. Uno mi nariz con la suya y me confiesa:

—Me encanta lo que acabo de oír.

Sella mis labios con un beso cargado de mucha sensualidad.

Continuamos con la caminata y me siento algo más aliviado que cuando salimos de casa.

—Te quería decir una cosa. —Se me seca la boca al pensar que puede ser algo de Paolo—. Quiero darte las gracias por estar a mi

lado con lo de Sofía, no me has dejado en ningún momento ni tampoco a ella.

—No me agradezcas eso, es lo mínimo que puedo hacer.

—¿Por qué no te he conocido antes? —cuestiona alzando una ceja derecha imitando a Carlos Sobera en el programa *Quieres ser millonario*.

—Porque tenía que ser así.

—Pues, ¿te digo una cosa? —Le hago un gesto con la cabeza para que me conteste—. Que no cambiaría nada… —Se calla. Con gesto serio mira hacia un punto por delante de nosotros, de repente, con cara de sorpresa, comenta avanzando—: No puede ser. ¿Qué hacéis aquí?

Se para enfrente de una pareja de mediana edad, en un suspiro se lanza a sus brazos a abrazarlos con fuerza y los besa a ambos por toda la cara.

Estoy quieto observando la bonita escena a la espera de saber quiénes son. El señor se yergue al notar mi presencia, Mireia se percata y sin pensarlo me ofrece la mano para que se la coja.

—Ven —me dice acercándome a ellos—. Él es Samuel, y ellos son mis padres.

—Encantado.

Me dirijo primero a su madre, una mujer encantadora, rubia y de media estatura, con la nariz bañada de pecas y los ojos castaños, que no deja de sonreír.

—Tenía ganas de conocerte, mi hija me ha hablado mucho de ti.

—Mamá —replica Mireia.

—Espero que para bien. —Sonrío divertido viendo que las mejillas le van a explotar.

—Hola, Samuel, es un placer —interviene el padre cortando la buena sintonía.

Su presencia impacta, es algo más alto que yo, aproximadamente un metro noventa y algo. Al contrario que la madre, él tiene la tez morena y el pelo oscuro, muy oscuro, como sus ojos. Mireia no ha sacado nada de ninguno de los dos.

—Igualmente.

Le estrecho la mano, y él lo hace con más fuerza. Me clava la mirada como si fueran alfileres e intento mantener la compostura, como si no me influyera.

—Cariño. —La madre posa una mano sobre la de él haciendo que me suelte y me dedique una sonrisa forzada.

—No me habéis contestado, ¿qué hacéis aquí? —repite su hija.

Ellos se miran, y la madre la coge del brazo y propone:

—¿Hay alguna cafetería cerca?

—Sí, hay una a dos calles de aquí —intervengo.

—Ains, sí. El Sirocco —dice Mireia emocionada—. Os va a encantar, la chica prepara una bollería con la que se os hará la boca agua.

Vamos de camino, son los siete minutos más largos de mi vida, Mireia anda dos pasos por delante, cogida del brazo de su madre, mientras que su padre, en vez de acompañarlas, decide ponerse a mi lado. Por suerte, llevo a Max atado, y es él el que marca distancia entre nosotros.

—¿A qué te dedicas, Samuel? —curiosea su padre, y trago saliva porque no puedo ser sincero con él.

—Puedes estar tranquilo, papá —interrumpe mi chica abriendo la puerta para dejarnos pasar—. En su empresa no maltratan animales ni tampoco dañan al medio ambiente.

Paso después de su padre, Mireia me guiña un ojo, y le respondo con un gesto de querer morirme. Sonríe divertida y, sin esperármelo, me acaricia el culo con dulzura. En otro momento me hubiera escaqueado de una situación así, no llevo muy bien las presentaciones oficiales, sin embargo, después de la llamada de esta mañana que me puso en alerta, no me voy a separar ni un segundo de ella.

Nos sentamos en una mesa que nos indica la propietaria, y Mireia ya le está echando el ojo a la vitrina de los dulces con su carita de golosa, no sé por qué parece tan indecisa, he visto que está su galleta favorita; la *smash cookie* de sabor Lotus, y es lo que va a escoger. Siempre hace lo mismo y acaba eligiendo esa.

—Hola, aquí tenéis la carta de las infusiones y de todo lo que tenemos —nos dice Ángela, la propietaria, dándonos dos cartas para

los cuatro.

—Esta cafetería me recuerda a una tetería de Casa Blanca —comenta la madre de Mireia observando todo a su alrededor.

—Sí, intentamos que fuera lo más parecida a una tetería marroquí —le contesta Ángela—: Todo empezó cuando me crucé por su camino. —Señala con su barbilla hacia la barra donde se encuentra su pareja, Manuel, preparando café—. Él ya tenía este local, aunque lo destinaba a servir copas. Cuando aparecí en su vida, le dimos un giro de ciento ochenta grados, ofreciendo otros servicios. —Mireia y su madre están atentas al relato de la dulce dueña, mientras el padre no deja de observar el exterior del local y de vez en cuando me echa un ojo—. Nos gusta mucho viajar y conocer nuevas culturas, nuestro primer viaje fue a Marruecos, y de ahí salió la idea de este proyecto, dándole un nuevo aire.

—Pues probaremos los tés a ver si saben igual —le comenta la madre de Mireia.

Le pide a la dueña que escoja ella misma una de las infusiones, y los demás nos pedimos café. Mireia no se puede resistir y acaba pidiendo la supergalleta de sabor a Lotus. Lo que os he dicho; la empiezo a conocer bastante.

—A ver si te gustan las de hoy, la masa es de calabaza —le indica la propietaria.

Mientras Ángela prepara nuestra comanda, mi chica favorita va directa al grano.

—¿Me vais a decir lo que pasa? —Cruza los brazos sobre la mesa y los observa con gesto serio.

Mis ojos no saben hacia dónde mirar, me iría al baño para darles su espacio, aunque ahora tengo curiosidad y no me lo quiero perder.

—¿Por qué no te vienes con nosotros unas semanas?

Me doy cuenta de quién ha sacado ese rasgo de ir tan directa: de su padre.

—Ya sabes lo de Paolo, ¿no? —le dice Mireia y clava la vista en su madre.

—Era un prepotente, gi…

—Jilguero, tu padre quiere decir jilguero —interviene la madre, y Mireia frunce el ceño, molesta—. Sí, los jilgueros son pájaros fáciles

de domesticar, y Paolo era así.

—¿Sabes dónde está?

Levanto la vista del café con sospechas para llevarla hasta el padre.

—No, papá —niega, y él coge el móvil—. Hace tiempo que no tengo noticias de él.

—Cariño —la llama la madre cogiéndola de las manos—. Tu padre y yo habíamos pensado que podíamos hacer un viaje juntos, los tres, como en los viejos tiempos.

El estómago se me pone duro como una piedra y hace que todo el cuerpo se me tense. Mireia libera una de sus manos y me la coloca encima de una pierna deteniendo su movimiento continuo.

—Estoy bien, de verdad —confiesa y me dedica una mirada cómplice, se me esboza una pequeña sonrisa de forma inconsciente —. Samuel me ha abierto las puertas de su casa y vivimos juntos. —Se calla al oír el golpe que emite su padre con una mano contra la mesa y continúa—: Aparte, está lo de Sofía, y no me voy a ir de su lado en un momento tan duro de su vida. Me niego.

—Y luego está nuestro fin de semana —participo, y mi chica intenta disimular su gesto de sorpresa.

—Sí, claro. Nuestro fin de semana —repite ella.

—¿Y dónde vais? —pregunta el astuto del padre.

—Pasaremos un fin de semana bajo las estrellas, en Canyelles —digo recordando la última información que recabé para sorprenderla.

—¿En el Bubble Suites Canyelles? —suelta Mireia al mismo tiempo que se le humedecen los ojos.

—¿Tú no lo sabías? —nos interrumpe su padre, es una persona muy atenta. Tenía razón mi chica cuando me dijo en su día que la tenía muy protegida.

—Sí, ella sabía que íbamos a ir a algún lado, lo que el lugar era un secreto —cubro su patinazo.

La mano de Mireia busca la mía y la aprieta.

—Me gustan estos detalles —interviene la madre con una amplia sonrisa—. Me recuerda mucho a tu padre cuando éramos jóvenes.

Se miran y esa nostalgia que emiten sus ojos me hace sonreír con ternura.

—Aquí os traigo lo vuestro —interrumpe Ángela.

Coloca a cada uno lo que le pertenece, y Mireia ni espera a que se vaya, coge la galleta y le da un mordisco con todas sus ganas.

—Mmmmm, está riquísima —comenta con voz orgásmica, y suelto un pequeño rugido al venirme imágenes de ella desnuda encima de mí.

—Entonces, ¿qué hay entre vosotros? —nos interroga su madre con un tono dulce a la vez que se sirve té.

—No le hemos puesto una etiqueta a lo nuestro. —Suspira y se acerca a mí, deja caer una mano sobre mi pierna y me acaricia con delicadeza—. Nos estamos conociendo y, por ahora, nos gusta lo que tenemos.

Su padre arquea las cejas a la vez que abre los ojos y aprieta sus labios. Sé que no le gusta nada lo que acaba de oír, e intento evitar mirarlo.

—Cariño, ¿has cambiado de funda? —La madre coge el teléfono de Mireia para examinarlo con detenimiento—. Con lo bonita que era la otra.

—Sí, es que no me gusta estar mucho tiempo con la misma y la voy cambiando. —Su madre le devuelve el móvil—. Aunque esta durará un tiempo, hasta que me pueda comprar otra.

—Ya sabes que si necesitas dinero nos lo puedes pedir, nunca te diremos que no.

—Lo sé, mamá. Sé que siempre puedo contar con vosotros para lo que necesite, pero estoy en una situación en la que quiero avanzar por mí misma, sin ayuda de nadie.

El padre desvía la vista hacia el teléfono y lee algo que, por su gesto serio, no le gusta demasiado. Cruza miradas con su mujer y algo le comenta en el oído que a ella tampoco le sienta bien. Se giran hacia nosotros y con una sonrisa muy forzada nos dicen:

—Por lo visto nos tenemos que ir ya, la reunión de última hora se ha adelantado. —La voz de la madre ya no suena tan dulce, hay una pizca de preocupación en ella.

Él solo asiente con gesto sobrio dando veracidad a lo que acaba de decir su mujer.

—¿Ya? Tan rápido.

—Sí, hija. Es un pez gordo que no queremos que se nos escape —comenta a la vez que recoge su bolso y se colocan las gafas de sol.

—Vale, pues ya continuaremos con la conversación más adelante. —Mireia se pone en pie para despedirlos.

—Ya sabes que nosotros no juzgamos, siempre has sido libre de hacer y deshacer lo que quieras, solo queremos lo mejor para ti. —Siento que esas palabras maternas, aunque se las diga a su hija, van destinadas a mí, y sonrío para confirmarle que he captado el mensaje—. Lo que sí nos gustaría es que, si Paolo intenta ponerse en contacto contigo, nos lo hagas saber.

—Tranquila, que sí. —El tono de Mireia es suave y cariñoso—. No entiendo por qué estáis tan alarmados, ¿hay algo que tenga que saber?

Ambos se miran sopesando qué decir y la intriga me invade, son muy comedidos y cautelosos, tienen códigos muy marcados entre ellos. Entiendo que no quieran preocupar a su hija, aunque tanta precariedad alarma a cualquiera.

—¿Él sabe lo que hiciste en casa de Paolo? —pregunta su padre señalándome con la barbilla. Mireia afirma con la cabeza—. ¿Sabías que te has apropiado de pinturas robadas en el mercado negro?

—¿Tú cómo lo sabes? —cuestiona Mireia.

—Por lo visto, tú ya lo sabías —le confirma él, indignado—. Ese vídeo ha podido correr por…

—Tu vídeo se ha lanzado a la *dark web* —la madre suelta el bombazo con los ojos llenos de preocupación. Trago saliva y aprieto la mandíbula para controlar el estrés que me empieza a invadir—. Paolo es muy ruin y está haciendo lo posible para recuperar esas dos obras de arte.

—Quien está en peligro eres tú —zanja el padre.

Me quedo perplejo preguntándome cómo han descubierto toda esa información. Noto una pequeña vibración en mi costado, es Mireia, que está temblando. La agarro por la cintura para que se calme y evitar que los nervios la dominen.

—Ese miserable no se va a acercar a ella, antes tiene que pasar por encima de mí —aseguro con firmeza y la arropo entre mis brazos —. Vamos un paso por delante.

Me percato de cómo él roza la mano de su esposa con el dedo índice.

—¿Vais?, ¿quiénes? —interroga su madre.

—Bueno, ya te comenté en su día que Samuel tiene amigos en la policía y nos están ayudando —me socorre Mireia.

—No sé qué te ha podido decir la policía, pero esas obras no pueden salir de donde están —nos indica el padre, intento descubrir en sus ojos qué nos quiere decir con esto—. Ni te acerques a ellas, ya buscaré la forma de entregárselas a la policía sin que nadie salga salpicado.

—Cariño, ya sabes cómo se pone tu padre de protector cuando se trata de ti. No quiere que te pase nada —zanja la madre quitándole hierro al asunto y la abraza con fuerza.

»Ha sido un placer conocerte. —Esta vez se dirige a mí y luego me da dos besos—. No la dejes sola —me pide susurrándome al oído.

Su padre es más frío, le da un abrazo de oso a su pequeña y a mí me estrecha la mano y suelta un escueto «adiós».

Se van hacia la puerta, y no dejamos de mirar hacia ellos hasta que desaparecen de nuestras vistas. Me quedo con un mal sabor de boca por lo que acaba de pasar, es como si ellos supieran más de lo que nos han querido transmitir, aunque cuando Mireia habla de sus padres, hay una manta de misterio que les cubre las espaldas.

—No le hagas mucho caso a mi padre, es algo neurótico con todo lo que tenga que ver conmigo.

—No se lo voy a tener en cuenta —le comento cariñoso y froto mi nariz con la suya.

—A pesar de todo, me ha hecho ilusión que los hayas conocido. —Traga saliva a la vez que las mejillas se le sonrojan. No puedo evitar acariciarla, mis yemas son adictas al tacto de su piel—. Ellos son pilares fundamentales en mi vida, y tú empiezas a ser parte de las personas más importantes para mí —me suelta con la boca pequeñita.

—¿Sabes que me acabaría acostumbrando a que me dijeras todo lo que soy para ti?

—Ajá. —Sonríe y acorta distancias—. Pues ve acostumbrándote porque lo mío es la comunicación.

Y sin decirnos nada más nos besamos con ternura, su lengua se abre paso en mi boca y se pasea dejando un rastro de sabor de Lotus. La mía le va detrás para acariciarla y aferro las manos a su cintura acercándola más a mí. Es tan lenta y suave la manera de besarnos que no puedo evitar que el calor se expanda por mi cuerpo y la quiera llevar al baño para acabar lo que estamos empezando. Noto un toque en la pierna y al bajar la vista me encuentro con Max pidiéndome que le dé algo de la mesa.

—Suerte que mi perro es el más sensato de los tres —afirma Mireia secándose el exceso de saliva de los labios—. Ahora que lo recuerdo, ¿y esa escapada de fin de semana?, ¿es verdad o no?

Sonrío como un bobo al ver la cara de emoción que pone.

—Era una sorpresa.

—Pues me encanta.

Se acurruca en mí y le da el último sorbo a su café con leche.

Cuando me levanto para ir a pagar, recibo un mensaje de mi hermana:

> María:
> Hola, no me contestes al mensaje, solo es informativo. Estoy bien, no te puedo negar que al principio me impresionó todo lo que se respira dentro de la mafia y hay momentos en los que desconfío de si han descubierto quién soy en realidad.
> Salir con Carlo durante diez años de mi vida me ha ido bien, por lo visto mi italiano es tolerable.
> Quiero que sepas que estoy a punto de conseguir una información que puede hacer estallar todo y el asunto es más duro de lo que creía. No estoy sola, somos seis personas infiltradas en la banda y tenemos códigos para

informarnos. Bueno, tú eso ya lo sabrás. Ahora entiendo por qué te dejas la vida en ello, estás a todas horas con la adrenalina a mil.
Tranquilo, que llevo pistola y me he implantado un rastreador en la muela empastada por si desaparezco de la faz de la Tierra, así me podréis encontrar y darme un entierro digno.
Este mensaje era para darte las gracias por todo lo que has hecho por mí y por todos tus consejos. El otro día me fui rara de tu casa, lo sé y te pido disculpas, aunque no todos los días una se encuentra a su hermano con una amiga. Hacéis muy buena pareja y a ti se te ve muy feliz.
Te voy a dar un consejo, por si hay algún momento en que no esté a tu lado y se te plantee una situación donde no sepas qué elegir: ESCUCHA A TU CORAZÓN. 🙏 Te quiero mucho, hermano.

Siento la fría mano de Mireia que me devuelve de mis pensamientos.

—¿Todo bien? Estás temblando —me habla preocupada sin dejar de acariciarme la espalda.

—Sí, he recibido un mensaje de mi hermana y, ahora que estoy en la otra parte, qué duro es leer lo que escribe.

—¿Le ha pasado algo?

—No, ella está bien, me explica detalles de lo que está haciendo. —Recuerdo que Mireia no sabe a lo que se dedica María, aun así, no puedo mentirle—. Ella trabaja conmigo y es su primera misión de campo —suelto serio y se me tensan todos los músculos del cuerpo al pensar en lo que le puede pasar—. Me explica cómo se siente, aunque mi cabeza no deja de preguntarse si es un mensaje de despedida. —La miro—. ¿Y si no vuelve?

—Ey —me consuela con ternura y me agarra la mano en la que tengo el móvil—. Ella es una chica muy valiente y, sobre todo, inteligente. Seguramente, te ha querido enviar ella misma ese mensaje para tranquilizarte y que compruebes que está bien. Porque te conoce y sabe que, si fuese de otra manera, estarías montado en un avión para ir a buscarla por tu propio pie.

—Puede ser —afirmo rascándome la nuca.

—Igualmente está con Víctor, seguro que no la deja sola.

—¿Conoces a Víctor?

—Bueno, él y tu hermana… —Une los dedos índices indicando que están juntos.

—¿Por qué lo sabes antes que yo?

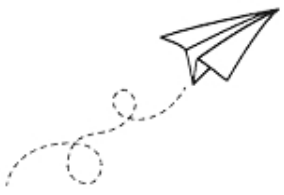
—Hasta donde yo sabía, el hermano de mi amiga… —me explica, abre los ojos más de la cuenta y me observa animada— es muy protector con ella y no tenía las palabras adecuadas para contarle que se había enamorado de su compañero de trabajo.

—¡¿Enamorada?! —escupo sorprendido y algo molesto.

—En este terreno no me voy a meter —apostilla con las manos alzadas—, solo te expongo lo que sé.

—Ven —le pido atrayéndola hacia mí para abrazarla, está tan bonita que me la comería a besos y lo que no son besos.

—Vamos a dar un paseo para que nos dé el aire —indica Mireia colorada llevándome hacia la puerta. Me volteo al recordar que no he pagado y como si me leyera la mente me informa—: He pagado yo.



Cinco días más tarde…

Estoy esperando en la puerta del hospital a que salgan Mireia con Sofía de la quimio. Ya tengo las maletas cargadas y con ganas de irnos a pasar el fin de semana fuera. Finalmente, reservé en el Bubble Suites Canyelles, las imágenes daban la sensación de que íbamos a poder desconectar, disfrutar y desearnos: el combo completo.

Max se queda en casa de Sofía, nos ha dicho que así ella se obligará a salir a andar y hacer el ejercicio que le pide su *coach*.

Dejamos a Max y Sofía en su casa y vamos en dirección a lo que va a ser una entretenida escapada. Llegamos al sitio, que está entre montañas, y la chica de la recepción nos acompaña hasta nuestra estancia.

Al entrar nos encontramos con una *suite* de unos cincuenta metros cuadrados, más o menos, donde predomina la madera. Su techo es redondo y una parte de él, acristalado para ver el cielo. La cama es romántica a la vez que modernista, bueno, eso es lo que comenta Mireia, cuelgan doseles de ella. También hay una pequeña mesa donde desayunaremos, comeremos y cenaremos. No es que mi planteamiento sea quedarnos todo el tiempo aquí encerrados, que no sería una mala idea, sino también hacer alguna que otra actividad rural.

Estoy deshaciendo las maletas cuando oigo el chasquido de una cámara, ya está liada tomándome una fotografía. Desde que está en casa, vivo muchos momentos como este, tendrá un repertorio de imágenes mías haciendo de todo, nos tiene fritos tanto a Max como a mí.

—¿Me tengo que asustar? —le suelto con sorna—. Tienes una pequeña obsesión con fotografiarme, ¿no?

—Eres mi *hobby* —comenta sentándose en la cama, y me percato de que no lleva sujetador—. ¿Algún problema?

—Sí, tus pezones están durísimos y me están poniendo a mil.

—¿La camiseta es un problema? —Se quita una manga, luego la otra y se deshace de la prenda—. ¿Así mejor?

Gruño y me lanzo sobre ella. Tanto nuestros besos como arrumacos son algo salvajes y acabo encima de ella sujetándole las manos sobre la cabeza para que deje de desnudarme y así

centrarme en proporcionarle placer. Está muy agitada y eso me excita muchísimo. La lujuria inunda sus ojos, y ver que tengo el control de la situación me empodera.

Me chupo dos dedos y, sin quitarle la vista de encima, me abro camino entre sus piernas. Se remueve al invadir su sexo para tocarle con suavidad el clítoris, en ese momento brinca y se muerde el labio con sensualidad.

—Shhhhh, tranquila.

Compruebo que está muy mojada, me relamo solo de pensar en lo rico que tiene que estar. Poco a poco le introduzco un dedo sin perderme su gesto de placer. Lo vuelvo a sacar y, esta vez, son dos los que entran con seguridad. Ella se retuerce de satisfacción y ahoga un grito. Siento cómo me clava las uñas en el brazo y con la otra mano se aferra a las sábanas. Desata un musical de gemidos que no puede detener y me ruega que también quiere participar, aunque se va a tener que esperar, quiero que disfrute un poco más.

Me agarra de la nuca y su boca busca desesperada la mía. Es increíble lo bien sincronizadas que están nuestras lenguas, dejo de besarla para disfrutar de otras partes de su cuerpo mientras la sigo masturbando. Me deslizo hacia la mejilla, bajo por el cuello, mordiéndolo con suavidad, estoy tan cerca de ella que puedo apreciar cómo el vello se le ha puesto de punta. Le rodeo un hombro y continúo descendiendo hasta llegar a los pechos y, antes de hacer algo con ellos, los contemplo con detenimiento. Son tan bonitos…, redondos y esponjosos, están cubiertos de varios lunares, uno de ellos muy cerca del pezón izquierdo. Lo acaricio y mi pulgar va directo a la aureola, consiguiendo ponérselos aún más duros, sujeto uno de sus pechos y me lanzo a comérmelo. Lo muerdo, lo beso, lo lamo…, hago todo lo que se me pasa por la cabeza consiguiendo que ella disfrute y mi entrepierna se endurezca.

Me tira de la cabeza hacia sus senos para que no deje de lamerlos, juego con ellos saboreándolos hasta que mi excitación es más fuerte. Cruzamos miradas y, por su respiración agitada, me percato de que también está alterada, más de la cuenta, continúo con un reguero de besos hacia su bajo vientre.

Resopla porque sabe lo que viene ahora. Le abro bien las piernas, ya que no me quiero perder detalle de todo lo que tengo delante. Me quito el pantalón como puedo sin dejar de darle placer. Me tumbo y voy directo a mi manjar. Chupo y succiono el clítoris con intensidad, y a ella se le escapa un gruñido, su pie se abre paso entre mis piernas y lo roza contra mi miembro, percibo un calor abrasador que está subiendo hacia mi garganta y me la como entera al mismo tiempo que juego con su clítoris, está duro y muy receptivo, lo beso humedeciéndolo más aún.

—Haz lo que quieras conmigo —susurra entre gemidos y me cuesta entenderla.

—¿Qué dices?

—Juega conmigo.

Sin dejar de acariciarle, me chupo un dedo de la otra mano, lo empapo en su sexo y lo paseo por su culo. Ella abre más las piernas dejándome hacer lo que quiera. Lo masajeo trazando círculos, noto cómo la musculatura se le relaja y la penetro con lentitud.

—¡Joder! Así me voy a correr en nada —me advierte entre gemidos y sus ojos me piden clemencia.

Se me escapa una sonrisa ladina y hago que el movimiento sea más rápido. Se contrae y todo empieza a estar más húmedo. Me froto la polla cada vez más rápido contra su pie, ya que toda esta situación es muy excitante.

Me agarra de la cara y me suplica:

—Por favor, para. —Su respiración es entrecortada—. Quiero que me la metas.

Le hago caso y me detengo. Beso su bajo vientre y subo para sucumbir a sus deseos. Me detiene con las manos sobre mis pectorales.

—Así no —me dice y me quedo quieto porque no sé qué quiere—. Así. —Se pone a cuatro patas con sus nalgas bien abiertas, me mira de soslayo y, con una sonrisa ladeada, me pide—: Quiero comprobar lo duro que sabes dar.

Resoplo como un miura y me aferro a su cintura, como si fuéramos una sola piel. A ella se le escapa una carcajada al comprobar lo que ha conseguido con sus palabras. Con firmeza,

entro de una estocada y empiezo a empujar hasta el fondo, arrancándole gemidos descontrolados con cada penetración.

Me concentro para que ella llegue antes y lo consigo cuando al mismo tiempo que la embisto le acaricio el clítoris. Tengo comprobado que antes de correrse le emite una pequeña vibración y luego se endurece, esa es la señal que hace que mis empujes sean más rápidos.

Hunde la cara en la almohada y ahoga un grito de placer mientras yo continúo empujando porque estoy a un segundo de explotar. Ella se recompone y con las manos se abre los glúteos, y eso me pone a mil. Suelta profundos gemidos que me aceleran. Noto la presión en mi garganta y, en un suspiro, estallo deshinchándome como un globo.

Muy despacio recupero la respiración y le beso la espalda. Nos tumbamos uno al lado del otro, y ella directamente me abraza, busca mi mano y los dedos juegan a rozarse. Desde la cama se puede ver el cielo y, mientras lo contemplo, me empapo de todas las imágenes de lo que acabo de vivir. Con Mireia nunca se sabe cómo van a ir las cosas, piensas que las tienes controladas y en un segundo te rompe todos los esquemas.

Dos horas más tarde, decidimos alquilar unas bicicletas y dar un paseo para abrir el apetito. Empezamos a pedalear, y ella inicia una carrera que no voy a dejar que gane. Intenta sacarme del sendero y le agarro el sillín hasta que ambos colisionamos y caemos al suelo.

—¿Estás bien? —me preocupo tocándole todas las partes del cuerpo.

—No es la primera vez que me tiras al suelo —comenta mientras levanta su bicicleta y se ríe felizmente.

—¿Yo?

—Sí, hemos revivido como todo empezó. —Se le dibuja una sonrisa picarona, y sigo sin entender por dónde quiere ir, por lo visto mi cara me delata porque contesta a mis dudas—: Veo que no recuerdas tus hazañas de conquistador por Colombia, te lanzaste conmigo de un coche en marcha.

—¿Hazañas? ¡Si te salvé la vida! —la chincho mientras ella empieza a andar al lado de la bicicleta.

—Sí, por eso te agarraste con fuerza a mi cintura dejándome cerca tu boca, a merced de mi imaginación, hasta un revolcón tuvimos —lo cuenta divertida y me vienen a la mente las imágenes de aquel día, cuando me dejó sentado en la carretera, atónito por su actitud. Y de repente estallamos a carcajadas.

Observo a lo lejos un mirador con un columpio y nos dirigimos hacia allí.

—Apoya aquí la bici —le pido mientras dejo la mía en un árbol.

Nos acercamos al mirador y las vistas son espectaculares, se atisba un valle lleno de distintos verdes y un gran lago en medio, donde se reflejan las montañas.

—Creo que cabemos los dos. —Me giro hacia ella, que está sentada en el inmenso columpio de madera, y con una mano me indica que me coloque a su lado—. Ven.

Le hago caso e *ipso facto*, rodeándole la cintura con un brazo, empezamos a columpiarnos y a una cierta altura da la sensación de que estuviéramos flotando por encima del valle.

—Es como si voláramos, ¿verdad? —comenta emocionada, y asiento.

Al cabo de diez minutos seguimos sentados en el columpio, sin embargo, esta vez uno enfrente del otro, y ella tiene colgadas las piernas encima de las mías. Nuestras manos no dejan de jugar entre ellas, y continúo con la sensación de que el mundo se ha detenido y no corre el tiempo.

—¿Crees que Paolo dará señales de vida?

—Te tiene preocupada, ¿verdad?

—No, para nada. Solo que parece que la Tierra lo haya engullido. —Desvía la vista hacia el horizonte y sé que algo le preocupa.

—¿Qué pasa por esa cabecita? —Le toco la cabeza con los dedos y busco que me mire a la cara.

—Lleva mucho tiempo escondido y tengo miedo de que haga alguna de sus locuras. —Su voz se rompe.

—Cariño, no tengas miedo. —Le acuno la cara con ternura—. Antes de que te toque un pelo, lo mato.

Sonríe con timidez, sé que está preocupada.

—No tengo miedo por mí.

—Ah, ¿no?

—No —confiesa con los ojos llenos de lágrimas—. Es por si les hace daño a Sofía o a Ana. —Baja la cabeza—. O a ti. Me rompería en mil pedazos.

—Eh, no se va a acercar a nadie. No se lo voy a permitir, estate tranquila. —La abrazo y deja apoyada la cabeza en mi pecho, se la beso con mucho mimo—. Eso no va a suceder. Te lo prometo.

Acaba encajándose más con mi cuerpo y la arropo con un caluroso abrazo. Verla tan vulnerable me enternece y a la vez me entristece. No me gusta que se sienta así y necesito transmitirle la máxima paz posible.

De camino al hotel no dejo de pensar en Paolo o como se llame. ¿Dónde podrá estar escondida esa rata de alcantarilla? Lleva muchos días desaparecido y, si es verdad que el muy cabrito ha divulgado el vídeo del robo de las dos obras con la cara de Mireia, él es el menor de mis problemas.

Miro cómo pedalea, abstraída, sé que su mente no deja de darle vueltas al asunto. Sin embargo, aquí estoy yo para hacer que por unos días desconecte para reconectar con más fuerza.

15. Atrapada por el deseo

MIREIA

Nos encaminamos a casa después de una maravillosa escapada, la he denominado *sex weekend*, un día más y tengo que orinar de pie. Sí, acabo de ser desagradable, aunque necesitaba poneros un ejemplo para que supierais el roce que he tenido estos días. Samuel desprende mucha sensualidad de por sí, lo que no me imaginaba era que tuviera tanto aguante.

Dejo de mirar por la ventana porque me ha llegado un mensaje de Kirk.

> Kirk (cantante):
> He conseguido canguro para Ona y me voy a Alemania a presentarme a su boda.

—¡¿Qué?! —grito al leer tres veces el mensaje.

—¿Qué pasa?, ¿es Paolo? —se preocupa Samuel frenando el coche.

—Nooo, es Kirk, el cantante, ¿recuerdas?

Mi chico suspira y reanuda la marcha. Al verlo tan preocupado, dejo caer una mano sobre la suya, que agarra el cambio de marchas, y con las yemas le doy un leve masaje.

—El encantador de serpientes —suelta con sorna.

—¿En serio? —Reacciono a la vez que le golpeo con suavidad el brazo.

—Es broma. —Me regala una sonrisa que me hace temblar las piernas—. Es el chico que cantó la canción que me pusiste una noche y acabamos haciendo el amor con ella de fondo, ¿no?

—Exacto. Ese mismo.

—¿Y se puede saber qué te ha dicho para que grites? —Utiliza un tono de voz interesante y deja caer la mano en mi muslo deslizándola hacia la zona más ardiente de mi cuerpo.

—Se va a presentar en la boda de la mujer que ama.

—Entiendo que no está invitado.

—Te voy a explicar su historia, que da para una novela. —Estallo de felicidad al pensar en lo que va a hacer mi amigo—. De adolescente estaba enamorado hasta las trancas de su mejor amiga, hubo un tonteo y se quedó todo en un par de besos. Los padres de ella son personas adineradas, de esas que no saben cuánto tienen en el banco y, al saber que su hija iba a empezar una relación con un chico que no cumplía con los requisitos, la enviaron a un internado a Alemania, por lo visto, ahí están todos los hijos de personas muy pudientes.

—¿Será verdad?

—Y de la buena. Esto ha sucedido en el siglo veintiuno —reitero molesta—. Alucino con que, a día de hoy, exista tanto distanciamiento según la cantidad de dinero que tengas en el banco. ¡Como si no respiráramos el mismo aire! —Le cojo la mano, que está demasiado juguetona, y enredo mis dedos con los suyos—. Puedo entender que no frecuentes los mismos lugares, pero, cuando hay amor entre dos personas, debería dar lo mismo el sexo, la religión, edad, todo…, mientras sean felices y se respeten.

—Lo demás debería sobrar —continúa mi frase—. ¿Y quién fue el afortunado, según los padres?

—Se ve que en ese internado conoció a una especie de príncipe, o algo así, de la burguesía de Alemania y, claro, eso a los padres les pareció fabuloso.

—Cumplía el perfil, ¿no? —interviene mi chico con otra de sus sonrisas, que, si sigue así, le voy a pedir que pare para dar rienda suelta a lo que está encendiendo en mi interior—. Entonces, ¿qué va a hacer en la boda?

—Pues su mensaje dice exactamente esto. —Cojo el móvil y empiezo a leer—: Mire, le he dado vueltas a lo que me dices siempre y no valgo para un «y si…». Me voy a plantar en medio de su boda y que sea ella misma quien me diga que no hay nada que hacer. Mi sobrina sabe todo el plan y, por supuesto, es mi cómplice. A ver si traigo buenas noticias.

—Tengo una duda.

—Suelta.

—Después de tantos años, ¿ellos han mantenido contacto? Porque presentarse a una boda de alguien que en un pasado no llegó a ser nada, sin que ella lo sepa, lo veo locura postraumática.

—No, es que no te he contado toda la historia. —Samuel me provoca, con tanta risita me he olvidado de explicarlo todo—. Hará un par de años se la encontró en una discoteca. La sobrina de Kirk y esta chica son amigas, muy amigas, son un grupo de cuatro. Cada una vive en un lugar distinto y cada dos años quedan para verse. Coincidió que la sobrina de Kirk regresaba a Barcelona y decidieron que ese iba a ser el destino de su reunión. Al toparse con ella, a Kirk casi le salta el corazón por la boca, y a ella le brilló la mirada como cuando era adolescente. —Uno las manos como si rezara y sonrío al imaginármelo—. Me encantaría haber estado ahí —añado emocionada—. Después de ese día han tenido varios encuentros extraoficiales, hasta ella lo invitó a su mansión un par de días, mientras su futuro marido estaba de viaje por trabajo.

—Buf, a saber qué tuvo que pasar entre esas paredes.

—Pues no lo sé. —Me muerdo el labio inferior—. No recuerdo que me lo dijera.

—Eso quedará en secreto entre ellos —comenta y detiene el coche.

Sin darme cuenta ya estamos en casa, subimos las escaleras cargados con las maletas y reflexiono sobre lo bien que me ha sentado el fin de semana y lo rápido que se ha pasado el tiempo. Darme cuenta de que la persona que tengo delante me presta atención, se preocupa y todas sus acciones suman a mi felicidad, me hace pensar que estoy en el buen camino y, ahora mismo, siento que es el indicado para ser mi compañero de vida.

Cierro la puerta, dejo la maleta en el suelo y voy directa a Samuel. Levanta la cabeza y, sin dejarle parpadear, me lanzo a sus brazos dándole un beso apasionado.

—¿Y esto?, ¿a qué es debido? —susurra acaramelado sobre mis labios mientras me peina con los dedos.

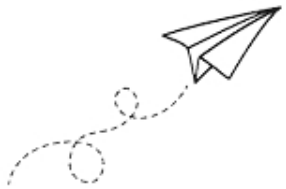
—Te amo, Samuel.

—Mmmmmm —murmura y deja caer las manos por mi baja espalda hasta posármelas en el culo.

—No puede ser todo tan perfecto. Algún defecto debes de tener.

—Tengo muchos —afirma y me sella la boca con un beso largo e intenso—. ¿Vamos a la cama y te los nombro?

Asiento divertida. Sin dejar que pase ni un minuto más, me coge en volandas y me lleva directa a una buena sesión de sexo.



Tres días más tarde.

Estoy sentada delante de Sofía y Ana, en una cafetería enfrente del hospital. Estamos contentas porque no sabíamos si íbamos a poder acompañar a nuestra amiga en su primera sesión de quimio, ya que, bien le podía tocar en sillones que están unos al lado de otros, o bien tumbada en un box. Al tocarle en un box, acabamos convenciendo a dos de las enfermeras para que nos dejase estar con ella sentadas sin molestar a nadie.

Esperamos al camarero para que nos sirva los bocadillos, ya que la hora y media de espera más las tres horas y cincuenta minutos de tratamiento han provocado *Los juegos del hambre.*

—¿Te encuentras bien? —me preocupo por Sofía.

—Sí, por ahora, todo correcto. Desconozco si los vómitos vienen tan temprano, lo único que estoy es algo aturdida de estar tantas horas tumbada y me muero de hambre —comenta tocándose la barriga.

—¿Te ha comentado algo Samuel para ir a cenar juntos? —me pregunta Ana.

—No, lleva un par de días muy raro. —Suspiro al recordar la cara de preocupación con la que me ha recibido al llegar a casa—. Sé que es algo del trabajo y no me quiero meter, porque no me lo va a contar.

—Tiene un oficio bastante duro y tiene que ser difícil en algunas ocasiones dejar de lado el peso del trabajo.

—Ya, nos pasa a nosotros con los nuestros, que con poco nos llevamos el problema a casa —continúa Ana y me acaricia el brazo trasmitiéndome ese calor que me hace falta.

—Yo no podré ir a la cena —interviene Sofía—. Ya sabéis que me duermo por los rincones, y las chicas que han tenido la primera quimio comentan que transcurridos tres días viene el bajón y se lo pasan en cama. No sé si a mí me ocurrirá lo mismo, de igual manera, quiero evitar lugares cerrados, ya que ahora tengo las defensas bajas prefiero pasar toda la terapia lo más fuerte posible.

—Sí, será lo mejor. Lo comentó la enfermera, que estarás muy receptiva a coger cualquier resfriado y, si se puede evitar, mejor que mejor —le recuerdo.

—Aunque quiero el parte del salseo en el chat al día siguiente.

—Eso está hecho —confirma Ana—. Está muy bien que estés en un grupo con más personas que pasáis por lo mismo.

—Sí, porque hablo con más gente que está viviendo la misma situación y nos decimos cómo nos vamos encontrando. También se comparten actividades como talleres de belleza, nutrición y me he apuntado a uno de ejercicio físico con una instructora especializada en pacientes oncológicos que nos preparará rutinas para antes y durante nuestros tratamientos. Al pasarle el informe del tipo de quimio que vamos a tener, ella sabe cuáles son los efectos secundarios que puede tener el paciente, entonces te ayuda para que sufras lo mínimo posible.

—Qué bien, ¿no? ¿Y todo entra por la Seguridad Social? —me intereso.

—Ojalá. Los talleres son totalmente gratuitos, por ejemplo, el de belleza, aparte de darte los *tips* de cómo tratarte la piel a partir de ahora, te dan muestras de las cremas para que las pruebes y luego las vayas a comprar. La preparadora física te hace como un periodo de prueba gratis durante siete días y una vez finalizado, si quieres continuar con ella, te hace un plan de entrenamiento con un descuento.

—Ostras, no hubiera dicho nunca que todas estas cosas no las cubriera la Seguridad Social —comenta sorprendida Ana—. Es un sistema lo suficiente amplio y fuerte como para no ocuparse de ello, ya que es una mejora para una enfermedad, no algo estético porque uno lo haya decidido.

—Bueno, ¿qué le vamos a hacer? —Sofía se encoge de hombros y suspira con tristeza—. Una vez dentro, ves todo lo que hay y cuánta gente se queda desplazada por no poder permitírselo.

—Me resulta increíble —escupe Ana indignada golpeando la mesa.

Sofía y yo nos miramos sorprendidas, ella no es de reaccionar así.

—Ana, tú sabes más que nadie que el mundo está lleno de injusticias —la consuela Sofía arropándola con cariño entre sus brazos—. Llevas toda la tarde inquieta y con cambios de humor.

—Os tengo que contar algo.

Mi amiga está nerviosa, pues no para de tocarse las manos.

—¿Qué pasa?

—Tranquila, Mireia, no es nada negativo —me dice esbozando una tímida sonrisa—. Álex va a pasar unos meses en mi casa.

Aliviada, dejo salir todo el aire que estaba reteniendo.

—Eso quiere decir que estáis avanzando en la relación —suelto emocionada.

—Sí, hemos llegado al punto en que vernos una vez al mes no es suficiente y las videollamadas no nos solucionan la carencia que crea una gran distancia. Por ello va a venir a casa unos meses para ver cómo es la convivencia entre nosotros.

—Eso es más que un acercamiento —comenta Sofía, y ambas cruzan la mirada. Se envían mensajes encriptados entre ellas, y yo

no capto ni uno—. ¿Nos lo quieres contar?

Nuestra amiga carraspea y el motivo tiene que ser importante porque se le ha quedado trabado en la garganta.

—Álex me ha propuesto que me vaya a vivir con él a Colombia —suelta Ana a bocajarro, y a mí se me cae el mundo.

Bebo agua para ver si consigo bajar el trozo de bocadillo que se ha encallado al recibir esa noticia.

—¡Lo sabía! —grita Sofía muy contenta—. Tenía claro que algo ocurría para que metieras a un hombre en tu casa.

—La verdad es que pasamos más tiempo en hoteles que en casa —confiesa mi amiga con un suave hilo de voz—. Las despedidas son más costosas y tengo la suerte de poder teletrabajar, salvo contadas ocasiones en las que es necesaria que acuda presencialmente, que lo resolvería con el *jet* privado de Álex.

—¿Y por qué no te tomas un año sabático? —le propone Sofía, y yo, mientras tanto, intento no exteriorizar mi tristeza—. Llevas mucho tiempo llevando casos muy duros, no estaría mal que pudieras dejar suspendido por un tiempo ese estrés.

—Dices lo mismo que Álex. —Es nombrarlo y le brillan los ojos.

—¿Qué hay de malo en tomarse un tiempo? —le cuestiona Sofía —. Te lo puedes permitir, llevas muchos años trabajando muy duro y con casos rocambolescos que no afronta cualquier abogado. No vas a ser menos por descansar, es más, lo deberías hacer.

—¿La idea de Colombia es… para ya? —las interrumpo.

—Tengo un juicio a finales de junio y por el momento ese sería el último caso que llevaría antes de coger vacaciones.

—Estamos hablando de que es este mes, junio de 2025, ¿no? —le reitero algo agobiada.

—Sí —confirma Ana—, es para finales de este mes. Aunque antes necesito saber cómo enfocar mi futuro y cuáles serán los pasos a seguir.

—Por eso es él quien viene a tu casa para que puedas organizarte y decidir con calma sin distancia de por medio, ¿verdad? —concluye Sofía, y Ana asiente con la cabeza.

—Sé que no está bien lo que voy a decir, sin embargo, necesito soltarlo —escupo sin poder retenerlo más y, con eso, atraigo la

atención de ambas—. Sé que es un paso muy bonito que vas a dar y me alegro muchísimo por ti, aunque no puedo ocultar que me parte por dentro el saber que ya no te vamos a ver cuando se nos antoje, que ya no habrá esas reuniones a tres ni nada de lo que tenemos ahora.

—Sí que las habrá —interviene Ana emocionada.

—Lo sé, aunque va a ser diferente. —Trago saliva para intentar suavizar el nudo que tengo en el estómago. Veo que sus ojos se llenan de lágrimas y es lo último que quiero. Le sujeto con fuerza las manos—. Pero no pasa nada, esto va a ser una evolución. Sabíamos que podía ocurrir, que sería difícil mantener esta relación de amistad todo el tiempo del mundo, porque tarde o temprano una de nosotras, o las tres, iba a emprender otro camino por cualquier cosa. —Le aprieto la mano para que me preste atención y me responde con una sonrisa—. Te lo digo de verdad, estoy contenta por ti, porque es la primera vez que veo que quieres luchar por tu felicidad y voy a estar a tu lado, aunque sea a miles de kilómetros de distancia, apoyándote.

—Vamos a ser tus hinchas —participa Sofía.

—Vosotras sois la razón de peso que hace que dude en si irme o no a Colombia y eso lo sabe Álex, aunque no ha hecho falta que le dijera nada —nos confiesa—. Llevamos toda la vida juntas, nunca he visualizado mi futuro sin vosotras, y con Álex está yendo todo a pedir de boca. Es como si él fuera mi última pieza del puzle y me hace sentir completa. —Ana se tapa la cara con ambas manos y no puedo evitar sonreír—. No te rías, no me hace ni pizca de gracia.

—Cariño, que me corrija Sofía si me equivoco, pero te acabas de contestar a tus dudas.

A Ana se le escapa una lágrima y detrás de ella voy yo, Sofía se levanta y nos arropa con un caluroso abrazo.

—Estoy tan orgullosa de lo que estáis creciendo en el ámbito sentimental… —apostilla Sofía.

Ya pasadas unas horas nos levantamos de la mesa y me suena el teléfono, es un mensaje de José:

Cabra Loca:
Amore! ¿Estás con Samuel?

Mireia:
No, en teoría está en la central. ¿Necesitas algo?

Cabra Loca:
Tranquila, era para saber si Vicenzo se dejó su peluche favorito en su casa. Bueno, mejor dicho, en vuestra casa. 🤭

Mireia:
Qué tonto, 😜. Creo que no hay nada, luego cuando llegue a casa lo miro. Aunque, ¿le has escrito a él?

Cabra Loca:
Lo he llamado, y está fuera de cobertura.

Mireia:
Sí, puede ser, en la central no tiene mucha. 🤦‍♀️

Cabra Loca:
Lo intento más tarde, a ver si tengo suerte.
Por cierto, las fotografías de esta mañana son espectaculares, va a quedar un supercatálogo.
A ver si baja un poco la intensidad del trabajo

y podemos tener una de nuestras charlas, aunque sea para tomar un café. 🥰

Mireia:
¡Sí! Que con la formalidad de las oficinas no podemos ser nosotros y ya empiezo a echarte de menos y MUCHO. 😳 Sé que me voy a arrepentir de haberlo escrito.

Cabra Loca:
Es normal que me eches de menos, estás hablando de mí. 😎

Mireia:
Lo sabía…

—Mireia, mira quién te espera afuera —me comunica Sofía captando toda mi atención.

Y ahí está el susodicho, sentado en la moto y con la vista puesta en mí. Viste unos tejanos ajustados y una camiseta básica blanca, se quita el casco y sonríe. Me tiemblan las piernas y se me hace la boca agua, nunca pensé que después de un tiempo mi cuerpo continuaría reaccionando como al principio.

—Él no podrá hablar de su trabajo —nos susurra Ana sin dejar de sonreír—, aunque tú, amiga, sabes qué hacer para que se relaje.

Ambas me observan sonrientes y sé a qué se refieren.

Esta noche Samuel va a tener una dosis de meditación, pero no con la respiración, sino a mi manera.

Bajo de la moto, sorprendida porque se ha detenido enfrente de una playa. Se quita el casco y, antes de cogerme de la mano, me propina un beso muy dulce en la mejilla. Solo me sale sonreír, e intento

estudiar sus gestos no verbales para averiguar qué ocurre. Nos dirigimos hacia la orilla sin mentar ni una palabra, la mente me va a mil intentando recabar información de algo que haya podido suceder para tener esa actitud. Tras sentarse en la arena, y pedirme que haga lo mismo, me acomodo a su lado, observándolo preocupada, y extiende un brazo por detrás de mi espalda para que me acurruque en él. Apoyo la cabeza sobre su hombro, y él deja caer la suya contra mí. Intento relajar mis pulsaciones oyendo el oleaje cuando me viene la imagen de María.

—¿Tu hermana está bien?

—¿Por qué a mi hermana le tiene que pasar algo?

Lo miro de soslayo y capto su expresión pesada y algo triste.

—Bueno, me comentaste que ella trabajaba contigo y estaba en una intervención especial.

Suspira y fija la vista en el horizonte.

—Tienes razón, no me acordaba de que te lo había dicho.

—¿Qué pasa? —Me giro hacia él, muy preocupada.

Se muerde el labio y mira hacia un lado, debatiendo consigo mismo. Hay algo que le reconcome y no quiero insistir por si es del trabajo, prefiero mantenerme al margen.

—Si tuvieras información que no puedes decir, ¿me lo contarías todo? —Siento cómo sus ojos penetran con lentitud dentro de mí.

—Claro, ya sabes que me siento muy cómoda contigo y eso ha hecho que me abra a ti de par en par, sin miedo a que me juzgues o me dañes. —Me acuna la cara con las manos y veo que le asoma una pequeña sonrisa—. Creo que a día de hoy soy incapaz de ocultarte nada, es como si dentro de mí algo me empujara a que te lo explique todo.

—Sé a qué te refieres, me pasa lo mismo contigo —confiesa y el brillo de sus ojos se intensifica. Sonrío de oreja a oreja—. En su día no pude ocultarte a qué me dedico realmente, y eso no me ha sucedido con nadie.

—Fue muy tierno —recuerdo con un hilo de voz afectivo. Lo agarro por la nuca y le sello los labios con un tierno beso. A continuación, él me propina uno en la nariz y me abraza—. Sa, no sé qué te atormenta, aun así, quiero que sepas que estoy aquí. —Me

paro para besarlo porque me derrite ese gesto tan tierno y, antes de separarme, me muerde el labio con suavidad—. Si es algo del trabajo, no te frustres por no poder desahogarte conmigo, podemos intentar hacer algo para que puedas desconectar de ello.

—Estando así contigo… —me explica y contempla cómo nuestros cuerpos están entrelazados sin dejar que corra el aire entre ellos— desconecto del mundo entero y no echo en falta nada.

De nuevo me arropa entre sus brazos y esta vez es un abrazo más intenso. Hundo la cara en la curvatura de su cuello y disfruto de un olor mezcla entre su perfume a arce y su piel. Apoya la cabeza sobre la mía y sus manos se hacen paso por debajo de la camiseta y no dejan de pasearse por mi espalda. Me relaja tanto el tacto de sus yemas…, es como si desprendieran un leve somnífero.

—Sa, me podría pasar así la vida entera. Sin embargo, yo tenía un plan diferente preparado para ti hoy.

—¿Mejor que esto?

—Mmmmmm. —Jugueteo con mi nariz rozando la suya. La mente se me inunda de imágenes impuras y me muerdo el labio para contener las ganas. Trago saliva y con sensualidad le confieso—: Una cena sensorial.

—¿Sensorial? —me susurra, interesado, pegado a mis labios.

—Ajá.

Sin esperármelo, se levanta conmigo en brazos como si no pesara nada y empieza a andar hacia la moto.

—No puedo esperar más —apostilla, y ambos reímos a carcajadas.

Estoy preparando los últimos detalles de la cena, mientras mi postre, Samuel, está en la ducha. Escucho cómo se detiene el sonido del agua y apago las luces dejando la tenue iluminación de las velas, que están repartidas por el comedor y parte de la cocina.

Lo espero apoyada en la pared con una camiseta en la mano. Cuando aparece tengo que apretar las piernas de lo guapo que está. ¿Cómo puede ser que con solo un pantalón de chándal gris corto y su bonito torso al aire mostrando al mundo esos oblicuos que me vuelven loca y con el pelo mojado me ponga tan tontorrona?

—Si no dejas de morderte el labio ya, te anticipo que vamos directos al postre —me amenaza cogiéndome del pantalón y tirando de él—. No sabes lo cachondo que me pones cada vez que haces eso.

Con el pulgar me acaricia la boca y, a continuación, la besa.

—Ven, siéntate —le pido cogiéndole de las manos y guiándolo hacia la mesa.

—Qué romántico —dice observando todo a su alrededor y sentándose en la silla.

—Nota mental —le susurro al oído y le cubro los ojos con la camiseta que tengo en la mano—: Me encantan los lugares iluminados con lucecitas, sean guirnaldas o velas.

—¿La cena empieza ya? —suelta al aire sin saber dónde mirar.

—Sí.

Me voy a la cocina y cojo la bandeja que tengo preparada dentro del horno para que él no pudiera ver nada. Coloco toda la comida en la mesa, y Samuel está tenso, lo delatan sus hombros.

—¡Todo listo! —digo emocionada, se me escapa una leve risita que hace que Samuel se tense aún más—. Vamos allá, tienes tres platos diferentes que pueden ser el entrante. Del uno al tres, ¿cuál elegirías?

—¿Tengo que decir un número sin saber qué es?

—Claro, ahí está la gracia.

Sonrío al oírlo suspirar.

—Bueno, pues el número dos. —Aprieta los labios como si estuviera sopesándolo, de nuevo se dirige a mí—. Sí, me quedo con el dos.

—Perfecto. —Cojo los picatostes y me siento a horcajadas encima de él, automáticamente, me abraza por la cintura, mi mano va directa a su cara y le aprieto las mejillas—. Abre la boca —le pido.

Con delicadeza, le meto uno a uno y empieza a morderlos.

—¿Picatostes?

—Sí, aunque ahora viene la otra parte.

Cojo el vaso de gazpacho y le doy un sorbo, sin esperar voy directa a la boca de Samuel y le propino un beso con lengua

acompañado de gazpacho. Emite un pequeño gruñido y aumento la intensidad del beso.

Me agarra los glúteos y los abre con sutileza. En pocos segundos noto una presión entre mis piernas de lo duro que está. Sin moverme apenas, preparo el siguiente plato.

—¿Qué números tocan ahora? —comenta mi chico, expectante.

—Antes de eso hay que rebajar la comida. —Le doy un lametón en el cuello y le pongo sal.

—¿Qué haces? —Se aparta sonriendo—. Me estás haciendo cosquillas.

—Eso es lo último que te quiero hacer —le confieso a un dedo de su boca, y traga saliva.

Bebo el tequila y luego muerdo el limón.

—¿Te acabas de beber un chupito de tequila?, ¿y para mí no hay? —me pregunta sorprendido.

—Sí, tienes que elegir dónde quieres que me ponga la sal.

Resopla cortándome la frase.

—En…

—No tienes que decirlo en voz alta, sino que tienes que pasar la lengua por la parte del cuerpo en la que quieres que eche sal.

Sus manos se despegan de mi culo para tocarme la cara. Me huele la oreja, luego suelta su aliento por el cuello dejándome la piel de gallina, continúa por el hombro donde acaba dándome un beso y sigue bajando. Mientras tanto, se deshace de mi camiseta. Me toca los pechos con ternura, da la sensación de que los tiene memorizados, sus dedos saben dónde están todos mis lunares.

Aparta con destreza la copa izquierda del sujetador y, sin parar de amasarlos, me lame desde el canalillo hasta por encima del pezón.

—Esta es mi parte favorita de tu cuerpo.

—¿La teta? —le pregunto a la vez que cojo la sal y el chupito de tequila.

—No es la teta en sí, es por ser la zona más próxima a tu corazón, que delata con su acelerado bombeo si te gusta lo que te estoy haciendo. —Sube hacia mi cara y con un hilo de voz roto susurra—: Me pone tanto cuando se te dispara la respiración.

—Ya lo noto —confieso y rozo mi zona más caliente contra su entrepierna—: Al final, se te van a romper las costuras del chándal.

Gruñe de nuevo y tira de mí para que no pare de hacer ese movimiento. Coloco la sal en la zona húmeda de mi pecho y, sin indicarle nada, lo lame con detenimiento, y ahogo un gruñido en la garganta.

—Quiero que me des el tequila con tu boca —me pide desesperado, sin embargo, no le hago caso. Pongo el chupito entre mis pechos y le ofrezco beber entre ellos—. Joder, Mireia, me estás volviendo loco.

Se deshace del vaso dejándolo sobre la mesa. Me sorprende la habilidad que tiene con los ojos vendados. No deja pasar ni un segundo cuando me está desabrochando el sujetador. Sin poder frenarlo, más que nada porque el deseo me ha invadido, dejo que me devore las tetas con una ansiedad desatada. Me invade tal calor por dentro que la respiración se me altera más de lo que ya estaba y no paro de frotarme encima de él. Desesperadamente intenta quitarme el pantalón y con todas mis fuerzas evito que continúe con su fin.

—Espera, aún no. —Intento sujetarle las manos para detenerlo.

—Joder, ¿en serio? No aguanto más… —Resopla frustrado.

—Sé que es una putada, pero el juego aún no ha acabado.

Emite un pequeño gruñido resentido, y tomo aire para recomponerme. Estoy de pie enfrente de él, que respira hondo para tranquilizarse, aunque no sabe lo que viene a continuación, y eso me encanta.

—Ahora, dime, ¿cuál prefieres el uno o el dos?

Suspira profundo.

—El uno mismo —suelta algo resignado.

—Bien. ¿Me permites? —le pido tocándole la goma del pantalón.

—¿Qué quieres hacer?

—Primero tengo que testar para saber si está rico. —Sin soltar una palabra me deja quitarle el pantalón y descubro que va sin calzoncillos—. Veo que no querías perder el tiempo.

Reímos al unísono.

—Un día alguien me dijo que no hay que dejar para mañana lo que puedas hacer hoy.

—Te enseñó bien. —Le sello los labios con un beso y me pongo de rodillas delante de él—. Estira las piernas —le pido mientras lo ayudo con las manos. Cojo el chocolate y lo unto primero por sus oblicuos y otro poco por sus muslos internos—. Vamos a probar qué tal sabe sobre tu piel.

Empiezo por el muslo derecho, arrastro la lengua a la vez que le masajeo su duro miembro. Luego recorro el otro muslo, y mi chico respira con profundidad. Tiene las manos aferradas a la silla, la coge con tanta firmeza que los nudillos están blancos. Le admiro por esa fuerza de voluntad que tiene para no ponerle fin al juego.

Dejo escapar una bocanada de aire caliente en la punta de su dura polla, a la que saludo de pasada con la boca. Se remueve y susurra con un hilo de voz muy bajo alguna que otra palabra malsonante.

Me desplazo hacia sus suculentos oblicuos, donde repaso con las yemas de los dedos lo bien marcados que los tiene. Samuel no para de moverse inquieto y lo agarro por la cintura para disfrutar de ese chocolate que está mezclado con el sabor de su rica piel y no dejo ni rastro.

—Para ya, no puedo más —suelta tajante, y lo miro desde abajo. Sin quitarse la camiseta de los ojos, me coge de los brazos y me pone en pie, estamos uno enfrente del otro—. Dame el chocolate, ahora me toca a mí —me pide.

Sin mediar palabra le hago caso, quiero saber qué quiere hacer. Sin esperármelo, con un movimiento de brazo tira todo, se rompe algún que otro vaso y derrama comida al suelo.

—Tranquila, mañana lo limpio —dice y de un salto me sienta en la mesa.

Mete el dedo índice dentro del chocolate y se coloca mucha cantidad en los labios. En menos de un suspiro, tengo ese chocolate danzando dentro de mi boca. Su lengua decisiva no deja de jugar con la mía y la temperatura comienza a subirme por todo el cuerpo. Lo agarro para tirar de él y sentirlo cerca de mí, aun así, ese no era su plan.

Con delicadeza me tumba sobre la mesa y sin pedir permiso agarra los pantalones y de un tirón me deja sin ellos.

—Voy a ver dónde quiero el chocolate.

Empieza a olerme la rodilla y sube muy despacio por el muslo, mientras tanto me recorre la otra pierna en una lenta caricia. Se detiene en mi bajo vientre y lo huele con intensidad, me estremezco de excitación, y él continúa como si nada. Aparta la tela del tanga y lame de abajo arriba mi zona más húmeda.

Sin poder evitarlo, le toco los hombros y me indica con la mano que me sujete con fuerza a la mesa.

—Ahora, pequeña, me toca a mí.

Siento cómo su profunda mirada atraviesa esa tela y se clava en la mía, consigue cortarme hasta el aire. Aprovecha para deshacerse del tanga y me quedo desnuda delante de él. Coge de nuevo chocolate y lo esparce por varios puntos de mi cuerpo: el cuello, la barbilla, el hombro, una mano, en ambos pechos, dibuja una línea en el vientre y acaba con un corazón en mi pubis depilado.

Abro las piernas con el desconocimiento de lo que va a hacer, Samuel sube de rodillas encima de la mesa y se abalanza sobre mí sin apenas apoyarse.

—Espero que disfrutes del espectáculo —apostilla en mi oído.

—Estoy ansiosa —le confieso entre gemidos.

Me agarra de la nuca y empieza a comerse el chocolate del cuello a mordiscos, lametones y succiones. Resoplo y me froto contra su cuerpo.

—Shhhhh, tranquila.

Va hacia mi hombro y lo recorre con la lengua lentamente hasta llegar a mi mano, que besa una y otra vez, luego cada uno de mis dedos. De ahí da un salto hacia mis pechos, acaparándolos con un beso en cada pezón, que provoca que se pongan más duros aún de lo que ya estaban.

Los amasa con sensualidad y aprovecha para lamer todo el chocolate que hay en ellos, una vez acaba vuelve al pezón izquierdo, lo muerde muy suave y termina estirándolo con los labios, mientras no deja de masajearme el otro.

—Samueeeellll, no puedo más, métemela ya —le suplico.

—Tendrás que esperar, me queda el postre. —Me dedica una sonrisa ladina y muerdo mi labio controlando mi ansiedad—. ¿Te acabas de morder el labio?

—¿Cómo lo sabes?

—Tu abdomen se ha puesto duro y la respiración se te ha entrecortado unos segundos.

—Lo confieso, soy culpable —suelto con sorna.

Como castigo me lame el vientre y salto por las cosquillas que me provoca, me sujeta de la cintura para que deje de removerme. Se baja de la mesa y vuelve a introducir el índice dentro del bote sacando otro montón de chocolate que arrastra por mi sexo. No puedo evitar resoplar y soltar palabrotas al aire. Resigue con su juguetona lengua el corazón que ha dibujado y sin esperar mucho va a por el otro montón de chocolate. Noto lamidas por todos lados, repasando las paredes de mis labios exteriores y saludando a mi clítoris, que está a punto de salir disparado de lo duro que está.

No puedo más y me siento. Se pone en pie y nuestras caras se quedan a un dedo de separación, le quito la camiseta y puedo ver, por fin, su penetrante mirada. Ve que la barbilla sigue bañada de dulce y va directo a lamerlo. Nos besamos apasionadamente mientras nuestros sexos se rozan sin cesar. Sus manos se hincan en mis glúteos y las mías se enredan por su pelo.

En un segundo se coloca la goma y entra con decisión. A cada empuje que da me humedezco más y entra con suavidad. Los movimientos empiezan a ser más acelerados y nuestras respiraciones consiguen sincronizarse, después de cada envestida ansío la siguiente.

Le tiro del pelo, ya que no puedo controlar mi deseo. Siento cómo una bola de fuego se me ha prendido en el estómago y arrasa con fuerza allí por donde pasa, la noto subir por la garganta y en un estallido sale disparada juntamente con el último gemido cargado de deseo. Al poco, acaba él y nos abrazamos sin separarnos.

Después de cinco minutos de abrazo, Samuel me besa la frente y me adelanta:

—Ahora tú y yo nos vamos a la ducha.

Me agarra y me lleva en volandas a pasar una de mis mejores noches con un sobresaliente sexo del bueno que no hubiera podido imaginar nunca.

16. Esto no puede ser real

SAMUEL

Está a punto de acabar mi semana laboral y aún tengo prohibido asistir a las reuniones de mi equipo.

Todo empezó el martes cuando, desesperado, le exigí a mi jefe que me dijera el motivo de tanto secretismo, ya que la cabeza me iba a estallar. Sinceramente, me puse en lo peor, creí que era mi hermana. Al final cedieron y, cuando vi a Matteo sentado en la silla del despacho, en vez de a mi jefe, la respiración se me entrecortó y el estómago se me encogió tanto que casi desaparece. Recuerdo sus palabras exactas como si fuera ayer:

—Hola, Samuel. Siéntate, tenemos que hablar. —Tragué saliva e hice caso omiso—. ¿Sabes qué hacía Mireia con Álex en Colombia?

—¿Mireia? —pregunté sorprendido y apreté las manos en puños —. ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—El caso es de gran magnitud, Samuel. —Resoplé molesto porque no entendía nada, y mi amigo insistió—: ¿Sabes qué hacía ella ahí?

—No sé. —Me pasé la mano por el pelo varias veces mientras el corazón se me aceleraba colapsando mi sistema—. Mmmmm… —Intenté tranquilizarme para recordar, aunque la pierna no me dejaba de votar—. José fue quien la envió, Álex quería expandirse y, para lograrlo, necesitaba a alguien que se encargara de la publicidad y el *marketing*.

—Perfecto —comentó a la vez que escribía algo en un blog—. Pues no necesito nada más.

—Matteo… —Me abalancé sobre la mesa para que me prestase atención—. ¡Me niego a irme de este despacho hasta que no me digas qué pasa con Mireia! —exigí molesto.

—Conoces cuál es el protocolo —me recordó. Se puso en pie para cerrar la puerta y tener más intimidad—. Me jode mucho y me gustaría explicártelo, aun así, hasta que no nos den carta blanca no puedo hacerlo. —Destrozado, vi cómo lo sopesaba—. ¡Uf! —resopló con semblante serio—. Con lo que te voy a decir no puedes montar un espectáculo, pueden suspenderme por esto. A pesar de todo eres mi amigo y sé por lo que estás pasando. —Me tocó el hombro, y noté su compasión—. El asunto es grave. —Intercambiamos miradas.

Necesitaba saber algo de inmediato.

—¿Tanto?

—Tenemos entre manos un código rojo.

De pronto me quedé sin respiración, como si me hubieran tirado un jarro de agua helada congelándome por completo. Sabía que mi amigo se estaba saltando las normas y estaba inquieto por mi reacción, pues me estaba analizando al detalle. Me puse en pie con las manos temblorosas.

—Samuel, respira, por favor.

Sin mediar palabra salí escopeteado de la central quemando rueda y sin miedo a estrellarme.

Y así llevo toda la semana, sin noticias, hasta hoy.

Estoy limpiando el armamento dejándolo listo para la siguiente semana, cuando alguien interrumpe mi concentración.

—Samuel, te esperan en el despacho de Carlos —me avisa una de mis compañeras.

Le respondo con una sonrisa mecánica, y ella desaparece de mi vista. Se me encoge el alma solo de pensar en qué nube envuelve a Mireia. Subo de dos en dos las escaleras y noto en la ceja izquierda el bombeo de mi corazón. Abro la puerta, y ahí está todo mi equipo sentado. Los analiza a todos; más de uno está aguantando la respiración. El tema es serio y, por fin, lo voy a descubrir.

—Bienvenido de nuevo al equipo —apostilla Carlos—. Toma asiento, por favor.

Le hago caso mientras él coge la pizarra y le da la vuelta para dejarme ver un esquema de varias imágenes, en el centro está mi chica. Observo las demás fotografías y reconozco a Álex, Sofía, Ana, Ana con Álex, el padre de Tamara, un señor, un chico, otro hombre que creo que es Paolo (aunque está bastante diferente) y los padres de Mireia.

—¿La fotografía de Paolo es reciente? —suelto *ipso facto*, necesito saberlo.

—Sí —afirma Carlos.

—¿Dónde está?

—Vamos a empezar por el principio —contesta Carlos. Matteo se levanta y va directo hacia la pizarra—. Necesitamos saber a cuántas personas de aquí conoces.

—Es evidente que a Álex, a sus dos amigas, Ana y Sofía. —Fijo la vista en una de las fotografías y se me crea un nudo en la garganta viniéndome un sabor agrio a la boca—. Creo que ese de ahí es Paolo, aunque está distinto —sopeso sin quitarle la vista de encima — y esos son los padres de Mireia.

—¿Sus padres? —se interesa Carlos.

—Sí, esos dos.

—¿Los has conocido en persona? —me pregunta mi jefe, y afirmo con la cabeza—. ¿Cuándo?

—Pues no sé, Carlos, hará cosa de un mes o mes y algo.

—¿Cómo los conociste?, ¿Mireia te propuso quedar para presentártelos? —interviene interesado Matteo.

—No, fue todo de casualidad. —Me detengo al percatarme de cómo se miran mi amigo y mi jefe y continúo—: Íbamos dando un paseo con Max por el parque y de repente se cruzaron por nuestro camino.

Me callo al oír una risa burlona de Matteo.

—¿Qué reacción tuvo Mireia?

—Diría que de sorpresa —le contesto.

—¿Dirías o estás seguro? —me cuestiona mi jefe.

—Estoy seguro. —Intento pensar en qué tienen que ver todas esas personas con Mireia. Entiendo que han indagado en su vida

personal, lo que me mosquea y quiero saber es por qué lo han hecho—. ¿A qué viene todo esto?

—¿Nos puedes decir sus nombres? —interrumpe con suavidad Carol, la compañera que sustituye la ausencia de mi hermana.

Dejo caer la espalda en el respaldo de la silla e intento mantener la calma. En ese momento me doy cuenta de que no sé sus nombres. Intento recordar desde el inicio el encuentro y no obtengo resultado. «¿Cómo no me di cuenta?», me fustigo por dentro.

—¿Qué ocurre? —Me trae de mis pensamientos la voz de Carlos.

—Que no sé sus nombres —suelto sorprendido. Su gesto se torna más serio—. Fue todo muy rápido, los saludó y yo la esperaba unos pasos más atrás, hasta que Mireia se volteó y me los presentó como a sus padres. Nada más.

—Está demasiado pillado por ella, antes no se le hubiera escapado algo así. Te lo dije —le dice Matteo al jefe, y este asiente.

—¿Qué mierda pasa? —pregunto desesperado.

—Hay muchos interrogantes sobre los padres de Mireia.

—Me puedes explicar cuáles —le pido a Carlos.

—Utilizan nombres falsos, no hay movimientos bancarios ni propiedades con sus nombres, hemos descubierto una cuenta en un paraíso fiscal, aunque ellos no son los titulares, sino Mireia. —Intento tragar saliva porque se me ha quedado la garganta seca con todo lo que estoy escuchando—. Hemos descubierto por un confidente que fueron ellos quienes encargaron las obras de arte que tomó prestadas Mireia.

—¿Qué?

Comienzo a temblar por los nervios, me clavo las uñas en las palmas de las manos intentando contener el descontrol que empieza a crecer dentro de mí. No quiero gritar.

—¿Crees que sus amigas pueden saber algo? —me pregunta Carol.

—No —suelto molesto—. Ellas no saben nada, y Mireia tampoco —zanjo.

—Samuel, antes de todo te pido que te calmes. Escúchame bien —interviene mi jefe con tranquilidad—, todos son presuntos implicados, incluida Mireia.

—No, ella no. —Me levanto para ponerme al lado de ese esquema donde todas las flechas apuntan a mi chica—. Por algún motivo puede ser el punto de conexión, pero ella desconoce toda la información que me estáis diciendo, lo tengo claro.

—¿Cómo sabes que no tiene nada que ver? —cuestiona Carlos.

—Porque me lo hubiese dicho —contesto con furia.

Siento cómo saco fuego por los ojos y, cuando Carol me toca la mano, me percato de que he golpeado la mesa.

—¿Como los nombres de sus padres? —participa Matteo propinándome una puñalada trapera.

—Gracias —le suelto con decepción, y mi amigo me observa preocupado—. Carlos me llamó a primera hora y sin ningún tipo de explicación me pidió que tuviera controlada a Mireia. Puede que se me escapara ese detalle y a ella, también, se le pudo pasar, estaba sorprendida de verlos ahí y nerviosa por presentármelos.

—No quiero ser la mala de la historia, pero, por muy importante que sea la situación, los nervios no justifican que olvidase mencionarte el nombre de sus padres —participa mi compañera con mucho tacto.

—Si no vas a dejar tus sentimientos de lado, no puedes permanecer en el caso. —Clavo la mirada en mi jefe mientras la rabia me invade. Suspira y se sienta sobre la mesa—. Conoces las reglas.

—Vale, Mireia es la culpable —admito lo que ellos quieren escuchar con el propósito de que no me aparten del caso y poder ayudar a mi chica.

—Samuel, tranquilízate, sabes que esto no funciona así. —Carol intenta suavizar la tensión—. Aquí nadie es culpable, solo necesitamos entender qué conexión hay entre todos y ponerle nombre a cada uno de ellos.

Respiro hondo y la mente se me inunda de imágenes de Mireia. La piel se me pone de gallina, dudo que me haya mentido, mi confianza sigue plena en ella hasta que algo demuestre lo contrario. Me siento en la silla lentamente y, con toda la frialdad, desconecto de Samuel y soy el agente dos, cero, ocho, siete, nueve, tres.

—Empecemos de nuevo, por favor —les ruego.

—Perfecto, ahora sí que veo a mi agente —afirma Carlos y con un gesto le da paso a Matteo.

—Vamos a descartar a Álex y a sus amigas, más que nada porque los hemos investigado y están limpios. Necesitamos saber los nombres de los padres de Mireia, aunque no sean los reales, para poder buscar la conexión con Paolo, que en verdad se llama Chris Munch. No se sabe mucho de él, es como si hubieran borrado todo su historial.

—Te adelantamos que hay policías corruptos implicados, la magnitud de todo esto es mayor de la que creíamos —interviene mi jefe.

—Chris Munch, no sabemos cómo ni por qué, dio con Mireia. Es francés y vivió unos cinco años en Italia. Este hombre de aquí. —Mi amigo señala al señor mayor de pelo blanco y la piel transparente, que tiene aspecto de ser un mapamundi, pues se le ven con claridad todas las venas que le recorren la cara—. Este es el gran Zanella, el capo de todas las mafias de Italia. —Trago saliva y con ella se van todas mis preguntas sobre la relación que tiene ese sanguinario con mi chica—. Tenemos una información externa, aunque para verificar si es certera necesitamos el ADN de Mireia.

—Pídeselo a ella, no voy a hacer nada a escondidas —lo corto.

—Samuel, ella no puede saber nada —me recuerda Carol tocándome de nuevo la mano, y la aparto con rapidez.

—Vale, entiendo que la situación es dura —interviene Carlos—. Sin embargo, ella no debe saber nada de esto porque puede interferir en la investigación y lo jodería todo. Hay muchos agentes de por medio y estarían en peligro. —Mi jefe me da la espalda girándose hacia las imágenes y continúa—: Si cazáramos al gran Zanella conseguiríamos que cayera una de las redes más grandes de toda Europa.

Se me escapa una risa incrédula.

—¿Qué te hace gracia?

—Nada —le contesto a Matteo y me dirijo a mi jefe—: Sabes que a rey muerto rey puesto, caen los Zanella y entran los Gambino. Cualquiera se mueve a base de intereses, la mafia no será menos. ¿Puedo saber qué relación tiene los Zanella con mi chica?

—¿Conseguirás el ADN? —me reta Matteo.

Me pongo en pie y aprieto con fuerza la mandíbula para no pegar a nadie. Miro a mis compañeros y de la rabia el bombeo del corazón se me acelera a mil por hora. Cojo mi casco y salgo de la nave como si le hubiera prendido fuego.

Sentado en el sillón de mi lugar favorito contemplo el horizonte, me viene a la memoria la noche que traje a Mireia por primera vez aquí, cómo observaba todo con cara de emoción y acabamos siendo uno en el mismo lugar en el que estoy sentado ahora. Estar dentro de ella fue algo mágico, mi cuerpo experimentó tantas emociones que estuve a punto de perder el control, memoricé cada tramo de su piel con las yemas de los dedos y respiré hondo intentando que su perfume permaneciera en mí durante varias horas.

—Sabía que te iba a encontrar aquí —la voz de Tamara me trae de mi inopia. Se sienta a mi lado y con una palmada me suelta—: Un día duro, ¿verdad?

Resoplo y dejo caer el peso de los hombros.

—Esto es una putada —digo disgustado y me incorporo apoyando los codos en las piernas.

—No sé qué sucede, sin embargo, tiene que ser chungo. He recibido un mensaje de Matteo contándome que necesitas ayuda.

Intercambiamos miradas y nos sonreímos.

—¿Cómo lo hiciste para afrontar lo de Álex? —Busco en sus ojos la respuesta y solo hay compasión—. ¿Y lo de Matteo?

—La primera idea que tuve fue matarlos —se burla y consigue aliviar la tensión. Deja caer la espalda en el respaldo del sofá. Sube parte de la pierna derecha encima de este y se voltea hacia mí—. No, ahora en serio. No tolero las mentiras, siempre he sido impulsiva, el problema es cuando hay amor de por medio, porque entonces escuece hasta llegar a la decepción.

—Estoy jodido —confieso con la voz rota.

—Tienes que sopesar todo, ponerlo sobre la mesa y valorar por qué ha mentido u ocultado lo que sea. Y luego decidir. —La observo atento—. No tomes una decisión en caliente, porque luego te puedes arrepentir.

—¿Como te pasó con Matteo?

Afirma apretando los labios.

—Entiendo que Mireia está metida en algo.

—En verdad, no lo sé, aunque ella es el centro de todas las conexiones. Hay cabos sueltos que estoy segurísimo de que, si se lo pidiéramos y ella fuera conocedora de esa información, nos la daría voluntariamente sin tener que obtener pruebas a escondidas.

Me desmorono y me cubro la cara con las manos.

—Samuel. —Me toca el mentón para que le preste atención y se pellizca el labio inferior con los dientes—. Estás pillado hasta las trancas y así no vas a ser capaz de concentrarte. Necesitas intentar controlar tus sentimientos y dejarlos de lado, si no, se te escaparán cosas.

—No sé cómo voy a reaccionar si ella me confirma que lo sabe…

Se me rompe la voz, y soy incapaz de retener las lágrimas.

—Eh, no te adelantes, aún no sabes la verdad —me aconseja mi amiga, y nos fundimos en un abrazo.

—Creo que estoy enamorado de ella y se lo permito todo. Es tan intensa a la vez que impredecible… —Se me escapa una sonrisa al recordarla—. Nunca puedo tener controlada la situación, no sé por dónde me va a salir, y no me disgusta. Su manera de ser es tan peculiar…, no podría describirla con una sola palabra. Además, en todo momento puedo ser yo y nunca invade mi espacio personal. No he vivido nada parecido en toda mi puñetera vida, y ahora sucede esto.

—Bueno, vamos con calma y no nos anticipemos a nada —me tranquiliza mi amiga—. Sabiendo de antemano que ella bloquea tus habilidades, intenta sonsacar la mayor información posible sin que se dé cuenta para que así podáis investigar bien el caso sin que nada se interponga. Creo que será la mejor manera de que puedas resolver tus dudas de una vez por todas, antes de que sea demasiado tarde.

Asiento con la cabeza sopesando cuál puede ser la mejor opción.

Nos quedamos los dos sentados con la vista puesta en el cielo sin mediar palabra durante una hora y después decidimos irnos cada uno a su casa.

Abro la puerta de casa y el primero en recibirme es Max, me pongo a su altura y lo acaricio con cariño. Como si supiera que estoy triste, me lame sin parar. El comedor está a oscuras, aunque percibo la silueta de mi chica sentada en el sofá, me acerco y no puedo evitar abrazarla por detrás y besarle la frente. Me acaricia la nuca, y cierro los ojos para recordar esta bonita sensación.

—¿Cómo te ha ido el día? —me pregunta con un hilo de voz.

—Algo movido.

—¿Sabes algo de María?

Me siento a su lado y es cuando veo su gesto de preocupación.

—No, son otro tipo de asuntos, ya sabes. —Intento sonreír para tranquilizarla.

—Asuntos confidenciales, ¿no? —Afirmo con la cabeza, y me besa con ternura. Me relamo los labios y me saben a gloria—. Me ha escrito Ana para la cena del miércoles, me ha dicho que ellos harán la reserva en el restaurante, y nos pasarán hora y ubicación.

—Es verdad, ya no me acordaba.

La abrazo por la necesidad de sentirla entre mis brazos, la siento tan pequeña entre ellos…

—Sa, ¿quieres que te prepare un baño relajante y que pida tu comida favorita para alegrar esa bonita cara? —me propone animada.

Me la comería a besos por la manera en que me mira, nadie me ha mirado así antes. Me hace sentir tan especial…

—Venga, ya está dicho —dice mientras se levanta y va hacia el aseo—. Verás qué baño más relajante te vas a dar.

Justo cuando desaparece de mi vista recibo un mensaje:

> Matteo:
> Sé por lo que estás pasando y necesito que saques la parte más frívola de tu personalidad para tenerte operativo. Entiendo que lo que te estamos pidiendo no es fácil. Sin embargo, si ella es inocente lo podrás demostrar.

Al instante, se enciende la pantalla del móvil de mi chica y antes no lo hubiera hecho, pero ahora estoy en otra situación, así que me asomo para ver por encima la notificación y leo:

> Papá:
> Sé que lo que te pedí no fue justo, aun así, era necesario. Te quiero, mi pequeña, siempre juntos.

Se me retuerce el estómago y leo reiteradamente la frase: «Lo que te pedí no fue justo, aun así, era necesario». Dejo rápido su teléfono al oír ruido en el pasillo. Respiro hondo y me sereno, si quiero llegar hasta el fondo de la verdad tengo que apartar mis sentimientos, si no, se me van a bloquear todas mis habilidades.

Estoy medio tumbado en la bañera intentando relajarme con música indie de fondo, aunque no consigo dejar de darle vueltas al puñetero mensaje. Tocan a la puerta y se asoma Mireia.

—¿Quieres compañía?

—Sabes que para ti siempre hay un sitio. —Aunque el caso me atormente, ella desprende un elixir que me hace imposible dejar de quererla.

Se desnuda y entra en la bañera, sentándose de espaldas a mí y se apoya en mi pectoral. Busca mis manos sumergidas en el agua y entrelaza nuestros dedos. Noto una presión en el pecho y siento cómo se me remueve algo en el estómago, sin saber muy bien el qué, lo que sí sé es que esa sensación se me expande por todo el cuerpo. No puedo evitarlo y la estrujo con cariño. Ella me besa el brazo y con las piernas acapara las mías.

—Verte así me entristece —me comenta y se gira para mirarme a la cara—. Aunque respeto la confidencialidad de tu trabajo. A veces lo prefiero, soy demasiado empática y las injusticias me hierven.

—Tienes los genes de unos padres reivindicadores —aprovecho para tantear el tema y ver cómo reacciona.

—A mis padres les afecta mucho todo lo que tenga que ver con el medio ambiente y…

—A ti también —acabo la frase.

Ella asiente con una bonita sonrisa.

—¿Cómo eran los tuyos?

—Mi padre era fontanero, se levantaba todos los días muy pronto para abrir su taller y, cuando terminaba, se iba a hacer horas a una empresa de seguridad. Era un hombre serio que ponía orden entre mi hermana y yo, aunque se ablandaba delante de mi madre. En cambio, ella con todo lo que acarreaba de salud, tenía un carácter muy bondadoso y era la que nos unía a todos. Sabía qué decir a cada uno cuando estábamos mal, tenía una sonrisa en los momentos críticos y lograba que fueran más llevaderos. —Se me esboza una sonrisa al recordarlos—. Lo que más me gustaba de ellos era que formaban un equipo, nunca se ocultaban nada, siempre iban con la verdad por delante, aunque el asunto pudiera doler. —Me detengo, preocupado, al oír el profundo suspiro que suelta mi chica—. ¿He dicho algo que te ha molestado?

—Para nada, me emociona el ambiente en el que has crecido, te han enseñado muchos valores.

—Tú también tienes buenos valores.

—Sí, pero los míos los he logrado con mucho aprendizaje. —Me entristece ver cómo el brillo de sus ojos se apaga—. Sé que mis padres no son los típicos que puede tener cualquier familia, lo descubrí al compararlo con los de mis amigas. Ellos nunca están más de veinticuatro horas en una ciudad, me han tenido escondida durante toda mi infancia y parte de la adolescencia, siempre ha habido secretos y alguna que otra mentira.

—¿Mentira? —pregunto con la voz entrecortada, tengo miedo de lo que pueda contestar.

—Ellos me han mentido mucho y sé que aún me ocultan cosas que no creo que vaya a descubrir jamás.

—¿Como el qué?

—No lo sé —contesta decepcionada, y trago saliva para controlar mis nervios—. Cuando les pido explicaciones me zanjan el tema con un «Es por tu seguridad». —Imita la voz de su padre.

—¿Sabes qué me gustaría? —Vuelvo a acurrucarla, y ella se deja.

—¿Qué? —Me observa atenta y paseo la nariz por su rostro.

—Tener un futuro contigo sin mentiras ni secretos. —Agacha la mirada y sintiéndolo mucho tengo que apretar, por su bien y el mío, ya que se encuentra en un momento vulnerable y puede que no se presente otra oportunidad como esta. Le acaricio la mejilla con ternura dejándola mojada por donde pasan mis dedos—. No quiero que nos contemos todo, hay situaciones que se quedarán para uno mismo. —Controlo cada una de mis palabras, para que no sospeche y fastidiar la ocasión—. Más bien me refiero a seguir como hasta ahora; que no nos ocultamos nada.

—Samuel… —Escucho mi nombre completo y acto seguido se me corta la respiración. El estómago se me encoge quedándose duro como una piedra—. Hay algo que te quiero contar. —Frunzo el ceño y rezo que lo que sea no me vaya a romper en dos—. Es sobre mis padres. —Trago saliva para humedecerme la boca—. El otro día, en el parque, cuando nos los encontramos…

—¿Sí? —Intento respirar para que no se me entrecorte la voz.

—No sé si te diste cuenta, te los presenté como «mis padres», sin darte sus nombres —me comenta avergonzada con un suave hilo de voz.

—Ahora que lo dices, es verdad. —La conozco lo suficiente para saber que está tan arrepentida que ni siquiera puede mirarme a la cara.

—Mi padre, al verte, te analizó y supo que eras policía. —«Qué astuto», pienso—. Me pidió al oído que te los presentara con otros nombres. —Se detiene y ahora sí que me mira con intensidad, se muerde el labio y con el pulgar le acaricio la mejilla—. Me vi incapaz de mentirte, por eso directamente los omití.

—¿Por qué?

—Pues por lo de siempre: por mi seguridad. Con mis amigas también lo hizo, no se fía de nadie de los que me rodean. —La estrecho más fuerte entre mis brazos y la acaricio para darle calor, pues no para de temblar—. Buf, con José fue una batalla, me pidió que me alejara de él, y ya has comprobado que me negué.

—¿Por qué te pidió eso? —pregunto sorprendido.

—Nunca obtengo la respuesta, es un: «Porque yo lo digo y se acabó». —Vuelve a imitarlo—. Está obsesionado con mi seguridad. Y me vi incapaz de mentirte como a todos ellos.

—De mí no tenéis que temer.

Me viene a la mente la fotografía del capo de los Zanella y carraspeo al notar picor en la garganta. No niego que me gustaría preguntarle si lo conoce, aun así, voy a darle tiempo porque no es el momento.

—Lo sé. Llevo varios días mal, desde que tuvimos la conversación en la playa en la que me preguntaste si te ocultaba algo. Se me revolvió el estómago y llevo unos días discutiendo con mi padre porque le he explicado que te iba a confesar la verdad.

—No entiendo por qué tanta protección —comento e intento sonsacarle más.

—No lo sé, aun así, me niego a obedecerle y continuar con las mentiras —me confiesa clavándome los ojos y continúa sincerándose —: Todo esto me agota y, para una vez que estoy conociendo a alguien que vale la pena, que me da mi espacio, no me juzga ni me quiere cambiar y con quien puedo ser cien por cien yo. No quiero cagarla, no quiero perderte por sus obsesiones. —A cada palabra que dice su tono de voz se alza, gira la cara hacia un lado, como si recordara. Traga saliva y me confiesa:

»Sé que a mi padre le hice daño no obedeciéndole, me lo dejó claro con su punzante mirada, fría y con ese halo de decepción. Por un momento casi te los presento por sus propios nombres en el parque, todo por pura rebeldía, aunque al final te lo oculté al sentir la mirada de penitencia de mi madre. —Le acaricio las mejillas, agradecido por su sinceridad, y con la mano derecha coge una de las mías y me besa los dedos.

»Lo he hecho mal y no me lo he perdonado hasta ahora. Lo siento. Pensarás que me paso la vida mintiendo, pero son temas de mis padres, y siempre los he querido respetar.

—Para nada pienso que seas una mentirosa. —Le beso la boca lentamente.

—Eso me tranquiliza.

Me devuelve el beso sin dejar de temblar.

Me levanto y cojo una toalla para arroparla. Salimos de la bañera con los dedos arrugados, hemos pasado demasiado tiempo en remojo. Mientras nos vamos vistiendo aprovecho para continuar con la historia:

—¿Y sabré algún día sus nombres?

—Si quieres saber sus nombres, solo tienes que pedírmelo.

Fija la vista en mí, e intento analizarla por si me está poniendo a prueba. Por un momento dudo, aunque creo que necesita decírmelo para liberarse de esa presión vivida todos estos días atrás.

—Yo no voy a ser quien te pida nada. Si tú me lo quieres decir me parece perfecto, si no, lo aceptaré de igual manera.

Me doy la vuelta para liberar la tensión de mi cara a la vez que le cojo la ropa y se la acerco.

—Siento que te lo debo. Mi madre se llama Aurora y mi padre, Lorenzo. Estos son sus nombres reales y eso no es todo. —Se me entrecorta la respiración al escucharla y me aterra qué más puedo oír—. Utilizan identificaciones falsas por el tema de la ONG.

«¿Ella sabrá que la ONG es una tapadera?», me pregunto mentalmente, todo esto me echa para atrás.

—Discúlpame, cariño —la interrumpo porque necesito saber—. No te lo he dicho antes, pero creo que es el momento de preguntártelo: ¿nunca te ha llamado la atención tanta acción sospechosa? —Me observa con expresión perpleja, no sabe por dónde quiero ir—. Hay demasiada criminalidad en todo lo que os rodea: identificaciones falsas, tiempos cortos transcurridos en un mismo lugar, secretos, secuestros, ¿todo esto por una ONG?

—No lo sé. La cabeza me va a estallar. —Se deshincha entre mis brazos sin dejar de acariciarme—. No te niego que he sospechado alguna vez que la ONG podría ser una tapadera, aun así, ¿de qué? No veo capaces a mis padres de nada malo. Es todo un sinsentido. Cuando me he propuesto sonsacarles algo, mi padre se molesta y me zanja el tema rápido.

—Y, si te dijera que lo podríamos descubrir, ¿qué harías?

Las pupilas se le dilatan y entonces sé que le encantaría.

—¿En serio? —Afirmo con la cabeza—. Te ayudaría a lo que fuera para descubrir la verdad —me contesta emocionada.

Al instante se lanza para abrazarme con fuerza, parece que quiera meterse dentro de mí.

El corazón empieza a latirme más lento, descansado. Mi intuición no me engaña, sé que ella no sabe nada.

A la mañana siguiente abro los ojos y me encuentro solo en la cama, compruebo la hora en el reloj, son las nueve y media de la mañana. Mireia ya debe de estar en el trabajo y tiene que estar muerta de sueño, como yo. Nos hemos pasado la noche despiertos hablando de todo en general; de nosotros, de inquietudes, de lo bien que sintonizamos, nuestra buena convivencia y también sopesamos qué hay detrás de la figura de unos padres cargados de tantos secretos. Ella ha intentado estrujar su memoria, aun así, no sacamos más de lo que ya sabíamos. Bueno, miento, ahora sé el nombre de la ONG de sus padres: Healthy Land. Por ahí podemos empezar a buscar y tirar del hilo a ver qué encontramos. Cojo el teléfono y me voy al baño para escribirle un mensaje a Matteo.

Samuel:
Hola. He conseguido el nombre real de los padres y el de la organización que lideran.

Matteo:
Perfecto, acuérdate del ADN.

Samuel:
¿Es necesario?

Matteo:
Necesitamos atar todos los cabos sueltos, y con el ADN cerraremos uno de los más importantes.

Samuel:
Sé que si se lo pido no se va a negar, ella nos querría ayudar.

Matteo:
No, ya dijimos que hasta que no esté el caso más claro no se puede filtrar nada de información. Cógele el cepillo de dientes, es lo más rápido.

Samuel:
Usted manda.

Molesto, dejo el móvil en la encimera del baño y suena de nuevo avisándome de una nueva notificación de mensaje. Sé que es de Matteo, pero no me interesa. Levanto la vista y me doy cuenta de que mi chica me ha escrito con pintalabios en el pecho las palabras «Te amo» y luego ha dejado la huella de su beso. Me nace una sonrisa que rompe ese malestar que tenía hace un minuto, esto solo lo puede conseguir ella.

Cojo su cepillo de dientes y lo guardo dentro de una bolsa. Para que no sospeche hago también desaparecer el mío, ella no es policía, sin embargo, tiene una memoria visual impresionante.

De camino a la central mi cabeza no para de darle vueltas a la conversación que tuvimos anoche, cuando me dijo:

—A día de hoy tengo que confesar que, si algo estallara en mi vida que hiciera que todo se tambaleara y te alejaras de mí, volvería a Colombia.

—¿A Colombia? —pregunté sorprendido—. ¿Por qué?

—Porque tendría la esperanza de que, una vez se acabara el juego, todo volviera a empezar.

Me perdí en el brillo de sus ojos, aunque me serené con rapidez.

—¿Volviera a empezar el qué?

—Conocerte de nuevo. —Suspiré mientras se me derretía el corazón. Le acuné la cara con las manos y, con una bonita sonrisa, continuó—: No sé, Sa, he dado rienda suelta a mis emociones y eres la única persona con la que estoy experimentando muchísimas cosas nuevas, me siento cómoda y a la vez vulnerable, aunque sin miedo a que me vayas a dañar.

—Ven aquí —la corté porque necesitaba fundirme en un abrazo.

Sonrío al regresar de mis recuerdos y me apuro en llegar a la central. Entro más decidido que semanas atrás, seguro de que mi chica no tiene nada que ver con la trama que hay detrás del caso. Y se lo voy a demostrar al equipo.

17. Fluyendo

MIREIA

Unos días más tarde, salimos del coche de Samuel, que ha dejado aparcado en un parquin cercano. Por lo visto, Álex es de gustos exquisitos y nos ha llevado a un restaurante clandestino donde tendremos a nuestra disposición solo para nosotros a un chef de tres estrellas Michelin.

—¿Te he dicho ya lo preciosa que vas hoy? —me susurra Samuel al oído por décima vez.

—La verdad es que no —le respondo con sorna, y busco el tacto de su nariz con la mía.

Me agarra por la cintura y me atrae hacia él arropándome con su calor y nos fundimos en un tierno beso.

Seguimos andando y con su brazo aferrado a mi cintura acorta las distancias entre nosotros. Qué rápido se acostumbra una a andar tan pegada a alguien que llegas a sincronizar el latido del corazón.

Nos detenemos en una portería donde se supone que tiene que estar la entrada al restaurante.

—En teoría es aquí —comento mientras saco el móvil y verifico si estamos en lo cierto—: Sí, esta es la calle Alcolea, ochenta y nueve.

—Chicos… —La voz de Ana rompe nuestra concentración—. Sí que sois puntuales.

—Esa puntualidad es cosa de mi amigo —comenta Álex divertido y abraza con cariño a Samuel—. Son sus cinco minutos de cortesía por lo que pueda ocurrir.

—Así nunca llego tarde —acaba la frase mi chico y le da dos besos a Ana.

—Pues ya estamos todos, vamos dentro —indica Álex con su irresistible sonrisa.

Entramos en la portería y avanzamos hasta una puerta al fondo del portal; es de estilo años cincuenta, con una mirilla dorada. Álex toca tres veces y, al instante, se abre la mirilla donde unos ojos desafiantes, oscuros y varoniles nos observan. La línea marcada con *eyeliner* negro intensifica su mirada, evocándome recuerdos de la India.

—Contraseña —nos pide el chico tajante.

—Doce *gintonics* —contesta Álex e *ipso facto* nos observa contagiándonos de alegría.

Se cierra la mirilla y se abre la puerta.

—Bienvenidos.

El chico nos da paso a un local ambientado en los años cincuenta. Es tan pequeño que apenas caben tres mesas. Nos invita a acomodarnos y, como acto reflejo, nuestras parejas retiran las sillas para que nos sentemos.

—¿Esto lo habéis pactado antes? —pregunto curiosa a ambos.

—¿El qué?, ¿el ser amables? —se anticipa Samuel, me conoce demasiado bien, y le respondo con una sonrisa ladina—. Si es que ya sé de qué pie cojeas.

—Mireia no está acostumbrada a tanta amabilidad —le comenta mi amiga a su pareja con tono guasón—, ella es de…

—Espabilarme sola —acabo la frase.

—Pues con lo detallista que es Samuel te vas a acabar acostumbrando —me previene Álex.

—¿Te digo un secreto? —le susurro simulando que nadie nos escucha—. Ya me he acostumbrado.

De repente los cuatro estallamos en carcajadas al unísono.

La cena transcurre de forma muy distendida, parece como si no fuera la primera vez que quedamos los cuatro juntos. Álex es un encanto de persona y ver cómo observa a mi amiga con ojos de fascinación es tranquilizador. De vez en cuando la busca con la mirada y otras su mano izquierda va al encuentro de contacto físico con ella. La respeta y mucho, con el gesto que ha tenido a la hora de comer, que se ha esperado a que comenzara ella para empezar,

me ha quedado más que claro. Puede parecer absurdo, sin embargo, para mí es maravilloso porque, si con los gestos no verbales es tan respetuoso y la prioriza, con los visibles se multiplica por mil. Compruebo la hora y me doy cuenta de que el tiempo ha pasado volando, ya son casi las once y media de la noche.

En un momento dado, nos quedamos a solas mi amiga y yo, y aprovechamos para cotillear. Ana corre a sentarse a mi lado y me suelta:

—¡Confirmado! Estás hasta las trancas por Samuel. —Se me levanta la ceja derecha cada vez más tensándome parte de la cara —. No me mires así, sabes que es verdad. Yo también sé leer algo entre líneas, y es evidente —admite con un hilo de voz gracioso y se tapa la boca con la mano para reírse—. Cada vez que lo miras, te brillan los ojos y pones jeto de boba.

Mi amiga se calla para imitarme, y le propino un leve manotazo en el hombro para que pare.

—Pues anda que tú… —la contrataco—. ¿Qué le has tocado cuando has dejado caer la mano bajo la mesa? —le cuestiono sonriente y observo cómo empieza a sonrojarse—. Porque sé que no le has tomado la mano, ya que las tenía visibles.

—¡Vale! Me has pillado —admite cubriéndose la cara—. Viniendo hacia la mesa me ha susurrado que no lleva ropa interior y quería comprobarlo —confiesa con un hilo de voz y estallamos a reír.

Nos recomponemos al escuchar un carraspeo detrás de la barra e intento reconducir la conversación a otros asuntos:

—Por cierto, ¿cómo ha ido hoy la visita con el cirujano de Sofía?

—Bien, le han dado una fecha prevista para la operación. —Se detiene al observar cómo aferro las manos a las suyas y continúa—: Dentro de un mes. —Trago saliva, nerviosa, y solo pienso: «Que todo salga bien»—. El anestesista la llamará en un par de semanas para realizarle un pequeño cuestionario. Se ve que al llevar un control de analíticas mensuales y tener resultados recientes, pues no le hace falta ni visita presencial ni analítica previa.

—¿Aunque en la última resonancia no haya ni rastro del puñetero tumor la operan? —Se me escapa un hilo emotivo al recordar cómo

Sofía nos lo anunció en una videollamada, en la que nos contó que estaba limpia, que había desaparecido el puto cáncer de mierda.

—Sí, la tienen que intervenir igual. Necesitan comprobar que no quede ninguna célula maligna y para eso le quitarán el ganglio centinela, que es el más próximo al tumor, aunque esto lo verificará con un marcaje, que es una prueba con contraste donde les marcará una especie de camino para saber cuál es el recorrido y qué ganglio es el posible afectado para quitarlo y analizarlo.

—¿Y cuando le hacen esa prueba?

—Le han comentado que lo más probable es que sea el día anterior, aunque intentarán realizarla el mismo día de la operación a primera hora para evitarle ir varios días. Todo dependerá de la hora a la que le asignen el quirófano. —Asiento con atención—. El oncólogo le aseguró estar convencido, en un noventa y cinco por ciento, de que, por la zona donde estuvo ubicado el tumor, el ganglio más cercano es el centinela. Aun así, esa prueba determinará con precisión cuál es.

La mano fría de mi amiga hace que me percate de cómo mis piernas presionan con fuerza las suyas e intento relajarme.

—Entonces, ¿dependiendo de la prueba se lo quitan o no? Me refiero al ganglio.

—Sí o sí se lo quitan y lo analizan al momento. Si el resultado es negativo podremos respirar con tranquilidad.

—Seguro que será negativo, lo acabo de visualizar —le confieso esperanzada—. ¿Le enviamos un selfi?

Con el tema de sus defensas bajas apenas sale y conociéndola se estará muriendo porque le contemos qué tal nuestra experiencia.

—Sí, lo está deseando —afirma mostrando un mensaje de Sofía.

Nos colocamos para la fotografía y nos damos cuenta de que por detrás se acercan nuestras parejas. Uf, cómo suena eso de «parejas», nunca hubiera dicho que mi amiga y yo pudiéramos estar en una situación así y más con lo mal que hemos llevado el tema del amor; yo, por mi manera de seleccionar a los hombres, y ella, por ahuyentarlos.

—¡Eh! ¿Ibais a tomaros una fotografía sin nosotros? —nos regaña Álex y se coloca por detrás de Ana abrazándola.

Samuel me arropa con sus brazos y apoya la barbilla en mi hombro derecho.

—Sonreíd, que es para Sofía —nos avisa mi amiga.

Continuamos con la velada, aunque noto a Samuel más cariñoso, no para de tocarme. Le tomo la mano al darme cuenta de que algo le preocupa. Aprovecho que los tortolitos están entre arrumacos para acercarme a él.

—¿Todo bien? —le susurro.

Se voltea hacia mí y su nariz roza con la mía.

—Me pongo nervioso cuando te tengo tan cerca.

Sonrío tontorrona y me muerdo el labio para mantener al margen el calor que acaba de prender dentro de mí.

—No empieces con el juego sucio, que nos conocemos. —Me acerco más dejando mis labios a un suspiro de los suyos y sin quitar la sonrisa le digo—: Algo ha pasado en ese baño que desde que has vuelto estás más cariñoso.

—No es eso.

—Ah, ¿no?

—Es que me he dado cuenta de una cosa.

—¿Cuál? —Me invade la intriga, a ver por dónde sale.

—Que desde la distancia… —dice señalando con el índice la puerta del baño— he sido más consciente que nunca de dónde llega mi amor por ti. —Coloca con delicadeza un mechón de mi pelo por detrás de la oreja, no puedo quitarle la vista de encima y el corazón me va a mil por hora—: Me he dado cuenta de que lo dejaría todo por ti. —Trago saliva y noto cómo se me ha paralizado todo el cuerpo. Sus ojos analizan mi reacción y se le esboza una bonita sonrisa que hace que me derrita, me sella los labios con un dulce beso y me remata susurrando—: Me pasaría toda una eternidad mirándote, estás tan bonita cuando no sabes qué decir.

—Gracias.

Abro los ojos como platos al escuchar lo que acabo de soltar, ¿mi mente no puede procesar nada más? «En serio, un puto GRACIAS. Mátame, camión», pido mentalmente abrumada.

Me mira divertido y suelta una carcajada que hace que Álex y Ana nos presten atención. Muero tanto de la vergüenza que lo abrazo

con todas mis fuerzas, espero que entienda, sin decirle nada, que yo también lo amo.

Estamos saliendo del restaurante clandestino y nos despedimos de los tortolitos. Achucho a mi amiga y nos damos nuestro ritual de besos de despedida. Álex respeta nuestro espacio y espera sonriente para darme un abrazo.

—Ha sido un placer, Mireia.

—Gracias —le contesto.

Repite de nuevo el abrazo y aprovecha para susurrarme al oído:

—Gracias a ti por devolverle la felicidad a mi amigo.

Cojo aire, pero no puedo soltar palabra. Aprieto los labios y le dedico una sonrisa automática. Mis ojos tienen que soltar subtítulos porque me mira con una cara de ternura y con el dedo pulgar me acaricia la mejilla izquierda.

—¿Vamos? —le pide mi amiga tomándole la mano.

Nos despedimos de ellos y nos vamos hacia el coche. Me va a estallar la cabeza, le ha dado por procesar ahora las mil maneras de decirle cómo me hace sentir, lo especial que es para mí, aunque por alguna razón hay algo que me frena y no me atrevo. Me coloco en el asiento del copiloto y quiero soltarle todo a bocajarro sin pensarlo. «Vale, Mireia, coge aire y expúlsalo lentamente, cuando te mire se lo dices», pienso. Samuel entra en el coche, lo enciende, se pone el cinturón, gira la cabeza…, es el momento.

—Ha estado bien la cena, ¿verdad? —me interrumpe antes de que pueda hablar.

—Sí —afirmo y me siento con la vista hacia la carretera.

Deja caer la mano en mi muslo en busca de la mía. No sé cómo lo consigue, haga frío o calor, me pone la piel de gallina. Abro los dedos para entrelazarlos con los suyos. Los observo atontada, su piel bronceada contrasta tan bien con la mía…

—Mira, la luna está roja —me indica atónito y observo esa maravilla. Da un volantazo y comenta—: Vamos a verla mejor.

Aparcamos y, si estoy bien orientada, creo que estamos en la playa del Masnou. Pisamos la arena, y una ráfaga de aire hace que tiemble de frío, Samuel no duda ni un segundo en abrazarme y nos

vamos hacia la orilla a sentarnos. Una vez ahí, nos quedamos contemplándola, y nuestras cabezas no dejan de rozarse, parecemos dos gatos dándonos arrumacos.

—Es preciosa, no la había visto nunca así —musita Samuel sin dejar de contemplarla—. ¿Por qué está roja?

—Es un eclipse lunar —susurro, noto cómo espera mi explicación —. Esto sucede cuando la tierra se interpone entre el sol y la luna.

—Es espectacular.

—Sí, y hoy se ve más bonita porque es luna llena. Si te fijas bien se aprecian hasta los cráteres que tiene la luna.

—Qué retórico, ¿no? —Lo observo con curiosidad, no sé a qué se refiere—. Me fascina ver cómo puede salir algo tan bonito con terceros de por medio.

—Visto así, sí —admito sorprendida, es la primera vez que mi chico habla de algo tan simple con tanta profundidad. Me gusta. Sonrío y continúo con la explicación—: Tanto el sol como la luna son fundamentales para la vida en la tierra, y esta, de vez en cuando, se interpone entre ambos ofreciéndonos este espectáculo. —Contenta, me quedo mirándolo y gesticula con la cara para saber por qué lo observo así—: ¿Sabes qué?

—Dime. —Posa sus ojos en mí, sonriente.

—Acabas de apreciar algo tan sencillo como un atardecer, has desconectado de tu vida estresada. —Coloco las piernas sobre las suyas, me aferro a su cuello para no caerme, y él me sostiene por la espalda—. Y eso sí que es maravilloso —le susurro pegada a sus labios y lo beso.

—Te lo tengo que agradecer a ti —afirma entre beso y beso—. Me siento afortunado de que hayas sabido frenar la velocidad de mi vida y me hayas hecho recordar qué es lo que verdaderamente importa. —Me acuna la cara con las manos, y mi cuerpo cada vez está más pegado al suyo—. De pequeño, después de desayunar, mi madre nos pedía que nos descalzáramos y anduviéramos por el jardín, contando cuántos pájaros había posados en el árbol de casa. Una vez lo acertábamos nos tumbábamos en el suelo y observábamos el cielo, que nos indicaba qué tiempo íbamos a tener. Ahí nos preguntábamos mil cosas: ¿por qué el cielo era azul?, ¿por qué

piaban los pájaros?, ¿por qué el césped olía distinto a veces?, ¿por qué andábamos descalzos? —Echa la vista hacia un lado y se le dibuja una tímida sonrisa—. ¿Y sabes qué no le preguntábamos nunca?

—¿El qué?

—¿Por qué nos lo hacía hacer? Y, gracias a ti, ahora la sé. —Lo observo de reojo, curiosa, porque no sé a dónde quiere llegar—. Creí que era por pasar tiempo con nosotros, y me has hecho ver que no. Sin darnos cuenta nos creó un hábito, cada día, cada hora, el mismo lugar, las mismas preguntas, porque sabía que a lo largo de nuestra vida íbamos a desconectar de esos pequeños placeres que el ritmo acelerado que nos trae nuestro día a día nos iba a hacer olvidar. ¿Y cuándo lo retomas? —Sonrío y espero a que continúe—: Cuando la vida te para en seco por una enfermedad o te ponen en tu camino personas como tú, que ven más allá del mal ambiente creado por la sociedad.

—Samuel… —lo llamo para que me mire fijamente a los ojos, mi corazón late tan rápido que me cuesta respirar—, las gracias te las tengo que dar yo a ti. —Le sello los labios con un beso y le confieso por fin—: Te amo.

Me observa anonadado y sus ojos van como locos de un lado a otro. ¿No le ha gustado?, ¿no se lo esperaba?, ¿por qué me mira así? Su sonrisa se amplía de oreja a oreja y se lanza a besarme. Vale, ya no son los besos cariñosos de antes, aquí hay fuego y no me he percatado de si estamos solos, la arena está iluminada por la luz de la luna que se refleja con el mar y estamos demasiado desenfrenados para detener lo que va a suceder.

Nuestros cuerpos toman un baile de un lado a otro mientras sus manos se hacen paso por el interior de mi pantalón. Como puñales, me clava los dedos en el trasero y tira con fuerza para que no quepa ni un alfiler entre nosotros. En el momento en que mi entrepierna roza con su miembro comienzo a frotarme contra él, desesperada. Me deshago como puedo de su camisa y no ceso de acariciar su suave y fibroso torso.

De un balanceo consigo que se tumbe para poder continuar con mis movimientos encima de él con soltura. Está al límite, tocándome

por todas partes. Me desabrocha el pantalón y lo ayudo a quitármelo. Sus ojos se anclan en los míos y entiendo lo que me pide.

Me quedo a horcajadas sobre él y, sin quitarle la vista de encima, me saco la camiseta de la forma más sensual que puedo. Me acaricia los pechos por encima del sujetador. Me encanta ver cómo adora cada tramo de mi piel, me hace sentir deseada.

De un movimiento hace que mis tetas se liberen y resopla al verlas. Vuelvo a arrastrarme sobre él, muy excitada, no puedo más. Ahogo un gruñido en la garganta y sin pedírselo se baja el pantalón. Acerco mi cara a la suya y, a la vez, noto una presión potente entre mis piernas, él también está a tope. Me amasa los pechos y su lengua busca la mía. Entre beso y beso, bailamos a un mismo vaivén. Como si fuera un mago, desliza la tira del tanga con rapidez y acaricia mi zona más húmeda, rompo un gemido en su boca.

—Me pone muchísimo notarte tan mojada sin apenas tocarte —me confiesa con un hilo de voz ronca.

—Cariño, tú me subes la libido con solo mirarme —admito propinándole un mordisco a su jugoso labio inferior.

Se lame por donde le he mordido y, sin esperármelo, se abre paso dentro de mí. Encaja tan bien conmigo que al llegar al final libero un gemido de placer. Me tapa la boca y observa a nuestro alrededor, suspira al comprobar que no hay nadie. Sinceramente, estoy en un punto en que me da lo mismo, no puedo parar.

Me lanzo a besarlo de nuevo y seguimos por donde lo hemos dejado, balanceándome cada vez más rápido, no quiero que pare, estoy a punto de llegar y por lo visto él también. Tiene los dedos clavados en mis glúteos y me presionan en cada empuje que doy. Los míos juegan con su pelo y tengo la nariz embriagada por ese perfume que me vuelve loca. Siento cómo algo va a estallar entre mis piernas y acelero cada vez más. No podemos quitarnos la vista de encima, me encanta cómo me observa, con tanta adoración que me hace sentir querida y poderosa. Le beso desenfrenada, me lo comería entero, y en un instante estallo de placer.

Me dedica una sonrisa ladina y empieza a empujar con rapidez liberándose de todo el deseo que estaba conteniendo. Se acerca a

mí y ahoga un gemido en la curva de mi cuello, poniéndome el vello de punta.

Nos quedamos unos segundos abrazados mientras nuestras respiraciones sincronizadas se relajan, esto empieza a ser un ritual y de los que me chiflan.

Entramos en casa, y Max viene corriendo a saludarnos, Samuel se desvive con él y a mí se me derrite el corazón. Estoy en ese punto en que no pienso en el mañana, solo quiero vivir el ahora.

Voy al baño a lavarme los dientes y hacer mi rutina de *skincare* cuando oigo el sonido de mi móvil.

—¿Te lo acerco? —Oigo a lo lejos la voz de Sa.

—¿Quién es?

—Un mensaje de José. —Se asoma por la puerta acercándome el teléfono.

—¿Me lo puedes leer? —le pido con la boca llena de dentífrico.

Por el espejo veo su gesto de sorpresa, sonrío y se pone a ello. Toca la pantalla y me voltea el móvil.

—Cero. —Me detengo al ver que me observa atónito—. Mi pin es cero, cuatro, cero, seis. Teclea los números y vuelve a levantar la vista a la espera de que le diga algo—. ¿Qué pasa? —pregunto mientras me seco la cara.

—¿Te lo leo o lo quieres leer tú?

—Léemelo, por favor —le pido sonriente.

—Vale, esto ya son palabras mayores.

—¿Por?

—Me acabas de facilitar tu contraseña, y voy a leer un mensaje privado.

—A eso se le llama confianza, tampoco es para tanto, es solo un mensaje.

—Gracias por tu confianza, aunque tengo que confesar que me da respeto —añade moviendo de un lado a otro mi teléfono, nervioso, y sonrío.

—¿Respeto?, ¿por?

—Porque es de José y de él me puedo esperar cualquier cosa. —Estallamos a carcajada limpia. Me recompongo y le pido que se deje

de tonterías y lea, suspira y se pone a ello—: Cari, sí o sí mañana tenemos que vernos, hace mucho que no pasamos tiempo a solas y contándonos nuestras cosas. ¿Será por el buenorro del poli que te tendrá atada en la cama para disfrutar de vuestros cuerpos? —Levanta la vista de la pantalla y suelta—: Vale, voy a parar.

—¿Qué pone? —Me entrega el teléfono y continúo—: Quiero saber con pelos y señales cómo es su cuerpo entero y si se mueve tan bien como baila.

No lo puedo evitar y se me escapa una sonrisa.

—No le vas a explicar nada, ¿verdad?

—Le diré la verdad —suelto con sorna.

—¿Y cuál es la verdad? —pregunta asustado.

—Que soy adicta a ti.

Le coloco las manos sobre la nuca, y automáticamente me rodea la cintura acercándome a él.

—Yo sí que soy adicto a ti. —Me da un beso en la nariz—. Con solo cerrar los ojos me viene a la cabeza el tacto de tu piel. —Me da otro beso en el cuello—. Cada vez que pienso en ti recuerdo tu aroma. —Me besa la boca—. Hasta mis labios memorizan el sabor de los tuyos, por tu culpa me encanta la fresa.

No me lo pienso y le sello la boca con un señor beso.

Nos vamos a la cama y contesto a José antes de que vuelva a escribirme por dejarle en visto y no decirle nada.

Mireia:
¡Hola! ¿Mañana por la tarde podrías?

Cabra Loca:
A partir de las seis estoy disponible, cuando y donde me digas allí estaré.

Mireia:
A las seis y media, ¿donde siempre?

Cabra Loca:
Perfecto. Si puedes, ven sola.

Mireia:
¡Ups! ¿Pasa algo?

Cabra Loca:
Tranquila, todo como siempre. Solo quiero que tengamos intimidad, sin interrupciones. Solos tú y yo, como en los viejos tiempos.

Mireia:
Eso está hecho. 💪🏻

Cabra Loca:
¡¡Nos vemos mañana!! 😘 Y ya me contarás por qué estás despierta a estas horas, pillina. 🤭

Sin contestarle, tomo una fotografía de mi chico y se la envío, sale de espaldas, en pantalón corto y sin camiseta. Sonrío porque me imagino la cara de José cuando abra la instantánea que podrá ver una sola vez. Desconecto del móvil y me voy directa a descansar en los brazos de mi amor.

18. Ella todo lo diluye

SAMUEL

Han pasado tres semanas desde que mi chica quedó con José y no me ha comentado nada de lo que se habló, no es porque quiera tener un control sobre ella y su vida privada, sino porque me resulta muy extraño. Mireia es una de esas personas que te lo explican todo con pelos y señales, es que ni siquiera ha bromeado sobre si comentaron algo de nuestra intimidad. Estoy preocupado, no os lo voy a negar, y más cuando Álex me comentó que José sabía algo sobre el tema que la envuelve, porque Bruno, su padre, le habló sobre ello. Es cierto que no le he sacado el tema, prefiero que salga de ella.

Es la segunda vez en mi vida que me siento aterrado, la primera fue cuando nos enteramos de que a mi madre le quedaban pocos días de vida y no sabíamos qué íbamos a hacer sin ella. María y yo éramos unos niños, y ahora tengo la misma sensación con mi chica; no quiero que le pase nada ni que haga ninguna tontería.

Estoy en el *office* de mi trabajo y observo abstraído al más allá a través de la ventana, no paro de darle vueltas al tema de Mireia. Alguien me da varios toques en el hombro consiguiendo que salga de mi inopia: es Matteo dedicándome una sonrisa tímida.

—¿Pensando cómo vas a ir vestido para la verbena? —Estoy tan preocupado que no puedo seguirle la broma. Se coloca frente a mí tapándome las vistas—. Tranquilo, que todo irá bien, tu hermana sabe lo que hace. Es una persona muy astuta.

—No es por eso por lo que estoy así —me sincero, y acto seguido cruza los brazos con gesto serio—: ¿Sabías que José está al tanto de

la historia de Mireia?

—No te pillo…

—Bruno la reconoció por las fotografías de tu boda. —A Matteo se le abren los ojos más de lo normal y aprieta la mandíbula, compruebo que está en las mismas que yo y le explico hasta donde sé—: Por lo visto, una de las visitas le enseñó cómo iba vestida Tamara y el ambiente de la boda. En una de ellas salía Mireia y la reconoció nada más verla. —Mi amigo está tan tenso que traga con fuerza—. Le he pedido a Álex que me ayude por ese lado…

—¿Álex? —Noto ira en su voz.

—Sí —afirmo y espero un reproche por su parte, lo único que recibo es silencio y continúo—: Él es el único que puede llegar más lejos de lo que podemos nosotros.

—Claro, ha trabajado para ellos, es un…

—Matteo, que no hable la rabia, por favor —le pido—. Me está ayudando como amigo, sabe que Mireia es importante para mí y necesito que esta nube de gas tóxica que la envuelve desaparezca.

—Tienes razón. —Baja la vista por un instante y volvemos a mirarnos—. A ver qué puede averiguar. —Me toca el hombro—. Te dejo, voy a hacer una llamada.

—Matteo… —lo llamo antes de que desaparezca de mi vista—, no machaques a José. Ya sabes cómo es.

—No es a él a quien voy a llamar, sino a su hermana. —Se me crea un nudo en el estómago al darme cuenta de que he hablado más de lo debido.

De camino a mi despacho recibo varios mensajes:

Mireia:
¿Cómo está mi personita favorita?

Mireia:
Hoy no como en casa, le acaban de dar el alta a Sofía y la voy a acercar a la suya, quiere

descansar. Comeré con Ana y luego iré a ver a mis padres, que he quedado con ellos.

Mireia:
Hemos quedado todos a las siete y media de la tarde en el chiringuito La Paquita. ¿Te veo antes en casa y nos duchamos juntos? 🤭

Vale. No sé por dónde empezar, me he quedado con la información del final y estoy deseando que sean las seis para tener su cuerpo mojado entre mis manos. Aun así, voy a empezar por el principio.

Samuel:
Aquí estoy, echándote de menos. 🥰 Espero que Sofía esté bien, si necesita algo ya sabe que puede contar conmigo. Disfruta de la comida, yo me quedaré en la oficina, que tenemos que cerrar unos temas. Llegaré un poco antes a casa, así saco a Max y nos damos un buen paseo. Con ganas de tenerte entre mis brazos. 🫠

Mireia:
Sa…

Samuel:
¿Qué?

Mireia:
Te amo.

Mireia:
Deja de sonreír, bobo. 😜

Samuel:
Es por tu culpa. Yo también te amo.

Guardo el teléfono en el bolsillo de mi tejano y suena de nuevo. Sonrío esperando que sea ella con alguna de esas tonterías que me gustan tanto. Al ver el nombre de mi hermana en la pantalla me caigo de esa nube en la que iba levitando.

María:
Creo que estoy a punto de destapar algo muy gordo, hoy no puedo hablar.

Leo el mensaje como diez veces seguidas, no quiero que el miedo me invada. Cada vez que pienso en que puede ser descubierta y todo lo que podrían hacerle, se me corta la respiración de repente. Sé que está capacitada y que no va a parar hasta llegar al final, sabiendo que puede haber consecuencias de vida o muerte.

Hemos estado en contacto una vez por semana, solo puede escribirme o llamarme ella, no puedo hacer nada más, solo esperar. Es su caso, son sus normas. Aunque eso no impide que mi lado protector quiera sacarla de ahí lo antes posible.

Automáticamente, le escribo a Víctor:

Samuel:
¿Todo bien?

Víctor:
Todo controlado. Tranquilo.

Suspiro y escucho a través de la puerta del despacho de mi amigo Matteo:

—¿Por qué soy el último en enterarme de que ya sabíais lo de Mireia?

Se queda callado, entiendo que es porque Tamara le estará contestando. Me desvío de camino y entro en la sala de reuniones donde está la pizarra con todas las fotografías. Me percato de que hay una instantánea nueva: es Paolo en la actualidad junto con otra que ya teníamos de él más joven. De ellas salen dos flechas hacia un escrito: «¿Relación?». No sé de qué va.

Veo pasar a Carlos.

—Jefe —lo llamo.

—Samuel, no sabía que estuvieras aquí. ¿Repasando el caso? ¿Tenemos información nueva?

—No. Aunque veo que usted sí. —Le señalo la nueva imagen, y él asiente—. ¿Me la puedes contar?

—El equipo que está en Italia está a punto de averiguar cuál es la relación que hay entre ambos.

—¿Cómo? —Me acaba de estallar por los aires la cabeza—. ¿Este de aquí no es Paolo de joven?

—No. Paolo es el de la derecha, el joven es uno de los capos de la banda en que está metida tu hermana.

—Espera, ¿me estas afirmando que Paolo es de la puñetera mafia? —suelto exaltado.

—Aún no lo tenemos claro. Aunque hay algo que sí, Paolo no es quien crees que es, el Paolo real es este.

Con su dedo índice señala al joven.

—¿Qué? —Trago saliva e intento controlar mi corazón, que va a mil—. ¿Y este?

—Estamos esperando a que nos confirmen si es Chris Munich, el yerno del gran Zanella.

—Espera, espera… —le ruego e intento recomponer mi respiración —. Esto empieza a ser surrealista —comento mientras me restriego los ojos—. En el caso de que este sujeto fuera el yerno del gran Zanella y Mireia, la supuesta nieta del gran Zanella, mmmm… —Intento coger aire para lo que voy a soltar—. No, no puede ser.

¿Quién se acuesta con su sobrina?, ¿qué enfermo hace eso? —Me clavo las pocas uñas que me quedan en las palmas de las manos.

—Y, si finalmente es su tío, la pregunta interesante sería; ¿por qué lo ha hecho? —apostilla mi jefe.

—¡Joder! —grito nervioso y no dejo de negar con la cabeza—. Ella no puede saber nada de esto. La va a destrozar. Estoy seguro de que es una víctima en toda esta historia. —La mirada de mi jefe se torna fría como el hielo—. ¡Que no! Que sé con quién me acuesto, y ella no es una psicópata. —Me giro y golpeo la mesa con fuerza. Si toda la información que tenemos en el aire es verídica, todo esto puede destrozarla—. ¿Y sus padres? Tan protegida que la tienen siempre, ¿no han hecho nada al respecto?

—Tranquilízate, te estás adelantando a los acontecimientos. —Me coloca las manos sobre los hombros e intenta transmitirme algo con la mirada. Parpadeo varias veces y, por primera vez, no sé leerlo—. Mírame bien, no te lo hemos querido decir antes porque sabía cuál iba a ser tu reacción. Quiero que borres la información que acabas de conocer y estés con ella. Yo no me acuesto con ella, aun así, pienso como tú; que lo desconoce todo. Si esto se destapa, ella va a necesitar ayuda, y tú eres el mejor en esto. ¿Entiendes por dónde voy?

—Sí.

—No vamos a dejar cabos sueltos, ¿vale? —Asiento—. No es nuestro estilo.

—Si damos con el paradero de Paolo o Chris Munich o como realmente se llame, lo quiero antes para mí a solas —exijo a mi jefe.

—Sabes que no puede ser, es inviable.

—Eso está hecho —nos interrumpe Matteo, que está apoyado en el marco de la puerta y con los brazos cruzados.

Se lo agradezco con una sonrisa y salgo disparado de ese despacho.

—¿Te vas? —me pregunta mi jefe.

—Necesita tomar el aire —le aclara mi amigo.

Salgo del edificio con ganas de gritar a pleno pulmón. Necesito irme de aquí y relajarme. De camino al coche noto una vibración en

mi bolsillo del tejano. Lo saco y tengo una notificación de un mensaje de Sofía. No me paro a leerlo y la llamo:

—Samuel, ¿todo bien?

—Yo sí, ¿y tú?

—Cansada. —Se detiene y escucho por el altavoz cómo respira lento y profundo.

—Voy conduciendo y no he podido leer tu mensaje, ¿necesitas algo?

—Era por si no te sabía mal que cuando salieras del trabajo me traigas a Max, así me hará compañía.

—Ah, sí, claro que sí. Le doy un paseo largo y te lo llevo en breve, ¿vale?

—Ah, creí que salías por la tarde.

—Si prefieres por la tarde, te lo acerco luego.

—No, tranquilo. Por mí, cuando quieras, no me voy a mover de aquí. —Se ríe con esfuerzo y me contagia.

—Te aviso cuando vaya para allí, para no cogerte dormida.

—Creo que he recuperado todas las horas de sueño en el hospital. —Detengo mi coche delante del parquin de casa para que no se corte la cobertura y veo de lejos cómo Álex recoge a Mireia y a Ana con su coche, les hago luces, pero no se dan cuenta y se van. Mientras tanto, la voz de Sofía me devuelve a la conversación—. ¿Samuel?

—Dime, perdona, que en el parquin no hay mucha cobertura.

—Te preguntaba si has comido.

—No, aunque no tengo mucha hambre.

—Eso es porque no has probado mis espaguetis a la boloñesa.

Sonrío por el tono que ha utilizado tan similar al de Mireia cuando quiere alardear de algo.

—Venga, vale, los voy a probar, a ver si están tan ricos como dices.

—Te querrás llevar un táper, y no te culpo. —Se le escapa una risa burlona—. Pues nos vemos luego, que me voy a poner manos a la obra. Hasta después.

Entro en casa y como siempre Max está esperándome sentado frente a la puerta, moviendo animado la colita de un lado a otro. Me

agacho para estar a su altura y lo acaricio, él me lame toda la cara sin dejarse un trozo por besar.

Me dirijo al mueble donde está la correa. Mi chica ha hecho de las suyas, ha enmarcado una foto mía con Max, que nos hicimos en una de las excursiones por el Montseny, y la ha colocado en la estantería. Desde que está ella, mi casa empieza a tener todas las letras que forman la palabra hogar, en cada rincón hay un recuerdo y tengo que admitir que me agrada.

Salimos a dar una vuelta, y mi cabeza quiere ordenar toda la información recibida de hoy. Juraría que los padres de Mireia no habían visto a Paolo en persona, creo recordar que siempre tenían algo que hacer. Y ahora lo entiendo. También está la conexión que tiene él con el joven de Italia. ¿Será su hermano?, ¿su hijo? ¿Dónde estará el puñetero Paolo? Ha desaparecido de la faz de la tierra. ¿Y sus padres qué tienen que ver con todo esto? Hay muchos cabos sueltos y tengo la necesidad de empezar a atar alguno para mi tranquilidad.

Cojo el teléfono y llamo a Álex. No me da tono y, seguidamente, recibo un mensaje.

Álex:
Ahora no puedo.

Samuel:
Necesito respuestas.

Álex:
Las tendrás, pero ahora no.

No me esperaba menos de mi amigo, siempre es cuando él quiere. Me resigno y me centro en el paseo con Max, ya que me pide atención. Lo llevo hacia su zona favorita, un pequeño rellano sombrío por árboles frondosos. Ya sabe que vamos hacia allí, por su

movimiento de cola, me mira sin parar, como si no se lo creyera. Es muy agradecido, con poco es feliz.

—Sí, vamos hacia allí —le confirmo con una sonrisa y le lanzo su pelota.

Como respuesta recibo un ladrido seco. Y nos sumergimos en su paraíso.

Después de una hora y media, decidimos volver. Le voy explicando que va a ir a casa de Sofía y que va a estar supermimado.

Cuando recibo un mensaje de Tamara:

Tamara:
¿Has sido tú? Porque dudo que Álex y Matteo hayan tomado café juntos.

Samuel:
No supe que te iba a salpicar a ti. Por lo visto, Álex te lo cuenta todo.

Tamara:
Algo sé… 🤫

Samuel:
¿Sabrías decirme cuándo ha ido a hablar con Bruno?

Tamara:
Creo que hará un par de semanas, aunque tampoco me hagas mucho caso. Ya sabes que llevo fatal la noción del tiempo. Desde la

pandemia y desde que soy madre se me pasan volando los días.

Samuel:
Tamara, lo siento. 🙏🏻

Tamara:
Ya sabes que en casa todo lo que venga relacionado con Álex no será bienvenido, por mucho que pase el tiempo. 😔 Lo tengo ya asumido.

Samuel:
Él está haciendo un esfuerzo manteniéndose al margen con vuestra relación.

Tamara:
Lo sé, nunca le voy a pedir que lo acepte.

Tamara:
Samuel…

Samuel:
Dime.

Tamara:
Tienes que estar preparado para lo que pueda venir.

Samuel:
¿Qué sabes?

Tamara:
¡TODO!

Tamara:
escribiendo…

Dejo de respirar y el corazón se me enloquece, me golpea tan fuerte contra el pecho que tengo miedo de que se vaya a detener. ¿Qué sabe? La mente se me inunda de incógnitas. Max salta sobre mí haciéndome salir de mis pensamientos.

—Max, perdona. Vamos para casa a coger las llaves del coche y luego a ver a Sofía.

Cuando entro en el coche, Tamara aún sigue escribiendo, estoy ansioso por descubrir lo que va a decirme.

Me quedo dentro del coche estacionado frente a la puerta de Sofía esperando a la larga respuesta de Tamara, por fin, suena mi teléfono.

Tamara:
Lo siento, Samuel. Mejor habla con Álex. Lo único que te puedo decir es que no todo es lo que parece.

—¿Samuel? ¿Cuánto tiempo llevas aquí? —La dulce voz de Sofía me hace ver que estoy estrujando el teléfono con todas mis fuerzas y me relajo.

—Acabo de llegar —miento.

Entro en casa de Sofía, y Max va a sus anchas. Es una casa antigua y pequeña, con su puerta y ventana de madera y de color

verde. Por lo que me ha explicado Mireia, pasó la adolescencia en ella. Sus paredes son blancas y están llenas de cuadros con fotografías, puzles y pinturas antiguas. Supongo que son de su madre y no las quiere quitar.

Avanzo por ese largo pasillo y aparezco en un salón amplio y muy luminoso por la cantidad de ventanales que hay. Uno de ellos está abierto y hace que las cortinas entren y salgan a su antojo por el viento. Desde ahí puedo ver cómo la mesa está preparada en medio de la terraza.

Pasear por esa estancia me hace recordar al pasado, es como si estuviera en una casa de los ochenta, aunque revestida con un toque moderno.

—Siéntate, ahora traigo la comida —me pide Sofía.

Se me instala una sonrisa al observar la mesa, está vestida por un mantel de cuadros de diferentes tonos marrones y de color blanco, los vasos son altos y de vidrio ámbar; por lo visto, los platos van a conjunto. Hasta las sillas son de madera.

—Aquí los tienes, a ver qué te parecen.

—Seguro que buenos —le contesto y me coloco bien sentado para comer—. He entrado en tu casa y es como si hubiera retrocedido en el tiempo.

—Soy amante de las antigüedades y, aún más, de mis recuerdos. Conservo todo aquello que el tiempo y el uso me han permitido mantener.

—Mireia me ha explicado alguna que otra vivencia —confieso y sonreímos—, siempre dice que…

—Este hogar la ayudó a superar la adolescencia —acaba la frase por mí, nostálgica, y aprovecho para indagar.

—Porque vosotras os conocéis desde la adolescencia, ¿no?

—Sí, ella empezó más tarde en nuestro instituto. Era «la nueva» —entona con sorna a la vez que entrecomilla con los dedos.

—¿La nueva? —Me hago el tonto para ver hasta dónde llega esa información.

—Sí, era un colegio de monjas, más bien un internado, porque dormíamos allí.

—¿Un internado?

—Sí, en esta zona antiguamente no había mucha diversidad de escuelas, y las familias que podían permitírselo, pues preferían lo privado. Ya sabes la mentalidad que había antes, era todo muy clasista. —Asiento al recordar—. Ana y yo hemos ido desde bien pequeñas toda la vida juntas, hasta que llegó el terremoto de Mireia. Y puso patas arriba nuestras vidas y el día a día de las monjas.

—Sé de qué me hablas —admito, y reímos al unísono.

—Es muy ella. Lo que más me gusta es su manera de afrontar las cosas, siempre tiene una visión positiva. —Paro de comer, ya que la expresión de su cara capta toda mi atención—. Nunca ha tenido una figura paterna ni materna encima, sus padres han estado presentes, aunque en la distancia y no todo lo que a ella le hubiera gustado. Recuerdo unas Navidades que esperaba con ansias porque iban a ir a una isla de Italia. Espera…, ¿cómo se llamaba…? —Se detiene y busca algo en el móvil—: Aquí está, Filicundi.

Me muestra una fotografía de ellas tres en bikini y hay una casa detrás, grande, blanca y con un marco azul en la puerta de la entrada.

—¿Fuisteis las tres de vacaciones? —intento indagar sin que se note.

—Más bien no, fue en una de las tantas discusiones con Paolo, que de un arrebato compró los billetes y nos fuimos a esta casa. —Me vuelve a mostrar la misma foto—. Que en realidad esa es su verdadera casa, aunque los padres la tienen siempre alquilada.

—Pero ¿ella no es de Barcelona?

Bebo para tragar los espaguetis que se me han quedado en la boca del estómago, porque de pronto ha decidido cerrarse.

—Sí, Mireia ha vivido siempre en la ciudad condal, pero nunca en un mismo lugar. Siempre han estado cambiando de domicilio, creo que su padre sufre un delirio de persecución. —Aprieto los dientes para fingir una sonrisa, aunque todo empieza a cobrar sentido—. Tampoco me extraña, porque la familia de Mireia ha estado amenazada.

—¿Amenazada?

—Sí, recuerdo que un día se presentaron unos tipos muy raros en el internado preguntando por ella, aunque no utilizaban su nombre

de pila, ahora no recuerdo bien cuál decían, sin embargo, mostraban una fotografía en blanco y negro, donde había una familia sentada en un muro con un lago por detrás. La niña era ella, sin duda: tenía el mismo lunar en la mejilla derecha y esa sonrisa tan característica. En cambio, los padres no parecían ser los suyos. —Asiento sin decir nada, necesito que siga con la historia.

»Pensándolo bien, es normal que no se parezca a ellos, cambiamos tanto cuando nos hacemos mayores… —musita para sí misma y sacude la cabeza para continuar por donde lo había dejado —. Perdona, que me voy por las ramas. Entonces las monjas corrieron a llamar a la policía porque esos hombres andaban a sus anchas por todo el patio. Mireia se escondió cuando se corrió el rumor de que alguien venía preguntando por ella. Por suerte, nadie dijo nada, y esos tipos se marcharon antes de que llegara la policía.

—¿Y no recuerdas por qué la buscaban?

—No. —Aprieta los labios y simula una leve sonrisa—. Recuerdo que un día sus padres nos invitaron a merendar y nos dieron las gracias, tanto a Ana como a mí, por estar tan pendiente de ella y protegerla. Nos decían que ellos luchaban por una buena causa: tener un mundo mejor, aunque hay personas que no están de acuerdo.

»Tengo grabada en la mente una frase que dijo su padre: «El poder y la ambición son dos motivos que cuando los conoces te cambian por completo».

—Ahora entiendo de dónde proviene la profundidad de Mireia —bromeo para romper la tensión que se me ha empezado a acumular por el cuerpo.

—Mireia es profunda, intensa, extremista, sensible… Lo tiene todo y la envidio. No reprime ninguno de sus sentimientos, los deja fluir sin más. Cuida muy bien de sí misma. —Se me escapa una sonrisa al pensar en Mireia—. Aunque hay algo de ella por lo que a veces la estrangularía —confiesa y simula tener el cuello de mi chica entre las manos—. Tiene que buscar el porqué de todo. No concibo que una persona que se deja llevar sin cuestionarse nada y afronta todo lo que la vida le pone por delante pueda, al mismo tiempo, inundarse de tantos porqués, sobre todo cuando desconoce el motivo de algo.

—Sé por dónde vas. —Nos miramos con complicidad—. Tiene la facilidad de ver más allá de las palabras, lee muy bien los gestos no verbales de las personas. Y cuando esto no le da la información que necesita es cuando se ve desamparada.

—Exacto, cuando la causa es efímera y no puede prever hacia dónde irá, le entra esa pequeña obsesión de buscar respuestas. Y resulta irritante.

—¿Y a Paolo lo habéis llegado a conocer? —Desvío el tema.

—A ese… —Simula una arcada—. Ni ganas. No le apetecía, siempre tenía alguna excusa. —Me coge de la mano y me suelta sonriente—: En cambio, tú eres nuestro favorito.

—No sé qué decir —confieso avergonzado.

—Nada, nosotras estamos contentas de ver a nuestra amiga tan feliz.

—Gracias —suelto lo primero que se me ocurre.

—No, gracias a ti. Por fin mi amiga ha conocido lo que es que te amen bien.

Me aprieta la mano con fuerza y le respondo con otro leve apretón. No quiero que le salga ningún morado por lo delicada que está. Me viene de nuevo la conversación que hemos dejado a medias y se me ocurre algo.

—¿Te sabría mal enviarme la fotografía en la que salís en Filicundi? —Frunce el ceño, extrañada, y añado rápido—: Es que se me ha ocurrido que, como esa casa es tan especial para ella, quiero imprimirle la imagen y ponérsela en un pequeño marco en su mesita.

—Ese detalle le va a encantar.

Antes de que acabe la frase recibo un mensaje con la fotografía.

Compruebo la hora en el reloj, faltan unos cuarenta y cinco minutos para que llegue Mireia a casa. Pasados unos instantes decido irme, y Sofia se adelanta dándome una bolsa de rafia. Al ver lo que hay en su interior, sonrío. Me despido de Max y, antes de salir por la puerta, Sofía me da un abrazo en el que percibo su gratitud.

—Gracias por este ratito —se despide.

—No, las gracias te las tengo que dar yo —confieso alegre, aunque ella no sepa por qué—. Además, me voy con táper incluido.

Sonreímos, y me voy hacia el coche, ansioso por ver a mi chica.

19. ¿Ha sido real?

SAMUEL

Llego a casa y se me hace raro entrar y no encontrarme a un Max cariñoso. Cierro la puerta y veo el bolso de mi chica colgado. Sin pensarlo, voy en su busca.

—¿Hola? —digo mientras avanzo por el pasillo—. ¿Cariño? —insisto y oigo agua de fondo.

Voy hacia el baño, la puerta está cerrada. Toco dos veces y entro. Hay una niebla que me impide ver el fondo.

—¿Hace mucho que estás aquí?

—¡Joder! ¡Qué susto! —grita mi chica pegando un brinco, aunque su gesto sobresaltado se desvanece al verme sin ropa.

—Tranquila, mi intención no era precisamente asustarte —le digo canalla, a la vez que entro en la ducha para tenerla entre mis brazos.

Después de una hora y cuarto de muchos arrumacos y otras cosas, nos vestimos, ya que llegamos tarde a la cena.

—¿Me abrochas? —me pide con una sonrisa pícara instalada.

—Por supuesto.

Le subo la cremallera y le beso el hombro.

—Qué bien te sienta el color blanco —comenta observándome a través del espejo. La abrazo con cariño y coloco la barbilla sobre su hombro derecho—. Te resalta el bronceado y te hace la mirada más potente.

—¿Cómo de potente? —curioseo mientras no dejo de rozarle la oreja con la nariz.

—Tanto como para tenerte encerrado en esta casa más de una semana y no salir de ella.

—¿Haciendo qué? —Me hago el tonto.

—¿Quieres que te lo explique? —Se voltea sobre sí misma plantándose delante de mí, a un dedo de distancia, y lleva la mano directa a mi miembro—. Disfrutaría de esto —coquetea, y toso al notar cómo me lo presiona—. También de esto. —Arrastra la lengua por mi cuello—. Y, luego, de esto…

Me aparto antes de que me lo demuestre, porque os aseguro que si sigue así no hay cena de San Juan ni verbena ni leches.

Parados en frente del chiringuito La Paquita*,* vemos cómo van llegando todos. Los primeros después de nosotros son José y Yago, les siguen Carlos y Aroa, luego vienen unos amigos de José y, por último, Ana y Álex, a estos sí que no me los esperaba. Por suerte, Matteo y Tamara han decidido ir a cenar a casa de unos padres del colegio con los que han hecho buenas migas, así los peques están más entretenidos.

La cena transcurre muy distendida, hemos tenido risas, bromas y chismorreos. Con Aroa y José en la mesa no existe el aburrimiento. Los del chiringuito han sacado un bidón grande y lo han llevado hacia la arena de la playa para hacer una hoguera dentro de él. Nos colocamos todos alrededor del fuego con música de fondo. José y Yago empiezan a bailar al ritmo de la música, pop español. Ana y Álex los siguen, y nosotros decidimos dar un paseo por la orilla de la playa.

La sensación de notar la resaca burbujeante con los pies descalzos es refrescante, aun así, lo mejor es lo que tengo a mi lado: a ella. Miro de soslayo cómo juega con el pie derecho con el agua y avanza con una sonrisa perpetua. Una luz destellante hace que nos detengamos y subimos la vista al cielo, donde un cohete estalla y dibuja con luces una palmera.

Aprovecho la ocasión y la abrazo por la espalda, nuestros cuerpos encajan a la perfección. Disfrutamos del espectáculo de pirotecnia a la vez que yo, de su perfume a flores.

—¿Sabes qué? —me pregunta con una voz relajada—: Inmortalizaría este momento para siempre.

—Inmortalízalo, viviremos este y muchos más.

—Ojalá fuera eterno —musita dándome un dulce beso.

Nos hemos besado miles de veces, pero en esta ocasión ha sido distinta a todas las demás, es como si fuera cargado de muchos sentimientos. Nos separamos un momento e intento observarla con atención, por si se me escapa algo. Sin embargo, está como siempre. Me dedica esa mirada que me dibuja una sonrisa de oreja a oreja, tenemos la vista pegada uno al otro y me susurra con lentitud:

—Te amo, Samuel.

—Yo también te amo —confieso, y me abraza con fuerza.

Aprovecho para disfrutar de tenerla entre mis brazos y palpar su suave piel. De repente suena una canción a lo lejos, donde está la fogata, y es como si hubiera despertado a la niña de *El Exorcista* que se encuentra en el interior de Mireia; se despega de un salto, me agarra la mano y tira de mí hasta llegar donde bailan todos los demás.

—Me encanta esta canción, amor —me grita—. Me recuerda a nosotros cuando empezamos —me explica ilusionada y se pone a bailar—. Si es que siempre que te veo solo pienso, joder —me canta —, que te diría de todo, y de todo no digo nada… —sigue cantando, y no hago más que reír, y bailo escuchándola.

La parte que más me gusta y con la que me vienen más recuerdos de cuando empezamos es en la que dice:

Si no tengo el valor para soltarlo a la cara,
¿cómo te explico yo a ti?
Que solo intento decir que por ti de repente l
a cabeza me va a más de doscientos veinte.
Y solo hablo de ti…[2]

No me hubiera imaginado que cuando nos conocimos a ella le pasara como a mí, que me tuviera en la cabeza, yo no me veía capaz de sacarla de la mía.

Han ido pasando las horas y el cansancio nos pesa a todos. Los del chiringuito empiezan a recoger, y nosotros nos despedimos unos de otros. Estoy ayudando al dueño a guardar el bidón en un almacén continuo al local y me encuentro a Álex esperando a solas por fuera.

—Ey, ¿qué pasa? —le pregunto.

—Tenemos que hablar.

Por su semblante sé que el tema se trata de mi chica.

—¿Ahora? —cuestiono y observo hacia donde están los demás.

—No, antes del jueves, que luego me marcho.

—¿Vuelves a Colombia?

—Es algo más complicado —me confiesa, y giro la cabeza hacia donde tiene la vista puesta, en Ana.

Sonrío y le toco el hombro para que me preste atención.

—Bueno, seguro que todo tiene solución.

—Sí, espero que sí.

—Seguro que sí. —Ambos nos damos toques en la espalda y nos dirigimos hacia la multitud. Antes de llegar le suelto—: Mañana te llamo y cuadramos un día. ¿Tendrías algún impedimento en venir a la central?

—Mientras no me partan la cara —apostilla con sorna, y niego con la cabeza.

—Se comportará.

—¿Qué cuchicheáis? —nos interrumpe Ana abrazando a Álex.

—De vuestro nuevo proyecto de iros a vivir juntos —suelto y observo cómo a Ana se le abren los ojos más de lo debido y se miran con seriedad.

—¿Qué le has dicho? —le riñe Ana a Álex con gracia, y él levanta las manos. Ella se gira hacia a mí y continúa—: Él sabe que, si me dice ven, lo dejo todo —me contesta divertida.

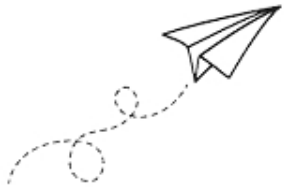
—Eso es una canción, ¿no? —bromea mi amigo, y ella pone los ojos en blanco mientras sonríe—. Si es así, me lo apunto —musita muy cerca de su oído y se intercambian alguna que otra carantoña.

Vaya dos tortolitos…

—Qué sueño —dice Mireia, que aparece por mi espalda.

—¿Nos vamos a casa? —le propongo y me agarra por la cintura con ambos brazos.

Afirma con la cabeza y los ojos medio cerrados. Le beso la frente y nos despedimos de todos.



Me despierto y me sorprende que Mireia no esté a mi lado, es lo primero que veo siempre. Voy a buscarla al baño y tampoco está. Me llega el olor a café, por lo que me dirijo hacia la cocina, donde me espera una cafetera rebosante y una nota pegada en ella.

He tenido que salir pronto.
Voy a estar en el estudio de pintura.
No dejes de sonreír.
Te amo, mi vida.

Sonrío como ella me pide y dejo su nota colgada de un imán en la puerta de la nevera.

Me tomo el café sentado en el taburete de la isla y contemplo feliz la obra que hice con Mireia. Recuerdo cómo esa tarde consiguió liberarme de todo el estrés y preocupación con unos simples globos llenos de pintura.

—Es increíble —digo en voz alta.

«Ella es capaz de cambiar un día de tempestad por uno soleado con muy poco esfuerzo», pienso sonriente.

Miro las fotos colgadas de la pared de enfrente de la cocina y cada vez que las veo me gustan más. Hay una del Café del Mar, en Colombia, es una puesta de sol que uno puede disfrutar ahí, ella siempre dice que es muy importante recordar los lugares que marcan tu vida, y ahí es donde todo empezó. Al lado, hay otra: un

selfi nuestro en blanco y negro en la cafetería que siempre quedábamos para hablar sobre el tema de la desaparición de Max. Y la tercera es una fotografía de Max, ella y yo de espaldas contemplando el horizonte.

Cada vez que veo esas imágenes me trasportan a ese momento. Y pensar que nunca había creído en estas cosas… Mi día a día me tenía tan absorbido que me olvidé de vivir. Me siento muy afortunado de tener a Mireia cerca, ella es la que me ha despertado.

Decido sorprenderla y me voy al estudio de pintura a buscarla.

De camino recibo una llamada de Carlos y a la vez otra de Álex, decido cogérsela a Álex, ahora es más importante.

—¡Hola! —saludo eufórico.

—Hola, Samuel —me contesta con un tono de voz serio y eso hace que el estómago se me retuerza—. Se me ha complicado algo la semana y no podré ir a la central. ¿Te va bien que nos veamos?

—Sí, dime dónde. —Paro mi coche en el arcén, la sorpresa va a tener que esperar, esto me interesa más.



Estoy sentado en una de las mesas de madera del bar Aquí te Espero de Sabadell, un lugar bastante transcurrido. Por el ventanal veo cómo Álex viene por el paseo con aspecto bastante serio. Viste un traje de chaqueta gris clarito y una camisa azul cielo, el tío es guapo. Entra por la puerta, cruzamos las miradas y sonreímos.

—¿Qué tal? —pregunta y me da un fuerte abrazo—. ¿Cómo estás?

—Bien —le miento y me siento.

—¿Has pedido ya?

—No, te estaba esperando. —Aviso al camarero para que venga.

Pedimos los dos lo mismo: un café largo con hielo, aunque él se decanta por uno doble que no esté aguado. Me sonríe, y mis ansias empiezan a crecer.

—¿Qué información tienes?

—Así me gusta, directo al grano. —Se calla al venir el camarero con nuestras bebidas—. Mireia lo sabe todo.

—¿A qué te refieres con todo? —Bebo y estoy tan engarrotado que me cuesta tragar.

—José le ha explicado lo que le contó Bruno.

—Pero ¿qué sabe Bruno? —suelto nervioso.

—Mireia es nieta del gran Zanella, el último Al Capone. —Trago saliva—. Al abuelo le llegó la información de que sigue viva, y por eso Mireia está en busca y captura.

—¿Cómo? ¿Para matarla? —pregunto nervioso.

—No. —En cuanto lo escucho, aliviado, me deshincho como un globo—. Se ve que la relación que mantenían sus padres nunca ha sido aceptada por ambas familias, son mafias rivales desde hace años.

—¿Ambos eran de familias mafiosas? —le interrumpo. Mi amigo da un sorbo al café y, a continuación, afirma con la cabeza—. ¿Como Romeo y Julieta?

—Sí, podemos decir que tienen el mismo final, aunque diferente historia. —Se toma el último sorbo de café y continúa—: Se quisieron escapar y la familia lo sabía, y por lo visto enviaron varios secuaces para evitarlo. Tuvieron un accidente donde hubo varios automóviles implicados, y el suyo saltó por los aires. Con el fuego no pudieron identificar los cadáveres y en teoría iba la familia completa: los padres y Mireia.

—¿Entonces?

Estoy tan nervioso que la pierna no deja de darme botes.

—Por supuesto, Mireia no iba en ese coche, los padres tenían un plan de fuga, aunque no para ellos, sino para su hija. Sabían que nadie sale de la mafia y más siendo un miembro de la familia de los Zanella.

—Espera, deja que me centre —le pido. Necesito situarme cuando se trata de mi chica, ya que me cuesta bastante digerir todo esto—.

Si los padres están muertos, ¿quiénes son los padres que conocí?, ¿son mafiosos?

—Aquí he tenido que tirar de antiguos contactos con permiso de Bruno. Su supuesta madre, la que está viva, era la mejor amiga de su madre biológica en el internado donde estudiaban juntas. Ambos están en busca y captura por el supuesto secuestro de Mireia, a ellos no les espera un dulce final.

—¡Mierda! —suelto preocupado y la cabeza me va a mil—. Son los responsables de mantener a salvo el paradero de Mireia.

—Correcto, sin embargo, hará cosa de unos años el abuelo entró en un programa de investigación para encontrar a alguien compatible para un trasplante de corazón. Cuando empezó la búsqueda, se encontró una sola coincidencia con un habitante de toda Italia: una niña que había estado ahí hacía unos veintitantos años.

—Mireia, ¿no? —lo corto.

—Sí, tienen una coincidencia muy rara del HLA. Investigaron dónde se encontraba y quién era.

—¿Para matarla?

—Sí, ya sabes cómo funciona la mafia: si el capo necesita un corazón y tienen uno, pues…

—Lo que no se esperaban era que esa persona fuese Mireia.

—No. —Intento respirar para deshacer el nudo que se me ha formado en el garganta, y mi amigo sigue—: Se hizo una búsqueda exhaustiva y vieron que posiblemente fuera un familiar. Empezaron a atar cabos por fechas de ingreso y con los perfiles de sus difuntos padres se hizo una simulación de caricatura. —Se calla y me enseña una imagen de Mireia, es muy parecida, aunque la real es más bonita—. Y, desde ese momento, se supo que la nieta de los Zanella estaba viva, eso fue todo un escándalo. Imagínate si los Denaro, la otra familia, se enteraran.

—¿Y crees que no lo saben ya?

—Pienso que sí, y si es así puede ser todo más complicado.

—¿Cuánto piden los Zanella?

—A gastos pagados.

—No entiendo —digo curioso y bebo el poco café que me queda.

—Pues a quien le lleve al gran Zanella a su nieta nunca le va a faltar de nada. Eso sí, tiene que estar sana y salva.

Trago saliva y se me encoge el estómago solo de pensar en cómo reaccionaría Mireia frente a unos mafiosos y cómo se tomaría que le dijeran que, a partir de ese momento, tendría que vivir encerrada entre cuatro paredes, privada de su libertad.

—¿Y tú qué le has dicho a mi chica? —le pregunto. Álex entrecierra los ojos analizándome. No sabe a qué viene esta pregunta y se la contesto sin que me lo pida—: El otro día por la tarde vi cómo Ana y ella subían a tu coche. Te hice ráfagas y no te diste cuenta.

—No sabe nada —contesta con rapidez desviando la vista hacia la izquierda. Pillado: me está mintiendo—. Todo fue porque tenía ganas de ver a Ana y, como habían quedado para comer juntas, me propuso ir con ellas. Y no se habló del tema.

—Álex, que nos conocemos… —Empleo mi tono desafiante.

—En serio, no le dije nada. Es verdad que en la comida nos expuso, en confianza, lo que le dijo José. Y también nos contó que había quedado con sus padres para pedirles explicaciones.

—¡Joder! —suelto dando un golpe a la mesa—. ¿Por qué no me lo contó? —pregunto alterado, y Álex encoge los hombros como respuesta—. ¿Sabes qué le dijeron?

—Nada, la dejé en una cafetería de Mollet, que es donde quedó con ellos, y nos fuimos. —La mano, al igual que la pierna, se me mueve sola, dando toques en la mesa. Mi amigo me la cubre con la suya—. Ella está igual que tú: desconcertada. Necesita respuestas.

—Yo puedo ayudarla —hablo desesperado.

—Lo sabe, aun así, entiendo que primero lo quiera hacer sola. No tiene que ser nada fácil averiguar que eres nieta del último Al Capone.

—Ya…

Echo la vista a un lado y me siento impotente de no estar con ella apoyándola.

—Tranquilo, solo necesita tiempo.

—Ya, pero no lo hay.

Me suena el teléfono y es de nuevo mi jefe. Lo silencio y presto atención a Álex.

—Cógeselo, yo me tengo que ir —me aconseja y alza la mano para que el camarero nos traiga la cuenta.

Al instante, recibo un mensaje de Carlos:

> Carlos:
> Llámame.

Para cuando aparto la vista de la pantalla, Álex está de pie, me levanto para darle un abrazo.

—Verás que todo saldrá bien —me confiesa.

—Eso espero, Álex —apostillo preocupado.

—Por cierto, no sé si Mireia lo sabe. —Lo observo con inquietud—. Su nombre real es Teresa, en honor a su abuela.

Me sonríe y me da un toque en la cara, a continuación, se larga dejándome perplejo y anclado en ese lugar. Pasados unos segundos, me dirijo al coche y decido llamar a mi jefe para saber qué quiere.

—Samuel, necesito que vengas a la central —me dice nada más descolgar.

—Hola, perfecto, tengo información.

—*Ok*, lo hablamos cuando estés aquí.

Sin despedirse me cuelga. «Debe de tener un mal día», pienso.

Unos minutos más tarde, se abren las puertas del ascensor. El ambiente de la oficina está algo cargado. La gente anda de un lado a otro bastante rápido. Voy a la mesa central de operaciones y solo hay papeles esparcidos, por lo que decido dirigirme a la sala de investigación, donde tampoco hay nadie.

—Samuel, aquí. —Oigo una voz femenina al fondo del pasillo.

Me dirijo hacia la sala del *office,* desde donde mi compañera Carol me ha llamado. Entro y por los gestos de preocupación del equipo me inquieto.

—Siéntate, por favor —me pide mi jefe.

—¿Qué pasa? —curioseo a la vez que le hago caso.

—Estamos en el periodo de espera de…

—¿De qué? —corto nervioso a mi jefe.

—Tranquilo, Samuel, deja que se explique —habla Carol.

—Nos han dado aviso de un código treinta y tres.

—¿María? —pregunto nervioso y me pongo en pie de un salto—. ¿Qué le pasa?

—Lleva unas veintiocho horas desaparecida.

—¿Y qué hacemos aquí? —suelto indignado.

—Samuel… —participa Matteo—, ya sabes cómo funciona el protocolo.

—Me importa una mierda el protocolo, solicita un puto convoy y vámonos —exijo a mi jefe, alterado.

—María pidió que le diéramos unas treinta y cinco horas de margen —continúa Matteo.

—Y, si ella lo pide, ¿todos tenemos que hacer caso? —cuestiono indignado.

—Samuel… —intenta calmarme Matteo—. Es su caso y son sus normas, ya lo sabes.

—Vale, lo que digáis —apostillo yéndome del *office*.

Cojo el teléfono y marco el número de Víctor.

—Samuel… —Oigo la voz de Víctor a través del auricular del móvil.

—¿Por qué no me has avisado antes? ¡Puede estar muerta! —Mi tono de voz es más fuerte de lo que puedo controlar.

—No es mi caso …

—No empieces tú también, que es mi hermana, ¡joder! —grito al teléfono.

Levanto la cabeza y me encuentro con que mi equipo sale al pasillo para acercarse a mí.

—Yo también estoy preocupado —dice Víctor e intento estabilizar mi respiración. Matteo me quita el teléfono y lo pone en manos libres—. Averiguó que Paolo es el *consigliere* de los Zanella.

—¿Paolo? —cuestiono.

—Tu hermana ha averiguado muchas cosas. El tema es un poco enrevesado. Para ir al grano: el verdadero Paolo es este que está aquí, en Italia. —Sacudo la cabeza porque no entiendo nada—. Creemos que es nieto de los Zanella.

—Entonces, si es nieto de los Zanella, ¿es el posible hermano de Mireia?

—No, es hijo de la difunta Anna Zanella —me aclara Víctor.

—¿Anna Zanella? —pregunto y clavo los ojos en los de Matteo.

—El gran Zanella tuvo dos hijas; Anna y María —comenta Víctor, y todo mi equipo está atento—. La mayor, que es Anna, murió de una enfermedad terminal, y María, la pequeña, en un accidente mortal de coche. —Asiento como si él me viera—. Paolo es hijo único y futuro heredero de la herencia del Gran Zanella, ¿sabéis qué quiere decir eso?

—No te pillamos, Víctor —nos interrumpe Matteo.

—Disculpa, Víctor, estoy en manos libres, te escucha todo el equipo —le informo porque de pronto se ha quedado en silencio.

—Tranquilo, sin problemas, todo lo que estoy hablando está anotado en la carpeta del caso Zanella —nos aclara—. Continúo; tu hermana averiguó que Paolo era nieto de Zanella y también que el Gran Zanella está en las últimas, lleva meses enchufado a una máquina. Con eso el cargo y la herencia se traspasa al sucesor. María se ha ganado la confianza de Paolo, y este la lleva a todos lados, ayer iban a ir donde se encuentra el Gran Zanella, así conseguiríamos la localización de la sede.

—Víctor, ¿mi hermana en algún momento ha escuchado algo sobre Mireia? —Cambio de tema, y mi jefe y Matteo me miran extrañados.

—Sí, aunque te lo quería contar ella.

—Víctor, no estoy para hostias, ¿qué sabes?

—Vamos a centrarnos, ahora necesitamos dar con el paradero de María —Carlos desvía la conversación.

—¿Consideras que tenemos que activar el código treinta y tres? —participa Matteo.

—Lo activaría ya —confirma Víctor.

—Perfecto, preparo convoy y en tres horas vamos hacia ahí, envíanos coordenadas —pide Carlos.

—Voy a ello. Gracias —se despide Víctor.

Guardo el teléfono, y mi jefe no deja pasar ni dos segundos para ordenar:

—Ya sabéis qué tenéis que hacer.

Asentimos, y me voy al ascensor, necesito comprobar que Mireia está bien antes de irme. Matteo entra detrás de mí.

—¿Por qué has hecho esa pregunta?

—He hablado con Álex —admito.

—¿Qué sabes? —me pregunta y deja caer la espalda contra la pared del ascensor.

—Mireia es nieta de Zanella, y su abuelo sabe que está viva.

—¿Qué te pasa por la cabeza?

—Aún nada en claro, aun así, en el caso de que Paolo, ex de Mireia, y Paolo, nieto de Zanella, tuvieran algo en común, ella está en peligro.

—¿Por? —Me observa curioso.

—Porque si el Gran Zanella está a punto de morir y sabe que hay dos herederos la herencia se divide, entonces si uno de los dos muere…

—Ya. —Coge el teléfono y llama a alguien—. Hola, necesito saber qué relación hay entre Chris Munich y Paolo Zanella. —Se calla y oigo un hilo de voz que sale de su altavoz, apenas se entiende lo que dice—. Perfecto. Sí, es urgente, gracias.

Se abren las puertas del ascensor y el único que sale soy yo, me giro hacia Matteo y sacudiendo el teléfono me aclara:

—Antes de tomar el vuelo tendremos esta información, te lo aseguro —Asiento y sonrío agradecido—. Nos vemos luego.

—Gracias.

Me despido con la mano antes de que se vuelvan a cerrar las puertas.

Estoy de camino al estudio de pintura, necesito verla y saber que está bien. No puedo dejar de darle vueltas a toda la información recibida, la cabeza me va a estallar.

«Si el falso Paolo es Chris Munich, ¿podría ser el padre de Paolo? ¡Uf! No lo creo, se ha acostado con Mireia —pienso a la vez que se me retuerce el estómago—. ¿Qué ser despreciable se acostaría con su sobrina por herencia? ¿Y si su cometido es matarla? Así su hijo se

quedaría el imperio de los Zanella, ¿eso es mucha fortuna?», sigo divagando.

La tensión me paraliza todos los músculos tensándolos a la velocidad del rayo, aprieto el volante con fuerza para minimizar la ira. Respiro hondo, no quiero pensar.

Cojo el teléfono y llamo a Mireia.

—Hola, mi vida.

En cuanto oigo la dulce voz de mi chica, el cuerpo se me relaja.

—Hola, preciosa.

—No te escucho muy bien, ¿estás en el coche?

—Sí, tengo que ir al trabajo un momento —miento—. ¿Y tú?, ¿sigues en el estudio?

—Mmm, sí, bueno, estoy a punto de salir.

Piso a fondo el pedal del acelerador para llegar a tiempo, solo estoy a dos calles.

—Tengo ganas de verte —le confieso.

—Sa…

—Dime.

—Te amo.

—Yo también.

—Recuérdalo siempre.

—Siempre —le repito. Ya he estacionado y pongo el freno de mano—. Te dejo, que tengo que salir del coche y se va a cortar la llamada.

—Vale. —Su tono de voz es flojo.

—Hasta ahora —me despido contento por las ganas que tengo de verla.

Escucho que comunica, compruebo la pantalla del teléfono y se ha colgado. Le he debido de dar sin querer. Me da lo mismo, ya que estoy enfrente del edificio del estudio de arte y la voy a abrazar en menos de dos minutos.

Subo al ascensor y toco el botón del último piso. Abro la puerta y creo que me he equivocado de planta porque el rellano es distinto. Miro por las escaleras para comprobar si es el último y sí. Bajo las escaleras hasta el piso anterior para ver si me he confundido y no,

juraría que es ahí. Vuelvo a la puerta donde está el supuesto estudio y toco el timbre.

Mientras espero me percato de que la puerta está recién pintada, huele muy fuerte, a disolvente, y la placa está mal pegada, como si la hubieran colocado rápido. De repente se abre la puerta y aparece una chica de estatura media con el pelo negro rizado y lleva unas gafas de pasta del mismo color.

—Buenas tardes —me saluda con una sonrisa amplia.

—Buenas… —contesto y observo el interior, esto no es el estudio. Saco la cabeza y vuelvo a observar el rellano. Tiene que ser este, sin duda. Me giro de nuevo hacia la chica, que sigue ahí quieta esperando a que diga algo—: Esto…, disculpa, ¿está Mireia?

—¿Mireia? —pregunta a la vez que con el dedo índice derecho se sube las gafas—. ¿Tenía cita?

—Mmmmm. —El corazón se me acelera—. Perdóneme, creo que me he equivocado.

Me doy la vuelta y cuando llego al ascensor dudo de si me he confundido de bloque. Me dirijo hacia la entrada y veo los buzones, en ese instante me viene a la cabeza que mi chica cogió una llave de uno de ellos. Me planto delante para buscarlo y, después de un rato, al fin encuentro el buzón que corresponde al piso y meto la mano. ¡Eureka!, la llave sigue ahí.

Sin pensarlo subo de nuevo. Intento abrir con la llave y no es la misma cerradura. De repente, se abre la puerta y aparece de nuevo la misma chica.

—¿Necesita algo?

—¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí? —le pregunto serio.

Sus ojos van de un lado a otro, nerviosa.

—Alrededor de medio año —titubea.

—¿Y sabe qué negocio había antes?

—No —contesta y traga saliva.

—Vaya. —Inspiro y me viene una bocanada de disolvente—. La puerta está recién pintada, ¿verdad? —indago mientras acaricio la madera.

Inquieta, la chica le echa un vistazo al interior del piso. Aprieta con fuerza la carpeta que abraza con ambas manos y, como si le

entrara la prisa, me suelta:

—Disculpe, si quiere una visita con la doctora Martínez, tiene que pedir cita. —Coge el pomo de la puerta, invadiendo mi espacio personal, lo que hace que dé dos pasos atrás—: En la web la puede solicitar, que tenga buena tarde, gracias.

Y sin esperármelo me cierra la puerta en las narices, vuelvo a tocar el timbre y no me abre más.

Cojo el teléfono y llamo a Mireia.

—El número al que llama está apagado o fuera de cobertura. —Escucho por el altavoz.

—¡Mierda!

Lo vuelvo a intentar y recibo la misma respuesta. No entiendo nada. ¿Qué está pasando? Respiro hondo e intento calmarme, no me quiero poner nervioso, aunque el corazón ya ha empezado a bombearme con fuerza, seguro que todo tiene una explicación. Le escribo un mensaje cauteloso, necesito saber qué es lo que ocurre y dónde está.

Samuel:
Cariño, llámame cuando puedas.

Mireia:
Hola, dime.

«Uf, ¿solo un "hola"? Algo pasa», pienso.

Samuel:
¿Qué le ha pasado al estudio de pintura de tu amigo?

Mireia:
escribiendo…

Un minuto más tarde, y ya sin paciencia, vuelvo a teclear.

Samuel:
Mireia, ¿qué cojones pasa?

Mireia:
Lo siento, Samuel. Perdóname.

Samuel:
No entiendo nada, ¿por qué te tengo que perdonar?

Me lee y no me contesta, siento cómo la ira empieza a invadirme y los ojos me arden.

Samuel:
¿Sigues ahí?

Cojo todo el aire que puedo, por una extraña razón tengo miedo a saber la verdad. El doble tic se pone en azul y no recibo respuesta. La cabeza me va a estallar, todos mis pensamientos son contradictorios. Con una mano me aprieto las sienes.

«Esto no me puede estar pasando, esto no tiene que ser real», me digo mentalmente.

Samuel:
¿Dónde estás?

Ya no recibo ningún tipo de respuesta por parte de Mireia. Estoy desconcertado, la rabia me ciega y un dolor inmenso se me ha instalado en el pecho. Intento centrarme lo mejor que puedo. Nunca

creí que tendría que utilizar el localizador que le puse en su momento por miedo a que Paolo o Chris Munich o como se llame le hiciera daño. En mi teléfono busco el dispositivo de Mireia, la aplicación me indica que está en casa. Sin pensarlo, voy directo al coche.

No pierdo el tiempo en entrar al parquin, lo dejo estacionado en doble fila. Subo por las escaleras de dos en dos para llegar lo antes posible, necesito tenerla delante para que me explique todo esto. Abro la puerta de casa y la busco como un loco por todas partes, no está. Se ha llevado toda su ropa, voy hacia el comedor y en la encimera de la isla de la cocina está su teléfono, tiene una nota:

Lo siento mucho,
no era mi intención hacerte daño.
Todo lo nuestro ha sido real,
eres lo mejor que me ha
pasado en la vida.

No sé si algún día podrás perdonarme,
aun así, cree en el amor.

Te amo, Sa.

Cojo la carta y la estrujo con todas mis fuerzas, doy un grito liberando toda la rabia contenida. Al instante recibo un mensaje y lo leo pensando que es ella:

> Carlos:
> El convoy está listo, de aquí a tres cuartos de hora todos en la central para despegar.

Dejo el teléfono en la encimera e intento calmar la respiración, que está muy alterada. Trago saliva y me siento en un taburete. Vuelvo a leer la nota con la esperanza de hallar una respuesta entre líneas, pero el mensaje sigue doliendo igual. Hago una bola y la lanzo hacia la basura, con la mala suerte de que rebota en el borde

y cae fuera. No voy a perder más el tiempo. Con el corazón encogido y helado como un tempano, armo la mochila con las cuatro cosas que necesito y salgo disparado hacia la central.

---

2 Canción *El principio de algo* de La La Love You & Samurai.

20. Qué sabor más agridulce...

SAMUEL

Cinco horas más tarde.

Estamos en la base italiana repasando todos los pasos que ha dado mi hermana. La jodida ha hecho un trabajo impecable. Tenemos un listado de nombres con cargos y fotografías. Cada movimiento está registrado con horario y ubicación, está todo al detalle, y eso nos facilita la búsqueda.

Matteo y Carlos empiezan a marcar en un mapa los puntos por donde ha pasado mi hermana y escriben los nombres de las personas con las cuales ha estado en cada sitio.

—Estaría bien indicar las veces que ha ido y las horas que ha permanecido en cada lugar —propone Matteo, y Carlos asiente.

—Samuel, vamos a repasar las conversaciones que has tenido con tu hermana hasta ahora —me pide Carol tocándome un brazo. Asiento con una sonrisa forzada y nos sentamos en la mesa de al lado, se gira y coge una libreta y un bolígrafo—. Cuéntame todo lo que recuerdes, a ver si hay algo que nos pueda servir.

—Por supuesto.

Hago memoria de todas las conversaciones que hemos mantenido en las llamadas telefónicas y empiezo a soltar todo sin pasarlo por el filtro de si es privado o laboral.

—Con todo esto, no creo que podamos acercarnos más a donde está —comenta mi compañera a la vez que analiza lo que ha anotado.

Su mirada es de compasión, aunque intenta evitar que se le note.

Echo la vista hacia un lado y estrujo lo máximo que puedo mi memoria. De repente me viene algo a la cabeza:

—¡El localizador! —Alzo la voz, y todo el equipo me observa.

—¿De qué localizador hablas? —participa Víctor acercándose a nosotros.

—Me dijo que se había implantado un pequeño GPS en una muela.

A muchos compañeros se le abren los ojos más de la cuenta, y Víctor clava la vista en un punto del suelo sin dejar de acariciarse la barbilla.

—Si hizo eso, tuvo que ser cuando fuimos a Milán —recuerda y se gira hacia nosotros—. Eso fue el primer día de estar aquí. —Corre hacia su mesa para coger su teléfono—. Si es lo que pienso, estamos en lo cierto. —Quita su funda y saca un papel pequeñito—. Esta tarjeta es de donde cenamos la primera noche de estar aquí —nos explica zarandeándola—, fue nuestra primera cita oficial y me pidió que la guardara de recuerdo y no la perdiera nunca. —Estamos todos expectantes. Algo le ha venido a la mente porque se le ha escapado una risita. Sacude la cabeza y gira la tarjeta—. ¡Dios! ¡Lo tenemos! —suelta al cielo, aliviado—. Me dejó escrito su número de serie.

—Qué lista es —proclamo y le tomo prestada la tarjeta—. Vale, vamos a buscarla.

Nos dirigimos a los informáticos para que rastreen el localizador. Rezo para que no se lo hayan descubierto y arrancado la muela de cuajo.

—Mientras intentáis rastrear a tu hermana, nosotros continuamos punteando el mapa —me comunica mi jefe. Se detienen enfrente de la pizarra y empiezan a analizar de nuevo todo—. Mira, Matteo, hay dos lugares al que han acudido muy a menudo y uno al que han ido solo dos veces en meses.

Los informáticos empiezan con la búsqueda exhaustiva y les cuesta bastante encontrar la señal del localizador. No paran de teclear y solo se oyen resoplidos. Uno de ellos abre varias pantallas y todas tienen un mensaje: «SIN SEÑAL». Después de varios

intentos cruza la mirada con Víctor, y no sé interpretar bien lo que se comunican con ella.

—¿Qué ocurre?

—El localizador tiene una señal muy tenue —me explica el informático.

—¿Y qué me quieres decir con esto?

—Si emite una señal muy débil puede ser por dos razones —participa Víctor—. Una porque una tormenta eléctrica por la zona haya afectado a la antena interrumpiendo la señal.

—¿O? —lo corto.

—Porque se encuentre en una zona de mala cobertura —continúa el informático.

El gesto de Víctor se torna serio.

—¿Crees que la han enterrado? —cuestiono alterado.

—O puede que esté en un sótano —interrumpe Carol con un hilo de voz suave—. No vayamos a ponernos en lo peor —me pide tocándome el hombro.

Trago saliva y asiento.

—¿Cuál es el siguiente paso? —pregunto a Víctor, y me llevo las manos a la cintura, ya que no sé qué hacer con ellas.

—Toca esperar.

Sin mediar palabra salgo de la sala escopeteado. Intento respirar profundo para tranquilizar el corazón, que me golpea como un loco el pecho. De repente me viene a la mente la imagen de mi chica pidiéndome que sonría.

—¡Mierda! —maldigo al aire.

—Ey, ¿qué pasa? —La voz de Matteo hace que deje de retorcerme la camiseta con las manos.

—Nada —miento molesto.

—Para no ser nada, suenas bastante enfadado. —Se coloca a mi lado y no puedo sostenerle la mirada—. Encontraremos a tu hermana viva.

—Más vale —susurro y me pellizco con los dedos el puente de la nariz.

—¿Hay algo más? —Intenta conectar sus ojos con los míos, aunque lo evito—. Eh, ¿qué ocurre?

Me agarra del brazo y me sacude para que reaccione.

—Mireia… —Me tiemblan las piernas al decir su nombre.

—¿Está bien?

—Supongo. —No puedo añadir nada más, me cuesta hablar de ella sin que mi cuerpo reaccione con dolor.

—Samuel, por favor, ¿qué ha pasado?

—Aún no lo he asimilado —le confieso triste y me viene a la mente lo del estudio. Resoplo y sin pensármelo dos veces le suelto —: ¿Te acuerdas del estudio de pintura al que me llevó en su día?

—¿El del lienzo de tu comedor?

—Sí, suerte que te cuento todo —confirmo aliviado—. Ya no existe.

—¿Cómo?

—Me presenté ahí para verla y no existía. Era otro negocio, había cambiado todo, el rellano, el color de la puerta…, todo.

—Qué extraño, ¿no? —Se cruza de brazos, pensativo.

—Sí, pero no sé con qué fin.

—¿Para borrar pruebas? —cuestiona mi amigo.

—¿Pruebas de qué?

—¿Crees que Mireia está metida en este lío?

—No, en esto de la mafia lo dudo. —Me noto menos tenso y puedo pensar con más claridad—. Lo que no sé es si Paolo sí que puede tener algo que ver.

—Ahora que lo dices —me corta Matteo—, tengo información para ti.

—Estás tardando.

—Su nombre real es Chris Munich, es el exmarido de la difunta Anna Zanella.

—¡¿Qué?! —Alzo la voz sin querer.

—Que es el padre de Paolo, nieto del temido Alessandro Zanella.

—Mierda… —musito y nervioso le sacudo de los hombros—. Mireia está en peligro.

—¿Por?

—Porque Chris Munich es el único que ha estado más cerca de Mireia y…

—Estás en lo cierto —participa Víctor, que sale por la puerta y viene hacia nosotros—. Mireia está en peligro porque, si Chris da con su paradero, la quitará del medio.

—¡Qué cabrón! —maldigo—. Así su hijo y él serán los únicos herederos de la fortuna de la familia Zanella.

Cojo mi móvil y recuerdo que no puedo llamarla, su teléfono está en casa.

—Joder —maldigo.

—¡Chicos! Hay una leve señal —nos informa Carol sacando la cabeza por la puerta y desapareciendo de nuevo en un parpadeo.

Nos miramos los tres y entramos disparados. Me acerco al informático con el nivel de esperanza máximo.

—Hay una leve señal aquí —nos indica el *hacker* con el dedo en el monitor.

—Dime coordenadas para situarnos en el mapa —le pide Víctor a la vez que despliega un mapa enorme y lo deja tendido encima de la mesa central.

—Por lo que indica está en el suroeste, a unos setenta y cinco kilómetros de aquí. Entre Salerno y Nápoles, cerca del…

—Mar —acabo la frase del informático.

—Vale —continúa Víctor dibujando el mapa con un lápiz—. Vamos a poner el punto entre medio de Nápoles y Salerno, ahora marcamos un perímetro de…, ¿cincuenta kilómetros? —le pregunta al informático, este hace un gesto afirmándole.

—Déjame ver —interviene Matteo abriéndose paso entre Víctor y Carol. Todos lo observamos atentos, como si tuviera la llave que nos puede abrir el camino hacia mi hermana. No dejo de pensar en que lleva más de cuarenta horas desaparecida y existe la posibilidad de encontrarnos su cuerpo sin vida, eso si lo hayamos.

»Comprueba estas dos coordenadas—. La voz de Matteo desvanece mis pensamientos y bloqueo mi miedo, quiero estar al cien por cien—. Catorce grados…

Mientras sitúan las coordenadas escritas en el mapa, salgo a tomar el aire. El cielo está despejado, se nota que aquí no llega la contaminación, la base está en medio del monte y se aprecian las estrellas.

Si estuviera aquí Mireia, seguro que me explicaría algo de las constelaciones o a saber el qué, es tan imprevisible.

—¿En qué piensas? —La voz de Matteo rompe mi concentración.

—Solo observaba —le sigo mintiendo.

—Por cómo sonreías contemplando las estrellas, diría que es por Mireia.

—No puedo evitarlo, no me la quito de la cabeza —le confieso desesperado, gesticula para que me sincere de una vez por todas—. Joder, mi hermana está desaparecida y a saber qué es de ella. —La voz se me rompe al inundárseme la mente de miles de imágenes de ella muerta—. En cambio, en vez de centrarme en encontrarla, me viene Mireia a la cabeza.

—Cuando queda pendiente una charla con alguien que ha sido capaz de rozar tu alma sin esta saberlo, es normal que por mucho que no quieras tu razón la recuerde.

—¿Y tiene que ser ahora?

—Ahora mismo tu sistema nervioso está en alerta, dejando paralizado el resto para poder ser tu mejor versión como policía. Desde hace medio año has revivido cosas que estaban muertas y sentido otras nuevas que han hecho que te sientas vivo. El cuerpo es sabio y quiere que no olvides quién te hace sentir así.

—¿Y para qué?, ¿para hundirme? —reprocho cabizbajo.

—No, para que luches. —Alzo la vista hasta él—. Quiere que estés activo con los cinco sentidos, ya que ahora sabes qué es estar vivo.

—Chicos, lo tenemos —nos corta Carlos.

Entramos y empezamos a prepararnos. Nos colocamos los chalecos, cogemos todo el armamento y nos subimos al furgón en busca de mi hermana.

—Hemos conseguido el plano de la casa —nos comunica Víctor.

—Perfecto, cuando lleguemos buscaremos zonas de acceso y ubicaciones del interior —ordena mi jefe.

—Sí, señor —decimos los del equipo al unísono.

Pasados unos cuarenta y cinco minutos el furgón se detiene y apaga las luces. Repasamos el mapa y examinamos los puntos en donde podría estar mi hermana.

—Vosotros dos iréis peinando la zona trasera del jardín desde este punto hasta llegar a la casa —le pide Carlos a un agente del equipo de Víctor y a Carol.

»Vosotros dos lo mismo, aunque de la parte del mar hasta la casa. —Se calla y coge aire—. ¿Samuel? —Lo miro—. ¿Estás listo? —Afirmo con la cabeza—. De acuerdo, si es así, entras por la parte lateral con Matteo y os dirigís hacia el sótano. Si la señal del localizador era tenue puede que la tengan ahí encerrada. —Sin soltar palabra, mi amigo y yo asentimos.

»Vosotros os quedáis en las zonas de paso, por si sale alguien poder detenerlos, llevamos armamento suficiente para que nadie se escape. Viene de camino otro convoy de Alemania, hemos preferido abstenernos a la ayuda de Italia por si hay cruce de informaciones y salen a la luz. Víctor y yo cubrimos esta zona —nos indica alumbrando con la linterna una parte del mapa—. El canal cinco es el nuestro. Para cualquier comunicación, encendemos y avisamos.

Nos ponemos en marcha y nos dirigimos hacia la casa. Estamos a unos quinientos metros de la entrada y vemos a tres hombres de seguridad, trabajadores de la familia Zanella, que vigilan el perímetro exterior. Le hago una señal a Matteo, y nos encargamos de ellos.

—Hay una luz en la parte lateral de la casa —nos comunica un compañero por el auricular—, hay cinco personas fuera, no tengo mucha visión.

—Indíqueme ubicación, cabo —le pide Matteo.

—Parte este de la casa, dirección al mar.

—No se mueva hasta que no estemos ahí —ordena mi amigo.

Llegamos al punto indicado y vemos acercarse a dos compañeros más por la parte contraria.

—¡Chicos! Ya está el convoy alemán aquí, han asegurado todo el perímetro. No habrá escapatoria si intentan fugarse —nos avisa mi jefe por el pinganillo.

Nos miramos entre todos sin mediar palabra y asentimos con la cabeza.

—Estamos listos para entrar —aviso.

—Perfecto. No perdáis de vista los objetivos.

Observamos a lo lejos a cinco hombres en el exterior y cerca de la puerta hay tres más, Matteo nos indica con los dedos quién se ocupa de quién. Hay bastante murmullo entre ellos y de repente se rompe ese zumbido con un grito:

—¡¡No!!

Me pongo en alerta al oír la voz de mi hermana.

Avanzo endemoniado y noto cómo me agarran con fuerza por el antebrazo. Me giro y es mi amigo, que me pide mediante gestos que me tranquilice y congele mis sentimientos. Trago saliva y respiro profundo. Abro los ojos y esta vez avanzo con paso firme y con el objetivo claro.

A pocos metros de llegar, mis compañeros hacen su trabajo y abaten al enemigo más lejano, dejándonos a nosotros al resto. El círculo de hombres se abre con la mirada puesta hacia la oscuridad y con las armas preparadas para disparar, en el centro está mi hermana maniatada y de rodillas en el suelo gritando a uno de los hombres que corre hacia el interior de la casa.

Derribo a uno de ellos, el que está más cercano a María, y Matteo acaba con dos más. Corro hacia mi hermana y, antes de que el último levante el arma para disparar, ella le da una patada por detrás de las piernas haciéndolo caer de espaldas. En un instante hay un agente del equipo encima de este bloqueándolo y con una mano le coloca las esposas dejándolo inactivo.

—¿Estás bien? —le pregunto a mi hermana analizándole la cara magullada.

—Ve a por el teléfono —me pide con la vista puesta en el interior —. Mireia ha hecho un intercambio.

—¿Mireia? —Me acaba de explotar la mente.

—Ha intercambiado mi libertad por su vida. —No sé si es su mirada o lo que acaba de decir que noto cómo algo dentro de mí se ha desgarrado—. Deja de darle vueltas y ¡ve a por el maldito teléfono!

Me levanto como un miura y entro en la casa. No sé muy bien qué camino tomar, hay disparos y gente corriendo de un lado a otro. Avanzo por los pasillos como si algo me indicara hacia dónde ir, hasta que llego a una especie de almacén donde se cierra una

puerta acorazada que está entre estanterías. La golpeo con rabia sin respuesta alguna. Mi corazón bombea tan fuerte que está a punto de salir disparado y pego un grito liberando toda la presión del pecho.

—¿Tienes el teléfono? —La voz de María hace que me gire. Niego con la cabeza—. ¿Está ahí dentro? —Afirmo porque no soy capaz de calmar mi alterada respiración—. ¿Lleváis pinganillo? —Me lo quito de la oreja y se lo acerco. A la velocidad de la luz se lo coloca y empieza a hablar a través de él—: ¿Víctor? Soy María. Sí, estoy bien. Necesito que me envíes una copia del plano de esta casa, hay que sacar unas ratas de su alcantarilla. —Nuestras miradas se unen. Mi hermana se acerca a mí y me palpa los bolsillos hasta que me saca el teléfono—. Envíaselo a mi hermano, gracias. —Las mejillas se le sonrojan por algo que le ha dicho Víctor y ella me evita la mirada—. Luego hablamos.

Al segundo recibimos los planos, y mi hermana empieza a ubicarse. Sin embargo, a mí me cuesta centrarme, pues la mente me va a mil, me limito a estar a su lado y a escuchar cómo se habla a sí misma entre susurros. Quiero saber cómo está Mireia, solo deseo que esté bien.

—¡Perfecto! —suelta emocionada María y hace que mis pensamientos se callen—. Tengo la solución para abrir esa puerta.

—¿Sabes que con explosivos no se va a abrir? —me anticipo.

—Lo sé. Tengo una idea mejor. —Sonríe y me besa en la mejilla—. Tú quédate aquí y espera a que esa puerta se abra para recuperar el teléfono.

Empiezo a dar vueltas por esa habitación y el jaleo del exterior se ha calmado. Al poco entra Matteo y tres personas más del equipo, quitan la bombilla y me dan las gafas de visión nocturna.

—Mejor ir con ventaja —comenta mi amigo—, si el plan de tu hermana sale bien, saldrán descolocados.

—¿Estaba el gran Zanella? —pregunto, por fin la mente me empieza a funcionar.

—No, ni rastro.

—Joder.

Nos quedamos callados al oír golpes en el interior del búnker, son solo ruidos muy fuertes.

—Atentos, están intentando abrir la puerta manualmente —nos comunica uno de los compañeros.

De repente, se oye un chasquido muy fuerte y se abre la puerta de par en par, saliendo una avalancha de agua y seis hombres empapados. Forcejeamos contra ellos consiguiendo reducirlos con cero muertes. Antes de sacarlos de la habitación, identifico al verdadero Paolo. Le cojo el teléfono y le pido que me lo desbloquee. Me mira con fijación y acto seguido me escupe.

—¿Ha resultado? —La voz de mi hermana desvía mi ira.

—Ha ido perfecto —le confirma Matteo, poniendo, de un tirón, a uno de los tipos de pie—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

Mi hermana se queda en la entrada y observa sonriente cómo van sacando uno a uno, esposados y totalmente empapados.

—Que las ratas vivan en las cloacas no quiere decir que sepan nadar —suelta al aire e intercambia miradas con Paolo.

—Eres una máquina —la felicita otro compañero.

—Gracias —le responde y se acerca a mí—. La contraseña es dos, dos, cero, uno.

Tardo unos instantes en caer en que me está diciendo el código para desbloquear el móvil, los dedos me van tan rápidos que no tardo nada. Voy a llamadas y remarco la última. Ni siquiera me había percatado de que era una videollamada hasta un segundo antes de que aparezca el rostro de Mireia en la pantalla. Tiene un golpe en una mejilla y el labio partido. Su rostro es de sorpresa al verme, aunque cambia el gesto dedicándome una tímida sonrisa.

—Samuel… —Su voz suena débil—. ¿María está a salvo?

—¿Estás bien? —Ignoro sus preguntas porque me interesa más ella.

—¿María está bien? —insiste.

—Sí —contesta mi hermana asomándose por la pantalla, Mireia suspira aliviada.

—¿Los habéis cogido a todos?

—No, no hay rastro de tu abuelo y sus hombres.

—Mireia… —Se escucha una voz a lo lejos que hace que se gire y asiente con la cabeza.

—Samuel, lo siento mucho, nunca he querido hacerte daño y menos a la gente a la que quieres —me habla tan rápido que no entiendo por qué me está diciendo todo esto—. Si volviera a tener mil vidas más, te elegiría mil veces, volvería donde todo empezó.

—¿Por qué dices eso, Mireia? ¿Qué vas a hacer? —Mis ojos van como locos observando la imagen de la pantalla.

—Ya está bien. —Se oye una voz de un hombre, que coge el teléfono y lo lanza, dejando la imagen a oscuras.

No puedo ver nada, aun así, la voz no se ha perdido. Me acerco el teléfono al oído y agudizo todos mis sentidos.

—Espera, quería decirle que lo quería. —Escucho a mi chica muy bajito.

Luego solo pasos, van rápidos, de un lado a otro, como si corrieran.

—No hay tiempo, hay que hacerlo —creo que es lo que le contesta la voz varonil.

Y de pronto se oye una explosión y se pierde la señal de la videollamada. Miro la pantalla y vuelvo a colocarme el teléfono al oído. No se escucha nada. En ese instante, siento cómo algo se apaga en mi interior, congelándome cada parte de mi cuerpo, dejándolo sin vida. No puedo sostener el teléfono, que no tarda en impactar contra el suelo.

María me coge de las mejillas y se planta frente a mi cara para que le preste atención.

—Samuel, ¿qué ha pasado?

—Algo ha estallado —suelto las palabras a trompicones.

—¿Cómo?, ¿Mireia está bien? —me pregunta María alterada.

—No lo sé —susurro sin poder alzar la voz.

—¿Estaba sola? —añade, pero no soy capaz de reaccionar. María me golpea la cara con suavidad, e intento enfocarla—. Samuel, ¿había alguien con ella?

—Un hombre.

—Mierda, Samuel. —Me presiona ambos brazos con las manos—. Mireia estaba con Chris Munich, daba su vida a cambio de mi

libertad, así toda la fortuna de los Zanella era para ellos. —María me suelta y se agarra el pelo, nerviosa—. Dime que está viva —me exige con voz rota y los ojos llorosos.

Me doy cuenta de lo que acaba de ocurrir y no me veo capaz de responderle. No sé ni cómo me tengo en pie. Siento una punción tan fuerte en el pecho que me arrancaría el corazón de cuajo, me cuesta hasta respirar. No puedo ocultar la tristeza que me invade al sentir cómo se resquebraja todo aquello que Mireia y yo construimos juntos, dejando todos mis recuerdos y sentimientos en blanco y negro. Mis piernas no pueden más, flojean, por lo que termino cayendo de rodillas al suelo y rompo a llorar.

Antesala del epílogo

SAMUEL

Tres meses más tarde…

Abro los ojos y los vuelvo a cerrar por la cantidad de luz que hay, siento cómo alguien me golpea la cara e intento abrirlos de nuevo y resoplo por el cansancio que me embarga. Trago saliva y mi sistema nervioso empieza a despertar. Escucho una voz:

—¡Joder, Samuel! ¿Cuánto hace que no te duchas? —Resoplo de nuevo y me doy la vuelta al ver que suben las persianas de mi comedor—. ¡Ahora mismo te vas a levantar y a darte una ducha! —me exige María tirándome del brazo.

—Déjame en paz —susurro y le doy la espalda.

—¡Ni hablar!

Sin esperármelo me pega un tirón del brazo que me lanza al suelo. Gruño y consigo mantener los párpados abiertos. Me encuentro a mi hermana con los brazos cruzados y cara de pocos amigos.

—¿Dónde tienes el móvil? —Hundo la cabeza entre los hombros y le muestro un gesto de indiferencia—. Esto es increíble.

La miro de soslayo para ver si he conseguido echarla de mi casa y no hay rastro de ella. Me levanto del suelo y la veo trajinando mientras recoge basura de todas partes con cara de asco.

—¿Quieres dejar de revolver entre mis cosas?

—¿Tus cosas? ¿Qué cosas? —me increpa con las manos llenas de porquería—. ¡Esto no parece una casa, sino un estercolero! —suelta

histérica—. Vete a duchar ya y pon esa camiseta a lavar, que seguro que se aguanta de pie sola.

Me dirijo al baño para no escucharla. Enciendo el agua y decido ducharme antes de que entre y lo haga ella. Cierro los ojos, dejando que el agua templada me caiga por encima de la cabeza y me invade un recuerdo de cuando Mireia entraba sigilosa en la ducha y me susurraba entre los labios: «Te desayunaría todas las mañanas», sus manos se arrastraban por mi torso mojado hasta llegar al culo y con sensualidad empezaba un juego de besos que acababa con un buen sexo bajo el agua.

Sacudo la cabeza con fuerza para quitarme esa imagen, me duele el pecho cada vez que me viene a la mente. Salgo de la ducha y cuando me giro para coger la toalla se me para el corazón al ver escrito en el espejo:

No dejes de compartir al mundo
esa sonrisa tan bonita que tienes.

By Pequeña psicópata

—¿Qué sucede? —La voz de mi hermana hace que consiga respirar.

No puedo mediar palabra ni tampoco dejar de mirar lo que me escribió por primera vez Mireia en el espejo.

Al percatarse de lo que estoy mirando empieza a limpiarlo. No puedo mover ninguno de mis músculos. Al leer de nuevo este mensaje siento como si ella estuviera viva.

—Vamos al sofá, he preparado sopa caliente, te irá bien —me dice María, mientras me acerca algo de ropa para que me vista.

No sé cuánto tiempo he estado bajo el chorro caliente de la ducha, pero ha sido el suficiente para darle un lavado de cara a mi casa, huele a lejía.

Me siento en el sofá, y mi hermana lo hace conmigo acercándome el plato de sopa. Tomo la primera cucharada y me sabe a gloria. Saboreo la comida como si fuera la primera vez que tomo caldo casero hecho por María.

—¿Cuánto hace que no comes caliente?

—No lo sé.

—No puedes seguir así —apostilla mientras con las yemas de la mano izquierda me roza la nuca—. Ella no lo querría así.

Se calla en cuanto la miro enfadado.

—Ella ya no está —suelto y siento cómo cada una de mis palabras se clavan en mi alma.

—Samuel, ¿por qué utilizas ese tono de inquina?

—Porque prefirió morir —escupo algo que llevo tiempo guardándome dentro.

—Lo siento —musita cabizbaja mientras se le escapan varias lágrimas que le recorren las mejillas.

—¡Eh! Todo fue decisión suya. —Trago saliva e intento averiguar si esa opinión es mía o de mi rabia, que ha tomado el control—. Podría haber recurrido a mí y lo hubiéramos solucionado juntos.

—No vayas por ahí, porque ahora hablas desde la ira y esto, con el tiempo, dará la vuelta y caerá sobre tus hombros, ya que asumirás una culpa que no es tuya. No sabemos qué pasó, ya está hecho.

Tomo un poco de sopa porque se me ha secado la garganta. Reina el silencio, aunque lo rompo pronto porque necesito preguntarle algo a María.

—¿De qué hablaste con ella el día que sucedió todo?

Deja el plato de sopa, se seca la boca y se voltea hacia a mí. Se le enternece la mirada y toma aire antes de empezar a hablar, nerviosa.

—Fue todo muy rápido. —Se coge ambas manos y hace una pequeña pausa para recordar—. Paolo recibió una llamada y se fue de la habitación donde me tenían maniatada. De repente, entró y pidió que me desatasen. Me sacaron a rastras y allí fue donde escuché su voz, pedía hablar conmigo y me quería ver. —Hace una pausa y traga saliva—. Tenía la cara golpeada y le sangraba parte de la boca. Nada más verme sonrió aliviada y me pidió que aguantara.

—¿Que aguantaras? —pregunto contrariado.

—Es como si supiera en todo momento lo que iba a pasar. —Las dudas me invaden y me muerdo la lengua para dejarla continuar—:

Me pedía reiteradas veces que la perdonaras, que ella siempre te iba a esperar.

—¿Esperar?, ¿dónde? —Dejo el plato porque mi pulso es inestable de los nervios que tengo.

—No sé, es como si fueran mensajes encriptados. —La mente se me está cortocircuitando, no entiendo nada. María me coge de las manos y hace que le preste atención—. ¿Sabes qué me dijo?

—No tengo ni la más remota idea.

—¿Tú le has hablado alguna vez de mamá?

—Sí.

—Entonces, sí que me estaba enviando mensajes encriptados todo el tiempo —anuncia sonriente.

—¿Me lo puedes aclarar? No estoy entendiendo nada —le pido molesto.

—Mireia me dijo: «Despídeme de tu madre». —Abro los ojos como platos.

—¿De qué va todo esto?

—¿No lo entiendes? —Niego con la cabeza—. Si le has hablado de mamá, ella tiene que saber que está muerta. ¿Por qué me dijo eso?

Me levanto nervioso y empiezo a dar vueltas al comedor.

—¿Crees que está viva? —escupo agitado.

—No lo sé. —Mi hermana no para de seguirme con la mirada—. ¿Y si ella tenía un plan B?

—Ahora entendería por qué no fueron ni Ana ni Sofía al supuesto entierro.

—¿Ellas te comentaron de su ausencia?

—Sí, Sofía dijo que estaba delicada de salud por su tratamiento y no quería asistir. Ana… —Miro hacia el ventanal y recuerdo su llamada y lo que me dijo como si fuera ayer—: Sus palabras textuales fueron: «No se ha encontrado el cuerpo de mi amiga, para mí no está muerta, no quiero ir a un funeral de alguien del que no están sus huesos presentes».

—Qué dura.

—La llegué a entender, porque empatizaba con el dolor que estaba sufriendo, había perdido a su amiga.

—¿Y si no vinieron porque su amiga está viva?

Me detengo y valoro la posibilidad. De repente me viene un *flash* a la cabeza.

—Si eso fuera verdad… —digo dirigiéndome a la cocina.

—¿Qué pasa, Samuel?

—¿Dónde está la puñetera nota? —me pregunto en voz alta, en frente de la nevera—. La dejé aquí colgada.

—¿Qué nota? —Mi hermana me observa desde la isla apoyada en ella.

—Mireia me dejó una nota escrita el día que se fue. —Me detengo y me paro a recordar—. Entré en casa y vi su teléfono encima de la isla, había una nota en ella.

—¿Qué ponía?

—No lo sé, no me acuerdo —contesto nervioso—. Vale, no la dejé colgada en la nevera, la arrugué y la lancé a la basura.

—Espera, ¿era un papel arrugado?, ¿de tamaño pequeño? —Me indica las medidas con los dedos. Afirmo con la cabeza—. La he dejado en tu mesilla, pensé que era un recuerdo que de un arrebato de los tuyos querías destruir, y me ha sabido mal tirarlo a la basura.

Voy hacia la habitación y cojo la nota.

Lo siento mucho,
no era mi intención hacerte daño.
Todo lo nuestro ha sido real,
eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

No sé si algún día podrás perdonarme,
aun así, cree en el amor.

Te amo, Sa.

—A ver, déjame la nota. —Se la acerco y la lee con atención—. Cree en el amor —repite. Da la vuelta a la nota y salta—. Espera… ¿y si el mensaje está en lo de aquí atrás?

Me muestra esa parte y es el anuncio de un *cover* de la canción *Ordinary* de Alex Warren versionada en español. Coge su teléfono y empieza a teclear.

—Lo tengo. —Me observa nerviosa y comienza a leer—: La canción *Ordinary* de Alex Warren es un tributo al amor que convierte lo cotidiano en extraordinario.

—Se identifica mucho con Mireia —la corto.

—Mira esto. Se puede traducir de la siguiente manera: «Me estás sacando de lo ordinario. Quiero que me recuestes hasta que estemos muertos y bajo tierra. En el filo de tu cuchillo, ebrio de tu vino. Los ángeles en las nubes están celosos sabiendo que nos encontramos».

—¿Me estás diciendo que me tengo que morir ahora?

—No, se nota que estás espeso.

—¿Me puedes alumbrar con tu teoría? —ironizo, y ella me contesta con una sonrisa sarcástica.

—Siempre has dicho que ella conseguía despertar cosas, como frenar el caos que reinaba en ti y te ha hecho disfrutar de detalles que ya ni te acordabas de ellos, ¿no?

—Mireia ha conseguido mucho, más que yo solo en toda mi vida.

—Esta canción simboliza que el amor puede con todo. Como te ocurrió a ti con ella, que pasaste de una vida ordinaria a una extraordinaria.

—Vale, sí, eso ya lo sé. ¿A dónde quieres llegar?

Cruzo los brazos y la observo con atención. No estoy captando el mensaje, llevo demasiado tiempo dejando pasar la vida sin hacer nada.

—Mireia no ha dejado de enviarnos mensajes encriptados en todo momento, sabía que tú te bloquearías al vivir su muerte, por eso me involucró. —Arqueo una ceja, y mi hermana resopla al ver que sigo sin entender nada—. Las últimas palabras que te dijo fueron: «Si volviera a tener mil vidas más te elegiría mil veces, volvería donde todo empezó». ¿Lo entiendes ahora? —Niego con la cabeza—. ¡Joder, Samuel! Demasiado alcohol llevas por las venas. —Frunzo los labios, aunque tiene razón—. En el hipotético caso de que estuviera viva, puede que te esté esperando donde todo empezó.

—¿Donde todo empezó?

Me viene a la mente la cafetería donde empezamos a entablar una buena amistad con la búsqueda de Max.

—¿Samuel? —La voz de María me trae de vuelta de mis pensamientos—. Mira a tu alrededor. Tienes fotografías expuestas por todo tu piso confirmándote dónde está. —Observo las imágenes y veo el atardecer del Café del Mar, sonrío al recordar la cara que puso al verme ahí—. Te lo ha dejado siempre presente, ese lugar ha marcado un antes y un después en vuestras vidas.

—¿Colombia? —cuestiono y el vello se me pone de punta.

—Sí, Samuel, si estamos en lo cierto, Mireia lleva estos meses esperándote en Colombia —me aclara esperanzada.

Noto cómo me cuesta respirar por la posibilidad de que aún siga viva. No puedo remediarlo y la abrazo con fuerza. Sus calurosas manos me acunan la espalda y rompo a llorar.



Rumbo a 📍Aeropuerto de Cartagena de Indias, Colombia.

Llevo más de dieciocho horas fuera de España y no consigo dormir. He hecho escala en Miami y ansío pisar tierras colombianas. Esta vez Álex no sabe nada, porque, si es verdad que Mireia está viva y me espera en Colombia, él tiene algo que ver. Tengo el estómago como una piedra, pequeño y duro, no he podido ingerir nada de comida, solo le doy tragos cortos a la botella de agua. Tengo la sensación de que las sospechas de mi hermana son ciertas, aunque, por otro lado, mi razón me pone en el peor de los casos: que todo sea una simple hipótesis.

Dejo escapar el aire y me deshincho como un globo, vuelvo a cambiar de postura, no sé ya ni cómo ponerme. Observo por la

ventanilla y está todo oscuro, tenemos que estar volando por encima del mar.

—¿Ansioso por llegar? —La voz suave de una mujer me hace mirarla, está sentada a mi lado y no recuerdo que ese asiento estuviera ocupado.

—¿Llevas todo el tiempo aquí?

—No, me acabo de sentar. Mi asiento es el del final —apostilla y señala en esa dirección—, y la señora que tengo al lado lleva roncando una hora y media.

—Prácticamente todo el viaje —la corto y sonrío.

—Y aún queda una hora y cuarto para llegar. Le he pedido al azafato si podía cambiarme y me ha indicado que este asiento está libre. —Me sonríe y le contesto con otra sonrisa—. Me llamo Mar, encantada —se presenta y me da la mano.

—Samuel. —Se la estrecho.

—¿Qué te trae por Colombia?

—Buf —resoplo y no sé ni qué contestar.

—Disculpa, soy una entrometida, siempre me lo decía mi padre. —Aprieto los labios para formar una sonrisa—. Yo vengo a buscar a mi madre, hace más de veinte años que no la veo.

—Cuánto tiempo, ¿no? —pregunto sorprendido.

—El tiempo que he tardado en saber la verdad. —Su voz mengua casi al acabar la frase y pone la vista en sus manos.

Por alguna cuestión quiero explicarle lo que me trae a Colombia.

—Vengo a averiguar si mi chica está viva.

—¡Joder! Esta no me la esperaba, ¡vaya dos! —suelta sorprendida y simula una mueca graciosa—. Parecemos dos protagonistas de una película de Netflix.

—Totalmente.

—Atención a todos los pasajeros, en breve nos dispondremos a aterrizar, pedimos que se sienten en sus asientos y se abrochen los cinturones. —Se oye una voz femenina por el altavoz del avión.

—¿Alguna vez te has preguntado si el cinturón serviría de algo frente a un accidente de avión? —me pregunta Mar.

—Nunca me lo he planteado, creo que hay situaciones que prefiero ignorar.

—Sí, tienes razón. Mejor no pensarlo, mejor dejarse fluir —comenta y deja caer la espalda en el respaldo del asiento.

En ese instante, se me dibuja una sonrisa, me acaba de recordar a Mireia. Cómo me gustaría volver a escuchar su voz, ya no la recuerdo.

Una vez en la cinta del equipaje, cojo mi maleta y espero a que Mar coja la suya, nos vamos juntos hacia la puerta de los taxis y ahí nos despedimos.

—Espero que tengas suerte con lo de tu madre —le deseo de corazón.

—Y yo, que tu chica esté viva.

Nos damos un abrazo cordial y cada uno se va hacia su taxi.

Parada número uno, aunque no me voy a hospedar ahí, me dirijo al hotel en el que vi por primera vez a Mireia. Lo recuerdo como si fuera ayer.

—¿Puede esperar cinco minutos? Voy a preguntar y ahora vuelvo.

—No hay problema, me voy hacia la zona de la parada de los taxis, ahí le espero —me indica el taxista.

Me dirijo al interior del glamuroso hotel y respiro hondo para apaciguar mis nervios. Noto cómo cada uno de los pasos que doy me retumban en la cabeza. Observo de punta a punta el vestíbulo, que está repleto de gente andando de un lado hacia otro. No hay rastro de ella y voy directo a la recepción.

—Buenos días, ¿en qué le puedo ayudar? —Me recibe una chica pelirroja con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días, ¿me podría indicar la habitación de Mireia Ruiz? —digo convencido, y ella no duda en consultarlo en su ordenador.

—Disculpe, no hay ninguna Mireia Ruíz registrada en este hotel.

—¿Podría comprobarlo con el nombre de Mireia Zanella o Teresa Zanella? —El gesto de la mujer se pone serio—. Es mi esposa y le quiero dar una sorpresa. No recuerdo en qué hotel está. Por favor —le suplico con mi mejor cara de lástima.

—De acuerdo, lo hago porque se le ve cara de enamorado. —Trago saliva al escuchar sus últimas palabras—. Me sabe muy mal,

pero su mujer no está en este hotel. —Suelto el aire, resignado, y una parte de mí se derrumba.

—Espere, le voy a enseñar una fotografía de ella, a ver si por un casual le suena haberla visto. —Saco el teléfono y voy al álbum oculto que está repleto de recuerdos con ella—. Mire, es esta chica.

—Déjeme ver —me comenta a la vez que estira el brazo para ver mejor la fotografía. Me entristece al ver cómo sus labios crean un arco hacia abajo y niega con la cabeza—. No se desanime, seguro que la encuentra —añade mientras me devuelve el móvil.

Le sonrío y antes de salir por la puerta vuelvo a darle un último vistazo al vestíbulo. Nada. Me siento en el taxi y le pido que me lleve a mi hotel, necesito una ducha y echarme un rato.

Me despierto al oír un zumbido insistente que proviene de la mesita, me siento en la cama y no sé cuánto tiempo he dormido, ha tenido que ser el suficiente para que se haya hecho de noche, parece que esté viviendo un *déjà vu*, aunque esta vez el del teléfono no es Álex, sino mi hermana.

—¡¡Hola!! —grita María y me separo el móvil de la oreja. Me masajeo los ojos para despertarme más rápido.

—Hola, pequeña.

—¿La has encontrado?

Respiro hondo y dejo escapar una bocanada de aire.

Recuerdo que mi primer intento ha sido fallido y me encuentro en el tramo del cincuenta por ciento de la probabilidad de que Mireia siga viva. Sacudo la cabeza para quitarme ese pensamiento, quiero mantenerme positivo, aunque sigue habiendo algo dentro de mí que piensa que estoy haciendo esto para nada, que ahora mi necesidad es pensar que ella me está esperando en algún lugar para poder bloquear ese dolor punzante que amartilla mi pecho cada segundo del día.

Tengo que centrarme en lo que he venido a hacer, pues el no ya lo tengo.

—¿Samuel? ¿Estás ahí?

—He ido al hotel donde nos vimos por primera vez y no está ahí.

—Y…

—Antes de que continúes, sí, he preguntado por todas las combinaciones de nombres y apellidos posibles, hasta le he enseñado una fotografía, y nada, no habido suerte.

—¿Y Álex?

—A Álex no lo he querido llamar. Si realmente es cierto lo que decía Mireia en su día, la encontraré.

—¿El qué?

—Cuando dos almas están conectadas pueden ser desconocidos, perderse, olvidarse, pero siempre acaban encontrándose de nuevo.

—Qué profundo. —Sonrío al recordarla enfrente del mar hablándome de sus temas holísticos, con una mirada brillante y su bonita y contagiosa sonrisa. Recuerdo cómo el viento jugaba con sus mechones sueltos, y ella intentaba que no le fuera para la cara—. Entonces, ¿dónde crees que te va a enviar tu conexión?

—Me queda un lugar, el Café del Mar, ahí es donde nos estrechamos la mano para firmar la paz entre nosotros, aunque era ella la que estaba más molesta de los dos. —Se me escapa una risotada al venirme a la mente cómo se puso al querer ayudarla con el secuestro. Escucho a mi hermana toser por el altavoz y continúo —. Lo fuerte fue que creíamos que íbamos a compartir solamente unos días aquí, en Colombia, no nos esperábamos que continuáramos conociéndonos.

—¿Y cuándo vas a ir? —me corta animada.

—Tranquila, iba a ir ahora por la noche, después de cenar.

—¿Cenar? Samuel, date una ducha, si no te la has dado ya, y nada de cenar. La mujer de tu vida seguramente estará ahí esperándote.

—¿Y si no está? —le rebato y trago saliva para rebajar el nudo que tengo en la garganta.

—No lo sabremos si no paras de perder el tiempo.

Su tono de voz empieza a ser molesto, aun así, no se lo tengo en cuenta, se siente responsable de la situación y creo que, si por un casual Mireia estuviera viva y la encuentro, ella se quitaría un gran peso de encima, aunque esto no me lo ha dicho.

—Tranquila, me visto y voy para allí.

—Por favor, si está, dímelo.

—Está hecho.

Voy al armario y no sé qué ponerme, estoy nervioso, más que la primera vez que dormimos juntos. Cojo un tejano y una camiseta básica de color negro. Voy al baño e intento dominar un poco el pelo para que se me vea medianamente arreglado y me perfumo, por si de veras ella está ahí.

Un rato más tarde, bajo del taxi y noto que las piernas me tiemblan. Tengo miedo, no os lo voy a negar, ¿y si no está? ¿Y si estoy buscando a alguien que no existe? Continúo andando porque la gente me golpea al pasar, ya que me he detenido en la puerta y estoy prácticamente en medio. No sé muy bien dónde ir o dónde buscar. Me acerco a la barra y pido para beber. Me pongo de espaldas al camarero y observo el ambiente, hay una mujer en el escenario cantando canciones conocidas. Continúo examinándolo todo y veo las mesas llenas de personas sonrientes, disfrutando del momento.

Me llama la atención una mesa vacía, al fondo del todo. Me extraña que no haya nadie sentado, es la que mejor situada está. Desde ahí se puede ver el escenario a la vez que cómo va cayendo el sol y te ofrece el mejor atardecer que uno puede vivir. Cojo mi bebida y me voy directo a esa mesa. No os puedo negar que me hubiera gustado encontrármela ahí sentada, ella tenía un radar para estos lugares, veía más allá de lo que uno ve. Me siento y contemplo ese atardecer que deja la mitad del cielo naranja y la otra mitad de diferentes tonos de azules.

Se para la música y miro con la esperanza de que aparezca Mireia andando entre la multitud, viniendo directa a mí, sin embargo, veo a la chica del avión abrazando a la cantante. ¿Será su madre? Por cómo la abraza, tiene que serlo. Algo se están diciendo que la gente de alrededor está aplaudiendo.

Sonrío, me alegro por ella, por lo menos uno de los dos ha tenido un final feliz. Le doy un trago a mi bebida y me quedo absorto en cómo va desapareciendo el color naranja y el cielo se queda totalmente a oscuras.

Suena de nuevo la música y esta vez me quedo contemplando el cielo, está lleno de constelaciones. Rabia me da de no saber

diferenciarlas. Se me pone la piel de gallina al escuchar la letra de la canción:

Ya siento la cicatriz y aún no he sufrido la herida.
¿Y si todo acaba aquí? En esta dulce utopía…[3].

Se me clava cada palabra, parece estar hecha a medida para mí. Rememoro cada momento vivido junto a Mireia y en ese momento entiendo que debo aceptarlo; no la volveré a ver jamás. Me he creído la esperanza de volver a encontrármela, y ahora sé que solo seguirá viva en mis recuerdos.

Me seco las lágrimas y disfruto del momento como ella lo hubiera hecho. Cierro los ojos mientras la música suena:

Y ojalá que me mires y te sientas tocado y hundido.
Como yo al entender que entre toda esta gente
te hubiese elegido otra vez.
Al menos pelea. Al menos peléalo
y si no te quedan fuerzas ya te las presto yo.
Al menos no me mientas, si no lo quieres dímelo…

—Y entre toda esta gente te hubiese elegido otra vez —me cantan al oído y es como si fuera la voz de mi chica, la tengo tan presente que parece que esté aquí.

Me tocan el hombro y abro los ojos para ver quién es. Me encuentro a un chico de media estatura, con la tez morena y los ojos negros que me observan con atención.

Le sonrío porque no sé si me ha preguntado algo.

—¿Está ocupada? —Me señala la silla que tengo al lado, y niego —. ¿La puedo coger?

—Por supuesto —musito con la voz rota.

El chico se aleja con la silla en la que debería estar sentada Mireia, cojo aire con fuerza y lo suelto muy lento. Vuelvo a girarme para ver de nuevo el cielo y se me cae el vaso al suelo. No puede ser lo que estoy viendo, mi sistema nervioso se ha quedado paralizado y no puedo reaccionar.

—Te he estado esperando mucho tiempo, Sa.

Trago saliva porque veo que no es fruto de mi imaginación, es mi chica en carne y hueso.

Me pongo en pie frente a ella y llevo las manos a su cara, tocándola despacio. Su piel sigue como la recordaba: suave y cálida. Nuestros ojos se persiguen como locos. No sé qué decir, no hago más que palparla, su pelo, sus labios, su cuello…, es real.

—Sa, lo siento mucho, necesito que me perdones —me pide, su mirada se pone vidriosa y no puede detener las lágrimas.

Las seco con el pulgar y a un centímetro de su boca solo consigo decir:

—¿Eres real?

—Tan real como el amor que siento por ti.

Le sello la boca con un beso apasionado. Noto una revolución en mí, como si todo hubiera despertado, como si se coloreara aquello que se quedó en monocromo. El corazón me vuelve a latir y las ganas de vivir se han reiniciado. Me separo de ella para volver a comprobar que es real, que no estoy soñando, y se me escapa una risa tonta, provocada por los propios nervios. La abrazo con fuerza acaparándola entre mis brazos y sin poder remediarlo reviento a llorar, aunque esta vez de felicidad.

---

3 Canción de Paula Mattheus, *Tocado y Hundido.*

Epílogo

MIREIA

Sí, lo sé. Os debo una explicación. Después de la charla con José y ponerme al día de quién soy realmente, incrédula, les pedí explicaciones a mis padres. Ya llevaba tiempo en el que me descuadraban cosas, aunque tampoco pensé que iban a ser de esa índole. Llegué a pensar que mi padre era policía secreta, pero no era el caso.

El día que tuve que ocultar a Samuel los verdaderos nombres de mis padres se creó una fisura en la relación entre mi padre y yo. Y el día que me planté en su casa supe que iba a salir por la puerta siendo otra. Lo recuerdo como si fuera ayer, llamé a mi madre como unas cuatro veces, porque no me cogía el maldito teléfono y, finalmente, antes de que hubiera una quinta me envió un mensaje con unas coordenadas. No os sorprendáis con ellos, siempre han sido así y ahora sé por qué.

Acudí a un hotel algo peculiar, uno de los que solían ir las personas con sus amantes, donde había mucha confidencialidad para no ser descubiertos. En el parquin me esperaba mi padre y fuimos juntos a una habitación, lo bueno de esos hoteles es que puedes pagar en efectivo y dejar un solo DNI.

Me presento, mi nombre real es Teresa Zanella, la nieta legítima y deseada por mi abuelo, el último Al Capone de la mafia italiana. Por lo visto, mis padres biológicos pertenecían a familias rivales y nunca aceptaron el romance que había entre ellos. Hubo varios altercados hasta que se supo la noticia del embarazo, momento en el que la tensión entre las familias aumentó. ¿Dónde se criaría esa nieta?

Ambas querían que fuera bajo su jurisdicción. Lo que desconocían era que los padres de aquella criatura estaban decididos a abandonar la mafia a cualquier precio.

La decisión que tomaron fue dar sus vidas a cambio de mi libertad, y aquí entran en juego mis presentes padres, Aurora y Lorenzo. Aurora era la mejor amiga de mi madre, estudiaban juntas en el internado. No era de familia pudiente, sino que era hija de la cocinera y, por cuestiones de conciliación familiar, el director la infiltró como una alumna más.

Mi padre, Lorenzo, era el repartidor que llevaba la comida al internado, y ahí se conocieron, gracias a mi madre biológica, María, que dio el paso para que tuvieran su primera cita. Por lo visto, estaba preparándose para las pruebas de acceso a policía.

Y en este punto de la historia fue en el que empecé a entender muchas cosas del presente: Lorenzo había escalado muy alto en la policía, fue director de cuatro grupos no oficiales que solucionaban asuntos estatales privados.

Cuando se decidió el plan de fuga, sabiendo que mis padres no iban a salir de ahí por el *modus operandi* de la mafia, tuvieron que maquinar un plan B, que lo ofició Lorenzo, un segundo coche se encontraría con ellos a escasos metros de la salida de la casa de los Zanella, le harían entrega del bebé y continuarían su camino, más tarde saldrían ellos. Lo que no preveían fue que los esperasen a la salida de un túnel donde los dispararon a bocajarro. Lorenzo pisó el pedal del acelerador como si le fuera la vida en ello y, cuando escapó de ahí, los nervios le impidieron ver una curva, por lo que salimos despedidos.

Por suerte, solo nos hicimos un par de rasguños, y desde ese momento nuestras vidas se convirtieron en un *scape room*; más bien para ellos, porque yo desconocía todo lo que estaba pasando. Simularon en las redes trabajos ficticios como presidentes de una organización de la protección del medio ambiente, anunciaron noticias falsas… Todo por si alguien indagaba.

Hasta que llegó el día, después de muchos años, en el que hubo una fisura de información: mis informes médicos llegaron a malas manos: Chris Múnich, mi tío. Se me pone la piel de gallina solo de

pensar en todo lo que hicimos juntos. No es que follásemos muchísimo, se pasaba más tiempo fuera que dentro, pero, joder, es mi tío.

Es verdad que, desde que se cruzó en mi vida, empezaron los supuestos secuestros, por lo visto todo era para mantenerme encerrada en casa. Seguramente, os estáis haciendo la misma pregunta que Samuel: ¿y mis padres no sabían con quién estaba? La respuesta es no, fue por mi culpa, se lo oculté yo porque Lorenzo siempre ha sido muy protector, digamos que le viene de profesión, de una promesa y porque con el tiempo he pasado a ser alguien importante para él, y no aceptaba que hubiera un hombre a mi lado, no se fiaba de nadie. Ahora entiendo por qué.

Cuando le enseñé a mi madre la fotografía del ficticio Paolo, después de dos años de relación, casi se atragantó, y me puse a la defensiva al creer que me iba a salir con el discurso de que no íbamos a llegar a ningún lado por la diferencia de edad, ilusa de mí. Le rogué que no se lo contara a mi padre por miedo a sus represalias y porque sabía que, si me iban a prohibir algo, actuaría haciendo lo contrario a lo que me pidieran.

Aquí viene la historia de los cuadros: fue como decir «te regalo estas dos obras de arte robadas en el mercado negro, con las que podrás conseguir dinero para aburrir. A cambio, dejas en paz a mi hija, que desconoce su pasado». Y ya sabéis el dicho de: «La avaricia rompe el saco», ¿no? Pues eso fue exactamente lo que le ocurrió a Chris.

Ese día no pude escuchar más, me iba a reventar la cabeza y apenas podía abrir los ojos de lo mucho que lloré. Suerte que Samuel llegó algo tarde y pude estar todo el día a oscuras en casa.

Lo siguiente fue hacer una breve reunión con mis padres junto con Álex y Ana. Todos tenían información e ideas para poder solucionar el problema. ¿Cuál era? Chris había desaparecido del planeta hasta tres días antes del secuestro de María. Me envió una imagen de ella rodeada de tipos que daban miedo y, a continuación, me escribió un mensaje:

Gilipollas:
¿Te suena? Se parece mucho a tu chico, ¿verdad? Aún estamos debatiendo qué hacer con ella.

Mireia:
Como la toques te mato, imbécil.

Gilipollas:
Antes tendrías que saber dónde estoy.

Cada hora que pasaba me moría por dentro, era mirar a Samuel e intentar no romperme a llorar, y todo por mi culpa.

Me costó mucho convencer a mis padres y a mi amiga de que el plan de Álex de hacer de cebo era buena idea. Lo llevaríamos a nuestro terreno sin él saberlo, Álex dispone de muchos contactos y quedamos en un ficticio restaurante flotante en Francia, ese sería el lugar donde yo me ofrecería y a su vez liberarían a María.

Al descubrir que mi imagen estaba corriendo por los lugares más oscuros de las redes mafiosas, teníamos que frenarlo, y la única forma era simulando una muerte. No lo teníamos muy claro porque existía la posibilidad de que algo saliera mal.

Y, una vez pensado el plan, empezamos por la primera parte: eliminar las pruebas que la policía sabía que existían; los cuadros. Los recogieron y los llevaron a un lugar seguro, de eso se encargaba mi padre, como también de hacer desaparecer el estudio de mi amigo, a cambio de su silencio le compraron otro sin que tuviera que pagar nada.

En el restaurante flotante no habría nadie más que el supuesto jefe, Álex y dos camareros reales de la tripulación. Ana quería estar ahí, aunque Álex se negó. Si teníamos que simular un intercambio real sucederían hechos que ella no permitiría y se jodería todo. Por

ello, pactaron que fuera ella la que nos viniera a buscar con una lancha antes de la explosión.

Paolo, o mejor dicho Chris Munich, no me lo puso fácil, aguanté demasiado escuchando barbaridades que activaban mi ira a pasos agigantados, lo único que quería era la fortuna que iba a dejar mi abuelo tras su muerte, pero, cuando se enteró de que su querida nieta estaba viva, todo cambió. Las particiones no iban a ser por partes iguales, sino que me llevaría el setenta y cinco por ciento de la herencia porque soy la nieta legítima. Mi madre era hija de su primer matrimonio, la única mujer que hizo sonreír a mi abuelo y le brindó el apellido Zanella. Luego vino la siguiente, una mujer impuesta por tratos entre familias, y tuvieron a la segunda hija. Por lo visto, esa opción no les gustó nada a Chris y a su hijo. No me entraba en la cabeza que el dinero pudiera convertir a seres humanos puros en arrogantes y sin escrúpulos. Lo tenía ahí enfrente de mí, decidiendo qué hacer conmigo, y escupirle en toda la cara fue el momento más placentero. Sé que con ese gesto activé su rabia y me golpeó varias veces en la cara dejándome tendida en el suelo, abrí los ojos y vi a Álex con gesto frío acechando a Chris, a continuación, cruzamos miradas y me hizo un gesto para que me tranquilizara y siguiera con el plan.

Cuando me aceptó la videollamada con María, al verla casi me derrumbé. Tenía marcas por toda la cara y el pelo desaliñado. Las comisuras laterales de la boca estaban moradas por el pañuelo que la amordazaba. Estaba nerviosa, hasta podría decir que tenía miedo. Sabía que desapareciendo de la vida de Samuel, de la manera en que lo hice, iba a conseguir que estuviera centrado en salvarla.

En ese momento, respiré hondo para concentrarme en el mensaje que le tenía que dar a María para Samuel, por si algo salía mal. Y en ese instante se escuchó un disparo y vi que abatían a uno de los hombres que rodeaban a María. Sonreí porque la habían encontrado en un parpadeo de ojos. Chris me arrebató el teléfono para comprobar qué estaba sucediendo y me apuntó con una pistola.

—¡Puta! ¡Nos has tendido una trampa! —gritó nervioso.

Yo solo veía el cañón de la pistola, no podía moverme, pues estaba paralizada por el miedo, solo lograba tragar saliva. De

repente, como si se hubiera teletransportado, apareció Álex por la espalda y forcejeó con él. La pistola salió volando. Mi intención era cogerla, sin embargo, Chris me lo impidió lanzándome una silla. Álex lo golpeó por la espalda y alcanzó la pistola.

—¡No mires, Mireia! Gírate —me gritó Álex.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté asustada, aunque le hice caso.

Escuché un disparo y, a continuación, como algo cayó a plomo contra el suelo, sentí un escalofrío que me recorría todo el cuerpo dejándome la piel de gallina.

Antes de volver la vista hacia ellos apareció Álex, que me abrazó.

—Nos tenemos que ir —me dijo—, el barco está a punto de estallar.

Sonó el teléfono de nuevo y vi que era Paolo, tenía que cogerlo. Agarré el móvil, que estaba tirado en el suelo, y descolgué. En cuanto vi a Samuel mi corazón se tranquilizó a la velocidad de la luz. No teníamos mucho tiempo. Y la voz de hombre que escuchó de fondo mi chico era la de Álex, que estaba derramando gasolina por todo el barco.

¿Por qué hicimos volar el barco por los aires? Porque era la única manera de borrar cualquier pista de que seguía viva. Tengo sangre Zanella, aunque nunca me he sentido como ellos. No he tenido la mejor vida, aun así, es mi vida y me quedo con lo aprendido. Mis padres no han sido padres, sino cumplidores de una promesa.

Ahora mismo soy una nueva Mireia, he aprendido que el amor no se mide ni por tiempo ni por hechos, sino por cómo te hace sentir.

Sé que Samuel no lo ha pasado nada bien, para mí no ha sido nada fácil. Sofia estaba en contra del sufrimiento que iba a padecer innecesariamente, sin embargo, si quería estar libre de la carga del apellido de los Zanella, lo tenía que hacer así.

Por ahora, Max vive con Sofía, le hace bien para su enfermedad, os tengo que decir que no había rastro de tumor en su pecho y el ganglio centinela estaba limpio. No hizo falta que le extirparan el pecho. Ahora tiene que continuar con el tratamiento, durante nueve meses se someterá quimio una vez cada veintiún días, por el tema de la proteína Her2 y, por otro lado, radioterapia durante tres meses. Una vez finalice esos tratamientos y con permiso de los oncólogos se

vendrá a vivir una temporada a Colombia, creemos que es necesario que cambie de aires y pasar tiempo las tres juntas, aunque haya sido fuerte afrontando el cáncer, emocionalmente está algo inestable, y le toca ser ella la mimada y cuidada por nosotras. Le queda un largo camino, para ser más exactos, unos cinco años, si todo va bien le darán el alta, que estoy segura de que será así.

Ana y Álex están completamente enamorados, parecen dos tortolitos, he estado durante este tiempo conviviendo con ellos y os digo de verdad que me lo pienso dos veces antes de entrar en el hidromasaje después de salir ellos, ya me entendéis. Parece que están recuperando el tiempo perdido o liberando tensiones. A parte de eso, le estoy muy agradecida, Álex me ha ayudado muchísimo y no creo que pueda devolvérselo jamás.

Con Samuel, ahora todo está bien, los dos primeros días después de nuestro reencuentro estaba algo resentido por no haberle pedido ayuda en su día. Sin embargo, mi técnica del abrazo de oso para dormir todas las noches ha tenido que hacer mella en él.

Su hermana no tardó ni dos segundos en llamarlo cuando le enviamos un selfi nuestro. No hacía más que llorar y me daba las gracias cada dos por tres. Sabía que ella me iba a ayudar, es una persona muy atenta y astuta. La única que iba a poner firme a Samuel y ayudarlo a llegar hasta aquí.

Aunque estuviera molesto, sus manos no dejaban de tocarme, cada dos por tres lo veía observándome embobado. Al abrazarlo notaba cómo olía con profundidad mi piel y sus besos eran más intensos que antes.

Él también ha cambiado, ha dejado la policía y se va a tomar un tiempo sabático. No ha dicho cuánto ni tampoco qué va a pasar después. Solo ha soltado un: «Sobre la marcha», y oírlo de él me chifla. Aunque da miedo, todo lo que sea salir de la zona de confort asusta, sin embargo, no podemos estar sometidos de por vida a la rueda del estrés de nuestra propia rutina.

Es un miércoles cualquiera, por la noche. Estamos cenando los cuatro en la terraza en casa de Álex y, en una de tantas veces en las que se queda observándome, le sonrío, y me suelta:

—¿Te gustaría compartir conmigo un reto? —Nos miramos todos divertidos.

—¿Un reto? —le pregunto.

—Sí, visitar los ciento noventa y cinco países del mundo.

—¿Hay tantos? —interviene Ana.

—Según la ONU, sí, ciento noventa y tres son estados soberanos y dos, estados observadores —continúa mi chico, y sigo enamorándome más de él por lo interesante que es—. ¿Aceptas?

—Si me lo dices con esa cara —contesto con una sonrisa picarona y me acerco más a él—, acepto todo lo que salga de tu boca. —Sin pensarlo, lo beso.

—Mireia, contéstale —participa mi amiga ansiosa.

—Claro que lo acepto, no me lo quiero perder. —Sonriente se muerde el labio inferior, le ha hecho ilusión mi respuesta, y a mí me pone tanto que lo vuelvo a besar—. ¿Hay algún tiempo específico para cada país?

—Ninguno, cuando queramos pasar al siguiente, pues nos vamos —comenta y esta vez es él quien me besa.

—Mireia, ¿y tu trabajo? —se interesa mi amiga.

—Puedo teletrabajar —apostillo y cojo la mano de mi chico—. Disfruto vivir a tope, aun así, soy consciente de que tengo que mantener mi empresa. Iré jugando con los tiempos, adaptándome en cada situación, como he ido haciendo hasta ahora —le explico a Ana con la vista puesta en Samuel, es increíble lo que me acaba de proponer—. Hay tiempo para todo.

—Sí, también para venir a Colombia a nuestra boda —nos anuncia ella mostrando el anillo que adorna su dedo.

—¡¿Cómo?! —grito emocionada.

—Nos casamos —confirma orgulloso Álex.

Nos ponemos en pie para felicitarlos con un gran abrazo.

—Aún no hay fecha, queremos que Sofía esté al cien por cien o casi —musita Ana, acurrucada entre los brazos de su futuro marido.

Y, por una vez en mi vida, al final la historia acaba bien.

Fin

Música

Aquí tenéis todas las canciones que se mencionan y forman parte de esta bonita historia

